

La Renuncia

Por

Edith Wharton

Freeditorial 

LIBRO PRIMERO

I

Kate Clephane despertó, como de costumbre, cuando un rayo del sol de la costa Azul cayó en diagonal sobre su cama. Eso era lo que más le gustaba de la habitación estrecha y deslucida del hotel de tercera categoría, el hotel de Minorque et de l'Univers: que por la ventana se filtrase el sol de la mañana y que además no lo hiciese demasiado temprano.

Los amaneceres se habían acabado para Kate Clephane. Estaban ligados a demasiados placeres perdidos: al regreso a casa de fiestas en las que había bailado hasta caer rendida, o de cenas en las que se había demorado, contando las ganancias obtenidas (era maravilloso en los viejos tiempos la frecuencia con la que había ganado, o sus amigos lo habían hecho por ella, tras apostar un luis solo por diversión, y había terminado con las manos a rebosar de billetes de mil francos); estaban ligados, asimismo, a aquellas subidas por la pendiente a través de la penumbra gris cada vez más clara del jardín, cuando los asaltaba la fragancia de los arbustos y se enredaban en las insidiosas espinas, hasta llegar a lo alto, a la villa encaramada en la roca recalentada y después en la puerta, a la sombra del Laurustinus con olor a miel, aquel beso inesperado (de verdad que sí, inesperado, porque hacía tiempo que lo acordado era ser «solo amigos») y el intento de zafarse del brazo insistente, y la nueva presión sobre sus labios de otros lo bastante jóvenes para conservar la frescura tras una noche de beber y de jugar y de seguir bebiendo. Nunca había permitido que Chris entrase con ella a esas horas, no, ni una sola vez, aunque en aquel momento no estuviese en la casa nadie más que Julie, la cocinera, y Dios sabía que no era por falta de... Pero siempre había tenido su orgullo: y eso era algo que la gente debería tener presente antes de decir ciertas cosas de ella...

Esos fueron los recuerdos que la luz del sol le trajo a Kate Clephane, tal como suponía que le ocurría a la mayoría de las mujeres de cuarenta y dos años más o menos (¿o de verdad había cumplido los cuarenta y cuatro la semana anterior?). Ahora llevaba cerca de veinte años viviendo casi siempre en compañía de mujeres de su misma clase, y ya no estaba muy convencida de que existiesen otras, es decir, en lo que a mujeres propiamente dichas se refiere. Su universo femenino se dividía en tres categorías: las antiguallas, las hipócritas y las «buenas» como ella. Después de todo, era a esta última a la que prefería pertenecer.

Y no es que no fuese capaz de imaginar otra vida: ojalá hubiese conocido al hombre adecuado en el momento preciso. Recordaba su semana —aquella

semana tan corta con sus siete días de hacía solo seis años— cuando ella y Chris fueron juntos a un lugar perdido de Normandía donde no existía ferrocarril en quince kilómetros a la redonda, y había que llegar en el carro del granjero hasta la granja oculta por los manzanos en flor; y Chris y ella salieron todas las mañanas a pasar el día entero fuera, tiempo que él dedicaba a dibujar en las riberas bajo los sauces y al costado de iglesias rurales recubiertas de musgo; y cada día durante siete días ella contempló el despertar de la vida en la granja al pie de sus ventanas, mientras se echaba agua fría a la cara y se peinaba y se retocaba el rostro antes de que él despertase, porque a partir de los treinta la luz del amanecer es inmisericorde. Se acordaba de todo, y de lo segura que se había sentido en aquel momento de que estaba destinada a vivir en una granja y criar gallinas; la misma seguridad que tenía Chris de que estaba destinado a ser pintor y de que ya sería famoso si, después de Harvard, sus padres no lo hubiesen obligado a volver a Baltimore, donde lo metieron a trabajar en el despacho de un agente de bolsa para, en palabras suyas, no tener que pensar más en él.

Sí, aún podía imaginarse ese tipo de vida: conservaba su resplandor en cada fibra del cuerpo. Pero no creía en ella; ahora sabía que «las cosas no sucedían así» durante mucho tiempo, que realidad y duración eran atributos de lo rutinario, lo prosaico y lo aburrido. Y que para escapar de la realidad y lo duradero una se dedicaba a jugar a las cartas, al cotilleo, al coqueteo y a todas las emociones artificiales que la sociedad pone con tanta generosidad al alcance de la gente que quiere olvidar.

Ella y Chris nunca repitieron aquella semana. Él jamás lo propuso e hizo caso omiso de sus insinuaciones o las silenció con una carcajada cada vez que intentaba con alusiones tímidas y vacilantes llevarlo de nuevo a ese terreno; porque hacía tiempo que había descubierto que nunca se le podía preguntar nada abiertamente: lo único que se conseguía, como él mismo reconocía, era irritarlo. Una tenía que maniobrar y esperar, pero, ¿cuándo hizo una mujer otra cosa que no fuese maniobrar y esperar? Desde el momento en que había abandonado a su marido, hacía dieciocho años, ¿qué otra cosa había hecho? A veces, ahora, cuando despertaba sola y sin haber descansado en aquella deprimente habitación de hotel, se estremecía al recordar todo lo que había intrigado, planeado, arrinconado, tolerado y aceptado para, al final, llegar a esto.

En fin...

—¡Aline!

Después de todo, tenía el sol en la ventana, entre los tejados el retazo de mar azul alborotado por el viento, un nuevo día que comenzaba, y el chocolate caliente que llegaba, y un sombrero nuevo que probarse en la sombrerería, y...

—¡Aline!

Había venido a este hotel barato con el único fin de conservar a su doncella. Una no podía permitírselo todo, especialmente desde la guerra, y prefería cenar ternera todas las noches a tener que repasar la ropa o arreglarse el pelo ella misma: aquel pelo abundante y rebelde que asombrosamente había sobrevivido a su juventud y que, a veces, en los momentos más alegres, le hacía sentir que, después de todo, a los ojos de sus amistades, también había sobrevivido otro de sus atributos. Y, además, quedaba mejor que una mujer sola que, después de haber tenido treinta y nueve años durante largo tiempo, de repente había cumplido los cuarenta y cuatro, tuviese tras de sí una criada de aspecto respetable, por ejemplo, para, al llegar a un lugar nuevo, poder decirle al arrogante recepcionista del hotel: «Mi doncella viene detrás con el equipaje».

—¡Aline!

Aline, fea, aseada y enigmática, apareció con la bandeja del desayuno. La precedía un aroma delicioso.

La señora Clephane se apoyó sobre un codo sonrosado, se sacudió el pelo sobre los hombros y preguntó sorprendida:

—¿Violetas?

Aline se permitió una de sus sonrisas secas.

—De parte de un caballero.

El rubor se extendió por el rostro de su señora. ¿Acaso no había tenido el presentimiento de que esa mañana iba a sucederle algo bueno? ¿Acaso no lo había percibido en cada una de las caricias del sol cuando le había hecho abrir los párpados con una leve presión de sus dedos dorados que a continuación se enredaron en su pelo? Pensó que era una supersticiosa. Se rio llena de esperanza.

—¿De un caballero?

—El chico cojo de los periódicos con el que madame fue tan amable — continuó la doncella, colocando la bandeja con aquellos ademanes sobrios y mecánicos que le eran propios.

—¡Pobre muchacho!

La voz de la señora Clephane tenía un temblor que fingió que era ocasionado por el chico cojo, aunque sabía lo imposible que era engañar a Aline. Por supuesto, Aline estaba al corriente de todo, sí, claro, esa era la otra cara de la moneda. Con frecuencia le decía a su señora: «Madame está demasiado sola, madame debería hacer nuevas amistades», y, ¿qué otra cosa

podían significar esas palabras sino que Aline sabía que había perdido las antiguas?

Pero como era característico en Kate, un momento después, el temblor de su voz se desvió instintivamente hacia el chico cojo que vendía periódicos; y por eso cuando los ojos se le llenaron de lágrimas y empezó a llorar lo hizo pensando en la imagen llena de patetismo de aquel muchacho, y no en la suya propia. Tenía tendencia a encariñarse excesivamente con la gente a la que había tratado con amabilidad y a emocionarse hasta la exageración ante la más mínima señal de su agradecimiento. Era signo de debilidad, ¿o de fortaleza?, se preguntaba.

—Pobre, pobre muchachito. Pero si su madre se entera, le pegará. Aline, tienes que encontrarlo hoy sin falta y devolverle todo el dinero que debe de haber pagado por las flores.

Cogió las violetas y las apretó contra el rostro. Al hacerlo vio el telegrama que había debajo.

Un telegrama, ¿para ella? Ya no era algo muy frecuente. Pero, después de todo no había razón alguna para no volver a recibirlos, al menos una vez más. No había razón para que hoy, precisamente hoy que el sol la había despertado con tantas promesas, no llegase al fin un mensaje, el mensaje que llevaba dos, no, tres años esperando; sí, exactamente tres años y un mes, con una única frase de él que dijese: «Déjame volver».

Cogió con avidez el telegrama y a continuación volvió el rostro hacia la pared para que así Aline no pudiese ver su expresión mientras lo leía. La doncella, para la que esas insinuaciones nunca pasaban inadvertidas, trasladó de inmediato su atención al tocador, desplegando con habilidad en aquel campo de batalla las relucientes armas con las que cada día se reemprendía la lucha.

A salvo de la mirada de Aline, su ama rasgó el sobre azul y leyó: «Fallecimiento señora Clephane...».

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. ¿Fallecimiento señora Clephane? ¡Imposible según las noticias de la señora Clephane! Nunca se había sentido más viva que hoy, con el sol dorándole el cabello, el aroma de las violetas rodeándola y aquel viento juguetón del noroeste encrespando el Mediterráneo. ¿Qué significaba aquella broma siniestra?

Tras el susto inicial, siguió leyendo con más calma y lo entendió. La fallecida era la otra señora Clephane: la que en tiempos fuera su suegra. Lo primero que pensó fue: «Y qué, se lo tenía bien ganado», ya que si era tan deseable estar viva en una mañana como aquella, lógicamente debía de ser de lo más ingrato estar muerta, y podía alcanzarse la reconfortante conclusión de

que por fin la otra señora Clephane había recibido su merecido, y de qué manera.

Se detuvo un rato en aquellos agradables pensamientos y después empezó a pensar en las principales consecuencias de lo sucedido. «Pero entonces... pero entonces... pero mi pequeña Anne...».

Al murmurar el nombre los ojos se le llenaron de nuevo de lágrimas. Hacía muchos años que había levantado una barricada para proteger el corazón de la presencia de su hija; y, de repente, aquí la tenía de nuevo, adueñándose por completo de él, desplazando todo lo demás, sí, borrando incluso a Chris, como si solo de un fantasma etéreo se tratase y el telegrama en sus manos fuese el anuncio del amanecer. «Pero tal vez ahora ellos me permitan verla», pensó la madre.

Ni siquiera sabía «quiénes» eran ellos, ahora que el temible caudillo, su suegra, había muerto. Imaginaba que serían abogados, jueces, albaceas, tutores: todos los enemigos naturales de la mujer. Frunció el ceño tratando de recordar a quién más habían nombrado tutor de la niña a la muerte del padre: la anciana señora Clephane asumió el poder con tanta contundencia que había anulado por completo a su asociado, y Kate tardó unos minutos en rescatarlo del lejano pasado.

«¡Claro, al pobre Fred Landers, por supuesto!». Y sonrió con el recuerdo. «Si solo dependiese de él, no creo que me impidiese ver a la niña. Además, ¿no es casi mayor de edad? Claro, creo que debe de serlo».

El telegrama se le cayó de las manos al emplear ahora los dedos en hacer un complicado cálculo de los años que la pequeña Anne debía de tener. Si Chris tenía treinta y tres, como sin duda era el caso, no, treinta y uno, era imposible que tuviese más de treinta y uno, ya que ella, Kate, tenía solo cuarenta y dos... sí, cuarenta y dos... y siempre había reconocido en su fuero interno que había nueve años de diferencia entre ellos, no, once, si ella de verdad tuviese cuarenta y dos; sí, pero ¿los tenía? Dios mío, ¿era cierto que ya tenía cuarenta y cinco? Bueno, entonces, si ella tenía cuarenta y cinco — imaginémoslo por un minuto— y se había casado con John Clephane a los veintiuno, como bien sabía, y la pequeña Anne había nacido dos veranos después, entonces la pequeña Anne debía de tener casi veinte... Claro, casi veinte, ¿a que sí? Pero entonces, ¿cuántos años tenía Chris, según eso? Pues nada, tenía que ser mayor de lo que aparentaba; además, a ella siempre le había dado esa impresión. Aquel aire juvenil, en más de una ocasión lo había pensado, era algo calculado para hacerle imaginar que la diferencia de edad entre ambos era mayor de lo que en realidad era, recurso este que Chris era capaz de utilizar con fines ocultos. Y, por supuesto, ella nunca había sido de esa horrible clase de mujeres conocidas como «asaltacunas»... Pero si Chris

tenía treinta y uno, y ella cuarenta y cinco, ¿cuántos años tenía entonces Anne?

Con dedos impacientes empezó la cuenta de nuevo desde el principio.

La voz de la doncella, que parecía llegar desde muy lejos, le recordó respetuosamente que el chocolate se estaba enfriando. La señora Clephane se incorporó, miró por toda la habitación y dijo: «El espejo, por favor». Quería poner fin al problema de las edades. La doncella fue a buscarlo y regresó luciendo en los labios aquella sonrisa suya, ligera y misteriosa.

—Otro telegrama.

¿Otro? Esta vez la señora Clephane se incorporó de golpe. ¿Qué otra cosa podía ser esta vez sino noticias de él, un mensaje al fin? No, se avergonzaba de sí misma por pensar tal cosa en un momento así. Era aquella soledad suya la que le había restado fuerza moral. Y además su hija estaba tan lejos, era tan invisible, tan desconocida, mientras que Chris, de repente, se había vuelto tan próximo y tan real otra vez, a pesar de que ya habían pasado tres largos años y un mes desde que la había dejado. Y a la edad que ella tenía... Abrió el segundo mensaje temblando. Desde el día del Armisticio el corazón no le había vuelto a latir con tanta intensidad.

«Nueva York. Queridísima madre —decía—: quiero que vuelvas a casa inmediatamente. Quiero que vengas y vivas conmigo. Tu hija Anne».

—Me había pedido el espejo, madame —le recordó Aline pacientemente.

La señora Clephane cogió el espejo que le ofrecían, se miró en él sin que al principio sus ojos distinguiesen nada, pero después, poco a poco, fue reconociendo el reflejo de su mata de pelo radiante e indomable, la sonrisa desconocida que aparecía en sus labios, el primer mechón de canas en las sienes, y las primeras lágrimas —ya no recordaba cuánto tiempo hacía desde la última vez— que se deslizaban por su rostro transfigurado.

—Aline —la doncella la miraba con suma atención—. El colorete, por favor.

De repente, dejó caer el espejo y la borla, hundió el rostro entre las manos y estalló en sollozos.

II

Al salir del hotel una hora más tarde, los pensamientos acudían en tropel a su mente y se convertían en torbellinos como aquellos que el viento formaba

sin cesar en las esquinas al arremolinar el polvo dorado por el sol con sus ráfagas intermitentes. En su interior todo era frío, pero también cálido, y se batía y dispersaba como hacían los elementos en aquel día de aire danzarín; incluso las aceras de aquellas calles tan familiares y los ángulos de los edificios parecían girar con el resto, como si hasta las materias más pesadas se hubiesen vuelto ingravidas de súbito.

«Seguramente —pensó—, algo parecido a esto les sucederá a las lápidas el día del Juicio Final».

Para asegurarse de dónde se encontraba tuvo que coger una de las calles blancas que conducían al mar y fijar la vista en aquel retazo de azul visible entre las casas, como si fuera el único lastre para su cerebro, lo único sólido a su alrededor. «Me alegro de que sea uno de esos días de mar denso», pensó. Aquella inmensidad reluciente, allanada por el fuerte viento y solidificada por la luz, se alzó para recibirla al irse aproximando, con la acera levantándola y llevándola en volandas, igual que si tuviera alas, hasta depositarla en la luz cegadora de la Explanada, donde las copas de las palmeras forcejeaban y flotaban en el viento como criaturas marinas de largas aletas encadenadas a aquella pared azul que se elevaba hasta la mitad del cielo.

Se sentó en un banco, asiéndose a los lados como si se encontrase a merced del viento en la cubierta de un barco, y continuó con la vista anclada en el Mediterráneo. Para ordenar sus pensamientos trató de imaginar que nada había sucedido, que no había recibido ninguno de aquellos dos telegramas, y que estaba preparándose para llevar la vida de siempre, tal como la tenía organizada en la diminuta agenda que llevaba en el bolso. Ahora tenía su «círculo» en aquella gran ciudad de la costa Azul en la que se había refugiado en 1916, a raíz de la ruptura definitiva con Chris, y en la que tras dos años de labores de guerra y después de recibir la medalla de la Reconnaissance Française, podía llevar la cabeza bien alta, e incluso mostrarse un poco condescendiente con ciertos recién llegados.

Sacó la agenda mientras sonreía ante aquel juego infantil de «fingir». A las once, probarse un sombrero; a las once y media, un vestido; de ahí a las dos, nada; a las dos, paseo lento y solemne con la pobre señora Minity en su carruaje (la última victoria de uso privado que sobrevivía en la ciudad); té y partida de bridge en casa de la condesa Lanska de cuatro a seis; visita breve a la rectoría de la iglesia americana, donde se celebraba la reunión de la Liga de Mujeres para organizar la feria en beneficio de las Regiones Devastadas; por último, cena en pequeño grupo en el casino con Horace Betterley y señora y unos cuantos conocidos más. Sí, un día bastante mejor de lo habitual. Y ahora, bueno, ahora podía desbaratarlo todo si le venía en gana; mandarlo todo al diablo (¡excepto el vestido y el sombrero nuevos!); el tedioso paseo con la aburrida y condescendiente anciana; el bridge, que le estaba costando más de

la cuenta, con aquel grupo cosmopolita de tercera categoría de Laura Lanska; el largo debate en la rectoría sobre si sería «apropiado» pedirle a la señora Schlachtberger que se encargase de uno de los puestos de la feria a pesar de su desafortunado apellido alemán, y la cena en grupo con los Batterley y sus amigos tan aburridos y ruidosos, que querían «ver la vida» y no sabían que la vida no se ve si antes no se tiene la inteligencia necesaria para imaginársela... Sí, ahora podía cancelar todo, y nunca, nunca más volver a ver a ninguno de ellos...

«Mi hija... mi hija Anne... Ah, ¿no conoce a mi hija? Cómo ha cambiado, ¿verdad? Crecer es la forma que los hijos tienen de... Sí, a una pobre madre le envejece seguir el ritmo de una joven gigante como esta... Sí, ya me están saliendo canas, mire, aquí en las sienes. ¿Fred Landers? ¿Eres tú de verdad? ¡Querido Fred! No, por supuesto que nunca te he olvidado... ¿Que me habrías reconocido en cualquier parte? ¿De verdad? Tonterías. Mira mis canas. Pero los hombres sí que no cambian, ¡qué suerte tienen! Vaya, recuerdo hasta el anillo egipcio que llevabas, aquel sello... Mi hija... mi hija Anne, permítame que le presente a esta niña mía tan grande... a mi pequeña Anne...».

Resultaba curioso: por primera vez se dio cuenta de que, al recordar los años que llevaba separada de Anne, rara vez, ahora, llegaba más allá del episodio con Chris. Y, sin embargo, había sido mucho antes —hacía dieciocho años— cuando había «perdido» a Anne: «perdido» era el eufemismo que se había inventado (igual que la gente hacía con las Furias cuando les llamaban las Euménides), porque una madre es incapaz de reconocer, ni en lo más recóndito de su ser, que ha abandonado a su hija voluntariamente. Y eso es lo que ella había hecho; y ahora sus pensamientos, temerosos y cobardes, se veían obligados a volver sobre aquel hecho. Había abandonado a Anne cuando Anne era una niña de tres años; la había dejado sintiendo un dolor horrible, un desgarramiento en sus fibras más íntimas, pero, al mismo tiempo, con una sensación de alivio indescriptible, porque hacerlo era escapar de la opresión de su vida matrimonial, de la densa atmósfera de satisfacción personal y total indiferencia que emanaba de John Clephane como emana el gas de una caldera con fugas. Y así lo había descrito ella en aquel momento y así, al examinar su alma en profundidad, todavía tenía que seguir describiéndolo. «No podía respirar» era lo único que podía alegar en defensa propia. Y se lo había dicho por primera vez —qué se le va a hacer— a Hylton Davies, con el resultado de que dos meses después estaba en su yate, rumbo a las Antillas... Pero ni siquiera allí pudo respirar mejor, no más allá de una o dos semanas. Era otra clase de asfixia, nada más.

Un año más tarde le escribió una carta a su marido. No obtuvo respuesta y volvió a escribirle. «Pase lo que pase, déjame ver a Anne... No puedo vivir sin Anne... Me iré a vivir con ella donde tú decidas...». Tampoco hubo respuesta

esta vez... Escribió a su suegra, pero el abogado de la señora Clephane le devolvió la carta sin abrir. Llevada por la locura escribió a la niñera de la niña, y le respondió el mismo bufete de abogados, rogándole que dejase de molestar a la familia de su marido. Y eso fue lo que hizo.

De todo aquello ahora solo recordaba la separación de Anne y los esfuerzos vanos que a continuación había hecho por recuperarla. Del autor de su liberación, de Hylton Davies, recordar, lo que es recordar en todo el sentido de la palabra, no recordaba nada. Él, y aquella elegancia suya, y su ropa marinera, y el enorme yate resplandeciente, los cocoteros, y en general aquel telón de fondo con bebidas refrescantes y lujo tropical, resultaba tan irreal como un personaje de novela: el héroe (o villano) pintado a todo color en la cubierta. Allá en lo más íntimo de su ser, Hylton se había difuminado hasta formar parte de una especie de lejana perspectiva pictórica, en la que una mujer con el mismo nombre que ella aparecía a su lado, con vestidos de muselina y parasoles blancos, tan irreal, a su vez, como una dama dibujada también en la cubierta de un libro. Asimismo, se habían vuelto borrosos los años siguientes: años solitarios y monótonos en San Juan de Luz, en Bordighera, en Dinard, en los que solía instalarse en cualquier lugar con tal de que contase con precios asequibles, una biblioteca circulante, un clima suave y unas cuantas parejas tranquilas que jugasen al bridge y con las que se entraba en contacto gracias al doctor o al clérigo. Enseguida se cansaba y de nuevo partía sin rumbo fijo. En una ocasión regresó a Estados Unidos, en la época de la muerte de su madre... Era pleno verano, y Anne, que entonces tenía diez años, se encontraba en Canadá en compañía de su padre y de su abuela. Kate Clephane, que no era neoyorquina y a la que solo le quedaban dos o tres parientes ancianos, que desaprobaban su conducta, en la pequeña ciudad sureña de sus orígenes, se enfrentó sola a las defensas organizadas a conciencia por un vasto clan de Nueva York, y se dio cuenta de su impotencia. Pero, llevada por la locura, soñó con un rápido viaje a Canadá y un rapto, planes estos que requerían dinero, amigos, apoyo y todo el poder del que carecía, y que exigían una serie de estratagemas de las que era incapaz. Abandonó la idea en favor de una visita nocturna (inspirada en Anna Karenina) a la habitación de la niña pero, ya de camino a Quebec, se enteró de que la familia se había ido en un coche privado a las montañas Rocosas. Dio media vuelta y tomó el primer vapor rumbo a Francia.

Todo aquello se había convertido en una nebulosa para ella a partir del momento en que conoció a Chris. Por primera vez, tras conocerlo, los pulmones de su alma parecieron henchirse de aire. La vida para ella, incluso ahora, comenzaba a partir de aquella fecha; a pesar de la forma en que la había herido, pese a haberle infligido el dolor más amargo que jamás había sentido, le había dado mucho más de lo que podía quitarle. A los treinta y nueve años había nacido su verdadero ser; sin Chris nunca habría tenido un ser propio...

Pero ¡a qué precio! Todos los años anteriores de reclusión y penitencia borrados de un plumazo, mancillados, envilecidos por insensateces en las que le resultaba insoportable pensar, rodeada de gentes a las que su espíritu rehuía. ¡Pobre Chris! No es que fuese lo que se dice «vicioso», pero nunca estaba contento si no sentía lo que él consideraba emociones; no cesaba de repetirle que un artista necesitaba sentir emociones. A Kate le resultaba difícil reconciliar lo que para él era un estímulo con todos sus demás gustos e ideas, con aquel ingenio chispeante e inteligente que la rodeaba de un aire desconocido que nunca antes había respirado. ¡Ser capaz de aquellos juegos mentales, de aquellas fantasías, y, a la vez, tener necesidad de las apuestas, de los casinos, de la compañía bulliciosa, de todos aquellos pasatiempos inventados para que mate el tiempo la gente letárgica y sin imaginación! Chris afirmaba que veía cosas en ese tipo de vida que ella era incapaz de ver, pero ya que también veía (y Kate sabía que así era) lo que se ocultaba en la naturaleza, la poesía y la pintura, en los crepúsculos y lunas que habían compartido en aquellos primeros días largos y soñadores, lejos de las orquestas de jazz y las mesas de bacará, ¿por qué no era aquello suficiente?, ¿cómo podían aquellas otras cosas estúpidas provocar la misma emoción en él? Ese había sido el peor de los tormentos, la punzada más aguda de dolor en todo aquel suplicio: no haberlo entendido nunca; y que ahora, cuando pensaba en él, lo hiciese a través de aquella nebulosa de ruido y luces y descorche de botellas y orquestas estridentes y tuviese que volver a tuestas hasta aquel efímero Chris de los primeros tiempos que la había amado y la había hecho despertar.

A las once en punto, sin saber cómo, se encontró en la sombrerería. Otras mujeres, envidiosas o indecisas, ya aplastaban sus rostros contra el escaparate. «Esas plumas de ave del paraíso... ¡qué precio tienen hoy en día!». Pero ella entró, tranquila y confiada, y solicitó alegremente probarse el sombrero nuevo. Debía de estar sonriente, ya que la dependienta la recibió con una sonrisa.

—¡Qué tez la suya, señora! No me extraña que no tenga miedo del viento.

Pero cuando la dependienta le trajo el sombrero, pese a ser una copia de otro que se había probado con anterioridad, a la señora Clephane ahora le pareció absurdamente juvenil, ridículo incluso. ¿Era posible que todo este tiempo hubiese estado vistiéndose como una adolescente?

—Olvida usted que tengo una hija ya crecida, madame Berthe.

—Allons, madame plaisante!

Se puso en pie con dignidad.

—Una hija de veintiún años; la próxima semana me reúno con ella en Nueva York. ¿Qué pensaría de mí si apareciese con un sombrero más juvenil que el suyo? Enséñeme algo más oscuro, por favor; sí, ese de las hojas

otoñales. Mire, me están saliendo canas en las sienes. No trate de hacer que parezca una joven moderna. ¿Qué precio tiene ese de zorro plateado de allí? Creo que la piel gris hace juego con las canas.

Al final se marchó, ofendida por la negativa de la sombrerera a tomarse en serio sus canas, y pensó, estremeciéndose con el recuerdo, que su forma de vestir y su actitud debían de haber dejado impresa de forma indeleble en la mente de aquella gente la idea de que era una de esas tontas vanidosas que imaginaban tener el mismo aspecto que sus hijas.

En la modista, la escena se repitió. El elegante vestido que le tenían preparado, con un pañuelo naranja en el que había bordada un ancla asomando por el bolsillo, literalmente la hizo ruborizar; y pensando que ahora el dinero carecía de importancia (hasta ese momento el dinero ni se le había pasado por la mente) convenció a la modista para que retirase aquel atuendo tan poco apropiado y, en su lugar, encargó algo sobrio pero estudiado, y muchísimo más caro. El hecho de que hasta la preocupación por el dinero se hubiese desvanecido parecía formar parte de aquel estado irreal de éxtasis general.

¿Dónde iría a comer? Se inclinó a favor de un restaurante tranquilo en una calle apartada; pero, de inmediato, la vieja costumbre de ir en pos de las multitudes, la necesidad de estar codo a codo con un grupo de gente desconocida, hizo que por automatismo se encaminara en dirección al casino, donde se sentó, en medio del estruendo de los instrumentos de metal y a plena luz del sol, en la única mesa que quedaba. Después de todo, como a menudo le había oído decir a Chris, uno podía sentirse más solo entre la multitud... Pero, poco a poco, se dio cuenta de que lo último que quería era sentirse sola. Nunca, o al menos ya hacía años, había sido capaz de soportar la soledad durante mucho tiempo; la multitud, antes consuelo y escape, se había hecho costumbre, y quedarse frente a frente con sus pensamientos era como enfrentarse a un desconocido. Sintió angustia y embarazo, intentó entablar conversación consigo misma, pero las silenciosas palabras se esfumaron sin que llegase a pronunciarlas e intentó distraerse contemplando los rostros desconocidos a su alrededor.

Eran tantos que se sintió agobiada: le hizo sentirse pequeña e insignificante el hecho de que, en medio de todo aquel estruendo vulgar y festivo, no hubiese nadie que estuviese al tanto de aquello tan asombroso que le había sucedido, nadie que supiese que su única hija la estaba esperando en una enorme casa de Nueva York, una casa cuyo umbral volvería a cruzar dentro de pocos días —sí, cierto, en tan solo unos días—, con la tranquilidad de una dueña largo tiempo ausente, una dueña que regresa de un viaje infinito, pero que encuentra de lo más natural y familiar volver a dirigir sus sonrisas a las viejas amistades desde la cabecera de su mesa.

Un ansia incontenible de estar con alguien a quien poder contarle sus novedades hizo que, después de todo, se decidiese a vivir el día tal como lo había planeado. Antes de abandonar el hotel había anunciado su partida a una atónita Aline (era agradable, por una vez, dejar atónita a Aline) y la había despachado a la estafeta de correos con un cable para Nueva York y un telegrama para la oficina de una compañía naviera de París. El cable decía simplemente: «Voy, cariño». Eran las palabras con las que solía responder a las llamadas de la pequeña Anne desde el cuarto de los niños: a aquel reiterado «¡Mamá! ¡Mamá! ¡Quiero que venga mi mamá!» que no había cesado de resonar en sus oídos durante innumerables noches de insomnio. Aquella frase le había venido a la mente en el momento de sentarse a redactar el cable, y desde entonces no había dejado de repetirla con un murmullo. Le habría gustado citarle esas palabras a la señora Minity, a cuya puerta ahora se aproximaba; pero a aquella anciana señora, que era sorda y estaba siempre ensimismada, y que consideraba que era un privilegio para cualquiera ir de paseo con ella en el carruaje, ¿cómo iba a ser capaz de hacerle entender por qué la llamada de la pequeña Anne había resonado en el vacío durante tanto tiempo? No, no podía hablar de aquello con nadie; tenía que mantener su vieja actitud de «tomarse las cosas como son», actitud con la que había logrado salir airoso de tantas situaciones resbaladizas.

A la señora Minity no le preocupaba otra cosa que su calentapiés. Dedicó el primer cuarto de hora a contarle a la señora Clephane que la esposa del vicario, a la que había sacado de paseo el día anterior, se adueñó de tal objeto sin tan siquiera pedírselo y no sacó sus enormes pies del mismo hasta que la señora Minity hizo detener el carruaje y con voz enérgica le preguntó al cochero por qué el calentapiés no estaba donde siempre. Ante lo cual, ¿qué le parece?, la señora Merriman no dijo más que: «Si lo tengo yo, gracias, querida señora Minity. ¡Es tan reconfortante en estos días de viento!». «Aunque yo no me explico cómo una mujer que no posee carruaje y tiene que patear las calles a todas horas puede tener los pies fríos; de hecho, no me lo creo del todo cuando lo dice», apostilló la señora Minity, con el tono de alguien para quien padecer de una circulación defectuosa es prerrogativa establecida de los propietarios de carruajes. «Observo que usted, en cambio, jamás se queja de tener frío», añadió con aprobación, relegando a Kate, en su condición de peatón forzoso, a la misma categoría que la señora Merriman, pero reconociendo en ella un saber estar muy superior. «Siempre me complace —añadió—, sacarla de paseo los días de viento, porque enfrentarse a pie al mistral debe de ser de lo más agotador, y en el carruaje, sin embargo, es tan fácil alcanzar un lugar a cobijo del viento».

La señora Minity todavía estaba convencida de que desplazarse en la victoria de alquiler, tras aquel par de caballos soñolientos, era una de las formas más rápidas de transporte que la ciencia moderna había creado.

Hablaba como si su carruaje fuese un aeroplano, y ponía tanto cuidado en evitar las calles estrechas, y en esperar en la esquina cuando pasaba a recoger a las amistades que vivían en ellas, como si de elegir un lugar seguro se tratase.

La señora Minity había llegado a la costa Azul treinta años atrás, después de un ataque de bronquitis, y, al descubrir que el clima era más suave y la vida más fácil que en Brooklyn, jamás regresó a su país. La señora Clephane nunca supo cuáles eran las raíces que con el traslado había arrancado, ya que de inmediato todo aquello que la rodeaba adquirió unas dimensiones tan colosales que otros hechos más remotos, incluso los que directamente le concernían, se difuminaron enseguida hasta desvanecerse por completo. Solo muy de tarde en tarde, cuando una sobrina le enviaba desde Bridgeport un tarro de melocotones al brandy, o un sobrino desde Brooklyn le escribía para comunicarle que sus ingresos se habían reducido ante la ejecución de una hipoteca, emergía la familia de entre las brumas transatlánticas y, durante un rato, la señora Minity mostraba su ira o satisfacción ante la intrusión. Pero aquellas emociones, aun las más fuertes, no eran sino meras sombras de las que en ella despertaba la ausencia del calentapiés, o el hecho de que el Ejército de Salvación hubiese aparecido a cobrarle la cuota dos veces el mismo mes; o que, tras sufrir uno de los caballos un agarrotamiento en el cuello y ser reemplazado durante una semana larga y azarosa por otro, que llevaba en los mismos establos veinte años y que el propio patrón se encargó de conducir para que la señora Minity no se quedase sin su paseo, ella hubiese pensado en quedarse en casa sin salir hasta que su caballo estuviese recuperado, pero el doctor se lo había prohibido categóricamente, así que había hecho acopio de fuerzas y había salido con el sustituto, que ni siquiera era del mismo color del caballo al que estaba acostumbrada. «Pero tuve que tomar valeriana todas las noches —añadió— y doblar la dosis de digitalina».

Kate Clephane, mientras la escuchaba (por enésima vez), recordó que en cierta época la señora Minity le había parecido digna de admiración, un punto arrogante y muy inculta, pero dueña de un aire distinguido y de un vocabulario encantador y semianticuado que recordaba al de los firmantes de la Declaración de Independencia y al de los generales coloniales, lo que resultaba una novedad refrescante ante el refinamiento exagerado de la señora Merriman y la monótona jerga de los Betterley. Pero comparada con figuras largo tiempo olvidadas del entorno de los Clephane —comparada incluso con la odiada figura de la anciana señora Clephane—, la señora Minity quedaba reducida a la apariencia de una mujer mayor, vulgar y quisquillosa.

«La señora Clephane, hiciera lo que hiciese, jamás alardeaba —pensó Kate—, qué ridículo le habría resultado todo este alboroto por pasear llevada por un caballo desconocido. Después de todo, la buena educación, incluso en la

gente odiosa, va acompañada de cierta valentía...». Mientras reflexionaba, su suegra adquirió la apariencia, dominante pero no del todo antipática, de una matrona romana de temple heroico, de las que serían capaces de pronunciar un «No duele, Paetus mío», al dejarse caer la primera sobre la espada.

Los jugadores de bridge en el salón nublado por el humo y perfumado con pomas de la condesa Lanska parecían haber sufrido la misma transformación que la señora Minity. La propia estancia, al entrar Kate con el rostro enrojecido por el viento, parecía más irrespirable, más desordenada y —sí— más vulgar de lo que la recordaba. Los vasos vacíos con pieles de limón reblandecidas, los ceniceros eternamente a rebosar, los bocetos del último protegido de la condesa —abigarrados mercados de flores, iglesias rococó, balaustradas blancas, pinos con forma de sombrilla y mares azul cobalto—, los instrumentos musicales desparramados sobre los chales de cachemira deshilachados que cubrían unos sofás todavía más deshilachados, incluso la mirada conmovedora del oso blanco extendido en el suelo con la oreja desgajada que, desde que Kate lo había visto por primera vez, colgaba de la aplastada cabeza pendiendo del mismo hilo grasiento: todo aquel desorden ahora, por vez primera, se reflejaba en los rostros que se veían en torno a las mesas de juego. Ni uno solo de ellos, ya fuese hombre o mujer, en caso de que se les preguntase de dónde venían, adónde iban, o por qué razón habían hecho tales o cuales cosas, o habían dejado de hacer tales otras, habría contestado con sinceridad; y no porque, como Kate bien sabía, tuviesen necesidad especial ni permanente de ocultarlo, sino porque vivían en un estado crónico de confusión mental, de agitación e inercia, lo que hacía que mentir resultase vagamente excitante y ser sincero algo definitivamente agotador.

No había pensado quedarse mucho rato, ya que una primera ojeada a los rostros de los desconocidos le confirmó que tampoco iba a poder contarles a ellos lo que le había sucedido. Mas, para calmar la agitación que sentía y desviar la atención de aquellas miradas poco sutiles, lo más fácil era jugar la partida acostumbrada de bridge; de modo que, tras ocupar su lugar, el familiar murmullo de «Sin triunfos... Sí... Diamantes... ¿Quién es mano?... Paso... No... Sí... No...», la mantuvo en su asiento, sosegada por la caricia hipnótica de lo rutinario.

En la rectoría la señora Merriman exclamó: «¡Por fin llega!», en un tono que implicaba que se había visto obligada a ocupar el lugar de la señora Clephane ante el comité reunido.

Kate recordó que era la secretaria y que era su obligación leer las actas.

—¿Les he hecho esperar? Cuánto lo lamento —dijo con una sonrisa radiante y con un tono más propio de quien entona el aleluya.

La señora Merriman le acercó el libro de actas con una sonrisa protectora;

y la señora Parley Plush de Villa Mimosa (siempre decía que aquel nombre había sido idea suya) no escondió su perplejidad ante la tolerancia de la señora Merriman.

Estaban todos allí: la esposa del cónsul de Estados Unidos, afable, regordeta e irreprochable; la preciosa señora Prentiss de San Francisco, que «tomaba cosas» y había estado implicada en un escándalo de drogas; la condesa de Sainte Maxine, que pertenecía a los Loach de Filadelfia y que durante un breve espacio de tiempo había formado parte del mundo de la ópera; la hermana del cónsul, que vestía como una chica a la moda y que durante la guerra había estado comprometida con toda una serie de oficiales norteamericanos, todos los cuales parecían haberle regalado pulseras de celuloide, y una tal señora Marsh, muy pálida ella, a la que antes solía verse en compañía de un hombre alto de aspecto cansado llamado «el Coronel», cuyo apellido no era Marsh, pero por el que ella llevó luto cuando murió, después de explicar —con un poco de retraso— que era primo suyo. Por último, estaba la señora de Fred Langly de Albany, contra cuyo marido había una orden de busca y captura en su país por apropiación indebida de fondos y que, tras emerger después de un largo período de reclusión como consecuencia del infortunado episodio, ahora se había transformado en «destacada voluntaria de guerra», mientras que el señor Langly estaba entregado a la composición de poemas patrióticos, que leía (flanqueado por autoridades civiles y militares) en todas las inauguraciones y conmemoraciones de las tropas aliadas; así que al final de la contienda se había convertido en el bardo oficial de la misma, y su «Gloria eterna al heroico Lafayette» era recitado con lágrimas en los ojos por las mismas viudas y huérfanos que habían sido víctimas de su estafa. Frente a la señora Merriman se sentaba el vicario, con atuendo clerical moteado de blanco y negro y bigote seglar entrecano, que hacía uso de expresiones callejeras con voz de púlpito.

La señora Clephane miró a su alrededor con ojos nuevos. Salvo en los casos de la anfitriona, la mujer del cónsul y la señora Langly, de todas las mujeres presentes se habían dicho «cosas»; incluso al referirse a la señora Parley Plush, los habitantes de más edad (a pesar de que todos asistían a los tés que daba en Villa Mimosa) lo hacían entre sonrisitas e insinuaciones. Y todos sabían las historias de todos, o por lo menos las versiones actuales de las mismas, y fingían desaprobar la conducta de los demás y, sin embargo, ser tolerantes, siguiendo así el ejemplo de la señora Merriman, que se negaba en redondo a escuchar aquellos horrores, y del señor Merriman, cuyo lema era «Hay que pensar siempre lo mejor», hasta que se daba de bruces con lo peor y a continuación decía: «Tengo entendido que todo sucedió hace mucho tiempo».

Para todos ellos la rectoría era el núcleo social. Uno tras otro habían

encontrado el camino que llevaba hasta allí, se habían hecho socios de las organizaciones caritativas de la parroquia, habían enviado frutas y flores a la señora Merriman y habían disimulado los bostezos en las reuniones de la Asociación de Madres y del ropero. Formaba parte del inacabable peaje que tenían que pagar a la ofendida diosa de la Respetabilidad. Y en la rectoría se habían conocido unos a otros, y así, poco a poco, el círculo se había ampliado y se habían evitado más horas de soledad, su enemigo más temido. Kate Clephane se lo sabía todo de memoria: hacía dieciocho años que pisaba aquel terreno. El vicario también lo sabía; cada vez que una mujer de aspecto todavía joven y atractivo, vestida con ropa sencilla pero elegante y perfumada de violetas, solicitaba verlo después del servicio religioso, sabía que había conseguido una nueva recluta. En todos los lugares de moda de la costa Azul aquellas señoras se contaban entre los apoyos más firmes de sus respectivas iglesias. Hasta la más vieja, corpulenta y adusta de su rebaño había tenido su momento: el señor Merriman recordaba lo que su predecesor le había insinuado sobre el pasado de la anciana señora Orbitt, y cómo el recuerdo le había hecho sonreír al ver, aquel primer domingo, a la señora Orbitt plantada en primera fila como una auténtica Débora.

Algunas de las más bellas —o de las que al menos lo fueron— habían, por así decirlo, cambiado de parroquia, como aquella dulce lady de Tracey, que se había unido al redil norteamericano, mientras que la señorita Julia Jettridge, de Nueva York, asistía a los servicios anglicanos. Ambas decían que era porque preferían «la iglesia más próxima», pero el vicario conocía la verdadera razón.

Después llegó la guerra; la guerra que, en aquellos insulsos parajes sureños y para aquellas mujeres errantes y sin raíces, tuvo sobre todo un efecto curativo y de unión. Era espantoso, por supuesto, reconocer incluso ante uno mismo que así era, pero teniendo en cuenta su propia liberación, Kate Clephane sabía que era así como ella y las otras habían visto el conflicto bélico. Habían temblado y llorado, habían trabajado duro y hecho los sacrificios correspondientes; habían renunciado a vestidos y al bridge, a la mantequilla, a los dulces y al alquiler de carruajes; pero mientras tanto, con sigilo, volvían poco a poco a recuperar lo que en tiempos había sido la fortaleza inexpugnable de la posición social: conocían a gente que antes solía rehuirlas, recibían invitaciones de la prefectura y el consulado y de muchas casas de las que antes, con indiferencia fingida, solían decir: «¿Ir yo con esa gente tan deprimente? ¡Ni por todo el dinero del mundo!», porque sabían que no tenían ni la más remota posibilidad de ir allí.

Sí: la guerra les había proporcionado paz, aunque fuese extraño y horrible pensarlo. Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas al mirar alrededor de la mesa y ver todas aquellas máscaras demacradas y empolvadas que en otros tiempos habían resplandecido de juventud e insolencia y placer. Lo único que

ahora querían era lo mismo que quería ella hacía apenas unas horas: que las saludasen con una inclinación cuando captasen la mirada de cierta gente; que las invitasen a una casa aburrida más; que las nombrasen miembros del comité ejecutivo del vicario, y que las dejaran servir el té en las meriendas de la esposa del cónsul.

—¿Dan ustedes su permiso? —preguntó una voz de hombre, y una cabeza noble coronada de plata que remataba un rostro de nariz picuda y suave papada apareció en el umbral.

—Ah, ¡señor Paly! —exclamó la señora Merriman, y añadió en un murmullo para que la oyeran las damas más cercanas—: Es por la música; pensé que sería mejor que viniese hoy.

Todas acogieron con entusiasmo al señor Paly. Que estuviesen solo las mujeres y el párroco sin duda resultaba provinciano. Y el señor Paly tenía un pisillo de lo más encantador en una de las casas antiguas del vieux port, un piso tan diminuto que uno se preguntaba cómo alguien tan corpulento y viril, y a la vez tan lleno de ademanes rápidos y femeninos, se las arreglaba para caber entre todas aquellas baratijas. El señor Paly estrechó la mano de la anfitriona con su suave palma.

—He traído a mi joven amigo Lion Carstairs. No le importa, ¿verdad? Va a ayudarme con el programa.

Pero una simple mirada al señor Carstairs dejó claro que este no tenía la más mínima intención de ayudar a nadie en nada. Tendió dos lánguidos dedos a la señora Merriman, se hundió en una butaca, y dejó que sus párpados de Antinoo se entornasen sobre los profundos y huraños ojos grises.

—Es una autoridad en lo referente a la música siciliana... Ha recopilado canciones folclóricas en Taormina... —susurró el señor Paly, inclinando la cabeza leonina de pobladas cejas y coronilla plateada hacia su vecina para hacerle la confidencia.

—¡Silencio! —ordenó el párroco. Y comenzó la reunión.

Aquella noche en el casino Kate Clephane, si acaso, se sintió más aburrida que en la rectoría. Después de todo, en casa de los Merriman había un ambiente un tanto forzado de amabilidad, de deseos de ayudar y un sentimiento de reverencia ante el recuerdo de la guerra, que tantos beneficios les había proporcionado y cuyos estragos todavía intentaban mitigar dentro de sus limitadas posibilidades.

Mientras que los Betterley...

—¿Qué? ¿Otra lista de limosnas? No, mi querida Kate. ¡No me la enseñes! En la ruina más absoluta, así es como estoy, y Harry igual, ¿verdad Harry? —

gritaba Marcia Betterley, entrechocando sus brazaletes de piedras preciosas, agarrando con fuerza el collar de perlas con una mano, mientras con la otra apretaba el bolsito de platino y diamantes que llevaba en la muñeca y al que, en broma, siempre decía que Kate Clephane le tenía el ojo echado—. Cuidado, Sid, es una salteadora de caminos; te atracaría en tu propia puerta. Tengo para mí que ha sobornado a la policía: si no lo hubiera hecho la habrían apresado hace mucho tiempo... ¿Cómo que la guerra? ¿Qué guerra? ¿Es que hay otra guerra? Ah, ¿esa vieja guerra? Vaya, yo creía que había acabado hace muchísimo tiempo... Nadie que yo conozca la menciona tan siquiera.

—Creo que ya hemos pagado más que suficiente por la guerra —añadió Horace Betterley, alargando una mano hinchada y recargada de anillos hacia la lista de vinos.

—¡Claro que sí! —asintió su esposa.

—Sid, ¿a qué tipo de bebida te apuntas? —Y Sid, un regordete hombre de negocios de Chicago, enrojeció por el esfuerzo de demostrar que era un entendido y que decía el nombre del champán adecuado.

Era extraño, durante el paseo con la señora Minity, en casa de madame Lanska, y también en la rectoría, Kate Clephane había tenido la intención de proclamar sus maravillosas noticias, pero todavía no había pronunciado palabra sobre ellas. En realidad eran demasiado importantes, demasiado preciosas para malgastarlas ante la indiferencia de la señora Minity, demasiado sagradas para revelarlas a los jugadores de bridge y demasiado gloriosas para abrumar con ellas a aquellas pobres mujeres de la rectoría. Y ahora, rodeada de las luces y el estrépito del casino —con Sid y Harry haciéndose guiños, y las esposas de Sid y Harry alargando el cuello para ver a la última cocotte recién llegada, o al joven príncipe del que se contaban historias tan tremendas—, aquí, de todos los sitios posibles, desnudar aquí su secreto, nombrar a su hija: ¿cómo había podido pensar algo semejante?

Solo hacia el final de la larga cena ensordecedora, cuando Marcia y la esposa de Sid empezaron a hacer planes para pasar una semana en Montecarlo y Kate descubrió que a ella la consideraban parte del grupo (como con tanta frecuencia y tan de buena gana lo había sido en ocasiones anteriores), solo entonces la señora Clephane se encontró de pronto poniéndose a la defensiva.

—¿No puedes o no quieres? Venga, Kate, no me vengas con marrullerías —la amenazó Marcia con su perfumado cigarrillo—, confiesa ahora mismo: ¿qué pasa? ¿Qué te traes entre manos esta vez? Es traviesa. ¡Chicas, no somos lo bastante importantes para ella! —Y después, de pronto, ante una seña de Horace, y bajando la voz, aunque no lo suficiente para que el intercambio fuese privado añadió—: Mira, Kate, cariño, por supuesto, ya sabes, como invitada nuestra: claro, por supuesto, naturalmente.

Mientras, al otro lado de la mesa la esposa de Sid decía, arrastrando las palabras:

—Lo que a mí me gustaría saber es a qué otro lugar puede ir uno en esta época.

La señora Clephane la examinó con calma.

—A Nueva York, por lo menos en mi caso.

Todos le gritaron a la vez: «¿A Nueva York?», y de nuevo ella repitió aquellas tres sílabas con calma, rescatándolas de los labios desdeñosos.

—Vaya, ¡en mi vida! Pero ¿a qué? —preguntó Horace desde las profundidades de un vaso acabado de llenar.

La señora Clephane recorrió la mesa con mirada tranquila.

—Asuntos, asuntos familiares —dijo.

—¡Caray! —profirió Horace, y añadió—: Oiga Sid, ¿una gota de fine, para quitarnos el susto? Venga, ¡por el éxito de los asuntos familiares de la dama! —concluyó con un guiño apenas perceptible, vaciando de un trago su copa de champán y reemplazándola por otra enorme de licor con forma de globo en la que un camarero atento ya había servido la cantidad adecuada del fine más costoso.

III

Cuando Kate Clephane se encontraba en cubierta, intentando recorrer con la vista aquella babilónica Nueva York, que parecía tambalearse y avanzar amenazadora en su dirección, sintió el ligero roce de una mano en el brazo.

—¡Anne!

Apenas logró evitar el tono ascendente de la exclamación al pronunciar el nombre; por un momento no estuvo totalmente segura. Después... sí, allí estaba su juventud entera, todo su pasado de mujer casada, en aquel óvalo pequeño y pálido; su mismo pelo, aunque más oscuro, más fuerte; creyó ver asimismo algo de su sonrisa, y la nariz recta y un tanto pronunciada de John Clephane, bajo las terribles cejas de la anciana señora Clephane.

—¡Pero los ojos, los ojos los has elegido tú, cariño mío!

Cogió a la muchacha por los hombros y echó la cabeza un poco hacia atrás: Anne era ligeramente más alta que ella, y el pálido rostro al inclinarse sobre el de su madre semejaba una luna nueva que se vislumbra entre la

bruma.

—¡Qué inteligente de tu parte! ¡Cómo has mejorado nuestra herencia...!

¡Qué cosas tan absurdas se le ocurrían! ¡Cuando pensaba en todo lo que tenía preparado para decirle! ¿Qué iba a opinar de ella su hija? Que era de una frivolidad incurable, sin duda. Bueno, si se detenía a pensar eso estaba perdida... Rodeó a Anne con ambos brazos y depositó un largo beso en la fresca mejilla.

—Mi Anne... Mi pequeña Anne...

Se moría por tener a la muchacha solo para ella, donde pudiese tocar su pelo, acariciarle el rostro, quitarle los guantes de las manos, besarla una y otra vez, y extraer poco a poco de aquella alta figura de negro el cuerpecillo redondo e infantil que durante tanto tiempo no había dejado de sentir apretado contra el suyo, como algo cálido y doloroso, al igual que los mutilados sienten la vida en el miembro amputado.

—Ven, madre: por aquí. Y aquí está el señor Landers —dijo la joven.

No es que su voz fuera cruel ni fría; llegaba amortiguada por una capa tras otra de timidez, embarazo y contención. Después de todo, pensó Kate, era de agradecer que la muchedumbre, el ruido y Fred Landers estuviesen allí para ayudarlas a superar aquellos primeros momentos.

«¡Fred Landers! ¡Mi querido Fred Landers! ¿Eres tú de verdad? ¿Que me hubieses reconocido en cualquier parte? Tonterías. Mira mis canas. Mientras que tú...». Había repetido aquellas palabras tantas veces cuando representaba la escena del encuentro en su imaginación que ahora acudían en tropel a sus labios; pero un impulso contradictorio las detuvo ahí y solo le permitió murmurar: «Fred», mientras depositaba la mano en la de aquel hombre robusto de cabello entrecano, tez violácea y ojos azules entrecerrados que el tiempo había puesto en el lugar del amigo esbelto de miembros gráciles de su juventud.

Landers, también en silencio, se inclinó ante ella; un común instinto parecía haberles hecho comprender a los tres que por el momento no había nada que decir, que simplemente debían permitir que la proximidad realizase su misteriosa labor sin tratar de acelerar el proceso.

Una vez en el automóvil, comenzó la angustia de la señora Clephane. «¿Qué piensan de mí?», era la pregunta que se hacía. Se sentía tan segura, tan a salvo, tan arropada en su compañía, o así se habría sentido si hubiese sido capaz de adivinar la impresión que les estaba causando. Utilizó el plural porque, aunque en aquel momento lo único que le importaba era la opinión de Anne, se había dado cuenta al instante de que, por un tiempo al menos, la

opinión de Anne se vería influida por la de su tutor.

El tono mismo empleado por Fred al decir, mirándolas de frente desde su asiento entre el equipaje apilado: «Esta joven te va a dar mucho trabajo: no me apena en absoluto traspasarle mi carga» demostraba lo bien que aquellos dos se llevaban. Y también la contestación de Anne: «Ahora solo me doy trabajo a mí misma. Estoy en mis propias manos, tío Fred».

Él se había reído y la joven, a su vez, había sonreído. A Kate le hubiese gustado tener a su hija frente a ella para poder ver aquella sonrisa en toda su extensión, y no solo el inicio de un hoyuelo en una mejilla ladeada. Tantas cosas dependían de aquella sonrisa para la madre, de la sonrisa y de la expresión de aquel ceño tan serio. Lo importante era saber hasta qué punto lo primero compensaba lo segundo.

—Sí —reconoció el señor Landers—. Ahora eres libre. Desde hace tres semanas, ¿verdad? Y hasta ahora has hecho un uso bastante adecuado de tu libertad.

Tutor y pupila intercambiaron otra sonrisa, en la cual Kate sintió que tenían la generosidad de incluirla. Después Landers volvió la vista hacia ella.

—Tú no has cambiado lo más mínimo, ¿sabes?

—¡Venga! No digas tonterías. —De nuevo se controló antes de repetir aquella bobada de «mira mis canas»—. Espero seguir siendo siempre la misma para los viejos amigos, al menos tras el primer sobresalto.

—No ha habido ningún sobresalto. Te reconocí al momento desde el muelle.

Anne intervino con su voz tranquila:

—Yo también reconocí a mi madre gracias a una fotografía antigua muy divertida en la que estás con un vestido de mangas abullonadas.

La señora Clephane trató de sonreír.

—Yo no sé, cariño, si te reconocí... Estabas ahí... en mí... donde siempre has estado... —Sintió que la voz se le quebraba y se alegró cuando el señor Landers la interrumpió al decir:

—¿Y qué opinas de nuestra nueva Quinta Avenida?

Aquella tarde se entretuvo contemplando el tramo superior de la calle desde la ventana del saloncito que Anne le había asignado. Sí, Fred Landers estaba en lo cierto, era una Quinta Avenida nueva, completamente nueva. Pero en la casa de Anne no había nada nuevo. Resultaba bastante incongruente que, en aquella ciudad fluida, en la que hasta los edificios más sólidos parecían átomos que, sujetos a las sacudidas y al retumbar de los metros y los trenes

elevados, adquiriesen de continuo nuevas formas, la casa fuese exactamente la misma que cuando pertenecía a Kate: aquel hogar al que veinticuatro años antes la habían traído de recién casada.

Su casa, ya que de ella había sido dueña, aunque nunca había sido suya en el sentido de haber contribuido a su decoración. La vida de John Clephane se regía por una serie de proverbios. Uno de ellos decía que los necios construyen casas para que los hombres sabios las habiten; así que él había comprado la casa de un necio, con muebles incluidos, y tras la boda se había mudado a ella. Pero si era un necio quien había construido aquella casa, Kate a menudo se preguntaba cómo era posible que su marido pensase que la distribución y los muebles respondían exactamente a lo que él habría elegido. John Clephane nunca se cansaba de alardear de ese hecho y, por lo que parecía, no era consciente de las conclusiones tan poco halagadoras que del mismo se extraían; quizá, de haberle insistido, habría dicho que no existía ninguna contradicción, puesto que la casa le había costado al necio mucho construirla y a él, al sabio, muy poco comprarla. Había sido, nunca se cansaba de repetir, una ganga, una ganga auténtica; y, en cierto modo, esa parecía la razón (y tampoco Kate entendía el porqué) de haberlo dejado todo igual, incluso la vidriera con dibujos heráldicos de la escalera y la chimenea jacobina de un salón en el que había hasta tapices de Aubusson... Y aquí estaba todo de nuevo, intacto y sin desgaste alguno; la única diferencia era que ella, Kate, estaba instalada en las habitaciones de invitados del tercer piso (la había llevado hasta allí un pequeño ascensor con forma de cofre), en lugar de ocupar los aposentos del piso de abajo que antaño habían pertenecido a «papá y mamá». Se había dado cuenta del cambio de inmediato, y también de que Anne, al acompañarla arriba, en un principio había pulsado el botón equivocado, el del piso de abajo, y a continuación se había ruborizado al subsanar el error. Era evidente que la muchacha había intuido que su madre preferiría no regresar a aquellas otras habitaciones, y que se hubiese dado cuenta de que ese hecho provocó en Kate una intensa emoción.

—¿No te importa estar aquí arriba, madre?

—Me gusta mucho más, cariño.

—¡Cuánto me alegro! —Anne hacía esfuerzos evidentes por mostrarse expansiva—. Es estupendo: así estaremos las dos en el mismo piso.

—¡Ah! —Kate no sabía cómo decirlo—. ¿Entonces, sigues en las mismas habitaciones de antes?

—Sí: en el antiguo cuarto de los niños. Primero se transformó en aula, después en mi leonera. Una toma cariño a los sitios. Nunca me habría encontrado a gusto en otro lugar. Ven a verlo.

¡Ah, al fin había juventud y renovación en aquella casa madura y deprimente! El cuarto infantil, al haber cambiado de uso, por fuerza había tenido que cambiar de aspecto. Paredes cubiertas de telas japonesas de color oro rojizo, unos cuantos cuadros modernos, libros, una glicinia fresca en un jarrón de porcelana oriental, mesas amplias, butacas espaciosas, extraña ausencia de fotografías y bagatelas personales para tratarse del cuarto de una joven. Sin ser especialmente original, era una habitación sobria, hermosa y cómoda, aunque lejos de ser acogedora. Kate se preguntó: ¿es idea suya, o es esto lo que les gusta a las jóvenes de ahora? Recordó los adornos en blanco y rosa que abarrotaban su alcoba de soltera y se sintió como si un hijo de carácter serio le estuviese mostrando su estudio. El terrier airedale, tendido frente a la chimenea, reforzó esa impresión. No creía que muchas de las jóvenes modernas tuviesen habitaciones así.

—Fue todo idea tuya, ¿verdad? —preguntó casi con timidez.

—No lo sé... sí. El tío Fred me ayudó, por supuesto. Sabe mucho de porcelana oriental. Empecé a llamarle «tío» cuando murió papá —explicó Anne—, porque no hay otra forma de llamar a un tutor, ¿a que no?

En la pared Kate observó una pintura al óleo, tosca pero vívida, de una rama de magnolias. Se aproximó, atraída por la pureza del color.

—Me gusta —dijo.

La mirada de Anne se volvió más profunda.

—¿De verdad? Lo hice yo.

—¿Tú, cariño? No sabía que pintarás. —De repente Kate sintió que se ruborizaba: el abismo de todo lo que desconocía sobre su hija se abrió una vez más ante ella, y solo consiguió murmurar—: Quiero decir, que lo hicieras así de bien. Muestra una gama muy amplia de colores, un trazo muy seguro. Debes de haber trabajado...

La joven se rio, contagiada del azoramiento de su madre.

—Sí, trabajé mucho en él, le tengo mucho aprecio.

Kate suspiró y miró de nuevo el cuadro. Las pocas palabras que habían intercambiado —los tecnicismos que había empleado ella— le habían hecho recordar una época en la que el vocabulario del estudio sonaba sin cesar en sus oídos, y en aquel momento quería alejarse de aquel recuerdo lo más rápidamente posible.

En la pared de enfrente había un sofá de asientos profundos, libros y una lámpara de lectura. Kate se detuvo.

—¡Aquí era donde estaba tu cuna! —Se volvió hacia la chimenea con una

risa temblorosa—. Aún te veo junto al fuego, en tu sillita, con las llamas reflejándose en tu mata de pelo, y tus juguetes delante de ti en el estante. Creías que las brasas eran pájaros rojos atrapados en una jaula y solías tratar de atraerlos a través del guardafuegos con unos pequeños terrones de azúcar.

—¿De verdad hacía yo eso? ¡Qué encanto eres por recordarlo!

La muchacha rodeó a Kate con un brazo. A la madre le pareció que el calor joven que de ella se desprendía hacía desvanecer todo lo demás, y que juntas contemplaban a aquella niña de pelo abundante que jugaba con las brasas desde el otro lado del guardafuegos.

Anne se había ido y la señora Clephane, sola ante la ventana, contemplaba desde la altura la nueva Quinta Avenida. Al pasar por delante de sus ojos cansados y sorprendidos aquel inmenso arroyo de lava formado por el tráfico compacto le daba la impresión de que los edificios se moviesen con los vehículos, igual que un tren estacionado parece estar en movimiento para los viajeros de otro convoy. La fantasía le llevó a imaginar que incluso el pequeño arco de Washington Square pasaba al trote ante ella, a la cabeza de toda una marea de rascacielos procedentes de la parte baja de la ciudad... Presa del agobio y la confusión, alejó de sí aquella imagen inquietante y la sustituyó por la de la antigua Quinta Avenida: la Quinta Avenida todavía intacta de la época de su boda, una arteria rodeada de casas marrones de monótona fealdad partida en dos por el goteo de coches tirados por caballos. Y vio a su suegra, delante de una ventana de ricos cortinajes como aquella ante la que ella se encontraba, contemplando desde la altura el carruaje de muelles de la anciana señora Chiver y los nuevos corceles zainos de la señora Beaufort, y haciendo secos comentarios mentales sobre cuánto tiempo hacía desde que habían importado el carruaje de París, y cuánto habían pagado por los corceles; porque la anciana señora Clephane pertenecía a una generación que todavía contemplaba el mundo desde lo alto de una ventana, al igual que sus antepasados holandeses veían lo que acontecía en la calle reflejado en un espejo de pequeño tamaño.

El contraste entre ambas imágenes era demasiado grande y Kate Clephane sintió que ella tenía mucho más que ver con la escena de antaño. Todos aquellos cambios abrumadores habían tenido lugar, a velocidad de vértigo, en los años de su ausencia, mientras ella había estado viviendo en lugares atrasados, o en capitales europeas inmutables en las que las innovaciones apenas dejaban huella en la inalterable superficie del pasado. Se volvió hacia el interior de la estancia y buscó refugio en los estampados de gran tamaño de aquellas familiares tapicerías de cretona, en los asientos almohadillados, en la textura de la alfombra de lana. Era muy considerado por parte de Anne haberla dejado... A ambas empezaba a agobiarles de nuevo una sensación de obstrucción: los recuerdos acumulados de sus pasados tan distintos habían

obstaculizado las vías que las unían. Era evidente que Anne así lo había sentido, y tras un beso suave se había marchado. «Es perfecta», pensó la madre, un tanto asustada...

Se dijo a sí misma: «Me muero de cansancio», se puso un salto de cama, despidió a la vigilante Aline de su lado y se tendió junto al fuego. Después, en el silencio, al cerrarse la puerta tras la doncella, se dio cuenta de lo inquieta que estaba y de lo imposible que le iba a resultar descansar.

Recorrió con la vista aquel escenario que se había mantenido inmutable y el dormitorio igualmente familiar que quedaba en segundo plano, el mejor cuarto de invitados de antaño. Allí, sobre la cama de matrimonio, colgaba el mismo retrato de Beatrice Cenci con los ojos enrojecidos. Los padres de John Clephane habían sido viajeros en una época en la que todavía la gente al regresar a casa traía consigo copias de los viejos maestros, y una mezcla de instinto ahorrativo y devoción filial había hecho que John Clephane conservase la colección en los rincones más oscuros de la casa. Kate sonrió al pensar en el pintor escogido para presidir el sueño de los visitantes casados (del mismo modo que los monjes de Ribera y los jugadores de Caravaggio presidían los procesos digestivos en el comedor); sonrió como lo había hecho tantas otras veces —aunque ahora sin amargura— ante las incongruencias ingenuas de aquel pasado inocente a la par que inquisitorial. Entonces sus ojos descubrieron la única novedad de la habitación: un teléfono a su lado. ¡Qué ganas de hablar con alguien, de hablar con Fred Landers, ahora mismo! «Hay tantas cosas que desconozco... Estoy completamente a ciegas», murmuró. Consultó la guía con impaciencia, encontró el número y acribilló a la criada de Landers a preguntas. Pero el señor Landers no estaba en casa. La inflexión de la voz de la doncella implicaba: «¿A estas horas?», y una mirada al reloj le reveló a Kate que aquel día interminable apenas había alcanzado las primeras horas de la tarde. Por supuesto que no estaba en casa. Pero la doncella añadió: «Siempre está en el despacho hasta las cinco».

¡El despacho! Fred Landers tenía un despacho, ¡todavía lo tenía! Kate recordó que veintidós años atrás, después de comer con ellos, siempre solía mirar el reloj y decir: «Hora de volver al despacho». Y tenía una posición acomodada, siempre la había tenido. No tenía necesidad alguna de trabajar, ¡pues claro que no! ¿A qué diablos se dedicaba en ese lugar? ¿Qué resultados —pecuniarios o de otra clase— podía mostrar tras un cuarto de siglo de seguir un «horario normal»? Recordó que su profesión era la abogacía. En aquellos días remotos la mayoría de las amistades masculinas de una eran abogados. Pero no creía que Fred hubiese actuado jamás ante un tribunal: la gente le consultaba sus inversiones, se encargaba de gestionar patrimonios. Lo más probable era que en los últimos años se hubiese encargado del de Anne; sin duda era uno de los albaceas testamentarios de John Clephane, y también de la

anciana señora Clephane. Era fácil imaginarlo muy versado en la redacción e interpretación de los testamentos: siempre, con aquella manera de hablar suya, seca y balbuceante, había disfrutado con las sutilezas del lenguaje. Kate cayó en la cuenta, siguiendo el hilo de sus pensamientos, que ahora balbuceaba menos, que hablaba sin dar tantos rodeos como antes. Quizá fuese la experiencia, la autoridad, el hecho de que le consultasen y respetasen, lo que había convertido al adusto y desgarrado Fred Landers de antaño en aquel hombre de una pieza que la había recibido en el muelle y se había encargado de localizar su equipaje con tanta eficacia. Claro que sí, estaba segura de que el nuevo Fred Landers podría ayudarla: consejos, eso era lo que ella necesitaba y, sospechaba, lo que a él le gustaba dar.

Llamó al despacho y en menos de un minuto escuchó cómo su voz tranquila le preguntaba qué podía hacer por ella.

—Ven inmediatamente, Fred, tienes que venir.

En respuesta oyó:

—¿Pasa algo?

Y la señora Clephane le contestó con una risa tranquilizadora.

—Nada, es solo que yo... todavía no sé cómo encajar. Hay tantas cosas que necesito que me cuenten. Recuerda que estoy tan poco preparada...

Le dio la impresión de que a través del hilo telefónico le llegaban vibraciones de desaprobación. Quizá no debería haber ido tan lejos por teléfono.

—Anne ha salido —se apresuró a añadir—. Yo me sentía fatigada y me dijo que descansase. Pero no puedo, ¿cómo iba a poder? ¿No podrías venir?

La voz de Fred volvió a sonar sin atropellarse en absoluto al pronunciar las sílabas.

—Nunca salgo del despacho antes de...

—De las cinco, ya lo sé. Pero solo por esta vez...

Hubo una pausa.

—Sí, iré, por supuesto. Pero sabes que no tienes nada por qué preocuparte —añadió pacientemente.

«Se debe de estar diciendo —pensó ella—, esta es la clase de histeria que desquiciaba al pobre John Clephane».

Pero cuando él llegó Kate no tuvo la sensación de que hubiese pensado nada por el estilo. No había ni rastro del «despacho» ni de cualquier otra preocupación en aquella voz agradable cuando le preguntó si no sería mejor

continuar acostada y dejar que se hiciese cargo él de la conversación.

—Sí, quiero que lo hagas. Quiero que me lo cuentes todo. Y antes de nada —hizo una pausa para coger fuerzas—, ¿qué es lo que sabe Anne? —le soltó.

El visitante se había sentado en la butaca de cara a ella. La luz del atardecer iluminaba su rostro grueso y rubicundo, en el que sus ojos pequeños, entre los blancos párpados, parecían sorprendentemente azules. Ante la pregunta la sangre le subió de las mejillas a la frente y se dispersó entre los cabellos entrecanos, peinados con esmero, que coronaban aquella cabeza de sólida estructura.

—No, no trates de averiguarlo, te lo ruego. Yo no lo he hecho —balbuceó.

Kate sintió que aquel rubor de él se reflejaba en sus propias mejillas pálidas, y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Cómo iba a ayudarla si adoptaba aquel tono? Él no le dio tiempo a responder, sino que prosiguió con una voz que se esforzaba por ser jovial.

—Hay que ir hacia delante, no hacia atrás: eso es lo que tienes que hacer. Además, si uno vive con gente joven, ¿no es eso lo natural? Y Anne no es del tipo de personas que escarban y les dan vueltas a las cosas: gracias a Dios, es la salud personificada, en cuerpo y alma. No hace preguntas; nunca lo ha hecho. ¿Por qué iba yo a meterle en la cabeza la idea de que había preguntas que hacer? Su abuela no lo hizo. Esa era su política... y también ha sido la mía. Aunque no siempre la anciana señora y yo estábamos de acuerdo, en eso sí lo estuvimos. —Se puso en pie y se apoyó en la chimenea, recorrió con la mirada el reloj piramidal de bronce sobre el que una musa envuelta en ropajes y adornada con un collar etrusco descansaba su lira—. A Anne simplemente se le dio a entender que entre tú y su padre no había armonía, eso es todo. Una joven —continuó con tono azorado— no se hace mayor hoy en día sin ver antes muchos casos parecidos a su alrededor. Que Dios me perdone, pero se están convirtiendo en la regla más que en la excepción. Muchas cosas que a ti a la edad de ella te habrían parecido desconcertantes y misteriosas, a ella probablemente le resulten normales. O por lo menos se comporta como si así fuese.

»Las cosas entre ella y su abuela no siempre resultaron fáciles. La joven tiene talento, ¿sabes?, lo desarrolló pronto. Pinta con inteligencia, y la anciana señora hizo que recibiese instrucción, pero cuando quiso un estudio propio hubo una gran discusión y me pidieron que mediase. La señora Clephane nunca había oído que nadie de la familia tuviese un estudio, y con eso zanjó el asunto. Bueno, pues ahora Anne va a tener su estudio. Y así sucedía con todo. Al final, sin excepción, Anne siempre consigue lo que quiere. Ella, por supuesto, sabía que tú y su abuela no erais precisamente buenas amigas. Tengo la impresión de que intentó verte al poco de morir el padre y de que la anciana

señora le dijo que debía esperar a ser mayor de edad. Ninguna de las dos me lo contó, pero era algo que estaba en el aire. Y Anne esperó. Pero ahora es doblemente libre, y ya ves el primer uso que ha hecho de su libertad. —Se sentía cómodo de nuevo y volvió a tomar asiento con las manos en las rodillas. El dobladillo de los pantalones quedaba demasiado alto por encima de los calcetines arrugados y las solemnes botas de punta cuadrada—. Tengo que decir —añadió sonriendo—, que te telegrafió sin consultar a nadie. Yo solo lo supe cuando me enseñó tu respuesta. Con eso espero que te quede claro —concluyó alegremente—, más que con cualquier otra cosa, cómo es Anne. Lo único que tienes que hacer es aceptarla tal como es, igual que ella hará contigo, y de ahora en adelante vivirás los días más felices de toda tu vida, ya lo verás.

En el fondo de aquellos ojos bondadosos y fraternales que pestañeaban ingenuos Kate vio el terror de un hombre que ha tratado de sobornar al destino una y otra vez con la superchería del optimismo, hasta el punto de que para él se ha convertido en acto reflejo hacer entrega del reloj y la cartera cada vez que la realidad lo asalta.

Kate intercambió una mirada con aquellos ojos en los que el miedo acechaba y a continuación dijo:

—Sí, supongo que tienes razón. Pero no se trata solo de Anne. ¿Qué saben los demás? Tengo derecho a saberlo.

El rostro del hombre se ensombreció de nuevo, aunque no movido por la irritación. Pareció entender que el ruego era razonable y que quería ayudarla, pero, a la vez, daba la sensación de que cada palabra de ella se lo ponía más difícil.

—¿Qué saben? Pues... pues... lo que tenían que saber... solo lo que... —«Lo que tú misma les obligaste a saber», parecía implicar con su tono.

—Que me fui... —él asintió— con otro hombre...

A regañadientes repitió las palabras después de ella.

—Con otro hombre.

—Con Hylton Davies...

—Hylton Davies...

—Y que durante casi dos años viajé con él.

Fred Landers frunció el ceño, pero de inmediato exhaló un suspiro de alivio.

—Bueno, sí, por el extranjero. Y él ya está muerto. —La miró con cautela y añadió—: Es un hombre al que poca gente recuerda.

Pero Kate insistió.

—Y después... —El señor Landers hizo un gesto con la mano para tranquilizarla; su rostro se había despejado—. Y después todos sabemos el tipo de vida que has llevado. Perdona que te lo diga con franqueza, pero el hecho de que llevases una vida tan tranquila todos estos años poco a poco hizo que se produjese un cambio de opinión... Dijo muchísimo a tu favor. Incluso para los parientes de los Clephane... especialmente aquellos que te habían visto de pasada en el extranjero... o que habían oído cosas de ti cuando se encontraban allí. Algunos miembros de la familia discrepaban abiertamente de... de la actitud de John al negarse sistemáticamente a... Sí, hasta los Tresselton y los Drover, sé que hicieron cuanto estaba en sus manos, sobre todo Enid Drover.

A Kate se le aceleró la sangre y sintió que el pulso le latía en las sienes. «Si lloro —pensó—, le daré un gran disgusto», pero fue consciente del calor de las lágrimas al agolpársele en el corazón.

—¿Enid Drover? Jamás sospeché que...

—Pues sí. Así que durante mucho tiempo tuve la esperanza... todos tuvimos la esperanza de que...

Ella comenzó a temblar. ¡Incluso Enid Drover, la hermana de su marido! En su recuerdo el señor y la señora Drover, tanto ella como él, aparecían entre los más intolerantes, los más inflexibles de la tribu de los Clephane. Pero de repente se le ocurrió pensar que si no hubiese sido por el episodio con Chris, tal vez hubiese podido regresar muchos años antes. ¡Qué giros más burlones daba a veces el destino a la vida sencilla de alguien!

—¿Y bien? —preguntó conteniendo la respiración.

Él la miró ahora a los ojos sin la más ligera sombra de inhibición.

—Bueno, ya sabes cómo era John: incapaz de desdecirse de lo que alguna vez había dicho. Una vez había dado con la expresión adecuada para algo, esa expresión lo dominaba. Nunca logró superar aquella primera imagen de ti... de ti en compañía de Davies...

—¿Nunca?

—No. Los años transcurridos no le hicieron variar. Se negaba a escuchar. Todo lo que decía era «El gato escaldado del agua fría huye». Y tras su muerte su madre lo mantuvo. Parecía considerarlo un deber hacia su memoria... Aunque hubiese sido testigo directo de tu vida, día a día, hora a hora... no le habría hecho cambiar. —De nuevo se ruborizó—. Algunos de tus amigos no dejaron de intentarlo... pero no sirvió absolutamente de nada.

Kate Clephane guardó silencio, la mirada fija en el fuego. A partir del tono empleado por su visitante, de sus palabras, de sus reticencias, poco a poco, con

titubeos y con miedo, dedujo un hecho increíble, para él y para toda la familia de su marido —aquel clan inmenso e imperioso— la vida de ella había quedado dividida en dos partes claramente diferenciadas: el breve desliz con Hylton Davies y la larga expiación en solitario. Del tercer episodio, el que para ella era el hecho fundamental de su experiencia, por lo visto no les había llegado ni la más mínima alusión. Era una mujer que en cierta ocasión «había cometido una locura» y que después, tras recuperar su rectitud natural, la había conservado con toda firmeza durante todos los años posteriores. Cuando la verdad se le hizo evidente sintió más miedo que alivio. ¿No estaba actuando bajo engaño al volver a estos parientes que con tanta bondad la perdonaban? ¿Acaso no era posible, o mejor casi seguro, que un hombre como Frederick Landers, si se hubiese enterado de lo de Chris, habría utilizado toda su influencia para disuadir a Anne de llamarla, en lugar de convencerla de todo lo contrario, como manifiestamente había hecho? Y si las cosas eran así, ¿no los estaba cogiendo a todos por sorpresa, abusando en realidad de su buena fe, al hacerse pasar por aquella figura penitente a la que el paso de los años poco a poco había transformado de culpable en víctima? Pero ¿era posible que la aventura con Chris y la vida que había llevado con él hubiesen escapado tan por completo a la atención de todos? El rumor tiene millones de ojos, y aunque ella había mantenido las apariencias con ciertas maneras, casi supersticiosas, las había desafiado imprudentemente con otras, sobre todo hacia el final, cuando el miedo de perder a Chris había acabado con todas sus precauciones. Al llegar a ese punto, de súbito, cayó en la cuenta de cuál era la explicación. Había visto a Chris por primera vez menos de un año antes del estallido de la guerra, y sus últimos meses juntos, los más imprudentes y apasionados, habían quedado oscurecidos, ocultos ante los ojos de todos, por aquel eclipse universal.

Nunca antes lo había visto desde esa perspectiva: para ella la guerra solo había empezado cuando Chris la dejó. Durante los primeros meses del conflicto ella y Chris habían estado en España e Italia, protegidos por la barrera de los Alpes o por la indiferencia de la neutralidad, y la necesidad imperiosa de que Chris no se aburriese, y de que ella no dejase de resultarle entretenida, la había hecho adaptarse al estilo de vida fácil de los balnearios italianos y a la despreocupada animación de Roma, sin tener en absoluto la sensación real de estar viviendo en un mundo alterado. Al su alrededor solo encontraron gente similar: la había alegre, que se negaba a «preocuparse», o discutidora y paradójica, como el propio Chris, que pensaba que su deber de «artistas» o «pensadores» era hacer caso omiso de toda aquella conmoción y barbarie. Solo en 1915 —cuando la actitud de Chris cambió misteriosamente y ella lo descubrió murmurando que después de todo un hombre no podía quedarse al margen mientras mataban a todos sus amigos y a la gente de su edad—, solo entonces se derrumbaron todas aquellas defensas artificiales y la

realidad la alcanzó de lleno. ¿Fue sincero aquel cambio de actitud de él? A menudo, decía que no había cambiado de opinión, pero que había épocas en las que las opiniones no contaban... en las que a un hombre no le quedaba más remedio que actuar. Esa había sido la secreta opinión de ella (puede que desde hacía más tiempo de lo que pensaba); pero en cuanto a Chris, ¿quién podía estar seguro? No importaba a qué se dedicase, pasado un tiempo, inevitablemente, quería hacer algo distinto y encontraba razones convincentes para ello: hasta la guerra podría estar sirviendo como mera excusa para aquella ansia suya. A no ser que... a no ser que la utilizase como pretexto para abandonarla. A no ser que fuese una salida para no estar en su compañía. ¡Ojalá lo hubiese juzgado con más claridad! ¡Ojalá lo hubiese conocido mejor! Pero entre ella y cualquier posibilidad de conocer a Chris siempre, desde un primer momento, se había interpuesto la densa bruma de la pasión, que recubría con un velo su rostro, su tacto, su forma de hablar (de tal manera que ahora, a veces, era incapaz de reproducir aquellas facciones o de recordar aquella voz), oscureciendo cada pliegue y hendidura de su personalidad, cada matiz de sus frases, cada doblez y artimaña de su mente inquieta y de su imaginación caprichosa. A veces, al mirar atrás, pensaba que solo había una señal que había sabido leer con claridad en él, y fue la primera señal de que se estaba cansando de ella. Por mucho que se empeñase en disfrazarla, en apartarla de su vista, en encontrar argumentos en contra, siempre surgía de nuevo la amenaza, leve pero persistente, como esa punzada tenue e intermitente que es el primer anuncio de una enfermedad mortal.

Y de todo esto nadie de los que estaban pendientes de ella al otro lado del mar había tenido la más mínima sospecha. La guerra la había devorado, a ella y todas sus preocupaciones sin importancia, al igual que había engullido a tantos otros millones de seres. Parecía que estaba escrito que, hasta el final, tendría que estar agradecida a la guerra.

Dirigió la mirada de nuevo hacia Fred Landers, cuyo robusto corpachón, plantado ante ella, daba la impresión de haberse convertido en algo lejano e inmaterial. ¿Era posible que él no adivinase nada de aquel mundo abigarrado al que el recuerdo la había devuelto? ¿Y qué pensaría o qué diría Fred si ella alzase el velo y le permitiese penetrar en él?

«Va a odiarme, pero tengo que hacerlo», murmuró. Se incorporó apoyándose en el codo.

—Fred...

La puerta se abrió con suavidad para dar entrada a Anne, con el aire dale pisándole los talones. Entró con ellos la luz invernal y el perfume frío y extraño del anochecer.

—¿Tío Fred? ¡Qué bien que hayas venido! Tenía miedo de haber dejado

sola a mamá demasiado tiempo —dijo la joven, inclinándose hasta alcanzar la mejilla de su madre.

Aquella caricia hizo retornar la sangre al corazón de Kate. Levantó la mirada y los ojos se le llenaron de la imagen de su hija.

Anne quedó un momento inclinada sobre ella, alta, con su abrigo negro, lejana en aquella luz tenue, y a continuación se dejó caer de rodillas junto al sofá.

—¡Pero si estás cansadísima... estás completamente agotada y exhausta! —exclamó, deslizando un brazo protector por la espalda de su madre. En su voz había una nota de reproche e indignación—. Nunca más tienes que cansarte ni que preocuparte de nada, no lo permitiré; ninguno de nosotros lo permitirá. No lo olvides, ahora estoy aquí para cuidarte, y tío Fred también —añadió con alegría.

—Eso es lo que yo le digo: ahora ya no hay nada en el mundo de qué preocuparse —corroboró el señor Landers, levantándose de la silla y dirigiéndose a la puerta con pasos suaves.

—¡Nada, nada, nunca más! Me lo prometes madre, ¿verdad?

Kate Clephane dejó caer la mano sobre aquel hombro joven y fuerte. Tuvo la impresión de que se sumergía en una piscina de paz y olvido como la de Betsaida. Se permitió emerger de sus profundidades lo suficiente para decir:

—Te lo prometo.

IV

Cuando Anne se deshizo del abrazo de su madre, decretó con tono decisivo:

—Y ahora voy a llamar a Aline para que te lleve a la cama. Y enseguida te traerán la cena; consomé, pollo y champán. ¿Te apetece?

—Es exactamente lo que me apetece. Pero ¿por qué no lo comparto abajo contigo?

La joven se mostró firme, con dulzura y casi con obstinación.

—No, cariño: estás agotada. Todavía no te das cuenta, pero pronto lo notarás. Quiero que te quedes ahí tumbada, disfrutando del fuego y del periódico, y que te vayas a dormir lo antes posible.

¿De dónde sacaba su voz fresca y flexible aquel tono tajante? Era —sí, no

cabía la menor duda— el eco de la anciana señora Clephane cuando decía: «Creo que eso debemos darlo por zanjado».

Kate sintió un ligero escalofrío, pero fue solo pasajero. La forma en que la muchacha empleaba su autoridad era tan distinta —como si la anciana señora Clephane hablase en ella desde un plano más suave— y era tan agradable sentirse mandada, que decidiesen por ella, que le dijese lo que necesitaba y lo que era mejor para ella. Durante años Kate Clephane había tenido que darse órdenes a sí misma: obligarse a descansar y a dejar las preocupaciones a un lado, forzarse a comer cuando no tenía hambre, a dormir cuando se sentía completamente despierta. Esa noche, en general, hubiese preferido vestirse y haber bajado para comer una cena tranquila en compañía de su hija y quizá de Fred Landers; tenía miedo del huracán que se desataría en su mente tan pronto como se quedase sola, sin embargo, le apetecía más dejarse mimar de esa manera cariñosa y atolondrada que tienen los jóvenes de mimar a sus mayores. Y además tal vez Anne sentía —y no se equivocaba— que una vez más, por el momento, su madre y ella no tenían más que decirse, que acabar el día así, en tono suave, era preferible a seguir haciendo esfuerzos.

De todas formas, era evidente que Anne no esperaba que se cuestionase su decisión. Aquel tono irrevocable que había en las atenciones de la joven hizo que Kate, cuando se hundía en los almohadones con olor a lavanda, sintiese —ayudada tal vez por el perfume familiar de la ropa de cama bien cuidada— que volvían a atenazarla las viejas ataduras.

A la mañana siguiente la sensación había desaparecido. Ahora solo sentía la novedad, lo extraño que le resultaba todo. Anne, al entrar precedida de una bandeja de desayuno perfectamente dispuesta, anunció que los tíos Hendrik y Enid Drover venían esa noche a cenar con su hijo mayor, Alan, con Lilla Gates (Lilla Gates, recordó Kate era la hija que tenían casada) y con el tío Fred Landers.

—Nadie más, cariño, por esto —dijo la joven y señaló el traje de luto—. Y tú querrás empezar poco a poco, ya lo sé... Tras el cansancio de la travesía, quiero decir —añadió rápidamente para que sus palabras no implicasen que su madre tenía otras razones para rehuir a la gente—. Y nadie más —continuó— aparte de Joe y Nollie. Joe Tresselton, ya sabes, se casó con Nollie Shriner. Sí, una de los Shriners de la calle Catorce, la que antes estuvo casada con Frank Haverford. Se divorció hace dos años y se casó con Joe inmediatamente después.

Dejó caer aquellas palabras con la misma indiferencia que si hubiese dicho: «Se presentó en sociedad hace dos años y se casó con Joe al final del primer año».

—Nollie Tresselton lo es todo para mí —continuó Anne tras una pausa—.

Ya lo verás: ha transformado a Joe. En la familia todos la adoran. Los ha hecho despertar a todos. Hasta la tía Enid, ¿sabes? Y cuando Lilla se metió en problemas...

—¿Lilla? ¿Lilla Gates?

—Sí, ¿no lo sabías? Fue horrible para la tía Enid, sobre todo con las ideas que ella tiene. Lilla se portó horriblemente mal, hasta Nollie lo cree así. Pero Nollie lo arregló lo mejor que pudo... Pero te estoy aburriendo con todos estos cotilleos de la familia. —La joven se paró, con repentino embarazo y después miró por la ventana—. Hace una mañana preciosa y no demasiado fría. ¿Qué te parece si te llevo al parque del Bronx antes de comer, para que veas un poco de lo que Nollie llama nuestra Nueva York? ¿O prefieres tomarte otro día de descanso?

El recorrido bajo aquel aire tan vivo, el espectáculo de la nueva y suntuosa ciudad, de las largas orillas del río Hudson con su impresionante arquitectura y sus imponentes «instituciones», de los cómodos bulevares que conducen a barrios residenciales prósperos y bien cuidados; la perspectiva de la Quinta Avenida, ya de vuelta, extendiéndose interminable hacia el sur, entre fachadas monumentales y escaparates resplandecientes: todo aquello y el tono de la voz de Anne, con sus alusiones inconscientes, con sus revelaciones sobre sí misma y su entorno, tuvieron el mismo efecto que el champán en la cabeza de Kate, hicieron que el mundo a su alrededor girase en una danza vertiginosa que la desafiaba a participar en ella. ¡Aquella forma que todos tenían de guardar luto, por ejemplo! Como Anne era la heredera de su abuela (le explicó), por supuesto no se vestiría de color hasta Pascua, ni iría a la ópera (excepto a la primera sesión) hasta dentro de por lo menos otro mes. ¿No estaba su madre de acuerdo?

—Nollie piensa que es de lo más arcaico asociar la música con el luto, como ella dice, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? Pero sé que a la tía Enid no le gustaría... y ha sido tan buena conmigo. ¿No estás de acuerdo en que es mejor que no vaya?

—Claro que sí, cariño, y creo que tu tía tiene razón.

En su fuero interno, Kate estaba recordando las leyes inexorables que habían regido el luto familiar en aquella Nueva York a la que había llegado de recién casada: tres años cubierta de crespones por un padre o una madre, dos por un hermano o una hermana, al menos doce sólidos meses de negro por un abuelo o una tía, y medio año (completo) por los primos, incluso si se contaban por docenas, como en el caso de los Clephane. En lo referente a la viudedad, se suponía que el luto se medía solo por la intensidad de la pena del superviviente, y se esperaba que durase y se proclamase sin ambages mediante los negros crespones y la reclusión el tiempo que decretase el censor más

intolerante de la familia, a no ser que se estuviese dispuesta a desobedecer abiertamente a todo el clan y a soportar que se le recordara con severidad que su velo era una cuarta más corto que el de la prima Julia, pese a que el luto de aquella era seis meses anterior al suyo. Aunque Kate Clephane había sufrido con las viejas normas, le produjo un ligero rechazo la indiferencia que las había reemplazado. Ella misma, antes de embarcarse, había cambiado las elegantes prendas de color compradas impulsivamente en la costa Azul por unos cuantos vestidos de un discreto tono negro, que, sin caer en la hipocresía de mostrar que llevaba luto por la anciana señora Clephane, hacían que su manera de vestir estuviese en armonía con la de su hija. La pregunta de Anne le hizo alegrarse de haber tomado aquella decisión.

Pronto empezó a ver que aquella nueva tolerancia se aplicaba a todo o, si no era así, ella todavía no había descubierto las nuevas prohibiciones, y a lo largo de todo aquel deslumbrante primer día le pareció estar atravesando un milenio en el que el cordero del placer se había desembarazado del león de las convenciones... Después de todo, esta Nueva York en la que la estaban introduciendo de nuevo, nunca, en ninguna de sus etapas, había sido suya; y esto, que le había hecho más fácil la huida de allí, al dejar tras de sí menos lazos rotos y menos costumbres desarraigadas, ahora, estaba segura, iba a simplificarle la vuelta de la misma forma. Su ausencia, durante todos aquellos años, a los Clephane solo les había importado por la humillación que suponía para su marido; no había habido nadie de su propia familia para lamentar su caída, asumir su defensa, pelear con el clan sobre los aspectos buenos y malos del caso, forzar a la gente a ponerse de una u otra parte y dejar una estela de vagos rencores que revivirían de nuevo con su vuelta. Las tías ancianas y los primos indiferentes que tenía en Meridia —su remota ciudad natal tierra adentro— habían bajado la cabeza ante el escándalo y habían dado gracias a la fortuna porque la gente que visitaban probablemente jamás se enteraría de lo sucedido. Y ahora volvía libre de todos y de todo, más como un político que se reincorpora a su puesto que como un hijo pródigo que vuelve al seno familiar.

Aquella idea era tan rejuvenecedora que estaba casi segura de tener mejor aspecto que nunca (y con menos ayuda de Aline que de costumbre) cuando bajó a reunirse con el clan. La apariencia de Enid Drover puso fin momentáneamente a aquella ilusión. Para su horror, Enid, dieciocho años después, parecía la misma de siempre: la misma boca fruncida, el mismo vocabulario cuidado. Incluso había preservado, hasta extremos sorprendentes, aquel aire suyo de juventud adulta, la tez lisa, el cabello ondulado con simetría y los ojos vacuos que daban a su rostro de nariz pequeña aspecto de estatua. Sin embargo, lo que la cambiaba profundamente era la mera presencia de su hija Lilla, el hecho de que estuviese sentada sonriendo maternalmente a aquella versión insolente y simplificada de sí misma que se encontraba al otro lado de la mesa, a aquella persona de pelo teñido, pestañas también teñidas,

ojos de drogada y jerga ininteligible. Y también el hecho de que su marido, Hendrik Drover —neoyorquino característico de los de antes— aceptase a su vez a la hija proscrita, se riese con su argot, y la recibiese cuando llegó con retraso con el comentario: ¡Cómo vienes esta noche, Lil!

—Es que Lilla después se va de juerga —dijo la esposa de Joe Tresselton riéndose, mientras entrelazaba su brazo delgado y moreno con el blanco y grueso de su prima.

Lilla se rio indolente.

—¿Y tú no?

—No, yo tengo la intención de quedarme y aburrir a la tía Kate hasta las tantas, si me deja.

¡La «tía» Kate! ¡Qué dulce sonaba pronunciado por aquella voz joven y atractiva! No era de sorprender que Anne hubiese hablado de Nollie como lo había hecho. Cualquiera que hubiese sido el pasado de la señora de Joe Tresselton, no había dejado en ella huellas como las que insensibilizaban y empañaban a Lilla. Kate correspondió a la sonrisa de Nollie y se sintió llena de afecto hacia ella. También estaba dispuesta a querer a Joe Tresselton, aunque solo fuese por haber traído a la familia a alguien con tanta vida. Como persona, Joe, en un principio no ofrecía muchos puntos de contacto: era tan exactamente igual a su primo Alan Drover, y a todos los jóvenes oficiales norteamericanos que Kate había visto de permiso en la costa Azul, y a todos los jóvenes que anunciaban camisas o estilográficas o palos de golf en la última página de las revistas norteamericanas. Pero en aquella época Kate llevaba tanto tiempo fuera que, todavía, la poca gente que había conocido siempre estaba a punto de fundirse y formar un «rostro americano» colectivo. Se preguntó si Anne se casaría con un rostro americano, y esperaba aprender a distinguirlos antes de que eso sucediese. Mientras tanto, empezaría a practicar con Joe, quien, sentándose a su lado y luciendo aquella sonrisa colectiva, parecía estar a punto de decir: «¿Se ha fijado en mi camisa Arrow?».

En lugar de eso dijo: «Anne es fantástica, ¿verdad, tía Kate?», y de inmediato adquirió individualidad para la madre de Anne.

Anunciaron la cena, y a la puerta del comedor Kate titubeó asustada, al descubrir que la habitación estaba exactamente igual —en negro y oro, con tapices de imitación y un busto blanco en actitud vigilante colocado en una repisa de mármol rojo— y de nuevo se sintió insegura con respecto a lo que se esperaba de ella. Pero Anne ya la conducía a su antiguo asiento en la cabecera de la mesa, y esperaba que ella indicase a los demás sus sitios. La joven lo hizo sin pronunciar palabra, con solo una mirada y un leve roce. Si era cierto que aquella era una época sin modales, ¡qué milagroso resultaba que Anne

hubiese conservado los suyos!

Y ahora la cena estaba en pleno apogeo, el champán de John Clephane burbujeaba en las copas (lo que más le extrañaba era estar bebiendo el Veuve Clicquot de su marido), Lilla fumaba sin cesar, con ambos codos apoyados en la mesa, y Nollie Tresselton dirigía un intercambio de bromas entre los primos más jóvenes, con el fin, Kate imaginó, de darle a ella, la recién llegada, tiempo para tomarse un respiro y orientarse. Era maravilloso, allí sentada, recordar las viejas «cenas familiares», cuando la sonrisa censora de Enid (Enid, que a la sazón contaba veinte años) parecía tan inaccesible a la compasión como la expresión severa de los labios de la anciana señora Clephane; cuando hasta la madre de Joe Tresselton (aquella gorda e indolente Alethea Tresselton) había seguido a los demás y se había hecho eco de su intransigencia con aquella boca suya que estaba hecha para besar y perdonar, y John Clephane, en el extremo de la mesa, orgulloso de su casa, orgulloso de su vino, orgulloso de su cocinero, todavía medio orgulloso de su esposa, claramente se decía a sí mismo, mientras miraba a aquellos parientes sanos y bien parecidos que estaban a su alrededor: «Después de todo, la sangre tira».

El contraste resultaba aún más curioso porque, después de todo, no había nada capaz de alterar de verdad a gente como los Drover. Enid todavía mostraba su censura con delicadeza, aunque al haberse reducido tanto el ámbito de sus críticas por tener que hacer una excepción tan enorme con su hija, la manera que tenía de encontrar faltas resultaba un tanto distante. Y Hendrik Drover, supuso Kate, se asustaría con tanta facilidad como antaño ante las alusiones a «esas cosas que se hacían en Europa», a pesar de que lo que hacían en su país lo tenía él tan vivo y presente en la persona de Lilla, y en el hecho de que John Tresselton se hubiese casado con una de los Shriner de la calle Catorce, y para colmo divorciada.

Resultaba todo demasiado desconcertante para que una pobre exiliada lo entendiese, por lo que lo único que podía hacer la señora Clephane era sonreír y escuchar, y agradecer que su propio caso quedase tan claramente dentro de los nuevos límites de la indulgencia de aquella gente.

Pero ¿qué opinaban los jóvenes? Sería de lo más interesante averiguarlo. Todos ellos tenían, según sus deducciones, muchísimos más intereses e ideas que los que ella había tenido en su propia juventud —que habían sido más bien escasos—, pero se encontraban tan fragmentados, tan dispersos e interrumpidos tan de continuo por el esfuerzo agotador de los innumerables deportes que aquellos jóvenes practicaban, que a Kate le recordaban a un grupo de entomólogos, que por más que estuviesen equipados con lo último en redes, iban con demasiadas prisas para poder atrapar algún espécimen. Aunque puede que solo fuese una impresión errónea por estar acostumbrada a la mayor lentitud de movimientos de la madurez.

La mirada de Kate se desplazó de Lilla Gates, la más transparente y menos interesante del grupo, a Nollie Shriner (una de aquellos «vulgares» Shriner de la calle Catorce): primero había sido Nollie Shriner, más tarde Nollie Haverford, esposa del puritano Albany Haverford, y ahora era Nollie Tresselton, aunque con aquel rostro de ardilla, aquella tez morena y aquel cuerpecillo delgado todavía parecía una colegiala en el aula. Sí, hasta Nollie parecía tener una prisa enorme; siempre daba la impresión de estar ocupada mentalmente en ordenar, solucionar y organizar las cosas, algo que, según Kate advirtió en ese momento, imprimía de vez en cuando en aquel rostro increíblemente juvenil un aspecto cansado y un aire curiosamente inexpresivo. Kate se preguntó si una tendría alguna vez tiempo de disfrutar de algo con aquel despertador permanente instalado en su interior.

Su mirada continuó el recorrido hasta detenerse en su propia hija. Anne también parecía impaciente, pero su inquietud no alcanzaba el mismo extremo, ni abarcaba tal diversidad de cosas sin relación entre sí. Aunque, tal vez, fuese solo el hecho de ser más alta, más señorial —las palabras pasadas de moda aún resultaban apropiadas para Anne—, lo que le confería aquel aire de muchacho distante. Pero no, era el misterio de sus ojos, aquellos ojos que, como Kate le había dicho, había elegido ella misma en algún olvidado cofre de tesoros ancestrales en el que los demás no habían buscado.

Entre verde oliva y marrón, pero moteados con reflejos dorados, quizá un punto demasiado profundos —el párpado inferior era prolongación suave y lisa de la mejilla, y las negras pestañas estaban distribuidas con igual uniformidad que los penachos en un adorno de plumas peruano—; y por encima de ellos surgían demasiado prominentes, incluso amenazadoras, aunque de vez en cuando se difuminaran y formaran curvas interrogantes para mostrar juvenil sorpresa, las obstinadas cejas de la anciana señora Clephane. ¿Qué auguraban aquellos ojos?

Kate Clephane desvió la mirada, asustada ante aquel enigma, y se dejó absorber por el preocupante hecho de que la única forma de distinguir a los Drover de los Tresselton fuese recordar que las narices de los Drover eran todavía más pequeñas que las de los Tresselton (pero ¿serviría eso de algo si una se encontraba a cualquiera de las dos tribus sin que la otra estuviese presente?). Al volver las damas al salón, le hizo regresar a la realidad el tono lastimero de la voz de Enid Drover que preguntaba:

—Pero, después de todo, ¿por qué no puede ir Anne también?

Las mujeres formaron un círculo inquisidor en torno a la señora Clephane, quien de repente sintió que la examinaban como si esperasen que emitiese un veredicto. Miró hacia Anne confundida, y su hija entrelazó un brazo con el suyo pero se dirigió a la señora Drover.

—¿Que vaya yo con Lilla a la fiesta de cabaret que organiza Madge Glenver? Claro que no hay nada en contra de que lo haga, solo que da la casualidad de que lo que me apetece, al igual que a Nollie, es quedarme esta noche en casa.

La señora Drover dejó escapar un ligero suspiro de alivio, pero su hija, moviendo los hombros con impaciencia y librándolos de aquellos tirantes que se deslizaban con tanta facilidad, rezongó:

—Entonces, ¿por qué no viene también la tía Kate? Acabaréis con ella si os quedáis todas aquí hablando toda la noche.

Nollie Tresselton sonrió:

—¡Me encanta la opinión que tiene Lilla del interés de nuestra conversación!

Lilla se encogió de hombros otra vez.

—No me refiero a vuestra conversación en particular. Es que odio hablar. Solo me gustan los ruidos que no quieren decir nada.

—¿Y eso elimina la conversación? ¿Seguro?

—Bueno, pues entonces odio que la gente se haga la lista; Anne y tú siempre estáis haciéndoos las listas. Vais a dejar a la tía Kate más cansada que si fuese a la fiesta de Madge.

Lilla estaba allí erguida, rubia y corpulenta, con los rasgos de su rostro pequeño e inexpresivo tan parecidos a los de su madre, las líneas de su cuerpo relajado e incitante tan distintas de las honestas curvas de la señora Drover. Sus pintados ojos se posaron con curiosidad en la señora Clephane.

—¿No pensaréis que era así como pasaba el tiempo en Europa, que se quedaba sentada en casa?, ¿verdad? —preguntó a los reunidos con ingenuidad.

Se hizo una pausa violenta. Kate lo arregló diciendo entre risas:

—Vas a pensar que no he hecho nada más que eso si te digo que en mi vida he estado en una fiesta de cabaret.

La mirada de Lilla se hizo más intensa, daba la impresión de que no era capaz de entender aquella declaración.

—Entonces, ¿qué hacías por las noches? —le espetó, tras buscar, por lo visto en vano, una pregunta alternativa.

La señora Drover se ruborizó y tenía el ceño fruncido. Incluso la sonrisa rápida de Nollie Tresselton parecía haberse congelado, pero Kate tuvo la sensación de que salía del atolladero con soltura.

—Con mucha frecuencia me quedaba sentada sola en casa y pensaba en todos vosotros aquí, y en nuestra primera noche, en esta precisa noche.

Vio que Anne se ruborizaba ligeramente y sintió la rápida presión de su brazo. ¡Se habían encontrado de nuevo ella y Anne!

El mayordomo abrió la puerta del salón y anunció con aire solemne:

—Ha llegado un caballero en automóvil a recoger a la señora Gates. Me ha pedido que le diga que se dé prisa, señora, por favor.

—Vaya —dijo Lilla, abalanzándose sobre el bolso y el abanico. Antes de que el mayordomo hubiese terminado la frase ya estaba fuera de la habitación.

La señora Drover, recuperada la tranquilidad, se dejó caer sobre uno de los mullidos sofás de los Clephane, que por suntuoso y plúmbeo estaba a tono con su persona.

—¡Lilla es tan infantil! —dijo con un suspiro. A continuación, respirando con más libertad, se dedicó a hacer preguntas interesándose por el viaje de la señora Clephane. Era evidente que, en lo que a la familia se refiere, la madre de Anne había vuelto a nacer siete días atrás, en la pasarela del transatlántico que la había devuelto a casa. Teniendo eso en cuenta, todos se alegraban de tenerla de vuelta, y la señora Drover declaró que se sentía particularmente agradecida de que la travesía hubiese sido tan tranquila.

V

La tranquilidad, Kate Clephane lo veía claro, iba a marcar la primera etapa de su reembarco por las aguas de la vida. Se dio cuenta de aquella verdad tras la primera velada, al descubrir con sorpresa que la familia se había abstenido de rozar su pasado, no por gazmoñería, ni siquiera por discreción, sino porque ese tipo de reminiscencias eran algo de lo más incómodo, y el camino más fácil era ir hacia delante, no hacia atrás. Estuvo en lo cierto al suponer que sus preguntas acerca de lo que la gente opinaba de su pasado resultaban embarazosas para Landers, pero se había equivocado al interpretar dicho embarazo. Al igual que todo el resto de la gente que la rodeaba, él estaba atrapado en el incontenible fluir de la existencia, que a ella no se le antojaba un río poderoso que se dirige al mar, sino más bien una escalera mecánica que gira sobre sí misma. «Pero todos ellos se creen que es un río...», fue la reflexión que se hizo.

Sin embargo, aquellos pensamientos, apenas cruzaban su mente cansada, desaparecían. Durante aquellos primeros días, tras haberse dado cuenta (sin

tratar de encontrarle explicación) de que ya no necesitaba mantenerse en guardia, de que, por lo tanto, no habría nada que mantener alejado, ni que explicar, ni que disimular, su principal sensación fue de un alivio sin límites. El placer que sintió al dejar que aquella sensación la embargase hizo que se diese cuenta por vez primera de lo cansada que estaba. Era como si aquel estado de relajación fuese algo completamente nuevo para ella: tenía que remontarse muy atrás en la memoria para recobrar una época en la que no se hubiese despertado llena de aprensión, y que no se hubiese quedado dormida sin ensayar nuevas precauciones para el día siguiente. Los primeros años de su matrimonio habían estado dominados por el esfuerzo continuo y vano de adaptarse al punto de vista de su marido, a las normas de su suegra, a todo aquel ritual incomprensible que les servía de parapeto ante la difícil tarea de vivir. A continuación había venido la amargura del primer desencanto y la añoranza constante por estar de nuevo con Anne jugando en el suelo del cuarto de los niños; después, a lo largo de todos los años que siguieron, de los muchos años austeros y solitarios y de los pocos consumidos por su última pasión, la necesidad constante de mantener la vigilancia, de una forma u otra, el esfuerzo por agarrarse a algo que en cualquier momento podía escapársele, ya fuese su «respetabilidad» recuperada con tanto esfuerzo o el amante por el cual había renunciado a ella. Sí, al mirar atrás, se veía siempre con los músculos tensos tras una apariencia de tranquilidad, siempre fingiendo que se sentía libre, y sabedora en secreto de que la cárcel de su matrimonio había sido la libertad en comparación con lo que había elegido en su lugar.

Hasta ahí llegaron sus pensamientos en aquellos primeros días. Se dejó llevar junto con los demás por la corriente del bienestar material, por el torrente de comodidades en el que todos navegaban. Había desdeñado el lujo cuando este suponía la escasez de todo lo demás; ahora que era un complemento de su recobrada paz, empezó a disfrutar de él como el resto, y a sentir que aquella perfección diaria de la bandeja del desayuno, la renovación puntual de las flores en su saloncito, el agua caliente inagotable en su baño, el suave movimiento del automóvil de Anne y las atenciones de su cuerpo de criados eran elementos esenciales de aquella nueva vida.

Por fin podía descansar. Hasta la naturaleza de su sueño cambió. Al despertarse una mañana —no con sobresalto, sino lenta, voluntariamente, tras una noche tranquila, sin soñar, como si hubiese tomado una pócima milagrosa para dormir, se dio cuenta de que durante años ni su descanso había sido reparador. Recordó la incertidumbre y la aprensión que siempre se entremezclaban con sus sueños, los repentinos despertares en medio de la noche con la sensación atroz de no poder escapar al destino, al futuro, al pasado, y la semiconsciencia superficial y turbia del sueño matinal que, cuando por fin emergía de él, la dejaba sin capacidad de acción, vacía de todo goce y esperanza. En aquella época cualquier sonido que rompiese el silencio

de la noche le había resultado irritante, había perforado su sueño como el zumbido insistente de un insecto; ahora los ruidos que la acompañaban al quedarse dormida y al despertar parecían surgir armoniosamente del silencio, y el rumor de la Quinta Avenida a última hora y al amanecer la mecía como si fuese el poderoso y reiterado sonido del mar.

«Esto es paz... esto debe de ser la paz», se repetía a sí misma, como un botánico que se detiene ante una flor desconocida y, al momento, adivina que se trata del raro espécimen que lleva media vida buscando.

Por supuesto que no habría sentido ninguna de aquellas cosas si Anne no hubiese sido como era. Era de la presencia de Anne, de su sonrisa, de su voz, incluso del misterio de sus ojos, de donde fluía aquel bálsamo. Si quedaba en Kate algo de aprensión, era aquel asombro que —casi— sentía al ver lo completa que era Anne. ¿Era posible, humanamente posible, que alguien renunciase a su mejor tesoro y volviese tras casi veinte años para encontrárselo allí, no solo tan extraordinario como lo recordaba, sino maduro y enriquecido, como solo las cosas bellas maduran y se enriquecen con el tiempo? Era como si alguien hubiese colocado una planta delicada bajo su ventana, para poder vigilarla constantemente, y después se hubiese marchado dejándola sin nadie que la vigilase, que la podase, que la regase. ¿Cómo podía alguien esperar otra cosa que no fuese una rama seca, cubierta de polvo, a su vuelta? Pero Anne era real, no se trataba de un espejismo ni de una farsa; al pasar los días e irse acostumbrando madre e hija la una a la otra, Kate sintió que eran dos piezas de un instrumento delicado que encajaban a la perfección, como si nunca las hubiesen separado, como si Anne fuese la otra mitad de su vida, aquella mitad con la que había soñado y que nunca había vivido. Ver cómo Anne la vivía sería casi igual que si lo hiciese ella misma; sería casi mejor, ya que Kate estaría allí con su experiencia y su ternura para tender la mano a su hija y guiarla, para ayudarle a dar forma a la perfección que ella había buscado y no había logrado.

Estos pensamientos le volvieron con particular fuerza a la mente la noche de la reaparición de Anne en la ópera. Durante las semanas transcurridas desde la muerte de la anciana señora Clephane, el palco de la familia había permanecido vacío como muestra de austeridad. Incluso cuando se había alquilado el Teatro de la Ópera para algún acto benéfico, Anne había enviado un cheque pero había declinado ceder el palco. Era de lo más «arcaico», como dijo Nollie Tresselton, pero de algún modo encajaba con Anne, era tan de su «estilo» como aquellas trenzas prietas que le ceñían las sienes. «Después de todo, no es tan fácil tener aspecto escultural, y a mí me gusta ese aire monumental de Anne», concluyó Nollie.

Aquella noche terminaba el período de luto oficial por la anciana señora Clephane, y Anne iba a ir a la ópera con su madre. Había invitado a Joe

Tresselton y a su esposa y a su tutor para que antes de ir compartiesen una cena ligera con ellas. Kate Clephane había subido a vestirse mucho antes de la hora acostumbrada. Era su primera aparición pública también y —como en todas las demás ocasiones de su nueva vida en las que se encontraba con alguna reliquia inesperada de su juventud: un rostro, una voz, una opinión, una estancia en la que los muebles no habían cambiado— se sentía desconcertada, y curiosamente nerviosa, por salir de la misma casa hacia el mismo palco de la ópera. La única diferencia estaba en el medio de transporte: recordó el landó parisino, tirado por caballos zainos de dieciséis palmos de altura y adornados con brillantes arneses plateados, que había esperado a la puerta en los primeros tiempos de su matrimonio. A continuación, le vino una imagen de su forma de arreglarse, de lo complicada que resultaba: la predecesora de Aline le dividía y trenzaba con dedos expertos los generosos mechones de su cabellera y formaba pilas de rizos en las sienes y en la nuca; luego salía corriendo con la bata puesta hacia el cuarto de Anne para darle el último beso, y después volvía rápidamente para vestirse de espléndidos brocados y ponerse la diadema de diamantes, el broche de rubíes con forma de sol, el collar de perlas de tres vueltas. John Clephane era aficionado a las joyas y estaba especialmente orgulloso de las de su mujer, en primer lugar porque las había elegido él y, en segundo lugar, porque era él quien se las había regalado. Kate pensaba a menudo que solo despertaba la admiración de su marido cuando llevaba puestas todas las joyas y, con ironía, recordaba frecuentemente el episodio de la Biblia en el que Esther, con astucia de esposa, se adorna con sus galas regias antes de ir a importunar a Asuero. No había duda de que aumentaba la importancia de Kate Clephane a ojos de su esposo el hecho de que este supiese que cuando ella entraba en el palco no había perlas que aguantasen la comparación con las suyas, aparte de las de la señora Beaufort y de las de la anciana señora Goldmere.

Hacía años que Kate no pensaba en aquellas joyas. El recuerdo la hizo sonreír y también el contraste entre el discreto vestido que Aline le acababa de preparar y aquellos esplendores de antaño. Las joyas, imaginaba, pertenecían ahora a Anne y, puesto que las jóvenes modernas se vestían con igual lujo que sus mayores, sin duda Anne las habría hecho montar de nuevo para su uso personal. La señora Clephane cerró los ojos con una sonrisa de placer al imaginarse a Anne (como todavía no la había visto) con los brazos y los hombros desnudos, y el brillo de las perlas confundiéndose con el de su joven piel. Era una suerte que su hija fuese lo bastante alta para lucir bien las joyas. De ahí la fantasía de la madre se trasladó a la impresión que Anne tenía que producir en la imaginación de los demás, sobre todo en la de los jóvenes. ¿Estaba ya, como solía decirse, «interesada» en alguien? Entre los jóvenes que la señora Clephane había visto, bien de visita en la casa, o en el transcurso de cenas informales celebradas en las casas de los Tresselton, de los Drover y de

otros primos o parientes políticos, no había descubierto ninguno que despertase la atención de su hija. Pero hasta el momento había habido pocas oportunidades: aquel luto, aunque atenuado por la anciana señora Clephane, las aislaba de la sociedad en general, y cuando una joven tan distante como Anne se sintiese atraída, la ley de contrarios podría llevarla a fijarse en alguien desconocido y a quien la proximidad no hubiese restado brillo.

«¿O, tal vez, en un hombre de más edad?», se planteó Kate. Pensó en la forma, en parte filial y en parte femenina, en que trataba a su antiguo tutor, y rechazó la posibilidad de que el viejo e imperturbable Fred resultase atractivo sentimentalmente. Sin embargo, los jóvenes de la generación de Anne, al menos los que su madre había conocido hasta ese momento, parecían curiosamente uniformes e inmaduros, como si hubiesen estado recluidos durante demasiado tiempo en un colegio de ideas puras y etéreas, preparándose eternamente para un mundo en el que sus padres y profesores nunca se decidían a permitirles la entrada... La señora Clephane pensó que Chris, en la época que lo conoció, debía de haber tenido la edad de aquellos atletas hermosos e inexpresivos... y Dios sabe cuántas vidas había agotado ya. Como él mismo decía, cada mañana despertaba como si hubiese heredado una fortuna nueva que, de alguna forma, tenía que «dilapidar» antes de que llegase la noche.

Kate Clephane se enderezó en la silla y se pasó la mano por los ojos. Era la primera vez que había sentido la presencia de Chris de aquella forma inmediata e insistente desde su regreso a Nueva York. Había pensado en él, claro que sí. ¿Cómo podía dirigir tan siquiera una ojeada a su pasado sin verlo a él allí, formando parte de la propia trama? Pero parecía haberse desvanecido en el fondo de aquel pasado: su nueva vida la había liberado de la tortura continuada de su presencia... Se apretó los ojos con las manos como si quisiese deshacer y dispersar aquella imagen que se formaba a traición en su cerebro; a continuación se levantó y entró en la habitación donde, un momento antes, había oído a Aline preparándole el vestido.

La doncella había terminado y se había ido; el dormitorio estaba vacío. Aquel cambio de escena, el mero hecho de pasar de una estancia a otra, la visión del vestido y la capa sobre la cama, y de Beatrice Cenci contemplándolos desde la altura, a través de su eterno lagrimeo, bastaron para hacer que Kate regresase al presente. Se volvió hacia el tocador y descubrió un estuche que habían colocado frente al espejo. Era de madera de ébano y limoncillo, tenía incrustaciones de ágatas y cornalinas, un pesado cierre de plata labrada y, coronando la tapa, un cupido de plata que dirigía su flecha hacia ella.

Kate soltó una ligera carcajada. ¡Qué bien recordaba aquel estuche! No tenía que levantar la tapa para ver las bandejas acolchadas y el forro

almohadillado de satén azul cielo. Era el estuche de joyas de la anciana señora Clephane, que, cuando Kate contrajo matrimonio, aquella señora viuda había entregado a la nuera con todo lo que contenía.

«Me pregunto dónde lo habrá encontrado Anne», pensó Kate divertida al tener ante sí una reliquia más de aquel museo del pasado en que se había convertido la casa de John Clephane. Una pequeña llave colgaba de una de las asas, la introdujo en la cerradura y vio ante sí todas sus joyas. En un trozo de papel Anne había escrito: «Cariño, estas joyas te pertenecen. Por favor, ponte alguna esta noche...».

Al entrar en el palco de la ópera a Kate Clephane le dio la impresión de que las luces de la gran araña central proyectaban su fulgor sobre ella, igual que si estuviese atrapada y encerrada en aquel círculo de luz devoradora. Pero solo duró un momento, después le pareció lo más natural del mundo estar sentada allí al lado de su hija y Nollie Tresselton y el habitual grupo de chalecos blancos detrás de ellas. Después de todo, en esta nueva existencia era Anne la que importaba, no la madre de Anne; al instante, tras la primera impresión, la señora Clephane sintió que desaparecía en el bendito anonimato de la maternidad. Nunca antes había entendido qué expuesta e indefensa había estado su pobre personalidad desprotegida durante todos aquellos años de soledad. Posó los ojos en Anne con ternura renovada, su mirada se cruzó con la de Nollie Tresselton, y las dos se regocijaron con su admiración compartida. «Es que no hay nadie como Anne», se dijeron aquellos cuatro ojos.

Anne se dio la vuelta e interrumpió el silencioso intercambio. Sus ojos también sonreían, y con placer infantil contempló las perlas que colgaban sobre el vestido negro de su madre.

—¿No está preciosa, Nollie?

La joven señora Tresselton se rio.

—Vosotras dos estáis hechas la una para la otra —dijo.

La señora Clephane entornó los párpados un instante, quería bajar un telón entre ella y el movimiento y el resplandor, y conservar en sus ojos la mirada de los de Anne al detenerse en las perlas. El episodio de las joyas había conmovido a la madre de forma extraña. La había acercado a Anne más que un ciento de confidencias o de palabras cariñosas. Mientras Kate estaba allí, sentada en la oscuridad, vio proyectarse sobre la negra pantalla de sus párpados cerrados la imagen de una chiquilla que andaba a traspiés, con pasos vacilantes por una playa azotada por el viento, una curiosa criatura de mejillas encendidas, con arena en el pelo y en los pliegues de las gordezuelas piernecitas, que estrechaba contra el pecho algo que llevaba a su madre. «Es para mamá», dijo, abriendo las rosadas palmas y mostrando una estrella de

mar muerta. Kate vio de nuevo la mirada extasiada de la niña y sintió los latidos del corazón al cogerla en brazos, con estrella y todo, y devorar a besos aquel cuerpecillo rosado y aquel pelo alborotado.

En sí mismas las joyas no eran nada. Si Anne le hubiese entregado un trozo de carbón —u otra estrella de mar muerta— con aquella mirada y aquella intención, el regalo le habría parecido igual de inestimable. Lo más probable es que hubiese resultado imposible transmitirle a Anne lo indiferente que su madre se había vuelto con respecto a las joyas de los Clephane. En su otra vida —en aquella existencia confusa e intermedia que ahora parecía mucho más remota que el día que la niñita le había regalado la estrella de mar—, imaginaba que las joyas debían de haberle agradado como lo había hecho la ropa bonita, o las flores, o cualquier cosa con que alegrarse la vista. Sin embargo, no recordaba haber lamentado nunca la pérdida de las joyas de John Clephane, y ahora le habrían producido repugnancia, casi aversión, si en el entretanto no hubiesen pasado a pertenecer a Anne... Era la joven la que las dotaba de belleza y las hacía exquisitas ante los ojos y el tacto de su madre, como si fuesen parte de la belleza de la hija y expresión de algo que esta no podía transmitir.

De pronto la señora Clephane exclamó para sí: «¡He sido recompensada!». Era una idea extraña, casi blasfema, pero así se le ocurrió. Había sido recompensada por renunciar a su hija; si no lo hubiese hecho, ¿habría conocido un momento como este? En su juventud había sido demasiado inconsciente e impetuosa para ser merecedora de formar y guiar a aquella criatura tan singular, y cuando parecía encaminarse a ciegas hacia la destrucción, la Providencia había salvado lo mejor que en ella había al salvar a Anne. Toda esta gente tan escrupulosa y correcta —Enid y Hendrik Drover, Fred Landers, incluso su peor enemigo, la anciana señora Clephane— se había hecho cargo de la tarea que Kate Clephane había abandonado, y la había llevado a cabo de una forma que ella nunca habría sido capaz. Y Kate siguió el rumbo alocado que el destino le había marcado, y había salido de él sana y salva, para encontrárselos a todos esperando a devolverle a su hija. Era increíble, pero así era. Inclino la cabeza con humildad.

La puerta del palco se abría y cerraba con suavidad, sobre el escenario las voces y los instrumentos se elevaban y enmudecían. No sabía el tiempo que llevaba allí absorta en el recuerdo, pero, de repente, salió del ensimismamiento al oír una voz desconocida junto a ella. Entreabrió los ojos y descubrió a un recién llegado sentado al lado de Anne. Era uno de aquellos jóvenes que frecuentaban la casa: su rostro fresco y poco refinado era tan inexpresivo como un balón; podría haber sido la creación de un fabricante de artículos deportivos.

—... estaba en el palco de allí, pero se ha ido, ha huido. Dijo que era

demasiado tímido para acercarse y hablar contigo. Te doy mi palabra: lo tienes loco por tus huesos, no conseguimos que hablase de otra cosa.

—¿Tímido? —murmuró Anne con ironía.

—Eso es lo que dijo. Dijo que nunca antes se había pirrado por nadie. De todos modos, se ha largado a casa. Dice que no sabe cuándo volverá a Nueva York.

Kate Clephane, que observaba a su hija con los ojos semicerrados, percibió un sutil cambio en su rostro. Anne no se ruborizó: aquella piel de textura uniforme que tenía rara vez mostraba el fluir de la sangre. El perfil delicado se mantuvo inmóvil, inalterable; simplemente cerró los párpados como para impedir que se le escapara una imagen. Era el mismo gesto de su madre, y Kate lo reconoció con sobresalto. Entonces estaba en lo cierto: había alguien efectivamente, alguien a quien Anne solo podía ver si cerraba los ojos. Pero ¿quién era? ¿Por qué había sido demasiado tímido para acercarse al palco? ¿De dónde procedía y adónde había huido?

Kate miró a Nollie Tresselton, preguntándose si ella habría oído el diálogo, pero Nollie estaba en el extremo del palco, inclinada hacia delante, embebida en la música. Joe Tresselton había desaparecido, Landers dormitaba en la parte de atrás. Con un ligero temblor de satisfacción, Kate comprendió que solo ella conocía el secreto de su hija: aunque no tenía nadie que se lo aclarase, al menos no había nadie que lo compartiese con ella, y eso la alegraba. Por primera vez se sintió un poco más cercana a Anne que todos los demás.

«Es extraño —pensó—, siempre he sabido que sería alguien que vendría de lejos». Pero hoy en día en realidad no hay distancias, y con una sonrisa íntima pensó que el fugitivo no tardaría en reaparecer y que su curiosidad se vería satisfecha.

Aquella noche, cuando Anne la siguió hasta su habitación, la señora Clephane abrió el armario donde había dejado el joyero.

—Toma, cariño, escoge algo que quieras que me ponga. Pero quiero que te lleves el resto.

El rostro de la joven se empañó.

—¿Entonces, no quieres quedártelas? ¡Pero si son todas tuyas!

—Aunque lo fuesen, ya no las querría. Pero no lo son, tan solo las tenía bajo mi custodia —hizo una pausa, sonriendo a medias para añadir—: hasta el día de tu boda.

Trató de pronunciar la palabra con ligereza, pero reverberó en el silencio como el sonido de una campanilla de plata.

—¡Cómo que hasta mi boda! Si yo no voy a casarme nunca —dijo Anne, riéndose alegremente y estrechando a su madre entre los brazos.

Era la primera vez que hacía un movimiento tan impulsivo. Kate Clephane, temblando un poco, la estrechó contra sí.

Oír aquel desmentido tan viejo y conocido en boca de su hija hizo que la joven resultase más cercana, menos reservada. «Un día no muy lejano —pensó la madre— me dirá de quién se trata».

VI

Kate Clephane permaneció despierta toda la noche pensando en aquel hombre que había sido demasiado tímido para acercarse al palco.

Su sensación de seguridad, de permanencia, había desaparecido. Ahora se daba cuenta de que había estado basada en la idea de que su vida de allí en adelante iba a continuar siendo igual a la de aquellos dos meses tras su vuelta, que ella y Anne iban a estar siempre una al lado de la otra. La idea era absurda, por supuesto. Si se detenía a analizarla, su mente la rechazaba. Que Anne permaneciese inalterable para el resto de sus días, y sin querer cambiar, era una aspiración inconcebible. Quería para su hija el curso normal de los mortales, no más, pero desde luego tampoco menos. Solo que no quería que se casase aún, al menos hasta que las dos se hubiesen conocido mejor, hasta que Kate hubiese tenido tiempo para situarse en su nueva vida.

Eso se decía a sí misma, pero sabía que lo que sentía no era más que un miedo horroroso al cambio, a más cambios, a verse desarraigada otra vez y abandonada a su propia suerte.

¡No! No se imaginaba viviendo sola en una pequeña casa de Nueva York, dependiendo de los Drover y los Tresselton, y del bueno de Fred Landers, para tener apoyo moral. Estar con Anne, jugar el papel de la madre de Anne —el papel que, ahora veía claro, el destino le tenía reservado—, eso es lo que quería con toda su alma, con aquella alma hambrienta de cariño y cansada del mundo. Ser el trasfondo, la atmósfera de la vida de su hija, depender de Anne y sentir que Anne dependía de ella: esa era la unión más perfecta que jamás había conocido, el único lazo íntimo inasequible al disimulo y la desconfianza. Aquella sensación de paz había logrado que su alma retraída se expandiese como si se estuviese sumergiendo en un baño profundo y cálido.

Ahora esa sensación de descanso se había evaporado. Desde el momento en que había visto los párpados de Anne cerrarse para conservar aquella imagen secreta, la madre supo que se habían terminado los días de

tranquilidad. Puede que la elección de Anne fuese perfecta; era posible que ella, Kate Clephane, viviese el resto de sus días en paz en compañía de Anne y su esposo. Pero la simple posibilidad de un esposo hacía que todo fuese de nuevo impredecible.

La mañana trajo mejores perspectivas. Allí estaba la propia Anne en traje de montar y con el rostro encendido tras el temprano paseo a caballo, que le traía la bandeja del desayuno a su madre, sin el más mínimo rastro de misterio en la mirada límpida. Estaba además la agradable rutina del día, fácil y engañosa: planear y ajustar compromisos, responder a las notas recibidas, enviar invitaciones. Lo cotidiano se adueñó de la señora Clephane con su efecto tranquilizador. «Después de todo —reflexionó—, los chicos jóvenes de hoy en día no huyen de los enamoramientos». Probablemente todo aquello no había sido más que una broma críptica del joven con cara de balón; a lo mejor Nollie, indirectamente, podía aclararle las cosas.

Indirectamente, porque Kate tenía claro que todo lo que averiguase sobre su hija tendría que ser fruto de su propia observación, y no el resultado de interrogar a los demás. La madre no se veía a sí misma capaz de arrogarse ningún derecho sobre su hija ni de ser, bajo aquel techo, otra cosa que una invitada privilegiada. La propia insistencia que ponía Anne en tratarla como la señora de la casa no hacía más que acrecentar la sensación de que no lo era por derecho propio: era como las corteses palabras de un caballero español que pone toda su hacienda a disposición del visitante que acierta a pasar por allí.

No es que hubiese nada en el comportamiento de Anne que indicase algo así, sino que a Kate le parecía algo inherente a la situación. Era absurdo suponer que ni a los ojos de los demás ni mucho menos a los suyos propios, el mero hecho de su vuelta a la casa de John Clephane la invistiese de autoridad, de aquella autoridad que había perdido al abandonarla; jamás se le había pasado por la cabeza comportarse como si así lo creyese. Su labor era, y bien lo sabía, recuperar, poco a poco y con paciencia, de entre todas aquellas cosas a las que había renunciado, la única que en realidad valoraba: el cariño y la confianza de su hija. El cariño, en cierta medida, ya era suyo, ¿podía la confianza resistirse a seguir el mismo camino?

Entretanto, de cualquier forma, solo podía ser la espectadora más entregada, la oyente más discreta; y por el momento ni observaba ni oía nada que explicase aquel temblor íntimo de los párpados de Anne.

En casa de los Tresselton, unas cuantas noches después, había esperado entrever algo, descubrir alguna pista. Nollie había invitado a madre e hija (insistiendo con afecto en la presencia de la madre) a una pequeña fiesta nocturna en la que, puesto que Nollie tenía que ser original en todo, iba a cantar alguien que no era ruso. El matrimonio Tresselton había conseguido dar

un aire fresco y pintoresco a una aburrida casa que desde hacía años pertenecía a la familia, en las proximidades de Washington Square, en la que el establo se había convertido en un estudio y otras estancias habían sufrido transformaciones similares, sin perder demasiado su carácter. Era muy propio de Nollie dar apariencia de estabilidad a aquella decoración moderna, de la misma forma que su moderna actitud conservaba cierto aire tranquilo.

La fiesta era distendida y entretenida, pero hasta Lilla Gates (a quien Nollie siempre incluía en sus invitaciones) se dejó contagiar de la señora de la casa y, vestida con una especie de sobriedad feroz, allí estaba sentada con su belleza tosca y sin lustre, aburrida pero triunfante. Era evidente que, aunque en casa de Nollie no se encontraba en su elemento, por nada del mundo se hubiese perdido la fiesta.

Kate Clephane, mientras la música inmovilizaba a los grupos repartidos por la enorme estancia sombría, se sorprendió inspeccionándolos con intensidad y atención renovadas. Ya no pensaba que ella fuese objeto de curiosidad para ninguno de aquellos jóvenes despreocupados y egocéntricos: había aprendido que una mujer de su edad, por muy notorio que hubiese sido su pasado, y por muchos motivos que hubiese en la actualidad para prestarle atención, está destinada a pasar inadvertida en una sociedad en la que nadie disputa el dominio a los jóvenes. El descubrimiento le había producido un ligero sobresalto, pero después bendijo aquel anonimato que hacía mucho más fácil la observación.

Aunque, ¿qué había allí que observar? Una vez más la monotonía del Rostro Americano la rodeó con su uniformidad inocente. ¡Cuántos parecían necesitarse para formar una sola individualidad! La mayoría de ellos eran como esos kilómetros y kilómetros de paisaje vacío que hay entre dos estaciones de ferrocarril. La señora Clephane de nuevo fue consciente de que se puede ser joven y apuesto, sano y entusiasta y, sin embargo, incapaz de desarrollar una personalidad a partir de estos elementos tan ricos.

Sus pensamientos retornaron a aquellos rostros ajados que habían poblado su vida anterior. Conocía cada pliegue de aquel deterioro, pero ahora por primera vez parecía darse cuenta de que aquel desgaste era fruto de las pasiones y las emociones, con toda carga de egoísmo, con toda su sordidez, y no solo del agua con hielo y la dispepsia.

«Desde que los americanos han dejado de padecer dispepsia —reflexionó—, han perdido la única cosa que les proporcionaba expresión».

Landers se le acercó cuando aquel pensamiento le cruzaba por la mente, y al parecer captó el reflejo del mismo en su sonrisa.

—Me estás mirando como si no me hubieras visto antes. ¿Es que llevo la

corbata torcida? —preguntó, mientras tomaba asiento a su lado.

—No, la corbata es un modelo de rectitud. Como lo es todo lo demás en ti. Por eso te miraba de esa forma. ¡No acabo de acostumbrarme!

Él se ruborizó un poco, como si no tuviese costumbre de que lo sometiesen a un escrutinio tan insistente.

—¿A qué no acabas de acostumbrarte?

—A esta rectitud universal. Sois todos tan juveniles y... mostráis tal equilibrio. Me siento como si estuviese en una galería de obras maestras de mármol.

—Como eso es algo que no se puede aplicar a nuestras facciones, me imagino que lo que intentas es describir nuestra moralidad —dijo con una pequeña mueca.

—No lo sé, ¡ojalá lo supiese! Lo que estoy intentando hacer, por supuesto —añadió con brusquedad y sin reservas—, es adivinar qué pensaría de todos estos chicos jóvenes si fuese Anne.

Se sintió irritada consigo misma por haber dejado escapar aquellas palabras, pero no se arrepentía del todo. Al fin y al cabo, una podía estar segura de que Landers jamás se iría de la lengua, y de que casi siempre la entendería. Su sonrisa demostraba que en esta ocasión así era.

—Naturalmente que lo intentas; todos lo hacemos. Pero por lo que yo sé, nuestra damisela todavía no ha divisado a nadie desde su alto torreón.

Un suspiro de alivio ensanchó el corazón de la madre.

—Pues si tú lo dices, ya que seguro que te enterarías, sobre todo porque cuando aparezca alguien, tendrá que ser visible desde muy lejos.

—Así tendría que ser, sí. Y más teniendo en cuenta que ella no parece tener ninguna prisa —dijo desviando la mirada—, pero no te hagas demasiadas ilusiones —añadió—. Hace mucho tiempo aprendí que en ese tipo de asuntos hay que esperarse solo lo inesperado.

Kate Clephane le dirigió una rápida mirada; en aquel semblante franco aparecía una sombra poco habitual. Recordó que en los viejos tiempos John Clephane siempre había declarado en tono de broma —en un tono que proclamaba que algo así no podía mencionarse más que de broma— que Fred Landers estaba enamorado de ella; y se dijo a sí misma que la lección a la que su viejo amigo se refería era, quizá, la que ella sin quererlo le había enseñado cuando se marchó con otro hombre.

Tenía en la punta de la lengua exclamar: «¡Pero si yo entonces no sabía nada, yo no era nadie! Mi verdadera vida, mi única vida, empezó años más

tarde...», pero se controló sobresaltada. ¿Por qué, en el acto mismo de pensar en su hija, se había desviado de repente y se había puesto a pensar en Chris? Era la primera vez que había tenido que confrontar ambas imágenes, y se sintió como si hubiese cometido una especie de profanación.

Buscó refugio en otro pensamiento que las palabras de Landers le habían sugerido, el pensamiento de que si ella había madurado tarde, lo mismo podría pasarle a Anne. La idea la tranquilizó un poco.

—No, no voy a elaborar ninguna teoría —le dijo en contestación—. Pero lo único que espero es que Anne aguarde hasta que aparezca alguien que esté a la altura de lo que ella va a ser.

—¡Ay, estas madres! —dijo él riéndose, mientras la expresión de su rostro se suavizaba y recuperaba el aire cándido que le era habitual.

La música había terminado. Los grupos pasaban delante de ellos en dirección a las mesitas que estaban preparadas en otra de aquellas originales estancias y Lilla Gates entre ellos, rodeada de jóvenes que reían a carcajadas. Parecía haber atraído a todas las almas gemelas de aquella habitación y en su mirada aletargada había algo provocador. Vaya, ¡otro misterio! Nadie se molestaba en buscarle explicación a Lilla: todo el mundo parecía aceptarla tal como era. No es que importase mucho: Kate sabía lo suficiente de Anne para estar segura de que nunca estaría en peligro de caer bajo la influencia de Lilla. Los peligros que la aguardaban adoptarían una forma más sutil. Pero, por pura curiosidad y como posible explicación del nuevo Estados Unidos, a Kate le hubiese gustado saber por qué la sobrina de su marido —vástago sorprendente de los prudentes Clephane y de los estólidros Drover— había sido elegida en esta sociedad nueva y relajada para ser a la vez objeto de reprobación y de tolerancia. Lilla, por sí misma, no ofrecía interés suficiente para despertar la curiosidad, pero como síntoma podría resultar reveladora. Solo que, también en esta ocasión, Kate tenía la sensación de que, entre todos, era la menos adecuada para hacer preguntas. ¿Qué pasaría si la gente de pronto empezase a hacer preguntas sobre ella? Y puesto que vivía bajo el viejo techo, y al lado de su hija, la mera idea le hizo temblar. Era curioso —y era consciente del hecho— con cuánta rapidez, de qué forma casi inconsciente, había adoptado por fin la actitud que los Clephane durante tanto tiempo habían tratado de forzarla a adoptar: aquella actitud cauta y conservadora.

Su mirada, al seguir a Lilla, se cruzó con la de Fred Landers y este volvió a sonreír, aunque un poco azorado. Al instante ella pensó: «Le gustaría contarme toda la historia, pero no se atreve, porque lo más probable es que empiece como la mía. Y va a ser siempre así: cada vez que yo tenga miedo de preguntar algo, ellos tendrán el mismo miedo a contármelo». Bueno, eso debía de ser lo que la gente llamaba hacer «borrón y cuenta nueva». ¿Es que nadie nunca más

iba a decirle nada sin ponerse en guardia? Sintió una soledad indescriptible.

De camino a casa, el simple roce del brazo de Anne contra el suyo la sacó de su aislamiento. Después de todo, lo único que tenía que hacer era esperar. La nueva vida solo tenía unas semanas de existencia y ya la proximidad de Anne parecía llenarla. ¡Si pudiese mantener a Anne siempre tan cerca!

—¿Te has divertido, madre? ¿Qué te parecemos todos? —preguntó la joven de repente.

—Más generosos de lo que nunca hubiese soñado.

Creyó advertir la mirada de sorpresa de Anne en la oscuridad.

—¡Ah, eso! ¿Y por qué no? Eres tú la que tiene que tratar de ser generosa con nosotros. Supongo que debe de ser difícil distinguirnos unos de otros. En Europa hay más contrastes, imagino. Vi cómo el tío Fred te ayudaba a identificarnos esta noche.

—¿Quieres decir que me sorprendiste observándoos? No voy a negarlo. Deseo tanto no perderme nada... nada que forme parte de tu vida... —La voz le tembló al reconocerlo.

En respuesta sintió un apretón más fuerte.

—¡Mi maravillosa madre! No creo que nunca te pierdas nada. —Fue consciente de que en las palabras de Anne había cierta tensión que reflejaba misteriosamente la que ella sentía—. ¿No es fabuloso que estemos las dos juntas para comentar las cosas? —dijo la joven con alegría.

«¿Qué cosas?», pensó Kate Clephane, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Con su mano sobre la de Anne, se quedó en silencio, sintiendo el temblor del corazón de su hija a su lado.

VII

Todo el mundo notó lo bien que funcionaba, la forma, como decía Fred Landers, en que Anne y ella habían congeniado desde la primera mirada que cruzaron en la cubierta del vapor.

Enid Drover casi se emocionó una noche en la que Kate y ella se encontraban a solas en el salón de los Clephane. Fue tras una de las cenas de «juventud» de Anne, y a los otros invitados, junto con la propia Anne, se los habían llevado con gran alboroto a algún tipo de espectáculo de medianoche.

—Es maravilloso cómo lo has hecho, querida. Mi pobre madre no siempre

encontraba a Anne fácil de llevar, ¿sabes? Pero está completamente fascinada contigo.

Kate sintió que el orgullo la hacía ruborizar.

—Supongo que en parte se debe a la novedad —continuó la señora Drover con su simplicidad cargante—. Puede que eso, en cierto modo, sea una ventaja. —Pero se detuvo, aparentemente pensando que podría estar ofendiendo sin pretenderlo cuando lo que buscaba era complacer—. Anne admira tu belleza tanto, ¿sabes?, y tu delgadez. —Un suspiro escapó de sus profundidades adiposas—. Creo que haber mantenido la figura le da a una mayor influencia sobre las hijas. Al menos una puede seguir llevando la ropa que a ellas les gusta.

Kate sintió una agradable sensación interior de satisfacción. Apenas la rozó la ironía: el hecho de que la juventud y la elasticidad a la que con tanta desesperación se había aferrado hubiese resultado ser una de sus bazas principales en su nueva empresa. Comenzaba a parecer natural que todo desembocase en Anne.

—El asunto ese de montar un estudio, por ejemplo. Anne está tan feliz de que lo apruebes. Por culpa de eso tuvo una pelea con su abuela, pero a mi pobre madre no había quien la hiciese cambiar de opinión. Ella pensaba que la pintura era algo tan sucio. Y, además, ¿cómo iba a poder subir todas esas escaleras?

—Sí, claro. —¡Qué fácil era ser generosa!—. Esas cosas le parecían horribles a la generación de la señora Clephane. Después de todo, no fue mucho antes de su época cuando el doctor Johnson dijo que era poco delicado que una hembra pintase retratos.

La señora Drover dirigió una mirada desconcertada a su cuñada. Su mente rara vez retenía más de una palabra de cada frase, y su respuesta se basaba en la reacción que esa palabra en particular provocaba.

—Hembra —murmuró—, ¿se utiliza otra vez esa palabra? Nunca me pareció bien que se aplicase a las mujeres, ¿y a ti? Supongo que soy un poco anticuada. A la gente joven de hoy en día no le asusta nada, ni siquiera la Biblia.

Nada podía haberle dado a Kate más confianza en su propio éxito que aquella pequeña charla con Enid Drover. Había ido abriéndose paso con tanta paciencia, casi a hurtadillas, entre las defensas y barreras del carácter de su hija, y ya había logrado ocupar la ciudadela.

La inauguración del estudio de Anne reforzó esa convicción. A la señora Clephane no le habían permitido ver el estudio; Anne, Nollie y Joe Tresselton,

durante una semana agotadora, se habían encerrado con clavos y martillos y botes de pintura, haciendo oídos sordos a cualquier pregunta. Por fin, una tarde, las puertas se abrieron y Kate, que venía de la penumbra invernal, se encontró en una gran estancia iluminada a medias, con una única ventana amplia desde la que se divisaba la perspectiva del estuario engalanado y enmarcado por las luces, la silueta fantástica del puente de Brooklyn y, entre ambos, el oscuro bosque de tejados de la ciudad. Todo daba la extraña sensación de ser importante y misterioso en aquella penumbra envolvente, plena de sombras, distancias e invitaciones. Kate se apoyó en la ventana, sorprendida por aquel roce de las alas de la poesía.

Dentro de la habitación, Anne había tenido el buen gusto de permitir que la sensación de espacio se prolongase. Parecía más una gran biblioteca a la espera de los libros que un estudio moderno; como si la joven hubiese medido la distancia entre aquel imponente nocturno y sus propios y tímidos intentos, y hubiese querido que los utensilios de su arte pasasen desapercibidos.

Estaban todos sentados —la señora Clephane, Joe Tresselton y su esposa, y una o dos personas más— en torno a unas tazas de té colocadas en un extremo de una larga mesa de roble, cuando se abrió la puerta y apareció Lilla Gates, el pelo leonado, la mirada fija, cubierta de pieles blancas y con unos enormes pendientes colgándole de las orejas. Con ella entró un olor que era una mezcla de cigarrillos y perfume, y al verla allí, recorriendo la habitación con su mirada malhumorada y despectiva, Kate sintió una oleada de irritación.

«¿Por qué tenemos que sentir siempre pena por Lilla?», se preguntó con revulsión al ver cómo los labios de Anne se posaban en la mejilla malva de su prima.

—Qué agradable que hayas venido, Lilla.

—Bueno, me he perdido una fiesta bárbara por tu culpa —dijo Lilla sin inmutarse. Estaba claro que se enorgullecía de estar perpetuamente invitada, perpetuamente abrumada por un montón de compromisos aburridos. Miró de nuevo a su alrededor y, a continuación, se dejó caer en una butaca.

—Vive Dios que habéis despejado el panorama —comentó. ¿Es que no va a haber más muebles que estos?

—Es que los muebles están todos fuera, y los cuadros también —dijo Anne señalando el amplio ventanal.

—¿Qué, el puente de Brooklyn? ¡Señor! Pero ya entiendo: has dejado esto despejado para bailar. ¡Eres un as, Anne! ¿Puedo traer alguna vez a algunos de mis chicos? ¿Es eso una pianola? —añadió casi echándose encima del piano de cola que estaba en un rincón en sombra—. Me gusta este jardín de infancia —declaró.

Nollie Tresselton dijo entre risas:

—Si venís, Anne no os va a permitir bailar. Todos tendréis que posar para ella durante horas y horas.

—Bueno, entonces posaremos entre baile y baile. ¿No me vas a dar una llave, Anne?

Estaba apoyada en el piano, sorbiendo el cóctel que alguien le había pasado, con la cabeza echada hacia atrás, mientras la luz de una lámpara con pantalla iluminaba aquel cuello de columna y se reflejaba en los brillantes pendientes, que a Kate Clephane le recordaban las antenas venenosas de un insecto gigante. Anne estaba próxima a ella, esbelta, erguida, la pequeña cabeza cubierta de trenzas, las manos sueltas a los lados, de un blanco intenso, destacaban sobre los pliegues rectos y oscuros de su vestido. Para Kate Clephane había algo claramente desagradable en aquella proximidad, y se puso en pie y se acercó al piano.

Cuando se sentó ante él, dejando que sus manos iniciasen los primeros acordes de una melodía recordada a medias, vio que Lilla, con aquel aire suyo vagamente indolente, se acercaba más a Anne, que alargaba la mano para coger la copa vacía. Aquel gesto las aproximó tanto que Lilla, inclinándose ligeramente la cabeza, dejó caer, sin elevar apenas el tono, aunque para Kate fuese audible:

—Ha vuelto otra vez. Me estuvo dando la lata sin cesar para que lo trajese aquí hoy.

De nuevo Kate vio cómo los párpados de su hija se cerraban de golpe; esta vez el gesto estuvo acompañado de un temblor apenas perceptible de la mano que recibía la copa.

—¡Bobadas, Lilla!

—Bueno, ¿y qué diablos quieres que haga yo? No puedo hacer que lo detenga la policía, ¿verdad?

Anne se rio, con esa risa ligera y solo a medias complacida que indica impaciencia y rechazo.

—Puede que tengas que hacerlo —dijo.

En el intervalo, Nollie Tresselton se había acercado y había entrelazado su brazo con el de Lilla.

—Ven, cariño. Hoy no va a haber baile aquí.

Su rostro moreno de facciones pequeñas mostraba aquella actitud vigilante y un poco cansada que a menudo adoptaba cuando se dedicaba a mimar a Lilla. Pero Lilla tenía los pies plantados con firmeza.

—No me moveré hasta que me traigan otro cóctel.

Uno de los jóvenes se apresuró a atenderla, y Anne dirigió su atención a los otros invitados. Minutos más tarde los Tresselton y Lilla se marcharon y, tras ellos, uno a uno, lo hicieron el resto de los invitados, dejando a madre e hija solas en la recobrada tranquilidad de la estancia vacía.

Pero no había tranquilidad en el interior de Kate. Aquel intercambio medio en susurros entre Lilla y Anne había removido en ella todas las viejas aprensiones y había dado origen a otras nuevas. La idea de que su hija fuese una de las confidentes de Lilla despertaba en ella una inquietud difícil de expresar. Pero, cuanto más lo pensaba, menos sabía cómo hacer partícipe a su hija de aquella ansiedad.

«Si supiese exactamente qué grado de intimidad hay entre ellas. Qué es lo que piensa realmente de Lilla».

Por vez primera comprendió qué desconocidos eran los cimientos en los que su camaradería con Anne se sustentaba. ¿Eran sólidos? ¿Resistirían? ¿Lo que Anne sentía por ella era algo más que un repentino entusiasmo juvenil por una mujer agradable de más edad, ese tipo de simpatía que se basa en cosas que una es capaz de enumerar, y sobre las que puede cambiar de opinión, y no en el cariño ciego de la costumbre?

Se levantó, absorta en sus pensamientos, mientras Anne iba de un lado a otro del estudio, recogiendo partituras, enderezando un cuadro aquí y allá.

—Y aquí es donde vas a trabajar...

Anne asintió con alegría.

—Por lo que parece, Lilla espera que lo conviertas en un salón de baile en su beneficio.

—¡Pobre Lilla! No es capaz de ver una habitación nueva sin querer ponerse a bailar el fox-trot en ella. La vida, para ella, allí donde se encuentre, consiste en irse a cualquier otra parte para hacer exactamente lo mismo.

Kate se sintió aliviada: en medio de la lástima había un tono medio despreciativo inconfundible.

—Pues entonces no le des llave —dijo entre risas mientras cogía sus pieles.

Anne se hizo eco de su risa.

—Solo va a haber dos llaves: la tuya y la mía —dijo; y madre e hija bajaron alegremente la empinada escalera.

Después de aquello, los días transcurrieron con esa tranquilidad indefinible

que es producto de la costumbre. Kate Clephane empezaba a sentirse parte de una rutina largamente establecida. Había tratado de organizar su vida de tal forma que encajase con la de Anne sin que hubiese interferencias incómodas. Anne, últimamente, tras su temprano paseo a caballo, iba a diario al estudio y pintaba hasta la hora de comer; a veces, al hacerse los días más largos, volvía a trabajar un par de horas más por la tarde. Cuando no tenía tiempo para salir a montar por la mañana, normalmente iba caminando hasta el estudio, y Kate a veces la acompañaba, o atravesaba el parque para encontrarse con ella a la vuelta. Cuando pintaba por la tarde, Kate en ocasiones pasaba a tomar el té, y al atardecer solían volver juntas a casa a pie. Pero la señora Clephane ponía un cuidado exquisito en no interrumpir las horas de trabajo de su hija; se contenía y no por hacer una exhibición convencional de discreción, sino para demostrar que su propia independencia le importaba demasiado para no respetar la de Anne.

A veces, ahora que se había acostumbrado a esta nueva forma de vida, era consciente en su fuero interno de sentirse un poco sola; había horas en las que la sensación de no ser más que una invitada, en aquella casa en la que debería haber transcurrido su vida, le producía el mismo sentimiento de desarraigo que había sido la maldición de su existencia anterior. No era culpa de Anne; ni era que, en esta nueva vida, cada momento no fuese interesante e incluso lleno de sentido, puesto que podía brindarle la oportunidad de serle útil a Anne, de agradar a Anne, de ir acercándose, de una forma u otra, a Anne. Pero ese mismo sentimiento adquiría una intensidad morbosa ante el hecho de no tener recuerdos en común ni asociaciones compartidas en las que sustentarse. A veces a Kate le asustaba la similitud con aquella otra emoción aislada y devoradora que había sido su amor por Chris. Las cosas podrían haber sido distintas, pensó, si ella hubiese tenido más ocupaciones, o más amigos propios a los que dedicarse. Pero el entorno de Anne, que había sido el de su abuela, todavía funcionaba sin problemas, llevado por su propio impulso, y aunque la joven insistía en que su madre era ahora la señora de la casa, sus funciones consistían en poco más que decidir la cena y hablar de la ropa blanca y las cortinas con el ama de llaves de la anciana señora Clephane.

Por otra parte, en lo que a relaciones sociales se refería, ¿estaba demasiado entregada a su hija para hacer amigos? ¿O era que su vida había sido tan radicalmente distinta de la de sus bulliciosos coetáneos de mediana edad, absortos como estaban en cuestiones locales y domésticas en las que ella no tenía parte? ¿O había pasado de forma demasiado súbita de ser una mujer centrada en sí misma, con un apetito insaciable por los placeres personales, a ser una madre cuyo centro de gravedad estaba en una existencia distinta de la suya?

No lo sabía; únicamente sentía que no tenía tiempo para otra cosa que no

fuese la maternidad, y que debía contentarse con superar de la mejor manera posible los intervalos que quedaban libres. Y, después de todo, tales intervalos no abundaban. Su hija nunca aparecía sin llenar al instante cada resquicio del presente, hasta rebasarlo e inundar el pasado y el futuro, de tal forma que, hasta en los raros momentos en los que la madre se dejaba vencer por el abatimiento, la vida sin Anne, al igual que la vida antes de Anne, se había vuelto algo inconcebible.

Iba dándole vueltas a todo esto por enésima vez una tarde mientras entraba en Central Park para ir al encuentro de Anne y acompañarla de regreso a casa. Los días eran ya mucho más largos; la diferencia de luz, y esa languidez prematura del aire que llega, en Estados Unidos, antes de que la tierra aletargada parezca esperarlo, hicieron que la señora Clephane sintiese que el año había cambiado, que una nueva estación se iniciaba en su nueva vida. Siguió andando con esa vaga sensación de confianza en el futuro que proporcionan los primeros compases de la primavera. Lo peor del camino quedaba atrás; ¡qué fácil y qué suave había sido! Allá donde lo más probable era que hubiese habido fracasos y malentendidos, estaba cada vez más segura de haber acertado y haber salido airosa. Y Anne y ella ya estaban haciendo planes maravillosos para la primavera...

Delante de ella, en un sendero transversal, tuvo la desagradable sorpresa de ver a Lilla Gates. Era imposible confundir aquella figura alta de aire perezoso, aunque se iba alejando lentamente de ella. ¿Lilla en el parque a aquellas horas? Resultaba curioso e improbable. Pero era Lilla; y de inmediato la señora Clephane llegó a una conclusión. «¿A quién espera?».

Quienquiera que fuese no había venido; en el camino que se veía detrás de ella no había nadie. Pasados unos minutos, Lilla aceleró el paso y desapareció tras unos arbustos de siemprevivas en el cruce de los senderos. Kate no esperó a que reapareciese. Era un incidente demasiado insignificante para prestarle atención; después de todo, ¿qué otra cosa podía esperarse de Lilla más que encontrársela merodeando por los lugares más insólitos, en busca de gente reprobable?

No había nada nuevo en aquello, y Kate ni siquiera lamentó no haber tenido la oportunidad de vislumbrar a aquella persona reprobable. Al ir en aumento su confianza en Anne, los asuntos de Lilla habían perdido el poco interés que en su momento habían podido despertar.

Continuó su camino, pero su estado de ánimo había cambiado. La imagen de Lilla vagando por aquel sendero solitario había despertado viejos recuerdos. Le vinieron a la mente encuentros del mismo estilo, pero ¿era su propia figura la que veía alejándose por aquellas perspectivas lejanas? Bueno, si lo era, ¡adiós! No tenía nada en común con aquel espíritu infeliz. Serena, de

mediana edad, respetable y respetada, se alejó de aquel pasado evanescente y siguió su camino por el presente cálido y tangible. Ahora, de un momento a otro, se encontraría con Anne.

Había girado por un amplio paseo que llevaba a una de las entradas al parque desde la Quinta Avenida. Se podía ver un largo trecho por delante; había gente que iba y venía. Pasaron dos mujeres con unos ruidosos niños que iban haciendo carreras delante de ellas, el chico de una sombrerería, silbando, con las cajas colgadas del hombro, un paralítico en su silla de ruedas; a continuación, en dirección a ella, desde la Quinta Avenida, apareció un hombre que hizo ademán de parar, la reconoció, y la saludó quitándose el sombrero.

LIBRO SEGUNDO

VIII

—¡Chris! —exclamó.

Sintió que temblaba de arriba abajo; a continuación, de golpe, misteriosamente, en el acto mismo de pronunciar su nombre, dejó de temblar, y con la sorpresa la invadió la sensación de que lo peor ya había pasado, de que por fin iba a ser libre.

—Vaya, vaya —oyó que él decía, con aquella voz clara y profunda que se volvía aún más profunda y melodiosa siempre que tenía alguna inseguridad interna que enmascarar; y pensó, «ojalá no vuelva a empezar todo cuando él se ría».

Él se rio.

—Me alegro tanto... tanto —repitió, como si lo estuviese explicando; y pese a tener aquella risa en los oídos ella todavía se sentía lúcida e increíblemente lejos de él.

—¿Que te alegras? —dijo, un poco menos segura de sus palabras que de sus pensamientos, y acordándose de cómo, a veces, ante aquella sonrisa, sus palabras solían fragmentarse en pequeñas esquivas carentes de sentido que nunca era capaz de unir de nuevo hasta que él desaparecía.

—De tu buena suerte, quiero decir... Me he enterado, por supuesto.

Y ahora, por vez primera, lo tenía allí delante ruborizándose y

tartamudeando de verdad, como ella misma solía hacer, y tratando de dar coherencia a sus propias palabras fragmentadas. Vaya, se había producido el milagro —hasta descubrió, mientras seguían cara a cara en aquella luz inmisericorde de primavera que tenía el rostro más curtido, que había engordado, que se le habían endurecido las facciones—, como si el Chris de antes estuviese encerrado dentro de este de ahora y ni siquiera estuviera mirándola desde la ventana de su prisión.

—¿Mi buena suerte? —de nuevo repitió sus palabras, mientras la verdad resonaba aún en sus oídos: la verdad de que era libre, libre, libre, de que por fin se había alejado de él hasta una distancia suficiente para verlo y juzgarlo.

Debe de haber sido su mal gusto —el mal gusto que le inducía a hacer comentarios como el que acababa de hacer— lo que desde el mismo principio había notado en él y había tratado de ignorar, incluso cuando lo adoraba de la manera más ciega.

Pero, después de todo, si se sentía tan libre, ¿por qué ser cruel? ¡Ay!, porque aún sentía el mismo terror, solo que había cambiado de lugar. Lo que ahora la aterraba no era pensar en su pasado sino en su futuro. Y no debía permitir que él viese que eso la asustaba. ¿Cuáles habían sido sus últimas palabras? Ah, sí. Le respondió:

—Por supuesto que estoy muy feliz de estar otra vez en casa.

Él bajó la voz para murmurar:

—Y yo estoy feliz por ti.

Sí, ahora lo recordaba; era siempre en momentos de emoción cuando el tacto le fallaba, su sutileza se evaporaba, y parecía estar pronunciando discursos aprendidos de memoria en alguna novela sentimental, de la clase que él ridiculizaba con tanta inteligencia.

Continuaron frente a frente, agotada la inspiración, como si esperasen que el accidente que los había reunido los separase de nuevo.

De repente ella se arriesgó a decir (puesto que era mejor saberlo):

—¿Así que ahora vives en Nueva York?

Movió la cabeza con aire melancólico.

—No tengo esa suerte. Estoy de vuelta en Baltimore de nuevo. He recorrido el círculo completo. Durante un tiempo, después de la guerra, estuve en un periódico de aquí; entrevistando a estrellas de cine y a seguidores del béisbol y a mujeres a favor de la prohibición. Después intenté llevar un Club de Campo. ¡Qué trabajo más horrible! Llevar los libros y arreglar las peleas entre los socios. Ahora Horace Maclew se ha compadecido de mí; soy lo que

supongo que llamarías su secretario privado. Nada de jornadas de ocho horas: me quiere siempre cerca. Solo muy de tarde en tarde puedo escapar.

Ella sintió que su corazón encogido se dilataba. Baltimore no estaba muy lejos, pero sí lo suficiente siempre y cuando hubiese algo que lo retuviese allí. Sabía quién era Horace Maclew, un hombre de edad muy rico, bibliófilo y filántropo, con innumerables intereses municipales y sociales en su propia ciudad, y una gran casa de campo justo en las afueras. No; no era muy probable que el secretario privado de Maclew contase a menudo con vacaciones. Pero ¿durante cuánto tiempo iba a resignarse Chris a aguantar semejante monotonía? Quería ser amable y preguntarle: «¿Y tus cuadros? ¿Sigues escribiendo?», pero no se atrevió. Además, lo más seguro era que hubiese dejado atrás esas dos fases, y no había ninguna necesidad, claro que no, de que ella se preocupase por sus nuevas aficiones, cualesquiera que estas fuesen. Por supuesto que sabía que ambos no tenían otro remedio que quedarse allí, mirándose, hasta que ella hiciese un gesto de despedida, pero ¿qué tono debería emplear? Lo natural (ya que se sentía tan segura y tan tranquila con él) habría sido decir: «La próxima vez que estés en la ciudad tienes que venir a visitarme». Pero, tratándose de Chris, ¿cómo podía una estar segura de que no iba a tomarse una invitación así al pie de la letra? Ahora que había visto que ella no le tenía miedo, lo más seguro era que él tampoco lo tuviese; si le apetecía una buena cena o pasar una tarde en la ópera, era muy probable que la llamase y se lo pidiese.

Y de repente, mientras se demoraban allí, Kate vio, por encima del hombro de él, otra figura que entraba en el parque procedente de la misma dirección: era Anne, con su paso rápido y aquel aire serio y concentrado con el que se movía y que siempre exhibía cuando acababa de abandonar el caballete. Un minuto más y Anne llegaría a la altura de ellos.

La señora Clephane extendió la mano, que durante una fracción de segundo descansó en la de él.

—Bueno, adiós, me alegra saber que tienes un trabajo que debe de ser tan interesante.

—¡Tanto como interesante! —Descartó la idea con un gesto—. Pero me alegro de verte —añadió—; solo de verte —con un sutil cambio en el énfasis, hizo una pausa y a continuación arriesgó una sonrisa—. No has envejecido ni un solo día, ¿sabes?

Ella le respondió con otra sonrisa, echando la cabeza hacia atrás:

—¿Por qué iba a hacerlo cuando me siento años más joven?

Gracias a Dios, un grupo de gente que se aproximaba debía de haber impedido que su hija los viese. La señora Clephane se apresuró, queriendo

poner la mayor distancia posible entre ella y la figura en retirada de Chris, antes de llegar a la altura de su hija. Cuando la alcanzó, miró directamente a los ojos de la joven, y vio que todavía estaban ocupados en la contemplación de una imagen interior.

—¡Cariño! —exclamó con alegría—, por tu aspecto veo que has tenido un buen día de trabajo.

El alma de Anne emergió lentamente hasta la superficie, brillando entre las espesas pestañas.

—Cómo puedes saberlo, me pregunto. Supongo que debes de haber pasado mucho tiempo con alguien que se dedicaba a pintar. Es algo que uno arrastra después consigo durante largo tiempo, vaya a donde vaya.

Enganchó su brazo al de Kate y se dio la vuelta sin oponer resistencia cuando aquella la guio de nuevo en dirección a la Quinta Avenida.

—Aquí en el parque hay mucho polvo y además me apetece llegar pronto a casa. Me gusta la Quinta Avenida cuando encienden las luces —fue la explicación de la señora Clephane.

Toda la noche la pasó despierta en la enorme cama del cuarto de invitados de los Clephane, recordando obsesivamente la imagen de Chris. Mientras estuvieron frente a frente —y tras aquella primera impresión confusa de que él había engordado y tenía el rostro enrojecido— solo lo había visto a través de una nebulosa de miedos y temblores. Incluso después de haberse separado, y cuando venía camino a casa con Anne, con la impresión del encuentro todavía palpitante, él aparecía lejano, casi incorpóreo, menos cercano e insistente que en los recuerdos que de él guardaba. Era como si su presencia real hubiese exorcizado su espíritu. Pero ahora...

No había desaparecido; solo se había quedado aguardando. Aguardando a que ella estuviese a solas en su habitación en aquella casa dormida, en aquella ciudad indiferente. Nunca se había sentido más sola. ¿Quién en el mundo iba a interponerse entre los dos si no había un alma a quien ella pudiese tan siquiera musitar que se había encontrado con él? Estaba allí tendida en la oscuridad mirando con ojos aterrorizados, y allí estaba él erguido, burlándose de ella con su sonrisa: una figura en extraña amalgama, formada a partes iguales por el viejo y el nuevo Chris...

No servía de nada que cerrase los ojos; estaba allí, entre el párpado y el globo ocular. No servía de nada murmurar frases inconexas, intentar hacerlo desaparecer como por ensalmo con el lenguaje de su nueva vida, con alusiones y conjuros desconocidos para él: estaba allí, aguardando. Bueno, pues entonces, se enfrentaría a él ahora, se encargaría de él. Pero ¿cómo? ¿Qué significaba para ella y qué es lo que quería?

Sí: todo se reducía a la pregunta de qué era lo que él quería; siempre había sido así. ¿Cuándo se había planteado tan siquiera la cuestión de lo que quería ella? Chris tomaba lo que le apetecía de la vida, lo agarraba, lo soltaba y seguía adelante: era normal en un artista, le decía. Pero ¿qué podía querer ahora de ella, y por qué se imaginaba que quería algo cuando, por lo que dejaba ver, estaba tan ocupado y no carecía de nada?

Hizo un esfuerzo por centrarse, sintiendo de repente vergüenza de sus propios pensamientos. Por lástima de sí misma le habría gustado volverlo a revestir con el ropaje del antiguo atractivo por muy raído que estuviera; pero si desde el principio debió de tener rotos y desgarros, ahora ya no quedaba tejido sano para cubrirlo por mucho que estirase. No; ya no lo quería; de eso estaba segura. Como el viajero que ha sorteado el abismo, podía asomarse a él y medir la profundidad en la que no había caído. Pero, si eso era así, ¿por qué tenía tanto miedo de él? Si no era más que cuestión de su propia salvaguardia social, el temor cobarde a que se sospechase de su pasado, entonces se avergonzaba más de eso que de haberlo amado. Casi hubiese preferido tener que soportar el dolor de seguir amándolo que ver en lo que los dos se habían convertido, ahora que la marea los había dejado al descubierto. Había sido una cobarde; había actuado forzada y asustada y había sido convencional cuando, desde la posición privilegiada que su nueva seguridad le brindaba, podría tan fácilmente haberse mostrado agradable y generosa. Le entraron ganas de salir corriendo a la calle a buscarlo, de hablar con él como debería haber hablado, de decirle que tenía ganas de salir corriendo a la calle a buscarlo.

¡Pero es que era cobarde! Imaginaba que era aquel elemento indefinible que había en él, aquella diferencia fundamental y profunda que hacía que la proximidad más íntima entre ellos pareciese más un hechizo que una realidad. Ahora entendía que si siempre había tenido miedo de él, era porque nunca había sabido de qué tenía miedo...

¡Si tuviese a alguien con quien poder confesarse, alguien que la hiciese reír para despejar sus temores! ¿Fred Landers? Pero Fred se asustaría en lugar de tranquilizarla. ¿Y los demás, aquella familia amable que la aprobaba? ¿Qué harían más que apartar la vista y rogarle que fuese razonable y se acordase de su hija? Bueno, ¿y su hija, entonces? ¿Y Anne? ¿Habría alguien en el mundo que la comprendiese aparte de Anne?

La opresión de la noche y el silencio, junto con el rumor de sus propios temores, se estaban volviendo insoportables. No podía aguantarlos más. Saltó de la cama, se puso la bata y salió de la habitación. El pasillo estaba vacío y oscuro; solo una luz débil procedente del vestíbulo inferior proyectaba su reflejo en el techo de la escalera. De abajo llegaba el majestuoso tictac del reloj de la entrada que, en el silencio, tenía la estridencia de un aldabonazo.

Se deslizó hasta la puerta de su hija y arrodillándose acercó el oído a la rendija. Por fin, en la quietud, percibió el suave ritmo de la respiración de la joven dormida, y se imaginó a Anne, esbelta e inmóvil, las trenzas de pelo oscuro ordenadas sobre la almohada. La visión hizo que la madre recobrase la cordura. Se incorporó, entumecida, y miró a su alrededor con ojos aturcidos. De repente aquella luz en la escalera, aquel tictac nocturno, hicieron que de su mente palpitante surgiese otra visión. En un silencio como este, antes de los primeros sonidos fríos del amanecer invernal, había bajado con sigilo estas mismas escaleras, había quitado la cadena de la puerta principal, había abierto uno a uno los cerrojos de John Clephane, y había salido de su casa por última vez. Y ahora, ¿qué se le perdía en ella?, ¿qué hacía con la mano en la puerta de su hija? Se forzó a regresar a su habitación, encendió la luz y se sentó encorvada en la inmensa cama, pasando mecánicamente las páginas de una revista de moda que había cogido de la mesa de la salita. Estaba claro que aquella primavera las faldas iban a ser más estrechas...

IX

—¡Lilla, pero claro, viene por Lilla! —exclamó.

Se incorporó apoyándose en un codo y vio que la lámpara todavía estaba encendida y la revista de modas en el suelo junto a la cama. La noche no había terminado; todavía no se veía la luz gris entre las cortinas. Debía de haber caído en un sueño corto y agitado, en el que la figura de Lilla, expectante y al acecho, al alejarse de ella flotando por un sendero del parque, había aparecido con tal nitidez que la impresión la había despertado.

Lilla y Chris... por supuesto que sí, habían ido al parque para reunirse. ¿Por qué iba a aparecer él por aquella entrada precisamente, justo a aquella hora, a menos que fuese para encontrarse con alguien que, a unos cuantos metros de distancia, despreocupada e indiferente, dejaba tan claro que estaba allí para que alguien se la encontrase?

Aquel descubrimiento hizo que Kate sintiese auténtica náusea física. Se sentó en la cama, se apartó el pelo de la frente húmeda y repitió los dos nombres despacio, como si intentase desentrañar la clave del misterio de aquellas sílabas unidas. Porque había un misterio; ahora estaba segura. Gente como Lilla Gates y Chris no se dedica a deambular por Central Park en aquella hora secreta en la que el anochecer invernal comienza a borrar los contornos de los senderos. Cada momento de sus vidas erráticas estaba delimitado, repleto de propósitos inútiles. Kate había sido testigo de ello durante su asociación forzosa con los haraganes de una decena de balnearios, al verse

obligada a participar aburrida en aquella inactividad.

¡Y cómo aquella pista, ahora que la había descubierto, lo explicaba todo! Explicaba, en primer lugar, por qué Chris, siempre al quite, siempre lleno de recursos, había estado tan cohibido y entrecortado cuando se habían encontrado. ¿Por qué no había pensado antes en eso? Ahora veía que si ella le tenía miedo, él le tenía a ella mil veces más. ¿Y cómo había podido imaginar que, a un hombre como Chris, el mero hecho de tropezarse con una amante desechada lo iba a dejar desconcertado, o le iba a resultar desagradable? ¿Quién mejor que él para saber cómo arreglárselas ante esta clase de imprevistos? Su pasado debía de estar sembrado de precedentes. Al dejar que la memoria volviese atrás, a la época en que estuvieron juntos, recordó que un día, cuando visitaban la Villa de Adriano, se habían encontrado con una mujer, una tal señora de... ¡Había olvidado hasta el nombre! Ella y Chris paseaban por el lugar abrazados —porque la temporada turística había terminado y, además, les importaba tan poco que alguien los viese— entre las ricas ruinas engalanadas, todo perfume y encanto; y de pronto, en su camino, había aparecido una figura solitaria, la figura de una mujer joven, bonita, bien vestida, de rostro melancólico y ávido. A poca distancia de ella estaba un caballero corpulento y ya mayor, que llevaba anteojos azules y abrigo, y que ahuecaba la mano sobre el oído sordo mientras un guía le daba a gritos explicaciones arqueológicas con áspero acento alemán y Chris había exclamado: «¡Anda! Si son fulano y mengana de tal»; luego había avanzado con la mano extendida, había presentado a las dos mujeres, y había derramado sobre la melancólica recién llegada un torrente de palabras alegres, llenas de insinuaciones, medio en broma, medio con cariño; y lo había hecho con tanta naturalidad, con tanta despreocupación como si durante todo el tiempo los grandes ojos de ella no hubiesen estado suplicándole, suplicándole que recordase.

Y después, más tarde, cuando Kate le había dicho: «Pero ¿no era esa la mujer de la que me hablaste una vez, aquella que era tan tremendamente desgraciada que quería huir contigo?», él se había limitado a responder: «Si mal no recuerdo no era conmigo en particular».

Y ella había estrechado su brazo con más fuerza, pensando qué divertido era, y se había permitido el lujo de sentir pena de la otra mujer.

Sí, ese era el verdadero Chris; siempre a punto, relajado y sin complicaciones. Aquella aparición balbuceante y llena de evasivas de Central Park no se parecía en absoluto a aquel Chris; Kate supo instintivamente que lo que le había perturbado de aquella manera no era haberse encontrado con ella, sino el hecho de que, por alguna razón, aquel encuentro podía entorpecer sus planes. Pero ¿qué planes? Claro, sus planes con Lilla, que necesariamente le llevarían a entrar en contacto con el clan, puesto que este la respaldaba con

tanta decisión, y entonces quedaría expuesto a... ¿A qué? ¿A que Kate lo traicionase? Por un momento la idea casi le hizo reír.

Porque, después de todo, ¿qué podía hacer ella para herirle? Y, cualesquiera que fuesen sus planes, ¿cómo podía tan siquiera imaginar que ella iba a entorpecerlos? Allí recostada, en aquel amanecer deprimente, trató de encontrar la salida de aquel laberinto. Y entonces, de súbito, le vino la idea: ¿no sería que quería casarse con Lilla? Es más, ¿había algo más probable? Era evidente que vivir con su familia y encargarse de las actividades filantrópicas del señor Maclew era una vida que él hubiese descrito como «de perros». A él le gustaba el dinero, como Kate bien sabía, pese a su manera despreocupada; quería tenerlo, pero odiaba ganárselo. Y si se casaba con Lilla habría mucho dinero; ya se encargarían los Drover de que lo hubiese. Kate no podía imaginarse nada que les impulsase a aflojar el bolsillo más que la posibilidad de «colocar» a Lilla, y de librarse de la amenaza constante, provocada por sus erráticas fantasías, que se cernía sobre la cabeza tan bien peinada de su madre. Chris, por supuesto, era demasiado inteligente para no haberlo visto y no haber extraído las oportunas conclusiones. Si Lilla hubiese sido fea y sin estilo, ni siquiera se le habría pasado por la imaginación; Kate le hizo esa concesión. Si el dinero le gustaba, le gustaba con largueza y señorío, y solo como una entre tantas cosas que resulta cómodo, aunque no imprescindible, tener. Él nunca haría nada rastrero por dinero; pero, al fin y al cabo, no había nada rastrero en casarse con Lilla si le gustaba su físico y le divertía su charla, como probablemente ocurría. Había un lado en Chris, el lado que Kate Clephane menos había explorado, y el que menos entendía, que era posible que encontrase su complemento en Lilla...

Los doloridos ojos de Kate continuaron escudriñando el futuro. Si ese era realmente el plan de Chris, cómo no iba a tenerle miedo. Porque él también la conocía, la conocía mucho mejor que ella a él, y no tardaría en imaginarse que, por mucho que Kate quisiese ocultar su pasado en común, no dudaría un momento si tuviese que elegir entre revelarlo y cumplir con lo que ella consideraba su deber. Su deber, ¡cómo solía reírse Chris de esas palabras! Le decía que ella había escapado de sus verdaderos deberes solo para tener el placer de inventarse otros nuevos, y que para ella no dejaban de ser deberes por el mero hecho de plantearse como retos. Era una de las paradojas que más le divertían: la imagen de ella escapando de su conciencia y tropezándose siempre de nuevo con ella en el camino, apenas disimulada por el manto de audacia con el que la había disfrazado.

Sí, estaba claro que, al instante, él se había preguntado qué iba a hacer Kate con respecto a Lilla; y esto por sí solo le hizo sentir, con aguda desesperación, que tenía que hacer algo. Y no era que Lilla le importase lo más mínimo, ni que sintiese la más mínima «obligación» de salvarla; pero

tener a Chris en la familia, en el grupo, tener que sonreírle desde el otro lado de la mesa de los Clephane, de la de los Drover, de todas las mesas de la familia, tener que mantener, durante el resto de sus días, la doble apariencia de que él nunca le había gustado demasiado, y de que ahora le gustaba lo suficiente para gratificar el orgullo y no despertar las sospechas de la familia... ¡No! ¡No se imaginaba haciendo semejante cosa! No se equivocaba al tenerle miedo, ni él se equivocaba al tenérselo a ella.

El regreso de la luz del día hizo que sus elucubraciones nocturnas pareciesen absurdas, pero pasaron varios días antes de que se calmara su agitación. Solo cuando comprobó que la vida continuaba a su alrededor sin alteraciones —Anne embebida en la pintura durante largas horas, Lilla entregada a la misma ronda aburrida de placeres, los demás ocupados plácidamente en sus actividades habituales, sin que nadie mencionase el nombre de Chris, ni aparentemente fuese consciente de su existencia—, solo entonces se despejaron aquellas sombras causadas por sus imaginaciones de medianoche.

En una o dos ocasiones, tras recobrar la sensación de seguridad, pensó en dejar caer el nombre de Chris, como por casualidad, en presencia de Fred Landers. Nunca llegó tan lejos, pero un día se las ingenió, al hablar de una colección de libros que acababa de salir al mercado, para mencionar a Horace Maclew.

Se encendió una llama en los ojos de Landers.

—¡Ah, qué libros los suyos! Sus antifonarios italianos probablemente sean los mejores del mundo.

—¿Entonces, lo conoces? ¿Cuánto... o mejor dicho, hace mucho que estuviste en su biblioteca por última vez? —tartamudeó.

Él se lo pensó.

—Uf, años; no he vuelto desde antes de la guerra.

El corazón de Kate se aceleró con esperanza creciente.

—¿Ah, sí? ¿Hace tanto?... Imagino que debe de tener un bibliotecario muy bueno.

—Antes lo tenía, pero el pobre chico murió en la guerra, creo. Eso me recuerda que el otro día oí que estaba buscando a alguien.

—¿Buscando bibliotecario? —Sintió que la voz le temblaba—. ¿Y no secretario privado?

Le pareció ver que Fred se sorprendía.

—No creo, pero la verdad es que no lo recuerdo. Sé que siempre tiene un

montón de escribanos a su servicio; es natural, con tantas cosas como se trae entre manos. ¿Es que sabes de alguien que esté buscando ese tipo de trabajo? Sería una gentileza hacérselo saber a Maclew.

Ella frunció las cejas, fingiendo reflexionar.

—¿Dónde oí de alguien? Tampoco lo recuerdo. Hoy en día una no para de oír hablar de gente que busca algo que hacer.

—Sí; pero de pocos que sepan hacer algo. Y si hay algo que Maclew no soporta es la incompetencia. Tienes que venir conmigo a conocerlo. No es una persona fácil, pero él y yo somos antiguos socios del club Grolier y, de vez en cuando, me deja que lleve a un amigo de visita a su biblioteca. Siempre he prometido que llevaría a Anne, algún día que ella vaya a Washington.

El corazón de Kate dio un vuelco repentino. Aquel «llevar a Anne» reverberó en ella como un toque de campanas que doblan a muerto. ¡Qué inconsciente había sido al sacar el tema! Si no hubiese mencionado el nombre de Horace Maclew, puede que Landers no hubiese pensado nunca más en su biblioteca; o por lo menos en aquella promesa de llevar a Anne a verla. Bien, que le sirviese de lección para morderse la lengua, para dejar que las cosas siguiesen su curso sin temores ni intromisiones. Por suerte, Anne, cada vez más absorbida en sus cuadros, no parecía tener la intención de visitar Washington; nunca había hecho mención de un plan semejante, aparte de decir una vez sin darle mucha importancia: «Ah, las magnolias de Washington... una primavera de estas tengo que ir y pintarlas».

Una primavera de estas... bueno, eso sonaba bien al ser tan indefinido. Y no era probable que Chris se quedase mucho tiempo con Horace Maclew. ¿En dónde se había quedado Chris mucho tiempo? En este momento, Kate Clephane no sabía si horrorizarse o alegrarse de esa falta de estabilidad. No sabía qué pensar de nada, ahora que el pensamiento de Chris se había vuelto a introducir en los ejes bien engrasados de su existencia.

Después, con el paso de los días, recuperó otra vez la confianza hasta que, una tarde que cruzaba el parque camino del estudio, sintió sobresalto y estupor cuando de nuevo divisó a Lilla Gates. Esta vez, la persona a la que presumiblemente había estado esperando se encontraba con ella, y los dos estaban en íntima comunión. El hombre estaba de espaldas, pero su figura, su actitud, le resultaban tan familiares a Kate que se paró en seco, temblando, ante la posibilidad de verle el rostro.

Pero no lo vio. Aquel hombre y la señora Gates se estaban despidiendo. Sus manos se unieron, esperaron una última palabra, y a continuación se separaron, alejándose cada uno de ellos deprisa en una dirección que no era la de Kate. Ella se quedó allí paralizada después de que hubiesen desaparecido,

dudando, pero segura a la vez. Era Chris, ¡pues claro que era Chris! Entonces, venía con frecuencia a Nueva York pese a lo que había dicho sobre lo difícil que le resultaba hacer una escapada. Si había dicho aquello, lo más probable era que no quisiese que la señora Clephane se enterase de sus idas y venidas. Y eso a su vez encajaba con los motivos que ella sospechaba que tenía. Sintió náuseas y permaneció con los labios apretados y la cabeza baja, como si quisiese cerrar sus sentidos ante lo que se avecinaba. Por fin, se sobrepuso y echó de nuevo a andar.

¡Lilla!... ¡Lilla!... ¡Chris y Lilla!

Siguió en dirección norte, por los senderos menos frecuentados del parque. Todavía era temprano, y quería librarse de aquella agitación caminando, antes de encontrarse con Anne en el estudio.

¡Lilla!... ¡Lilla!... ¡Chris y Lilla!

Había que hacer algo, había que decir algo: era imposible que aquella aventura, o lo que fuese, continuase como si nada. Pero ¿acaso tenía ella, Kate Clephane, algún poder para evitarlo? Probablemente no; puede que su intervención no hiciese más que precipitar los acontecimientos. Bueno, por lo menos tenía que saber qué iba a pasar, tenía que descubrir qué sabían los demás...

En lugar de disminuir, su nerviosismo aumentó: sin parar de andar sintió que las lágrimas se deslizaban por su rostro. La vida le había parecido, por fin, tan simple, tan misericordiosa, tan tranquilizadora; y aquí estaban todos los viejos misterios y las viejas duplicidades oprimiéndola de nuevo. Se detuvo, sin aliento, y descubrió que se encontraba en el extremo norte del parque y que las primeras farolas empezaban a iluminar los árboles desnudos. De repente, se adueñó de ella la necesidad de estar con Anne. Quizá si dejaba caer una o dos palabras al azar, podría enterarse de algo por su hija; enterarse por lo menos de si aquella siniestra Lilla la estaba utilizando de confidente, como le había sugerido aquella breve escena en el estudio. Sobre eso, al menos, tenía el derecho como madre, o incluso el deber, de estar informada. No había quedado con Anne aquella tarde, y apuró el paso, temerosa de que su hija ya se hubiese marchado del estudio...

La claridad que se filtraba por el tragaluz de encima de la puerta la tranquilizó. Giró la llave en la cerradura, dejó la capa en el pequeño recibidor de la entrada y abrió de un empujón la puerta que había más allá. El estudio estaba en penumbra iluminado únicamente por la constelación de luces de la ciudad, que colgaban como frutos dorados de un invisible entramado de torres y postes, y por el resplandor rosáceo que salía de la chimenea. El caballete de Anne estaba retirado a un lado, y Anne y otra persona estaban sentadas, una al lado de la otra, en unas sillas bajas cuyas siluetas se dibujaban en la penumbra

frente al fuego. Cuando la señora Clephane cruzó el umbral una voz de hombre decía alegremente:

—Lo que necesito es algo que rime con astrolabio. ¡Tengo que encontrarlo! Y aparentemente no hay nada; al menos nada aparte de sabio. O sea que no habrá poema. Siempre tengo la misma suerte. Encuentro algo... o a alguien... que es justo lo que yo quiero, y entonces...

Kate Clephane se quedó quieta, dejándose envolver por aquella voz. Era la primera vez que oía aquella risa, con aquel tono de confianza, dirigida a unos oídos distintos a los suyos. El sol del sur la abrasó; el aire pareció lleno de flores. Se quedó allí un momento, atrapada en recuerdos asfixiantes; después soltó el pomo de la puerta y avanzó unos pasos hacia el interior de la habitación. Sus tacones resonaron en el suelo desnudo, y los dos que estaban junto al fuego se levantaron y se volvieron hacia ella. Le pareció advertir cierta sorpresa en la mirada de su hija; ¿no había incluso cierto fastidio ante su intrusión?

—Madre, este es el comandante Fenno. Creo que ya lo conoces —dijo la joven.

Chris se adelantó con naturalidad, sin dar muestras del más mínimo embarazo. No había rastro de incomodidad ni en su mirada ni en su voz; miró a la señora Clephane de forma casi fraternal.

—Querida señora Clephane: ¡Algo que rime con astrolabio! —suplicó de aquella manera medio humorística que tenía de atrapar con el lazo de sus propios pensamientos a cualquiera que, desprevenido, se le pusiese a tiro; y a continuación, con una de aquellas transiciones rápidas tan propias de él añadió —: Se me presentó la inesperada oportunidad de venir a Nueva York, alguien me comentó que usted estaba en la ciudad y fui a visitarla. En su casa me dijeron que era probable que estuviese aquí, así que me vine, y la señorita Clephane ha sido de lo más amable al permitirme esperar.

—Temía que no vinieses —añadió la joven mirando a su madre con seriedad.

Pese a que la sangre le bullía en la cabeza, y a la forma en que aquella pequeña mentira de haberse enterado de que ella estaba en la ciudad la había introducido de nuevo en la red de sus antiguas complicidades, la compostura que él mostraba hizo que Kate se tranquilizase. Tras mirarlo, miró hacia Anne y vio que el rostro de esta estaba también sereno.

—Tuve la suerte —añadió Chris—, de conocer a la señorita Clephane cuando volví herido a casa. Se apiadó de mí cuando estaba en el hospital de Long Island, y desde entonces he querido mostrarle mi agradecimiento. Pero mi jefe me tiene muy atado y no puedo escapar muy a menudo.

—Es maravilloso —dijo la joven con su sonrisa serena—, cómo se ha recuperado usted de su cojera.

—Bueno —e hizo uno de sus gestos relajados—, recuperarse de la cojera no es lo más difícil del mundo. Sobre todo con los cuidados que recibí.

Hubo un silencio. Kate hizo un esfuerzo para romperlo, al darse cuenta de que se esperaba que ella hablase, que dijese algo, cualquier cosa; pero tenía una obstrucción en la garganta, como si su voz fuese un espíritu que lucha inútilmente por abrir la losa de su propia tumba.

El visitante hizo el gesto automático de consultar su reloj de pulsera.

—¡Dios mío! No tenía ni idea de que fuese tan tarde. Apenas tengo tiempo de ir corriendo a coger el tren.

Con aire distendido miró hacia la madre y luego hacia la hija; después se volvió de nuevo hacia Kate.

—¿No van a venir a ver la magnífica biblioteca Maclew uno de estos días? Le estaba diciendo a la señorita Clephane...

—El tío Fred hace tiempo que ha prometido llevarme —añadió la joven.

—Entonces, con eso está dicho todo, ¿verdad, señora Clephane? —Esta vez dudó un poco antes del señora, y a continuación lo pronunció sin problemas—. Tan pronto como puedan fijar la fecha, ¿querrán enviarme un cable? ¡Estupendo!

Alargó la mano. Kate depositó en ella la suya; no le importó hacerlo. Era como si hubiese depositado una piedra en la palma de su mano.

—¿Entonces ya está arreglado? —confirmó con tono jovial, mientras estrechaba la mano de Anne; y la puerta se cerró tras él.

—Comandante Fenno —Kate repitió el nombre despacio mientras se volvía hacia el fuego. Nunca había oído hablar de su rango militar—. ¿O sea que resultó herido? —preguntó de repente a su hija.

—En el bosque de Belleau, ¿no lo sabías? Yo creía que sí, ya que recibí una mención de honor. Le concedieron la Legión de Honor y la Medalla al Mérito Militar —en la voz de Anne había un tono vibrante desacostumbrado—. Pero nunca habla de esas cosas; lo único que a él le importa son las cosas que escribe —añadió.

Estaba recogiendo los pinceles, limpiando la paleta con un trapo, realizando todos los últimos gestos habituales con aquella precisión suya característica un tanto pedante. Descubrió algo que no le gustaba en uno de los pinceles y se inclinó sobre la lámpara con él en la mano, arqueando las negras cejas. En aquel momento le recordó a su madre a la anciana señora Clephane;

en cierto sentido, el parecido le supuso un extraño consuelo.

«Si viene por alguien, es por Lilla», pensó la madre, posando la mirada en el perfil joven y severo de su hija; y de nuevo sintió la necesidad de aclarar el misterio. Mirándolo bien, puede que lo más fácil fuese interrogar a Anne, ahora que aquel nombre ya se había pronunciado entre ellas.

El comandante Fenno; y había resultado herido... Y lo único que le importaba era lo que escribía.

X

Después de todo, no iba a ser capaz de interrogar a Anne sobre Lilla. Cuando, al día siguiente se enfrentó a la situación —se enfrentó al nuevo Chris que había aparecido en su camino—, Kate Clephane vio la imposibilidad de utilizarlo como llave que le diera acceso a la confianza de su hija. Ahora había una cosa más cercana a ella de lo que podría estarlo cualquier acto imaginable de Chris, y era su relación con Anne. Simplemente, no podía hablar de Chris con Anne, aún no. No era que considerase aquel episodio de su vida como algo de lo que avergonzarse por sí mismo. No iba, ni siquiera ahora, a negarlo o a renegar de aquello; solo quería negar a Chris y renegar de él. Era hasta concebible que le dijese a su hija: «Sí, estuve una vez enamorada, y el hombre al que quise no era tu padre». Pero ¡cómo decírselo de Chris! Cómo contemplar la lenta mirada de asombro en las inescrutables profundidades de los ojos de Anne: no una mirada que dijese «te culpo», ni siquiera «desapruebo tu conducta», sino algo mucho más mordaz, un simple: «¿Tú, madre, con Chris?».

Sí, eso era. Era necesario para su orgullo y su dignidad, casi para su salvaguarda moral, que lo que la gente como Enid Drover denominaría su «pasado» quedase sin identificar, sin personalizar, o por lo menos sin personalizarlo en Chris Fenno. ¡Pero saberlo! ¡El simple hecho de saberlo...!

Existían, por supuesto, otras formas de enterarse; si había algo en aquella teoría suya de una aventura amorosa entre Lilla y Chris, lo más probable es que la familia no lo ignorara. Kate tenía la impresión de que nunca perdían a Lilla de vista durante mucho rato. Pero una cosa era hacer planes para hablar con ellos, y otra muy distinta saber cómo empezar. Antes de intentar descubrir lo que pasaba con Lilla, tendría que averiguar lo que pasaba con ellos. ¿Qué sabía de ninguno de ellos? Únicamente, ahora lo veía con claridad, conocía aquellas superficies lustrosas e impenetrables.

Todavía era una invitada entre ellos; era incluso una invitada en casa de su

hija. Era el papel que ella misma había elegido; dado su temor a reclamar derechos a los que había renunciado, a imponer su presencia en un lugar que había abandonado, quizá se había ido al otro extremo, se había retraído demasiado, se había contentado muy fácilmente con el cómodo papel de visitante de fin de semana.

Bueno, todo provenía de la otra elección que había hecho hacía tantos años cuando había dicho: «Tus dioses no serán mis dioses». Y ahora solo vislumbraba vagamente quiénes eran esos dioses. En aquel momento, cuando su vida misma dependía de conocer sus contraseñas, de encontrar la salida de su laberinto, se encontraba fuera de aquel círculo misterioso y tanteaba en vano tratando de encontrar la entrada.

Nollie Tresselton, por supuesto, podía haberle entregado la clave; pero hablar con Nollie era demasiado parecido a hablar con Anne. No es que Nollie fuese a traicionar una confidencia; pero que adivinase sus intenciones y la juzgase sería una experiencia casi tan dolorosa como si lo hiciese la propia Anne. Y por eso Kate continuó allí sentada, entre ambas, abrazando su nuevo ser con brazos ansiosos, volviendo hacia ellas un rostro sin fisuras, y controlando de forma furtiva los gestos y sonidos evasivos que salían de los labios de su otro yo.

Pero ahora se habían acabado la largas noches de dormir sin soñar; y el corazón se le paraba cada vez que introducía la llave en la cerradura del estudio.

—Madre, el tío Fred quiere llevarnos a Baltimore la semana que viene a ver la biblioteca Maclew, a ti, a Lilla y a mí.

Anne se lo dijo por encima del hombro cuando se encontraba frente al caballete, rodeada de un halo de luz que entraba por la ventana, con el ceño fruncido y los labios apretados ante la dificultad de pintar una rama de *Pyrus japonica* roja en un jarrón de latón.

Kate, a sus espaldas, estaba recostada en actitud indolente en una profunda butaca de mimbre. Dio un respingo y repitió con voz carente de expresión:

—¿La semana que viene?

—Sí, es que, ¿sabes?, he prometido pasar unos días en Washington con Madge Glenver, que ha alquilado una casa en Rock Creek para la temporada de primavera. Este es el momento ideal para ver las magnolias, y pensé que podía parar en Baltimore de camino hacia allí, y desde allí el tío Fred podría traeros a ti y a Lilla de vuelta.

Sonaba perfectamente simple y razonable; Anne lo dijo con su habitual tono práctico. Su madre intentó utilizar la misma entonación al responder con

un ligero tono de sorpresa:

—¿Viene Lilla también?

Anne se giró por completo y sonrió.

—¡Lilla la primera! No digas nada todavía, por favor, ni siquiera a la tía Enid, pero existe la posibilidad... la posibilidad de que Lilla se case.

El corazón de Kate dio un gran vuelco motivado por el alivio o por el resentimiento. Pero ¿por cuál? Por el alivio, claro, se dijo a sí misma al instante. Entonces, ella estaba en lo cierto: ¡ahí estaba la clave del misterio! ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, ¿a ella qué le importaba? ¿Acaso se había imaginado alguna vez que las aventuras amorosas de Chris cesarían cuando ella desapareciese de su vida? ¿No era lo más probable que la hubiese abandonado por un nuevo amor? De cualquier forma, creer eso había sido, a pesar de la tortura que aquella idea provocaba, más soportable que pensar que se había ido porque se había cansado de ella. Durante años, ahora se daba cuenta, la había sostenido aquella creencia en la existencia de «otra mujer»; pero, resultaba increíblemente humillante que tomase cuerpo en Lilla.

Anne continuó mirando a su madre con una suave sonrisa; en la sonrisa había algo velado y tierno, tan difuso como la luz del sol al reflejarse en el agua: un resplandor que surgía de aquellas profundidades misteriosas a las que Kate todavía nunca había llegado.

—Si eso sucediese, deberíamos alegrarnos todos —continuó la joven.

Y Kate se dijo a sí misma: «En lo que en realidad está pensando cuando sonrío así es en su propia boda...». Recordó aquella alusión críptica del joven de rostro de balón en la ópera, y la forma en que los vigilantes párpados de Anne se habían cerrado para preservar su visión.

—¡Claro que sí, pobre Lilla! —asintió la señora Clephane, con aire ausente. En su interior se estaba diciendo que le iba a ser imposible ir a Baltimore con aquella misión en particular. Chris y Lilla. ¡Chris y Lilla! Aquellos dos nombres asociados empezaron a resonar de forma exasperante en su cabeza. Se puso en pie y se acercó a la ventana. ¡No, no podía hacerlo!

—¿La semana que viene, cariño? No importa, pero creo que tendréis que ir sin mí —hablaba desde la ventana, sin girar la cabeza hacia su hija, que había vuelto al caballete.

—¡Oh! —La desilusión era evidente en la voz de Anne.

—El caso es que tengo dos o tres compromisos para cenar; no creo que esté muy bien romperlos, ¿verdad? La gente ha sido tan increíblemente amable... todas mis antiguas amistades —balbuceó Kate mientras aquel «imposible, imposible» continuaba resonando en sus oídos—. Además —

añadió—, ¿por qué no lleváis a Nollie en mi lugar? Un grupo de jóvenes le resultará más entretenido al señor Maclew.

Anne se rio.

—No creo que nos preste atención a Nollie y a mí —dijo alegremente, con toda intención, pero de inmediato añadió—: Por supuesto que tienes que hacer exactamente lo que a ti te plazca. Esa es la base de nuestro acuerdo, ¿o no?

—¿De nuestro acuerdo?

—El de ser las mejores amigas que jamás existieron.

La señora Clephane, movida por un impulso, se acercó a su hija.

—Y lo somos, ¿no es cierto, Anne?

Los párpados de Anne se cerraron; hizo un gesto de asentimiento, apretó los labios y abrió sus otros ojos —sus ojos de pintora— y los fijó en la rama de *Pyrus* recubierta de flores rojas como corales.

—Desde el primer momento —confirmó.

La joven expedición partió, atendida por un sonriente Fred Landers. La familia opinó que era una lástima que la señora Clephane se perdiese aquella oportunidad, ya que Horace Maclew era reacio a mostrar sus libros. Pero aquellas expresiones de lástima tenían un tono mecánico y distraído; Kate vio que la atención de la familia estaba centrada por completo en Lilla. Y se sintió cada vez más convencida de que, dadas las circunstancias, lo mejor había sido que ella se quitase de en medio. Porque, en el último minuto, el grupo había recibido una invitación para pasar la noche en casa de Horace Maclew; y tener que asistir, casi en capacidad oficial, al compromiso de Chris y Lilla, con toda la solemnidad y el champán que con toda probabilidad habría en una situación así, era más de lo que sus nervios recién curados podrían soportar. Era más fácil quedarse en casa a esperar, y tratar de prepararse para aquella situación nueva e increíble. ¡Chris y Lilla!

Tres días después, Aline, al traer la bandeja del desayuno con un ramo de violetas (una atención diaria de parte de Anne desde que estaba ausente), trajo también un telegrama, como en aquella mañana lejana, de hacía cuatro meses, cuando había llegado el mensaje de la joven a su madre acompañado de las mismas flores.

Kate sostuvo el sobre un momento antes de abrirlo, igual que había hecho en aquella otra ocasión, pero no porque quisiese prolongar la ilusión. Esta vez no había ilusión en el delgado sobre que sostenía entre sus dedos; podía sentir a través de él el duro filo de la realidad. Si aplazaba el momento, era por cobardía. Chris y Lilla.

Rasgó el sobre y leyó: «Prometida a Horace Maclew loca de alegría Lilla».

El telegrama flotó hasta el suelo, y Kate Clephane se recostó en las almohadas, sintiéndose ligeramente mareada.

—¿Es que madame no se encuentra bien? —preguntó Aline con brusquedad.

—¡Estoy perfectamente, perfectamente bien! —repitió Kate con alegría. Pero continuó recostada, mirando hacia delante con expresión ausente, hasta que Aline le advirtió, como había hecho al llegar el otro mensaje, de que el chocolate se estaba enfriando.

Un respiro... un respiro. Sí, por lo menos, podía tomarse un respiro.

XI

Había algo tan permanente y tan tranquilizador en la simple apariencia del salón de Enid Drover que Kate Clephane, que se encontraba allí aquella tarde esperando que entrase su cuñada, sintió claramente que recuperaba la confianza.

La casa había sido el regalo de boda de la anciana señora Clephane a su hija, y resultaba obvio que todo lo que en ella había era a gusto de alguien que, en lo tocante a obras de arte, se preocupaba sobre todo por saber si una obra se desconcharía o perdería el color. Nada en aquel salón sólido y caro se había desconchado ni había perdido color: al contrario, había conservado algo de aquel aire juvenil invulnerable de Enid y, al igual que ella, había tenido el mismo aspecto recatado y pasado de moda en plena juventud que ahora, en su madurez bien conservada.

Resultaba extraño que de un entorno tan estable hubiese salido aquel huracán de Lilla, y Kate sonrió al pensar en las muestras de satisfacción que hasta las butacas, desde su cómoda permanencia, manifestarían al darle la bienvenida en su vuelta a la domesticidad.

Pero la señora Drover, cuando apareció, lo llevó todo a un plano superior. ¿Se había mostrado Lilla inestable alguna vez, o había algo en lo que hubiese dejado de destacar? Si así era, ni su madre ni el entorno de su madre mostraban signos de acordarse. Las butacas permanecían allí imperturbables, como si quisiesen saber cómo se le había ocurrido semejante idea. A Enid le preocupaba un poco —según confesó— el hecho de que Horace Maclew fuese viudo, y mucho mayor que su hija.

—No estoy segura de que esa diferencia de edad no entrañe siempre un

riesgo... Pero, por otro lado, el señor Maclew es un hombre de carácter tan firme, y se ha comportado con tal generosidad... Habrá tantas oportunidades de hacer el bien...

¡Oportunidades de hacer el bien! Kate tenía en la punta de la lengua decir: «Sí, esa debe de ser la razón de que Lilla lo aceptase». Pero la señora Drover continuó con serenidad.

—Le ha regalado ya todas las perlas. Mañana las traerá aquí para que las engarcen de nuevo.

Y Kate comprendió que, por el momento, las oportunidades de hacer el bien eran cosa del novio, más que de la novia.

—Claro —prosiguió la señora Drover—, va a ser un sacrificio enorme para su padre y para mí dejarla marchar, aunque por suerte Baltimore no queda muy lejos. Y la vida que va a tener va a ser muy seria, una vida llena de responsabilidades. Hendrik tiene miedo de que, al principio, Lilla eche de menos las diversiones de Nueva York, pero yo creo que conozco mejor a mi hija. Cuando Lilla es feliz de verdad de lo último que se preocupa es de lo que hace para divertirse.

Aquella frase puso de repente los nervios de Kate de punta. Era exactamente lo que Chris solía decir cuando ella le urgía a centrarse en la pintura, por lo menos en los días que no decía que para el artista la emoción era necesaria... Contempló aquella tez rosada e impenetrable de su cuñada y pensó: «Podría ser la señora Minity la que habla».

Fred Landers había telefoneado para decir que estaba ya de vuelta y que iba a ir a cenar; imaginó que lo que Fred tenía en mente era no dejar que se sintiese sola mientras Anne estaba ausente, y se dijo a sí misma que por lo menos de él sacaría parte de la verdad.

Fred Landers, como correspondía a un amigo de la familia, también estaba radiante, pero al compromiso de Lilla le llamó «solución» y no «sacrificio», y eso facilitó que Kate al fin le hiciese su pregunta:

—¿Cómo sucedió?

Él se recostó, dando lentas caladas a su cigarro de después de cenar, estiró las piernas con comodidad y acercó los zapatos anticuados de punta cuadrada al fuego; y por un momento Kate pensó: «Podría resultar de lo más agradable verlo ahí en esa butaca todas las noches». Era la primera vez que se le ocurría tal posibilidad.

—¿Quieres decir que cómo lo ha cazado ella? —Entrecerró los amables ojos azules al sonreír con aire confidencial—. Bueno, como es natural yo no estoy muy enterado, pero supongo que de una de esas formas de toda la vida.

Lo más probable es que Lilla se sepa todos los trucos y, tengo para mí, que Nollie Tresselton ha sido cómplice del delito. Sé que empezó hace unos seis meses y que por el medio está un pabellón de caza en Carolina del Sur. Por supuesto, todos sostienen la teoría de que Lilla solo necesita ser feliz para ser buena.

—¿Y tú qué opinas?

Se encogió de hombros.

—Bueno, creo que es un experimento en el que Maclew será el corpus vile. Pero es un sujeto insensible y puede que no le haga mucho daño, mientras que a Lilla puede que le ayude. Lo único que se puede hacer es esperar y ver lo que pasa.

Kate sopesó la siguiente pregunta. Por fin dijo:

—¿Estaba allí el secretario privado de Maclew?

—¿Ese tipo Fenno? Sí estaba de servicio. —A ella le pareció que fruncía un poco el ceño.

—¿Por qué le llamas «ese tipo»?

Cuando se volvió hacia ella, vio un aire de enfado en su plácida frente.

—¿Es necesario que hablemos de él con más respeto? La verdad es que no me agrada, nunca me ha agradado.

—¿Entonces lo conocías de antes? —Sintió que la sangre se le agolpaba en la frente y cogió una pequeña pantalla pintada para hacer como si la sostuviese entre sus ojos y el fuego.

Landers reflexionó.

—Sí, me lo he tropezado en distintas ocasiones. Y me inclino a pensar que también ha estado mezclado en esta historia, conspirando con los demás. Esa es mi impresión.

—Sí, pero me pregunto por qué —dijo Kate de pronto.

Landers sonrió un poco, pese a que sus cejas continuaban fruncidas.

—Para complacer a Anne, quizá.

—A Anne... ¿A Anne?

Tras haberlo pronunciado el nombre siguió sonando entre los dos, y ella se inclinó hacia atrás, apretando la pantalla contra sus párpados cerrados.

—¿Por qué? —acertó a preguntar.

—Bueno, hay mucha gente que quiere complacer a Anne, por encima de

todo. Simplemente supuse que Fenno era uno de ellos.

—No, no, estoy segura de que ahí te equivocas por completo. Me pregunto... —dudó un instante y después continuó de forma atropellada—: La verdad es que me extraña que no te hayas fijado en que él y Lilla...

Landers se enderezó en la silla y arrojó la colilla del cigarro a las brasas.

—¿Fenno y Lilla? ¡Diantre! Puede que tengas razón. No lo había pensado.

—Pues yo sí. Me los he encontrado juntos, cuando no esperaban encontrarse con nadie —se apresuró a soltar con un dejo de violencia. El corazón le latía hasta ahogarla; tenía que dar forma a su sospecha, que darle vida y sustancia.

—Esa idea arroja mucha luz, de eso no hay duda. ¡Pobre Maclew! Estoy empezando a sentir pena por él. Pero creo que todos los de esa pandilla son perfectamente capaces de cuidar bien de sí mismos. Pensándolo bien —añadió Landers con un repentino suspiro de alivio—, si de verdad hay alguien, me alegro muchísimo de que se trate de Lilla.

—Estoy segurísima de que es Lilla —dijo Kate con apasionado énfasis.

Tenía que demostrarle a alguien que Chris era el amante de Lilla para poderse creer ella misma, y tenía que creérselo para disipar aquella espantosa duda que las palabras de Landers habían despertado. Ahora descubrió que era capaz de alejar fácilmente aquella idea con una sonrisa, de entender que lo había dicho por azar, de broma. La gente en Estados Unidos se pasaba el tiempo gastando bromas de ese tipo, bromas juveniles sobre flirteos y compromisos; era el pan nuestro de cada día en las revistas cómicas. Pero la impresión que le produjo encontrarse por un segundo al borde de aquel abismo, hizo que volviese, dando tumbos y semiaturdida, buscando el terreno firme de la realidad. Si dejaba que la imaginación se le desbordase ante cualquier palabra casual, ¿cómo iba a encontrar nunca la paz?

Al día siguiente, reapareció Nollie Tresselton, fresca y sonriente, como una enfermera cuyo paciente se encuentra fuera de peligro. Sin la responsabilidad de Lilla, su rostro de muchacho entusiasta había perdido aquella expresión vigilante más propia de alguien de mayor edad, y se la veía de lo más rejuvenecida. Fue mucho más directa que Landers.

—¡Por fin podemos hablar del asunto! ¡Gracias a Dios!

Y comenzó a hacerlo. Horace Maclew y Lilla se habían conocido el otoño anterior, durante una cacería de patos en Carolina del Sur. Lilla tenía una puntería magnífica cuando no estaba... bueno, cuando estaba en forma... y Maclew, como la mayoría de los hombres corpulentos y solemnes como él, que en teoría admiran a las mujeres femeninas e indefensas, había caído

rendido al ver a aquella intrépida cazadora que cubría de maldiciones a los pájaros cuando erraba el tiro, que fumaba y bebía con los hombres, que por las noches permanecía recostada en silencio, con los párpados entrecerrados, ocultando una mirada ardiente y a la vez insatisfecha, y que no aburría a nadie charlando de deportes o poniéndose sentimental. Había sido una revelación, un flechazo auténtico; solo que, al volver a Baltimore, Maclew había caído atrapado en la red habitual de costumbres y relaciones; o quizá habían intervenido otras influencias. Sin duda, un hombre como él, debía de tener detrás una «relación estable». Después, durante una temporada, el comportamiento de Lilla fue más escandaloso que nunca, y cuando él vino a verla a Nueva York, lo arrastró a una de sus fiestas más tumultuosas de la que se marchó a altas horas de la madrugada en compañía de otro hombre, dejando que Maclew con su fantástico Rolls se las arreglase para encontrar el camino de vuelta a casa sin compañía. Después de aquello el pretendiente había desaparecido, y habían sido necesarios todos los esfuerzos combinados de la familia, y de las amistades de la familia, para atraerlo otra vez. («Y nadie nos ayudó más que el comandante Fenno», añadió Nollie con un suspiro de agradecimiento).

Aquel nombre, al introducirse de repente en la conversación, hizo que Lilla y su cortejador y todas las demás figuras de la historia se deshinchasen como si de globos se tratase. Kate Clephane sintió que de nuevo le hervía la sangre, ¿es que nunca iba a ser capaz de oír hablar de Chris sin que se le acelerase el pulso?

—Actuó con tanto tacto e inteligencia —continuó Nollie—. Y tiene verdadera fe en Lilla, igual que yo. De otra manera, está claro que no hubiese podido hacer lo que ha hecho, teniendo en cuenta que Horace Maclew le ha demostrado tanta amistad. Cree que Lilla va a llevar una vida como Dios manda, y que van a ser de lo más felices. A mí me parece que sabe mucho de mujeres, ¿a ti no?

—De mujeres como Lilla, tal vez. —Las palabras habían salido de su boca como un rayo, antes de que Kate fuese consciente de haberlas pensado. Debían de haber brotado de unas reservas de amargura que ella creía agotadas hacía tiempo.

La mirada de Nollie se entristeció.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta?

—Hace años que no lo veo —contestó Kate con voz apagada.

—Él te admira tanto; dice que cuando era un muchacho te reverenciaba. Pero apuesto que en aquella época no era ni la mitad de interesante. Él mismo se describe como una especie de vagabundo intelectual, que nunca estaba

seguro de lo que quería ser o de lo que iba a hacer, y que siempre hería y ofendía a la gente con sus eternos esfuerzos por encontrarse a sí mismo. Así es como lo expresa.

¡Que la reverenciaba cuando era un muchacho! Sí, esas son las palabras que él utilizaría. Y también todo el resto de la historia. ¡Cuántas veces le había oído aquella vieja analogía del vagabundo y sus víctimas!

—Yo creo que la guerra lo transformó, lo hizo un hombre. Él mismo lo dice. Y ahora cree haber descubierto su auténtica vocación, no piensa en otra cosa que no sea escribir, y algunos de sus poemas a mí me parecen muy bellos. Lo único que lamento —continuó Nollie pensativa— es que se sienta obligado a dejar su empleo actual. Me parece una pena, cuando tiene tan poco dinero y llevaba tanto tiempo buscando algo así...

—Ah... ¿Va a dejarlo?

—Pues sí. Dice que necesita tener más espacio intelectual. Para escribir, me refiero. No soporta estar sujeto a un horario o a un lugar.

«No, nunca lo ha soportado». De nuevo las palabras estuvieron a punto de escapársele. El esfuerzo por contenerlas dejó a Kate muda un instante, aunque se daba cuenta de que Nollie estaba esperando que hablase.

—Entonces está claro que tiene que irse —asintió.

En su interior estaba pensando: «Después de todo, si tengo razón en lo referente a él y Lilla —y esto parece probar que así es—, lo más decente de su parte es renunciar al puesto». Y de repente los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar que hacía aquel sacrificio, que en un momento crucial se comportaba tal como a ella le hubiera gustado que se comportase, según su visión idealizada, aquel Chris de antaño. Efectivamente, podía ser que tuviese razón al decir que la guerra lo había hecho un hombre.

—Sí, pero es una pena. Y no me refiero solo a él. Creo que ejerce una buena influencia sobre Lilla —continuó Nollie.

¡Señor! ¡Qué ingenuos eran todos! ¡Hasta Nollie! Kate apenas pudo reprimir las ganas de gritarle: «Pero, alma de Dios, ¿no ves que esos dos son amantes, que han montado esta boda por su propia conveniencia y que tu Maclew es tonto y está engañado, como todos vosotros?».

Pero algo en su interior —¿fue el orgullo o la prudencia?— se retrajo ante un arrebató así, y ante la necesidad de justificarlo. Pero por Dios, ¿a ella qué le importaba? ¿Qué importancia tenía? El riesgo se había evitado, el espantoso riesgo; de nuevo estaba a salvo —todo lo a salvo que podía estar—, siempre que no se dejase llevar por un arrebató suicida y se traicionase a sí misma.

Con labios reseco y sonrisa forzada dijo:

—Tienes que ayudarme a elegir el regalo de boda de Lilla.

XII

La estancia de Anne en Washington se prolongó durante quince días. Las cartas a su madre, aunque puntuales, eran inexpresivas, pero Kate sabía que eso no era culpa de la joven. Había heredado de su padre una forma de escribir un tanto plúmbea, una incapacidad de verter sobre el papel los matices de los pensamientos o de los sentimientos, y tras escribir: «¿No es fantástico lo de Lilla?», era evidente que había agotado el tema, o mejor dicho su capacidad para desarrollarlo.

Por fin regresó, trayendo con ella unos esbozos de las magnolias en los que se advertía más libertad y más vigor que en ninguno de sus cuadros anteriores. Saludó a su madre con la ternura habitual en ella, y para Kate con su llegada fue como si se despejasen las nubes y se abriesen las ventanas. La madre nunca se había imaginado que hubiese nada en su vida que volviese a anidar en ella con unas raíces tan profundas como la pasión que sentía por su hija. «El amor perfecto destierra todo temor». «¿Es eso cierto? ¿Cómo lo sabe nadie?», era algo que, con incredulidad, a menudo se había preguntado. Pero ahora, por primera vez, el amor y la seguridad moraban juntos en ella en una especie de silencio milenario.

Le fastidiaba tener que salir a cenar la noche del regreso de Anne, pero la señora de Porter Lanfrey celebraba el compromiso de Lilla con una gran cena seguida de una velada musical, y Anne, que había llegado en uno de los últimos trenes, apenas tuvo tiempo de cambiarse antes de que anunciaran que había llegado el automóvil a recogerlas. Era imposible librarse de aquella celebración: tenía un significado social incalculable. La señora Lanfrey era una de las anfitrionas que habían borrado a Lilla de su lista tras el divorcio, y contar o no con el beneplácito de la señora Lanfrey era prácticamente el último vestigio que quedaba del antiguo código social de Nueva York. Los que recibían sus invitaciones, en cualquier caso, decían que la suya era la única casa en la que se respetaba la «tradición», y si bien Lilla ante eso solía gruñir: «Sí, la tradición de aburrir a la gente», su reinstauración en sociedad, a ojos vista, la llenaba de tanta euforia como a su familia. Para Enid Drover —resplandeciente con todas sus joyas— el acontecimiento había cambiado los papeles en el drama matrimonial de su hija, y hacía que todo el oprobio cayese ahora sobre el ultrajado Gates.

—Está claro que esta noche demuestra lo que Jessie Lanfrey opina en realidad de Phil Gates —dijo con un susurro Enid a la señora Clephane cuando

las dos cuñadas se quitaban las capas en el vestíbulo recubierto de mármol. Y en su fuero interno Kate la corrigió con una ligera sonrisa: «O lo que en realidad piensa de Horace Maclew».

La señora Clephane había entrado en el inmenso salón de los Lanfrey con el alma encogida, y no por la presencia allí de la mayoría de sus antiguos jueces y censores —convertidos ahora en firmes defensores suyos o en amistades benevolentes y despreocupadas— sino por el miedo a descubrir, tras la imponente mole del señor Maclew, una figura más esbelta y un rostro con más viveza. Pero el momento de intriga no duró mucho: Chris no estaba allí, y tampoco anunciaron su nombre después de que Kate llegase. Los invitados estaban todos reunidos, las puertas del comedor se abrieron, y la señora Lanfrey, tomando el brazo del señor Maclew, cerró con aire majestuoso la procesión, que pasó de una estancia decorada con madera de nogal y dorados a otra con dorados y mármol, porque la casa de los Lanfrey era la encarnación de lo «tradicional», e incluso el menú era exactamente lo que un antiguo defensor de aquellos preceptos habría considerado un menú adecuado en los tiempos en que la señora Lanfrey dio su primera cena.

Por un momento Kate Clephane se sintió en ese mundo etéreo y desconcertante que existe entre el sueño y el despertar. Allí estaban todos: los rostros que habían cercado su juventud. Al principio no estaba segura de si pertenecían a las mismas personas o de si formaban parte del legado que, como mandaba la tradición, la nueva generación heredaba. Se le ocurrió incluso que, por el simple hecho de entrar en el salón de la señora Lanfrey, los invitados de esta adquirirían una uniformidad facial que era parte del esquema por el que se regían los Lanfrey, al igual que lo era aquella gruesa prima donna que, como una isla rodeada por un mar de tapices Aubusson, cantaba a gorgoritos un aria de Tosca exactamente de la misma forma que otra gruesa prima donna, predecesora suya, lo había hecho con iguales gorgoritos en el mismo sitio muchos años antes. Parecía que hasta Lilla, sentada en un sofá dorado al lado de su prometido, hubiese suavizado su gesto rebelde para convertirlo en una sonrisita oficial. Solo Anne y Nollie Tresselton destacaban en aquella uniformidad envolvente. Kate se preguntó si ella misma no empezaba a parecerse furtivamente a Enid Drover. «De esto fue de lo que yo hui», pensó, y encontró más motivos que nunca para aquella huida. «Pero después de todo, he recuperado a Anne», murmuró llena de felicidad... porque con eso aún se justificaba el resto. ¡De qué forma el destino, al crear a Anne, había frustrado sus propios designios en contra de la madre de Anne!

De camino a casa la joven estuvo más callada que de costumbre. Se recostó en los cojines y cerró los párpados. ¿Era porque estaba cansada después de un día tan largo, o solo porque estaba preservando su visión? Kate no lo sabía. Los haces de luz intermitentes iluminaban al pasar la cabeza

apoyada a su lado, enmarcada por las oscuras trenzas, y le daban la apariencia firme y fresca de una estatua griega de mármol. Anne todavía estaba en una edad en la que ni el cansancio ni la preocupación dejan huella en la superficie.

Kate Clephane siempre respetaba los silencios de su hija y nunca se sentía excluida a causa de ellos, pero se alegró cuando, próximas a la puerta de su casa, la mano de Anne buscó la suya. ¡Cuántas viejas grietas se cerraban con aquel roce! Era casi como si la joven hubiese adivinado todas aquellas ocasiones en las que Kate había llegado hasta aquella puerta encogida en una esquina, inmóvil, con el perfil de su esposo como un muro interpuesto entre ella y el mundo del otro lado de las ventanillas.

—¡Cariño! Da la impresión de que hayas estado meses fuera —dijo la madre cuando llegaron a su salita.

—Sí. Han pasado tantas cosas —la voz de Anne llegaba de lejos, como si estuviese saliendo de un sueño.

—Pero habrá tiempo para todo eso mañana. Ahora estás muerta de cansancio. Te estás cayendo de sueño.

La joven abrió los ojos de par en par, de la forma que solía hacerlo cuando salía de uno de sus momentos de abstracción.

—No estoy cansada, no tengo sueño —pareció dudar—. ¿Puedo entrar y sentarme contigo un rato?

—Por supuesto, cariño. —Kate enlazó su brazo con el de Anne y entraron en la acogedora y sombría habitación, iluminada únicamente por una lámpara velada y por el mortecino resplandor rojo de la chimenea—. Después de todo, esta hora es la mejor de las veinticuatro para tener una charla —dijo la madre, reclinándose cómodamente en su salita. Era delicioso, tras quince días de soledad, pensar en comentar las cosas con Anne—. Y ahora, cuéntamelo todo —dijo.

—Sí, es lo que quiero hacer. —Anne se quedó en pie apoyando la espalda en la chimenea y la cabeza sobre el brazo levantado—. Tenemos tanto de que hablar, ¿verdad? Siempre, me refiero, ahora que tú y yo estamos juntas. No sabes la diferencia que supone volver a casa contigo, en lugar de... —Se interrumpió, y cruzó por delante de la chimenea para ir a arrodillarse al lado de su madre. Sus manos se juntaron y la joven apoyó la frente en el hombro de Kate.

«¡Yo también me he sentido sola!». Era la confesión que Kate tenía en los labios. ¡Si pudiese decirlo por fin! Pero no se atrevió. El lazo entre ella y su hija era todavía demasiado frágil, ¿y cómo sonaría esa admisión en sus labios? Era mejor dejar que Anne lo adivinase.

Anne lo adivinó.

—Eres feliz aquí, ¿verdad?

—¿Feliz? ¡Mi pequeña Anne!

—¡Y qué madre más preciosa tengo! Nollie comentaba esta noche que cada día estás más joven. Y nadie lleva la ropa como tú. Sabía por aquella vieja fotografía que eras preciosa, pero no podía imaginar que no envejecieras nada desde que la tomaron.

Kate permaneció inmóvil, dejando que la invadiese el calor de aquellas palabras y de aquel abrazo. ¿Cuándo una alabanza sonó más dulce? El pasado entero desapareció en el resplandor crepuscular del presente.

—Mi pequeña Anne —dijo de nuevo con un suspiro. Aquellas tres palabras lo resumían todo.

Anne se quedó un momento en silencio y después continuó, con la mejilla todavía apoyada en el hombro de su madre:

—Sabes que quiero que te quedes aquí para siempre. Quiero que esta casa te pertenezca.

—¿La casa? —Kate se incorporó sobresaltada. El hombro de la joven resbaló del suyo y se quedaron frente a frente, mirándose. El espacio entre ellas se ensanchó bruscamente—. ¿Esta casa? ¿Pertenerme a mí? Pero ¿qué diablos...?

Era la primera vez que se planteaba aquella cuestión. Al llegar a Estados Unidos, cuando Landers, a petición de Anne, había intentado hablar de arreglos económicos, Kate lo había cortado en seco con la declaración de que aceptaba encantada la hospitalidad de su hija, pero que prefería no recibir otro dinero aparte de la pequeña asignación que siempre había percibido del capital de los Clephane. Tras una breve discusión, Landers había comprendido la inutilidad de insistir, y sin duda logró que Anne también lo hiciese, ya que la joven no había hablado nunca del asunto con su madre.

Kate alargó un brazo y rodeó con él a Anne.

—¿Qué diablos iba a hacer yo con esta casa, cariño? Además, ¿es necesario que adelantemos acontecimientos?

Anne aceptó un momento el abrazo de su madre, aunque de forma pasiva, después se separó y volvió hasta la repisa de la chimenea, donde se apoyó.

—Así es, querida, creo que tenemos que hacerlo —dijo—. ¡Con tantos años y años como tienes por delante y con todo ese pelo tan precioso!

Dirigió una larga mirada sonriente a su madre.

Kate se incorporó de nuevo y se retiró el precioso pelo de las aturdidas sienes. ¿Qué significado tenían las palabras de Anne? ¿Qué era lo que trataba de decirle? La madre empezó a temblar presa de un temor indefinible y a continuación, de golpe, supo la verdad.

—Cariño, ¿quieres decir que es posible que te cases?

La joven asintió y cerró de golpe los párpados con aquel gesto que tantos recuerdos provocaba en su madre.

—No podía decírtelo por carta: soy tan mala escribiendo. Quiero que te alegres conmigo, madre querida. Voy a casarme con el comandante Fenno.

XIII

«Baltimore», anunció el revisor, cuando el tren entraba despacio en la estación.

Kate Clephane, de pie en el largo y ondulante vagón Pullman, miró a su alrededor a los rostros de toda la gente que iba en los demás asientos, a la gente que no lo sabía. El mundo entero estaba ahora dividido entre gente como la que allí había, y las dos únicas personas que lo sabían: ella y otra. Ante eso, las restantes diferencias de menor importancia parecía que se habían esfumado...

Se abrió camino entre los asientos, siguiendo a otros viajeros que descendían del tren —¿por qué motivo?, se preguntó— en Baltimore. Nadie le prestó atención, no llevaba equipaje. En un par de minutos estuvo fuera de la estación. Se paró allí un momento, mirando aturdida aquel tráfico sin sentido que había en las calles. ¿Adónde iba toda aquella gente? ¿Qué querían? ¿Qué esperaban o qué trataban de conseguir en un mundo como aquel, que ella ahora conocía tan bien?

Había una dulzura primaveral en el aire y cuando, a continuación, echó a andar de nuevo y atravesó aquella muchedumbre apresurada, se encontró en una tranquila plaza ajardinada, con árboles en flor y bulbos que brotaban de los montículos en los parterres. Tomó asiento en un banco.

De algún lado había sacado fuerzas para soportar aquella primera hora con Anne... No sabía cómo, pero de alguna forma, de repente, aquellos sórdidos años de disimulo, de maniobras, de ocultación habían acudido en su ayuda como un ejército mercenario que se alza por una causa justa. Tenía que engañar a Anne, que acallar las sospechas de Anne, aunque se le fuese la vida en el intento. Y continuaba viva.

Eso era lo peor.

Nunca había estado más viva, de forma más estremecedora y completa, que allí sentada, en aquel lugar desconocido, contemplando sola un futuro asimismo desconocido. Se sentía fuerte y suficientemente ligera para ponerse en pie de un salto y andar kilómetros y kilómetros. ¡Ojalá supiese adónde dirigirse! La gente decía que el dolor envejece. Pues bien, aquella tortura la había sumergido en el auténtico Manantial de la Juventud.

Era imposible que nadie supiese dónde se encontraba. Le había contado a su hija que una de las tías de Meridia estaba muy enferma, muriéndose, creía haber dicho. Para llegar a Meridia había que pasar por Baltimore y todo había resultado de lo más sencillo. Afortunadamente en una o dos ocasiones había intentado hablarle a Anne de las tías, le había dicho con vaguedad: «Nunca tuve una relación muy íntima con ellas, pero algún día debería ir a visitarlas». Así que ahora resultaba natural, y Anne, que como toda su generación, estaba acostumbrada a las idas y venidas repentinas y a los cambios de planes radicales, no hizo otra cosa aparte de avisar para que el automóvil estuviese listo para llevar a su madre al primer tren y de recomendarle que se llevase algo para no pasar frío.

El silencio, la soledad, la sensación de encontrarse sin compañía en un lugar extraño, donde nadie la conocía y al que nadie sabía que había ido, poco a poco trajeron la tranquilidad a la mente de Kate Clephane, y los fragmentos de lo sucedido en las últimas horas empezaron a desfilar, uno a uno, por ella. Curiosamente, fueron aquellas torpes palabras de Anne al hablar de su idea de regalarle la casa lo primero que le vino al pensamiento, tal vez porque fácilmente podían ser la clave de todo lo demás.

Kate Clephane desde que vivía bajo el techo de su hija nunca había pensado en el dinero, salvo en una ocasión cuando se negó a que le aumentasen la asignación. Su desprecio por el asunto no se debía tanto a escrúpulos convencionales como a una alegre despreocupación natural. Cuando una era pobre y vivía al día, por desgracia, no había más remedio que pensar en el dinero. Pero una vez libre de la necesidad de hacer semejante cosa, había borrado por completo de su mente aquel asunto. En su refugio seguro, luciendo buenas ropas, no se había preocupado más de lo que lo haría un niño por algo tan abstracto como el poder que confiere la posesión. Y la posesión de dinero, en particular, era algo que en su mente siempre había estado tan asociado con la dependencia moral y psíquica que, tras su ruptura con Hylton Davies, la pobreza le había parecido uno de los principales atributos de la libertad.

Fue la sugerencia de Anne de regalarle la casa lo que había arrojado de repente una luz reveladora sobre la situación. Entonces Anne era rica, muy

rica. Una casa como aquella —una de las pocas que quedaban de la época en la que la Quinta Avenida había sido el barrio de moda de Nueva York— debía de haber incrementado mucho su valor tras la invasión de los comercios. ¿Qué valdría ahora? La señora Clephane no sabía calcularlo... Solo era consciente de que, para ofrecerla de aquella forma (y acompañada, claro está, de los medios para vivir en ella), Anne, que no tenía en absoluto aquella despreocupación de su madre por el dinero, tenía que ser inmensamente rica. Y si así era...

La madre se puso en pie y miró a su alrededor. Lo que ahora estaba a punto de pensar era peor, casi, que todas las cosas horribles que había pensado antes. Si era dinero lo que Chris quería, tenía la posibilidad de comprarlo: ¡eso era lo que estaba pensando! Y, al pensarlo, se sintió invadida por la náusea, ya que el dinero nunca había parecido preocuparle más que a ella. El desprecio alegre que mostraba hacia él, no solo con palabras sino también con actos, había sido para ella uno de sus principales encantos, tras todos los años pasados en el ambiente solvente y ahorrador de los Clephane, y tras la opulencia exhibicionista de los meses con Hylton Davies. Chris Fenno, de forma espontánea y natural, se había reído con ella de las preocupaciones de los ricos ansiosos, y había celebrado el hecho de que algo así nunca tendría importancia para ninguno de los dos. Pero eso había quedado muy atrás en el tiempo, muy atrás al menos en una vida tan llena de cambios y avatares como la de Chris. Comparado con el muchacho irresponsable que ella había conocido, ahora le daba la impresión de que había adquirido parte del peso y la prudencia de la madurez. ¿No era posible que su respeto por el dinero hubiese aumentado junto con la necesidad creciente de tenerlo? De cualquier forma, ella tenía que pensar eso, tenía que creer eso de él si podía, porque era la única probabilidad que le ofrecía alguna esperanza en aquel laberinto oscuro.

Su espíritu flaqueó. Apartó la vista asqueada de aquel pensamiento, y empezó a darle vueltas una vez más a la rueda de la tortura de la reiteración.

«Tengo que verlo... tengo que verlo... tengo que verlo...». De ahí no había pasado. Miró el reloj, y se acercó a un policía a preguntarle el camino.

No lo encontró en la casa de Horace Maclew y, para su sorpresa, se enteró de que no vivía allí. A pesar del poco valor que siempre le había dado al dinero, nunca había hecho ascos a lo que con él se podía lograr. No había nadie que disfrutase más de los placeres de la vida cuando se los encontraba en su camino sin que tuviera que preocuparse de buscarlos, y Kate se lo había imaginado instalado en un agradable rincón de la casa de Horace Maclew, y disfrutando de los lujos de la despensa y la bodega de aquel. Pero no, un mayordomo jefe, que fueron a buscar a petición suya, le informó de que el comandante Fenno había telefoneado para decir que no lo esperasen aquel día y de que, en lo referente a su dirección, el hecho era que nunca la había dado.

Se sintió invadida por una nueva emoción: mitad angustia más intensa, mitad alivio. Si no se alojaba bajo el techo de Maclew, si allí no sabían nada de su dirección privada, ¿no sería acaso porque tenía alguna atadura nueva, porque quizá estuviese viviendo con alguna mujer innombrable? ¡Qué solución sería —Kate Clephane se aferró a ella— poder volver a Anne y anunciarle algo así! Parecía despejar el camino de golpe, pero al estilo de un huracán: abriendo un sendero entre las ruinas que él mismo ha provocado. Suponía que nunca, mientras estuviese viva, podría pensar mal de Chris sin sentir dolor.

Se alejó del portal de hierro forjado y cristal esmerilado, que era exactamente como había imaginado que sería el portal de Maclew. Quizá podría encontrar la dirección en una estafeta de correos. Preguntó cómo llegar a la más cercana, y buscó en vano el nombre en la guía telefónica. Bueno, no era probable que hiciese público su paradero si lo que ella sospechaba era cierto. Pero, al recorrer la página con la vista descubrió el nombre de su padre, y una dirección que ella recordaba. Chris Fenno, aunque enfrentado con frecuencia a sus padres, les tenía cariño de aquella forma suya relajada, especialmente a su madre. Con frecuencia, Kate había llevado al correo cartas cuyas dirigidas a aquellas señas. Era posible que allí le dijese algo de él. Si fuese necesario, preguntaría por la señora Fenno.

Un trolebús la llevó hasta un barrio de aire cuáquero, formado por casas bajas de ladrillo de fachadas sencillas: daba la impresión de que había calles y más calles de casas así, todas idénticas. De cuando en cuando aparecía un árbol delante de una de ellas, pero la casa a cuyo timbre llamó ofrecía una vista sin obstáculos de sus deprimentes copias. A Kate Clephane no le sorprendió la sordidez del barrio. Sabía que los Fenno que, comparados con los Clephane, nunca habían sido adinerados, en los últimos años se habían visto muy agobiados, en parte, sin duda, por las propias exigencias de su hijo y por la incapacidad de este para rebajarlas y para tomárselas en serio.

A la señora Clephane se le encogió el corazón cuando fijó la vista en el mugriento felpudo de la señora Fenno —era de esos que dan la impresión de que en él solo se han limpiado pies cansados— y recordó aquellos meses radiantes y ociosos que había vivido con el hijo de esa señora.

Tuvo que hacer sonar el timbre dos veces. Y entonces se abrió la puerta y una anciana negra de pelo cano, que se limpiaba las manos en un delantal grasiento, repitió con lentitud:

—¿El señorito Chris?

—Sí. Supongo que puede decirme dónde vive.

La mujer la miró fijamente.

—¿El señorito Chris? ¿Dónde va a vivir? Aquí, claro.

Kate le devolvió la mirada. Por la puerta entreabierta llegaba un olor rancio a comida, un impermeable mustio colgaba de la pared.

—El comandante Fenno, ¿aquí?

El comandante Fenno, sí, la mujer lo repitió. El señorito Chris, como siempre le llamaban, añadió con una sonrisa desdentada. Por supuesto que vivía allí, y ella pensaba que en ese momento estaba arriba. Su madre —añadió sin venir a cuento— había salido, creía que se había ido al mercado. Iría a buscar al señorito Chris. ¿Sería la señora tan amable de entrar?

Llevó a Kate hasta una salita sin gracia. Todo lo que recordaba de ella después era que había unas butacas con extraños almohadones, unas persianas medio cerradas, una repisa de palisandro, y otras reliquias de una vida desahogada ya desaparecida. Sobre la chimenea sin fuego había una fotografía demasiado bella de Chris de uniforme.

Después de todo, era bastante natural descubrir que vivía allí. Siempre había odiado cualquier dependencia de los planes y humores de los demás; Kate recordó con cuánta irritación había hablado de su servidumbre como secretario del señor Maclew, por muy ligero que aquel yugo fuese. Y era muy propio de él, ya que se había instalado en Baltimore, haber vuelto con sus padres. Había algo en Chris —en aquel lado suyo que ella siempre buscaba a tientas y del que, en ocasiones felices, había visto destellos fugaces— que haría que no le resultase agradable vivir en el lujo en la misma ciudad en la que su padre y su madre se las veían y se las deseaban para subsistir con los escasos ingresos a los que las locuras de su hijo los habían reducido. Lo más seguro es que él nunca relacionase la causa con el efecto, o que si lo hacía, no le preocupase mucho, simplemente se diría a sí mismo: «Sería asqueroso disfrutar aquí de las cosas, cuando los viejos lo están pasando tan mal», con el mismo tono con el que solía decirle a Kate, aquellos domingos ociosos de la costa Azul: «Si estuviese en casa, ahora me estaría arreglando para llevar a mi vieja madre a la iglesia. Siempre voy con ella». Y sin duda así lo hacía. Quería a sus padres con ternura cuando los tenía lo bastante cerca para quererlos.

Oyó pasos en el vestíbulo. Se dio la vuelta sobresaltada y entró él. Al verla, cerró la puerta rápidamente. Estaba muy pálido.

—¡Kate! —exclamó deteniéndose en el umbral.

Ella había estado mirando por la ventana y se quedó allí, con todo el ancho de la habitación entre ellos. Permaneció en silencio ante la curiosa y profunda impresión de los recuerdos que la presencia real de él provocaba, y empezó a temblar por miedo a que la hiciesen flaquear en su decisión.

—¿No me esperabas? —dijo al fin.

Él la miró como si casi no la viese.

—Sí, supongo que sí —respondió por fin con voz lenta, arrastrando las sílabas—. Iba a escribirte para preguntar cuándo podía verte.

Allí de pie ante ella, tenía el aspecto de alguien al que acaban de sacar bruscamente de un trance. Kate, para su sorpresa, se dio cuenta de que, por una vez, lo tenía en su poder. Por primera vez sus papeles habían cambiado, y se dijo a sí misma: «Tengo que actuar con rapidez antes de que se recupere». En voz alta preguntó:

—¿Qué tienes que decir?

—Decir —empezó; y a continuación, de repente, con un rápido cambio de voz, se acercó a ella con las manos extendidas y añadió—: Por lo que más quieras, no adoptes ese tono. Ya están las cosas lo bastante mal...

Kate conocía cada una de las modulaciones de aquella voz, ¡había oído sus súplicas en tantas ocasiones anteriores! Que ahora lo intentase solo sirvió para endurecer su postura y para que se le despejasen las ideas, y junto con aquella visión fugaz le llegó la sensación de que en realidad lo estaba viendo por vez primera. Lo tenía allí frente a ella, despojado de todas aquellas fantasías con las que lo había revestido, mientras ella de forma clara y objetiva percibía toda la fuerza y la debilidad, todas las virtudes y los defectos de su persona, notaba las prematuras entradas en su liso cabello castaño, las patas de gallo incipientes en torno a los párpados, la forma tierna en que estos se cerraban sobre unos ojos que no eran lo bastante tiernos y la ligera pérdida de firmeza de una boca que, antaño, había tenido un gesto casi convincente, y que ahora solo reflejaba incertidumbres y caprichos secretos. Kate vio todo aquello, y protegida por el resplandor intenso de una situación más próspera, de una madurez más acentuada, de una seguridad en sí misma y de unos recursos más inmediatos, alcanzó a comprender el fracaso fundamental.

De eso fue claramente consciente, como fue consciente también de una horrible realidad que consiste en que uno solo alcance a ver a otro ser humano tal como es, por vez primera, tras años de intimidad. Apartó la mirada como si aquella imagen no estuviese destinada a ella.

—Ya están las cosas lo bastante mal —oyó que él volvía a decir.

Se volvió de nuevo hacia Chris y con su respuesta lo interrumpió y no le dejó terminar la frase.

—Ah, ¿conque te das cuenta de lo mal que están? ¿Por esa razón has dejado el empleo? ¿Porque ves que te tienes que marchar? ¿Te vas a ir? ¿Te irás de inmediato?

—Irme, ¿irme? —repitió la palabra con aquella voz de sonámbulo, sin inflexiones—. ¿Cómo demonios podría irme?

La pregunta hizo que se endureciese por completo aquello que su apariencia, su aspecto aturdido y derrotado, había empezado a ablandar en el interior de Kate. Lo miró fijamente y empezó a reírse.

—¿Que cómo podrías irte? ¿Estás loco? ¿Es que acaso puedes hacer otra cosa?

Al tenerlo allí delante empezó a darse cuenta de que él en cierto modo había logrado alcanzar la actitud digna que ella todavía se esforzaba por lograr. Tenía aspecto de hombre infeliz, de hombre acobardado, pero no de ser culpable.

—Si hubieses esperado, yo mismo te habría pedido que me permitieses explicar... —comenzó a decir.

—¿Explicar? ¿Qué es lo que hay que explicar?

—Para empezar, por qué no puedo irme, irme para siempre como tú propones.

—¿Proponer? ¡No te lo propongo! Te lo ordeno.

—Bueno, pues tengo que desobedecer tus órdenes.

Se quedaron frente a frente mientras ella trataba de reunir los fragmentos de su dignidad hecha pedazos. Se había dicho a sí misma que lo que le esperaba era lo más horrible que un ser humano podría concebir, pero ni por una vez se había imaginado que si era lo bastante fuerte para hablar, él tendría fuerzas para desafiarla. Abrió los labios, pero ningún sonido salió de ellos.

—Pareces dispuesta a pensar lo peor de mí, supongo que es natural —continuó Chris—. Lo mejor ya es suficientemente malo. Pero, de cualquier forma, antes de ordenar que me vaya, quizá deberías saber que me fui una vez.

Ella repitió las palabras sin comprender.

—¿Una vez?

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Chris.

—No te imaginarías, ¿o sí?, que me había metido en esto sin luchar, sin una larga lucha. En el hospital, donde la vi por vez primera, no tenía idea de quién era. Yo no soy neoyorquino, no conocía a nadie de vuestro grupo de gente de Nueva York. Tú nunca me hablaste de ella. Ni siquiera supe nunca que tenías una hija.

Era cierto. En aquella otra vida que ella había llevado, nunca le había hablado a nadie de Anne. Nunca había sido capaz. Desde el momento que

había regresado a Europa, frustrada en su intento final de recuperar a la niña, o siquiera de verla una última vez, hasta el día en que el cable de su hija la había hecho regresar a casa, el nombre de aquella hija jamás había sido pronunciado por ella salvo en lo más profundo de su corazón.

La oscuridad rodeaba sus pies, la cabeza le flotaba. Miró vagamente a su alrededor y alargó la mano buscando en qué apoyarse. Chris Fenno le acercó una silla, y ella se sentó sin saber lo que estaba haciendo.

Él continuó de pie allí delante.

—Me crees, ¿verdad? —repitió.

—Claro que te creo. —Ahora empezaba a sentir alivio, alivio al descubrir que era menos innoble de lo que en principio le había parecido. Levantó la vista y lo miró a los ojos—. Pero, después...

—Bueno, después... —se detuvo como si esperase que le ayudase a poner fin a la pausa. Pero Kate no dio señales de hacerlo, y entonces añadió—: Como digo, nos vimos por primera vez en el hospital donde ella me cuidó. Allí empezó. Después me pidió que fuese a verla a casa de su abuela. Solo en ese momento descubrí...

—Bien, ¿y entonces...?

—Entonces me marché. Me marché tan pronto lo descubrí.

—Por supuesto...

—Por supuesto, pero...

—Pero... volviste. Lo sabías, y sin embargo volviste.

Vio que de nuevo los labios de Chris se endurecían con obstinación. Se había dejado caer en una silla frente a la suya, y estaba allí sentado con la cabeza agachada, las manos apretadas sobre las rodillas.

—Es natural que pienses lo peor de mí...

Lo interrumpió.

—Todavía estoy esperando descubrir lo que pienso de ti, no permitas que sea lo peor.

Chris hizo un gesto de desesperación.

—¿Qué es lo peor?

—Lo peor es que, después de haberte marchado, hayas vuelto. ¿Por qué lo hiciste?

Él se puso en pie, y esta vez sus ojos se encontraron.

—Tienes derecho a interrogarme sobre mis sentimientos, pero no sobre los de otra persona.

—¿Sentimientos? ¿Tus sentimientos? —de nuevo ella se echó a reír—. Y los de mi propia hija... pero ¡no tenía siquiera intención de nombrarla! —exclamó.

—Pues me alegro de que la hayas nombrado. Has respondido a tu propia pregunta. —Se detuvo, y a continuación añadió en voz baja—: Sabes cómo es cuando quiere...

—Ni se te ocurra nombrarla... ¡Te lo prohíbo! Dices que te enamoraste de ella sin saber. Te creo... Me das lástima... Quiero tenerte lástima... Pero nada puede cambiar los hechos, cambiar el pasado. No te queda otra salida que irte.

Chris permaneció de pie ante ella, con la vista en el suelo. Por fin, levantó otra vez los ojos, pero solo para dirigirle una mirada rápida.

—¿Entonces piensas... que un pasado así... es irrevocable?

Kate Clephane se puso en pie de un salto, con la fortaleza que le daba sentir un desprecio sin límites.

—¿Irrevocable? ¿Irrevocable? ¿Y tú me lo preguntas con ella en el pensamiento? Pero... ¡Eres despreciable!

—¿Lo soy? No lo sé... la cabeza me da vueltas. Es tremendamente joven, siente todo de forma terrible. No renunciará... la otra vez tampoco lo hizo.

—¡No! ¡No! A ella no la mezcles. No estoy aquí para hablar de ella contigo, estoy aquí para decirte que te vayas, y que te vayas de inmediato.

Chris no respondió, sino que se dio la vuelta y fue hasta el otro lado de la habitación para a continuación volver. Después se hundió en la silla y volvió a fijar la vista en la alfombra. Por fin levantó los ojos de nuevo, con una de aquellas miradas vacilantes que ella conocía tan bien: aquellas miradas que parecían salir a recibir la respuesta del otro a medio camino en su ansia por decir lo que se esperaba que dijese.

—¿Sirve de algo que emplees ese tono?

De nuevo aquella súplica, ¡era ridículo! Pero de repente, con los ojos puestos en el sufrimiento patente en su postura encogida, en la debilidad de sus facciones deterioradas, comprendió que aquel grito era real, que estaba desesperado de dolor y que se había dirigido a ella en busca de auxilio. Cruzó la habitación y le puso una mano en el hombro.

—No, tienes razón, no sirve de nada. Si me escuchas, intentaré conservar la calma. No quiero que sufras, ¿por qué iba a quererlo?

Sintió que le cogía la mano como si dudase de ella y que por un momento la apoyaba sobre su mejilla. La mejilla estaba húmeda.

—Te escucho.

—Pues entonces, no te haré reproches, no discutiré contigo. ¿Por qué iba a hacerlo —exclamó con repentina inspiración— cuando todo el poder es mío? Si al llegar era presa de la indignación, de la aversión... ahora lo único que siento es pena. No la rechaces. No rechaces mi pena. Este horror se nos ha venido encima a los dos a la par; tanto a mí como a ti. Déjame que te ayude, ayudémonos el uno al otro.

Él apretó la mano con más fuerza contra su rostro y después la soltó.

—Qué generosa eres... Creo que entiendo mejor la aversión. He sido un villano y un canalla, y todo lo que tú quieras añadir. He vivido con ese pensamiento día y noche. Pero, ahora...

—Pues ahora —dijo ella jadeante—, déjame ayudarte. Déjame, Chris —suplicó—, déjame que haga posible que te vayas. Sé que habrá todo tipo de dificultades, tanto materiales como de otro tipo, pero por lo menos esas...

La miró de repente, como si le costase entender sus palabras. Después su rostro se endureció y se cubrió de rubor.

—¿Me estás sobornando? Ya veo. Al principio no lo veía. Bueno... Estás en tu derecho, supongo. No existe casi ninguna vileza que no tengas derecho a reprocharme. Pero, no es tan sencillo. Ya te he dicho que...

—¡No la nombres otra vez! No me hagas recordar... Chris, quiero ayudarte como si esto fuese... como si fuese otro problema... ¿No podemos plantearnos las cosas así?

Pero fue consciente de lo engañosas que eran sus palabras. ¿Cómo podía uno enfrentarse a un problema como aquel, que era como tener que enfrentarse a una de las Gorgonas, lo mismo que si se tratase de otro cualquiera? El silencio de él parecía un eco de aquellos pensamientos. Con lentitud, se levantó de la silla de nuevo, metió las manos hasta el fondo de los bolsillos con un gesto que ella recordaba de cuando estaba atribulado, y fue y se apoyó en la jamba de la ventana. ¿En qué estaba pensando?, se preguntó ella, mientras Chris recorría con la mirada perdida aquella calle larga y sin personalidad. Quizá en su interior estuviese sonriendo ante la crudeza de los métodos por ella empleados y la inutilidad de sus amenazas. Porque, después de todo —poniéndose en lo peor—, si era el dinero lo que en realidad le había tentado, ¿cómo, con aquella fortuna a sus pies, podría ninguna oferta que la señora Clephane le hiciese desviarlo de su objetivo?

El tictac de un reloj, en el que Kate no había reparado, comenzó a hacerse

oír con insistencia. Parecía que estuviese contando los últimos segundos antes de que se produjese una catástrofe que se sentía incapaz de impedir. Incapaz, al menos...

Vio que la expresión del rostro de Chris cambiaba, que se daba la vuelta y se apartaba con rapidez de la ventana.

—Ahí viene mi madre por la calle. Ha ido al mercado: mi madre hace la compra ella misma —hablaba con una ligera sonrisa irónica—. Pero no tengas miedo de conocerla. No vendrá aquí, no lo hace nunca a estas horas. Irá directa a la cocina.

Kate empezó a temblar de nuevo.

—¿Miedo? ¿Por qué iba a tener miedo de tu madre? ¿O ella de mí? ¡Eres tú el que ahora tiene miedo! —exclamó.

El rostro de Chris pareció envejecer mientras ella lo miraba.

—Pues sí, lo tengo —reconoció—. No le he causado más que problemas de principio a fin, y está mayor y enferma. Dejémosla también al margen si podemos.

Mientras hablaba, oyeron a través de la delgada pared el sonido de una llave en la cerradura exterior. Kate se acercó a la puerta, había tomado una decisión.

—¿Quieres dejarla al margen? Entonces prométemelo, dame tu palabra de que te irás. Sabes que si necesitas ayuda, puedes contar conmigo. Pero tienes que prométermelo ahora; si no lo haces, llamaré a tu madre para que venga y se lo contaré todo.

Tenía la mano ya en el pomo de la puerta cuando él se la agarró y la apartó.

—¡No!

La puerta de la calle se abrió y se cerró otra vez, se oyeron unos pasos cansinos en el estrecho pasillo, y se abrió una puerta en las profundidades de las que había emergido, acompañada del olor a comida, la negra del delantal grasiento.

—¡Phemia! —oyeron que llamaba la señora Fenno con voz cansada de persona mayor.

—Lo prometo —dijo su hijo, aflojando la presión sobre la muñeca de Kate.

Continuaron los dos frente a frente con las cabezas inclinadas. Por fin, la señora Clephane se apartó.

—Ahora me iré. Te das cuenta de que te tienes que ir de inmediato...

¿mañana mismo? —Hizo una pausa—. Mientras mantengas tu palabra haré todo lo que pueda por ti; si la rompes, no tendré compasión alguna. Tengo los medios para acabar derrotándote, no me obligues a utilizarlos, ¡no me obligues!

Estaba a unos palmos de distancia, con la vista en el suelo. Decididamente lo había vencido, y Chris lo sabía. Si en todo aquel sufrimiento había grados, Kate suponía que lo peor ya había pasado.

XIV

Mientras Kate Clephane iba aquella noche, ya tarde, de vuelta a la casa de la Quinta Avenida parecía estar reviviendo todos sus retornos previos, reales o imaginarios, llenos de angustia, a aquel mismo lugar desde los tiempos en los que se había dicho a sí misma: «¿Es que no voy a escapar nunca?», a aquellos otros cuando, desde muy lejos, había soñado con el odiado umbral, lo había añorado y había pensado: «¿Es que no voy a volver nunca?».

Había dejado dicho que era probable que volviese tarde, y había rogado que nadie se quedase levantado esperándola. Sus deseos, como de costumbre, se habían respetado, y abrió ella misma la puerta de la silenciosa casa, apagó las luces, y pasó de puntillas por delante de la puerta tras la que Anne dormía el último sueño inocente de su juventud.

¡Ah, pensar en el despertar de Anne! ¡Pensar en ver el rostro de Anne de nuevo con su radiante ignorancia y asistir a continuación, impotente, a la desaparición de aquel resplandor! ¿Cómo se iba a producir el golpe? ¿De manera repentina y directa, o poco a poco, mediante rodeos? ¿Sabría la joven de inmediato el destino que le aguardaba, o se vería obligada a ir encajando las piezas, una a una, a sufrir la lenta angustia de las conjeturas? ¿Qué pretexto le daría Chris para la ruptura? Era bastante experto en evasivas y subterfugios, pero ¿y si había decidido ponerlos en práctica con la madre de Anne, y no con Anne? ¿Y si ya había faltado a la palabra dada? ¿Qué garantías habían ofrecido nunca sus promesas?

Era la medianoche y Kate Clephane estaba sentada a solas en su habitación dándole vueltas a aquellas cuestiones. Se había olvidado de irse a la cama, se había olvidado de desvestirse. Se quedó allí sentada con el traje y el sombrero de viaje, tal como se había bajado del tren: era como si aquella casa que la gente consideraba suya no fuese más que la sala de espera de una estación de ferrocarril en la que ella estuviese a la escucha de la llegada de otro tren que tenía que llevarla... ¿Adónde?

Ah, pero se le había olvidado, ¡se le había olvidado que lo tenía en sus manos! Le había dicho: «tengo los medios para al final derrotarte», y él había bajado la cabeza ante aquella amenaza y había dado su palabra. La simple amenaza de contárselo a su madre lo había puesto a su merced. ¿Qué pasaría si tuviese que amenazarlo con contárselo a Anne? Lo conocía... bajo aquel aire independiente, bajo aquel desprecio declarado a las tradiciones y al conformismo, estaba latente el temor incómodo a que se pensase que no estaba a la altura de la imagen romántica que había dado de sí mismo... No, incluso si sus propósitos con respecto a Anne estuviesen motivados únicamente por el interés, se moriría si ella lo supiese. De eso no había el más mínimo peligro.

La amargura de la muerte se superaba, sí. Pero ¿y la amargura de lo que venía después? ¿Qué iba a pasar en el futuro, cuando madre e hija se quedasen frente a frente como si fuesen fantasmas en un mundo gris dominado por el desencanto? Bueno, la muchacha era joven... el tiempo lo haría más fácil... viajarían... Ah, no, sus torturados nervios le decían que no podía haber, en la vida de ninguna mujer, momentos como aquellos que ella se había visto obligada a vivir.

Cerca ya del amanecer hizo un esfuerzo y se levantó, se desvistió y se arrastró hasta la cama, y allí tendida, en la oscuridad, se dedicó a aguzar el ingenio para continuar la lucha.

—Un telegrama. —Aline lo decía siempre con la misma entonación ligeramente irónica, como si todavía la asombrara y la divirtiera que alguien tuviese tanta prisa en comunicarse con su ama. La señora Clephane, cubierta de pieles y perlas, y al mando de una gran casa era evidentemente una persona más importante que aquella inquilina perdida en una pequeña habitación del tercer piso del hotel de Minorque, y nadie estaba mejor preparada que Aline para medir la distancia entre ambas. Pero, a pesar de eso, ¡un telegrama!

Kate abrió el sobre con dedos exánimes. «Me voy». Eso era todo, ni siquiera un nombre. Había sido fiel a su palabra y quería que ella lo supiese.

Sintió que las ligaduras en torno a su corazón se aflojaban, una profunda sensación de alivio la inundó. Había sido fiel a su palabra.

Hubo una ligera llamada en la puerta y entró Anne, radiante, llena de confianza.

—¿Has tenido un telegrama? ¿No serán noticias de la tía Janey?

¿La tía Janey? Durante un segundo Kate fue incapaz de acordarse, incapaz de relacionar aquella pregunta con nada de lo sucedido en las últimas horas. Después, puso en orden sus pensamientos, justo a tiempo de reprimir un gesto revelador y agarrar con fuerza el telegrama. Con un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura dejó las manos quietas y el telegrama, boca arriba,

sobre la colcha entre ella y Anne. Pero ¿y si Anne veía que ponía Baltimore sobre aquellas palabras sin firma?

—No, no es nada de la tía Janey. —Hizo un esfuerzo más para acordarse—. El caso es que a las tías les entró el pánico... un pánico absurdo... La tía Janey se ha debilitado mucho, eso es innegable, es el principio del fin. Pero no hay peligro inminente... ni el más mínimo... Aunque me alegra haber ido: verme las ha tranquilizado... Y la verdad es que estuvo mal de mi parte no haber ido antes.

Ah, ahora por fin recordaba, y cuánto se alegraba de haberlo hecho, que había ido a Meridia; que, de forma automática, tras dejar a Chris, había continuado el viaje; que había sorprendido y complacido a las tías con aquella visita sin previo aviso y que había pasado una hora con ellas antes de coger el tren de vuelta a Nueva York. Había tenido lucidez suficiente, en el momento, para ver qué útil podría resultarle aquella coartada y después, en el desorden de su horrible vigilia, lo había olvidado hasta que la pregunta de Anne le hizo recuperar la conciencia. Aquel vacío tan completo en su memoria la asustó, e hizo que se sintiese más incapaz que nunca de enfrentarse a lo que iba a suceder, a lo que tenía que suceder.

Anne todavía irradiaba aquella luz brillante que era reflejo de su felicidad.

—Me alegra tanto que esté todo bien, estoy tan contenta de que hayas ido. Y claro, cariño, no les contaste nada, ¿verdad?

—¿Contarles qué?

—Lo mío.

Los ojos se cerraron, las pestañas atraparon su visión. ¿Cómo podía su madre haberlo olvidado?, parecía decir aquel aleteo de los párpados.

—¡Pues claro que no, mi amor!

Kate Clephane pronunció aquellas palabras con los labios resecaos. Deslizó la mano para coger la de Anne, después la retiró, fingiendo coger el telegrama. Todavía no era capaz de poner su mano en la de su hija.

La joven tomó asiento en la cama a su lado.

—No olvides que quiero que sea nuestro secreto, tuyo y mío nada más, hasta que él venga la próxima semana. No puede venir antes.

¡Ah, gracias a Dios por eso! La madre recordó ahora que Anne se lo había dicho en el transcurso de su primera conversación, aquella conversación de la que no había quedado ningún detalle en su mente, que en aquel momento se encontraba sumida en la confusión. Ahora, al escuchar, poco a poco, le llegaron de nuevo los detalles entremezclados de forma fantasmagórica.

No había que contarle a nadie lo del compromiso, no, ni siquiera a Nollie Tresselton. Hasta que viniese Chris a Nueva York. Y para eso tendría que pasar otra semana. No podía venir antes, y Anne había decretado que tenía que ver a su madre antes de que el compromiso se hiciese público.

«Supongo que estoy completamente pasada de moda, pero así es como quiero que se haga», había dicho la joven, y Kate Clephane comprendió que lo hacía por consideración a ella, que era por el deseo de «reinstaurarla», de una vez por todas, al frente de la casa, por lo que su hija había insistido en aquel formalismo casi obsoleto y había estipulado que su pretendiente solicitase el consentimiento de la señora Clephane a la antigua y solemne usanza.

La joven se inclinó hacia ella, con su resplandor velado por la ternura.

—Si tú supieses, madre, cuánto deseo que él te guste. —¡Ah, aquellas palabras tan familiares y tan crueles!—. Porque era así en los viejos tiempos, ¿verdad? Cuando lo conocías tan bien. Aunque él asegura que entonces no era más que un chico estúpido y presuntuoso y se maravilla de que alguien aguante aquel torrente de tonterías...

¡Ay, Señor! ¿Cuánto iba a durar aquello? Kate Clephane extendió la mano de nuevo, y esta vez estrechó la de su hija e hizo un silencioso gesto de asentimiento. Era incapaz de hablar. Se humedeció los labios resecaos, pero de ellos no salió ningún sonido, y de pronto sintió que todo se alejaba de ella y desaparecía en el más absoluto de los olvidos.

—¡Madre! Estás enferma... estás agotada...

En la penumbra de su desvanecimiento, solo fue consciente de que el brazo de Anne estaba debajo de ella, de que Anne llamaba al timbre y le humedecía la frente.

LIBRO TERCERO

XV

Formas fantásticas de las sombras de las frondosas hojas en la blancura cegadora. Torrentes de azul, lila y carmesí que cubrían como espuma las ramas de árboles desconocidos. Distancias azules, cumbres nevadas, arrecifes plateados, y el blanco resplandor ininterrumpido del sol confundiéndose con el de la luna, apenas más blanco. ¿No caía nunca la noche, la noche auténtica, negra, que todo lo borra, en aquellas latitudes deslumbrantes en las que dos

mujeres desesperadas habían buscado refugio?

Habían viajado. Había sido muy interesante, y Anne se encontraba mejor. Mucho mejor, sin duda. Ahora iban de vuelta a casa, avanzaban despacio — ¿es que tenían algo a lo que regresar?— pasando de una escena de belleza irreal a otra. Y en todo aquel tiempo Anne no había hablado, ¡no había hablado de verdad! Simplemente, uno o dos días después de que la señora Clephane hubiese vuelto de su furtivo viaje a Baltimore, le había dicho a su madre que el compromiso se había roto: «de mutuo acuerdo», fueron las palabras formales y anticuadas que utilizó. Como nadie más, ni sus más íntimos, habían participado en el secreto de aquel lazo fugaz, no hubo nadie a quien hubiese que dar explicaciones, y la joven, una vez hecha aquella breve confidencia a su madre, se había refugiado al instante en una reserva rígida que había mantenido desde entonces. De forma parecida, en los viejos tiempos, había visto Kate a la anciana señora Clephane enfrentarse a las calamidades. Tras la muerte de su hija preferida, la anciana no había vuelto a pronunciar su nombre. Y así sucedía con Anne. Parecía que con aquel secreto su alma hubiese quedado congelada. Incluso volvió a manifestarse el parecido físico con la anciana señora, y con él cierta aspereza al hablar y una marcada intolerancia ante las nimiedades que, de vez en cuando, surgían tras largos intervalos de sonriente apatía.

Durante sus viajes la muchacha estuvo más atenta que nunca con su madre, pero su solicitud parecía el resultado de una lección de buenos modales inculcados hace tiempo en ella (junto con el resto de sus creencias) por la anciana señora Clephane. Era imposible que una criatura tan joven y entusiasta pasase con la mirada perdida por los lugares que recorrían, pero estaba claro que cada muestra momentánea de entusiasmo no hacía sino volver más profundo el dolor íntimo. Y la madre seguía sintiéndose excluida de toda participación en aquel conflicto recóndito entre juventud y sufrimiento.

A pesar de todo, empezó a imaginar que el tiempo estaba realizando su milagro acostumbrado. Era evidente que el rostro de Anne ya no estaba tan demacrado, que la actitud de Anne era quizá un poco menos cautelosa. Últimamente había empezado a dibujar otra vez... Un día había sugerido la idea de cruzar de Río de Janeiro a Marsella para continuar su deambular por el Mediterráneo... Había hablado de Egipto y Creta para pasar el invierno...

La señora Clephane se plegó a sus deseos, compró libros de viajes, los devoró a escondidas, y trató de mitigar el afán haciendo acopio de paciencia. No serviría de nada mostrarse muy entusiasta; contenía la respiración, mientras atendía a los cambios de humor de su hija, y rezaba porque apareciese ese «alguien» cuya llegada las madres invocan en contingencias de esa clase. Aquella misma tarde, sentada en la terraza del hotel con un mar de flores a sus pies, se había permitido preguntarse si era posible que Anne, que

se había ido a hacer una larga excursión a caballo con un grupo de gente joven, volviese con un aspecto diferente, con aquel aspecto despejado y feliz que tenía la Anne del año pasado. El joven colono inglés a cuya hacienda habían ido claramente le había interesado más que ningún otro de los que hasta el momento habían conocido.

Ya había caído la noche y todavía estaba la madre sola en la terraza cuando, desde detrás de donde ella se encontraba, la sombra de Anne se proyectó ocultando la luz de la luna. La joven tomó asiento. No, no estaba cansada, no tenía hambre, habían cenado a la vuelta en un sitio fantástico, en un alto desde el que se dominaba Río. Sí, el día había sido maravilloso, la belleza increíble y el descenso por el bosque bajo la luna... Anne se quedó en silencio, se volvió de perfil, apartando el rostro del de su madre. Quizá, ¿quién sabe? Su silencio parecía cargado de promesas. De repente, acercó una mano a Kate.

—Madre, quiero cederte todo mi dinero. Habría sido tuyo si las cosas hubiesen sido diferentes. Es tuyo en realidad, y yo no lo quiero: ¡lo odio!

La mano le temblaba. La señora Clephane también temblaba.

—Pero, Anne, ¡qué absurdo! ¿Qué importa? ¿Qué cambiará con eso?

—Todo —la joven bajó la voz—. Fue porque yo era tan rica por lo que no quiso casarse conmigo —dijo con un sollozo—. No lo soporto, ¡no lo soporto! —Extendió la mano y señaló aquel esplendor plateado por debajo de donde ellas se encontraban—. Toda esta belleza y gloria en el mundo, y en mí no hay nada más que frío y oscuridad.

Kate Clephane se quedó sin palabras. Recordó episodios así, de rebeldía disparatada, de su propia juventud, cuando el mar, la tierra y el cielo parecían unidos en una inmensa conspiración de belleza, y en su interior todo era oscuridad también. Llevaba meses rezando por este momento de comunión recuperada con su hija, pero ahora que había llegado, ahora que las barreras se habían derrumbado, se sintió sin fuerzas para enfrentarse a lo que vendría a continuación. ¡Si se hubiese tratado de cualquier otro hombre! Paralizada por el hecho de que fuese justo aquel, continuó sentada en silencio, la mano sobre la hundida cabeza de Anne.

—¿Por qué piensas que fue el dinero? —susurró por fin para ganar tiempo.

—Lo sé. Lo sé. Una vez le dijo a Nollie que nada lo convencería para casarse con una joven con fortuna. Pensaba que era una situación imposible para un hombre pobre.

—¿Te dijo eso a ti?

—No con esas palabras. Pero fue fácil de adivinar. Cuando me escribió

para... para devolverme mi libertad, dijo que había estado loco al pensar que podríamos casarnos... que era imposible... que siempre habría un obstáculo entre nosotros. —La joven levantó la cabeza y miró con sus ojos angustiados a los de su madre—. ¿Qué otro obstáculo podría haber más que mi dinero?

Kate Clephane se había quedado fría como el mármol. Al oír la palabra «obstáculo» se puso en pie y casi apartó a la joven de ella de un empujón. Con aquella luz de luna tan penetrante, ¿qué no podría Anne leer en sus ojos?

—Vamos adentro, cariño —dijo.

Anne la siguió de forma mecánica. En la habitación de techo alto, llena de sombras, la señora Clephane tomó asiento en una mecedora de madera y la joven se quedó en pie ante ella, alta y fantasmal con su traje de montar de lino blanco, el oscuro pelo húmedo sobre la frente.

—Ven y siéntate a mi lado, Anne.

—No, quiero que antes me respondas, que me lo prometas.

—Pero, mi amor, lo que sugieres es una locura. ¿Cómo puedo prometerte algo así? ¿Y por qué iba eso a cambiar nada? ¿Por qué tendría un hombre que sentirse humillado por el hecho de casarse con una joven con dinero?

—¡Ah, pero Chris es distinto! Tú no lo conoces.

La madre agarró con fuerza los brazos de la silla. Se quedó quieta mirando hacia el suelo de ladrillo desnudo de la habitación, y a los pies de Anne, esbeltos e imperiosos, plantados delante de ella en actitud de desafío, de resistencia. No se atrevía a elevar más los ojos. «¡No lo conozco!», se repitió a sí misma.

—Madre, respóndeme. ¡Tienes que responderme!

El tono bajo de la voz de la joven se había vuelto agudo; de su figura oscilante, alta y blanca, parecía desprenderse un fluido abrasador. Kate Clephane, de súbito, recordó aquellos ataques de ira repentinos de Anne en la infancia, y fue consciente de las reservas de violencia que todavía se escondían tras el exterior tranquilo de su hija.

—¿Cómo puedo responderte? Sé lo que estás sufriendo, pero no puedo fingir que lo que propones vaya a cambiar las cosas.

—¿No crees que haya sido por el dinero?

Kate Clephane respiró hondo y se asió con más fuerza a los brazos de la silla.

—No.

—Entonces, ¿por qué ha sido? —Anne una vez más se había puesto de

rodillas junto a su madre—. No soporto no saberlo. No lo soporto una hora más —dijo con voz entrecortada.

—Es duro, cariño... Sé lo duro que es. —Kate rodeó con sus brazos aquel cuerpo tembloroso.

—¿Qué voy a hacer, madre? Le he escrito, y no me contesta. Le he escrito tres veces. Y, sin embargo, sé...

—¿Qué es lo que sabes?

—Que me quería, madre.

—Sí, cariño.

—Y no había nadie más, también lo sé.

—Sí.

—Nadie más que le importase... o que tuviese ningún derecho sobre él... Se lo pregunté antes de prometer que me casaría con él.

—En ese caso, cariño, no hay nada más que decir, ni que hacer. Solo se puede deducir que te devolvió tu libertad porque quería la suya.

—¡Pero fue todo tan rápido! ¿Cómo puede alguien querer un día y dejar de querer al siguiente?

Kate se estremeció.

—Sucede así, a veces.

—No lo creo: ¡No de él y de mí! Y estaba lo del dinero, lo sé. Madre, déjame intentarlo. Déjame que le diga que has accedido a que te devuelva todo, que yo solo contaré con la asignación que tú decidas darme.

Una vez más, la señora Clephane guardó silencio con la cabeza baja. No había previsto esta tortura.

—¿No crees, cariño, que si le has escrito tres veces y no has tenido respuesta lo mejor es esperar? ¿Que es mejor intentar olvidar?

La joven se apartó con una sacudida y se puso en pie con una risa trágica.

—¡Tú tampoco me conoces, madre!

Aquellas palabras eran más crueles que las anteriores, la madre se echó hacia atrás como si hubiese recibido un golpe.

—Yo sé que en casos así siempre queda un único remedio. Si las fuerzas te abandonan, queda el orgullo.

—¿Mi orgullo? ¿Qué es el orgullo cuando una está enamorada? Haría lo que fuese para que él volviese. ¡Solo quiero que hagas lo que te pido!

Kate Clephane también se puso en pie. Su propio orgullo pareció de repente despertar de su largo letargo, y miró de forma casi desafiante a su desafiante hija.

—No puedo hacer lo que me pides.

—¿No quieres?

—No puedo.

—¿Entonces quieres que continúe sufriendo? ¿Quieres matarme? —La joven se aproximó a ella envuelta en un halo blanco de pasión—. Claro, es verdad. ¿Por qué iba a importarte lo que me suceda a mí? Después de todo, no somos más que unas desconocidas la una para la otra.

El primer pensamiento que acudió a la mente de Kate fue: «No puedo permitir que vea cómo me duele», y no por miedo a aumentar el sufrimiento de su hija, sino para impedir que descubriese cómo podía causarle más dolor. En aquel momento parecía como si a Anne le hubiese encantado semejante descubrimiento.

La madre no se atrevió a hablar, tenía miedo de que todo su dolor se desbordase con la primera palabra. Se quedaron las dos frente a frente por un momento, después, a ciegas, la señora Clephane extendió la mano. Pero la joven se apartó de ella con un violento «¡No!», que pareció alejar a su madre todavía más, y abandonó la habitación sin mirar atrás.

XVI

Anne había decretado que regresaran a casa, y a casa regresaron.

Al día siguiente de la escena de Río la joven había balbuceado sus disculpas, y la madre las había aceptado en silencio con un beso. Después de eso, ninguna de ellas volvió a sacar el tema de su conversación de medianoche. Anne se mostraba igual de solícita que siempre para que su madre se sintiese cómoda y disfrutase, pero la hija había desaparecido sustituida por la compañera de viaje. A veces, durante aquellas últimas y agotadoras semanas de periplo, Kate Clephane se preguntó si sería posible que algún día volviese a haber intimidad entre ellas. Pero no era frecuente en ella atreverse a hacer pronósticos. Se sentía como un viajero que se arrastra por la estrecha repisa que bordea un precipicio: una simple mirada hacia delante o hacia abajo podría hacer que se precipitase al abismo.

Al aproximarse a Nueva York recordó su otro regreso a aquel lugar, menos de un año antes, y la confianza insensata con la que había entrado en su nueva

vida. Recordó el primer encuentro con su hija, la sensación de entendimiento instantáneo entre ellas, y la forma en que su propio pasado se había desprendido de ella cuando la joven la abrazó.

Ahora Anne parecía más lejana que nunca, y lo que las había separado era el pasado de la madre. Se estremeció al pensar en lo fatua que había sido por haber hecho caso de Enid Drover y Fred Landers cuando le aseguraron que había conquistado el corazón de su hija. «Se ha quedado completamente prendada de ti». ¿Cómo era posible que una frase tan absurda la hubiese dejado satisfecha? Porque las hijas, se dijo a sí misma, no se quedan prendadas de sus madres. Madres e hijas son cada una de ellas parte de la consciencia de la otra, en distintos grados y de distintas formas, pero con la sensación compartida de algo que siempre ha estado ahí. Una madre auténtica no es para sus hijos más que un hábito del pensamiento.

Bien, pues a esta madre no le quedaba otro remedio que conformarse con lo que tenía y sacar el máximo provecho de ello. Sí, por el bien de Anne tenía que sacar provecho de ello, que buscar a ciegas una salida para ambas de aquel laberinto espantoso sin poner en peligro el posible afecto que Anne todavía sentía por ella. Aquel era un razonamiento propio de una acompañante responsable, ¿y qué otra cosa tenía derecho a ser?

Llegaron a Nueva York a primeros de octubre. Nadie de la familia se encontraba en la ciudad; incluso Fred Landers, que no había sido informado de la fecha exacta de su llegada, estaba de caza con Horace Maclew en Carolina del Sur. Anne había querido que su retorno pasase inadvertido. Le dijo a su madre que se quedarían en la ciudad uno o dos días y que después decidirían dónde querían pasar el resto del otoño. En el vapor habían comentado con languidez distintas alternativas pero, ante la incapacidad que mostraba la joven para tomar una decisión, la madre dedujo que estaba esperando algo, probablemente una carta. «Le ha escrito, a pesar de todo y espera encontrarse la respuesta cuando lleguemos».

Llegaron a la casa y subieron a sus respectivos aposentos. Todo en casa de Anne estaba ordenado con la misma discreción que de si un club se tratase, cada una de las damas encontró su correspondencia en su salita, y Kate Clephane, mientras estaba sentada echando una ojeada indiferente a sus propias cartas, se preguntaba con el corazón lleno de angustia qué mensaje tendría Anne esperándola.

Se reunieron a la hora de la cena, y le pareció que la joven estaba más pálida y distante que de costumbre. Tras la cena fueron las dos a la salita de Kate. Aline había desempaquetado ya algunos de los regalos que habían traído consigo: un adorno mejicano con turquesas para Lilla, una diadema exótica de plumas de martín pescador para Nollie, un libro de antiguas crónicas españolas

para Fred Landers. Madre e hija los examinaron con fingido interés, después la conversación languideció y Anne se levantó y dio las buenas noches.

Ya en el umbral, se detuvo y dijo:

—Madre, aquella noche en Río fui odiosa contigo.

Kate, con gesto impulsivo, se puso en pie.

—¿Y qué, mi amor, qué importancia tiene? Hace tiempo que está todo olvidado.

—Yo no lo he olvidado. Cada vez me avergüenzo más de lo que dije. Pero era tan desgraciada...

—Lo sé, cariño, lo sé.

La joven estaba aún en la puerta, agarrando el pomo con mano inconsciente.

—Quería decirte que ahora estoy curada, completamente curada. —Su sonrisa partía el corazón—. No seguí tus consejos; le escribí. Le dije, fingí, que tú ibas a aceptar mi plan de devolverte todo el dinero, y que yo solo tendría una modesta asignación, así que no tendría por qué sentir ninguna desigualdad... ninguna obligación...

Kate la escuchó cabizbaja.

—Puede que hicieras bien al escribirle.

—Sí, claro que hice bien —contestó Anne con un leve tono de sarcasmo dirigido a sí misma—. Porque ahora lo sé. No fue el dinero, me lo ha dicho. He recibido una carta.

—Ah...

—Me rechaza —dijo la joven con una brusca carcajada.

—¿Qué quieres decir, cariño, cuando hablas de que tengo razón?

—Quiero decir que había otra mujer. —Anne se le acercó, con el mismo rostro blanco y vehemente que había mostrado durante la discusión nocturna en Río.

El corazón de Kate le dio un vuelco.

—¿Otra mujer?

—Sí. Y tú me diste a entender que siempre lo habías sospechado.

—No, cariño, en realidad...

—¿No lo hiciste? —Vio cómo una horrible llama de esperanza se encendía de nuevo en los ojos de Anne.

—No, no me refería a nadie en particular. Pero claro, tratándose de un hombre... un hombre así...

—¿Debería callarse o continuar?

Anne se le echó encima con un grito.

—¿Qué clase de hombre, madre?

Era estúpida por no haber previsto las consecuencias de un desliz así. Se sentó frente a su hija como un delincuente sometido a interrogatorio, con la sensación de que cualquiera que fuese la palabra que eligiese estaba destinada sin remedio a hundirla más en el cenagal de las confesiones.

Anne repitió la pregunta con insistencia.

—Tú lo conociste antes que yo —añadió.

—Sí, pero fue hace tanto tiempo.

—Pero ¿qué te hace sospechar de él ahora?

—¿Sospechar? ¡Yo no sospecho nada!

La joven se puso en pie y se quedó mirándola fijamente bajo aquellas cejas oscuras y amenazadoras.

—¡Pues yo sí! Antes no me permitía hacerlo, pero siempre supe que había otra mujer. —Entre frase y frase soltaba un poco el aliento en bocanadas breves y entrecortadas, como si con cada palabra se le hiciese más difícil hablar.

—Madre —soltó de repente— el día que fui a Baltimore a verlo la doncella que abrió la puerta no quiso dejarme entrar porque había estado una mujer allí dos días antes que había montado una escena. Una escena. ¡Eso dijo! ¿No es horrible? —Y estalló en sollozos.

Kate Clephane se quedó estupefacta. Todavía no alcanzaba a ver el significado de las palabras que salían a borbotones de la boca de su hija, y repitió aturdida:

—¿Fuiste a Baltimore?

¡Qué control debía de tener Anne!, pensó, no solo por haber ocultado su visita en el momento, sino también por haberse abstenido de hacer ninguna referencia a ella durante su tormentosa conversación en Río. ¡Un control tal que, hasta en los momentos de aparente abandono la hacía refrenarse y no revelar aquello que había decidido guardarse para ella! Con más intensidad que nunca, la madre tuvo la sensación de que su hija la mantenía a distancia.

—Sí, fui a Baltimore —dijo Anne ahora con voz controlada e incisiva—.

No te lo dije en el momento porque no estabas bien. Fue justo cuando tú acababas de volver de Meridia y sufriste aquel ataque de nervios, ¿te acuerdas? No quería preocuparte con mis problemas. Pero tan pronto recibí su carta diciéndome que el compromiso se había acabado salté al primer tren, y me fui directa a Baltimore a verlo.

—¿Y lo viste? —se le escapó a Kate sin poderse reprimir.

—No, no estaba. Se había marchado. Pero en aquel momento no me lo creí; pensé que la doncella tenía órdenes de no dejarme entrar... —Hizo una pausa—. Madre, fue de lo más horrible, me tomó por la mujer que había hecho la escena. Dijo que era igual que ella.

Kate dio un respingo.

—¿Dijo eso la negra?

Su pregunta sonó en el silencio igual que un grito, como si hubiese dejado caer una fuente de latón sobre un suelo de mármol.

—¿La negra? —repitió Anne.

Kate Clephane se hundió en las profundidades de su butaca como si un roce la hubiese petrificado. Apretó los codos contra los costados para tratar de ocultar el temblor de su cuerpo.

—¿Cómo sabías que era una negra, madre?

Kate se sintió indefensa, luchando contra las confusas posibilidades de su miedo, y en aquel momento Anne, de golpe, se dio cuenta de la verdad.

—¿Eras tú, madre? ¿Eras tú la otra mujer? ¿Fuiste a verlo el día que dijiste que habías estado en Meridia?

La joven estaba allí, ante ella, como una pálida Furia.

—¡Es verdad! ¡Es verdad que fui a Meridia! —declaró Kate Clephane.

—Entonces, fuiste también a Baltimore. Fuiste a su casa, lo viste. Eras la mujer que hizo aquella escena.

La voz de Anne había ido subiendo de tono hasta convertirse en un grito, pero de pronto pareció recuperar la conciencia de dónde se encontraba. En el preciso instante que Kate Clephane veía brillar la hoja del cuchillo sobre su cabeza, este se paró a un milímetro de su cuello. La voz de Anne se convirtió en un susurro.

—Madre, ¿hiciste eso? ¿Fuiste tú de verdad? ¿Fue obra tuya? ¿Entonces siempre lo has odiado? ¿Lo has odiado lo bastante para eso?

Ah, bendita palabra: ¡odiado! ¡Cuando aquella otra había flotado en el

mismo aire! La madre, allí inclinada, con el cuerpo encogido sobre sí mismo, sintió un ligero ensanchamiento del corazón.

—No, cariño, no. No lo odio —dijo tartamudeando.

—Pero ¿fuiste tú?

—Fui a verlo, sí.

—¿Para convencerlo de que rompiese nuestro compromiso?

—Anne...

—Por favor, contéstame.

—Para pedirle, para tratar de hacerle ver...

La joven la interrumpió con una carcajada.

—Le hiciste romper nuestro compromiso, le obligaste. Y todo este tiempo, todos estos horribles meses, ¡has dejado que yo pensase que se había cansado de mí!

Se abalanzó hacia su madre y la agarró por las muñecas. Sus dedos ardientes parecían quemar la carne temblorosa de Kate.

—Mírame, madre, por favor. No, directamente a los ojos. Quiero descubrir a cuál de los dos odiabas más, a cuál de los dos querías ver sufrir más.

La madre se soltó y se puso en pie.

—En lo que al sufrimiento se refiere, si me miras tú a mí, verás que yo también me he llevado mi parte.

La joven dio la impresión de no oírla.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —dijo con un gemido.

Kate Clephane experimentó una reacción de defensa propia. Aquel calor blanco que desprendía la ira de Anne pareció dejarla fría, y recobró el control de sí misma.

—¿Qué es lo que quieres que te diga? Fui a ver al comandante Fenno, sí. Quería hablar con él en privado, pedirle que reconsiderase su decisión. No creía que pudiese hacerte feliz. Lo convencí de lo que yo opinaba. Eso es todo. Cualquier madre hubiese hecho lo mismo. Tenía derecho...

—¿Derecho? —dijo Anne con un alarido—. ¿Qué derecho? ¡Renunciaste a cualquier derecho sobre mí cuando abandonaste a mi padre por otro hombre!

La señora Clephane se incorporó con paso inseguro, y se acercó a la puerta de su dormitorio. Al llegar al umbral se detuvo y se volvió hacia su hija. Había recuperado las fuerzas al pensar que, después de todo, lo único importante era

evitar la boda. Y eso todavía podía hacerlo.

—El derecho de una amiga, entonces, Anne. ¿No me vas a conceder ni siquiera eso? Me has tratado como una amiga desde que me pediste que volviese. Confiabas en mí, o así parecía. Confía en mí ahora. Hice lo que hice porque sabía que no debías casarte con el comandante Fenno. Lo conozco desde hace muchísimos años. Sabía que no podía hacerte feliz, que no podía hacer feliz a ninguna mujer. Algunos hombres no están hechos para el matrimonio y él es uno de ellos. Conozco su historia lo suficiente para saberlo. ¿Y no ves? Él reconoció que yo tenía razón...

Anne todavía tenía la vista clavada en ella bajo aquellas cejas implacables. Después, en su joven rostro aparecieron surcos de angustia, y de nuevo no fue más que una muchacha indefensa presa del dolor, luchando a ciegas con su primera pena. Apartó los brazos, se cubrió con ellos la cabeza, y se dejó caer junto al sofá. Kate la contempló durante unos instantes, dudando, después se acercó despacio y rodeó con un brazo aquel cuello inclinado. Pero Anne la apartó con una sacudida y se puso en pie de un salto.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó. Estaban frente a frente, como en aquella otra noche cruel—. No me conoces, no me comprendes. ¿Qué derecho tienes a impedir mi felicidad? Por favor, no digas nada más ahora. Ha sido error mío imaginar que podíamos vivir juntas como madre e hija. Una relación así no se improvisa en un día. —Lanzó una mirada trágica a su madre—. Si tú has sufrido, supongo que ha sido culpa mía al pedirte que hiciésemos el experimento. Perdóname si te he dicho algo que te haya herido. Pero debes dejar que maneje mi vida a mi modo. —Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, niña mía —musitó Kate.

XVII

Dos días después, regresó Fred Landers.

La señora Clephane le había enviado una nota, rogándole que la llamase nada más llegar. Cuando la llamada llegó, le preguntó si podía cenar con él aquella noche, y él contestó que debería haber ido sin preguntar. E imaginaba que Anne también le haría el honor.

No, respondió Kate, el día anterior Anne se había marchado a la casa de los Drover en Long Island. Seguramente estaría fuera unos días. Y, ¿le haría Fred el favor de no invitar a nadie más a cenar? Él le aseguró que jamás se le habría ocurrido semejante idea.

La recibió en aquel salón tan cómodo y ajado en el que no había cambiado nada desde que su madre y una hermana solterona habían desaparecido de él años atrás. Sus gustos los reflejaba en la biblioteca que tenía en la planta superior, pero dejaba aquella habitación con sus cortinas de chintz, sus muchas butacas, el piano Steinway y los muebles estilo Chippendale de la familia, tal como Kate la había conocido cuando la anciana señora Landers le había dado allí una cena de recién casada. El recuerdo de aquella cena y de una señora Landers corpulenta, de pelo plateado, expresiva, le vino a la señora Clephane a la mente. Se vio a sí misma vestida con un traje adornado de intrincados lazos, seguida con orgullo por su marido, y abrazada por su anfitriona, entre el frufrú de las telas, mientras su actual anfitrión, rojo de emoción y admiración hacia ella, acechaba vergonzoso detrás de su madre; y con el recuerdo sintió una punzada de dolor por sí misma.

En el centro de la habitación se detuvo y miró a su alrededor.

—Es como estar en casa —dijo, sin saber lo que estaba diciendo.

Vio cómo un rubor casi tan agitado como el que ella recordaba se extendía hasta la frente de Landers. Notó que la turbación y el placer se adueñaban de él, y sintió una emoción lejana al verlo.

—Es que, soy una sin hogar —explicó con una leve sonrisa.

—¿Sin hogar?

—Ya no recuerdo cuando fui algo distinto. Hace tantos años que soy una vagabunda.

—Pero ahora ya no —dijo Fred sonriendo.

Las puertas dobles de caoba se abrieron. Landers, con su rígida inclinación acostumbrada, le ofreció el brazo, y entraron en un comedor oscuro con las paredes revestidas de terciopelo, que parecía recibir la luz de la plata maciza y de las monumentales piezas de cristal tallado que había sobre la mesa. Junto al plato de Kate había un ramo de violetas, enorme y compacto. Todo en torno a Fred Landers era anticuado, sólido y auténtico. Kate se hundió en la silla con la impresión de que esta le ofrecía un refugio momentáneo. No tenía intención de hablar hasta después de la cena, entonces le contaría todo lo que pensaba.

—¡Qué deliciosas son! —murmuró, mientras olía las violetas.

En la biblioteca, después de cenar, Landers la acomodó en la butaca más mullida, alejó la lámpara, insistió en servirle una copa de Chartreuse añejo y dijo:

—Y ahora, ¿qué es lo que pasa?

Lo repentino y perspicaz de la pregunta la cogió por sorpresa. Se había

imaginado que le dejaría a ella los preliminares o que, en todo caso, se dedicaría a dar torpes rodeos al asunto hasta llegar a él. Pero descubrió que, a pesar de lo desmañado y casi timorato que seguía siendo para cosas de menor importancia, el simple hábito de vivir le había dado cierta confianza en sí mismo en los momentos decisivos. Era ella la que ahora sentía una especie de renuencia. ¿Cómo iba a poder contárselo? ¿Qué podía contarle?

—Bueno, ¿sabes?, es cierto que soy una sin hogar —fueron sus primeras palabras—. O mejor dicho, al quedarme, estoy perdiendo mis últimos restos de amor propio. Anne me ha dicho que su experimento ha sido una equivocación.

—¿Qué experimento?

—Traerme de vuelta.

—¿Es así como lo llama: un experimento?

La señora Clephane asintió.

Fred Landers estaba de pie apoyado en la chimenea, con un cigarro sin encender en la mano. Su rostro mostraba perplejidad y agitación.

—No entiendo. ¿Qué ha sucedido? Parecía que te adoraba.

—Sí, como visitante, acompañante, compañera de viaje.

—Bueno, como comienzo no está nada mal.

—No, pero no tiene nada en absoluto que ver con la verdadera relación entre una madre y su hija.

—Ah, eso...

Fue su turno de ruborizarse.

—¿Entonces estás de acuerdo con Anne en que yo he perdido todo derecho a exigir algo así?

Él pareció incómodo.

—¿Qué quieres decir con exigir?

Kate dudó un instante, y después empezó. No era la historia que había tenido intención de contar. Apenas abrió los labios se dio cuenta de que sería tan imposible contarle aquello a Fred Landers como a Anne. Por un instante, cuando le dio la bienvenida a aquella casa tan familiar, tan llena de recuerdos agradables, había tenido la ilusión de sentirse cercana a él, la sensación de contar con una presencia fraternal y tranquilizadora. Pero, al empezar a hablar de Chris, todas las demás personas de su nueva vida, excepto su hija, se convirtieron en algo distante y borroso para ella. Imaginaba que no podía ser de otra forma. Había elegido probar suerte en otra parte y ahora, al regresar

después de tantos años, descubriría que aquella sensación de intimidad y confianza estaba irremediadamente destruida. ¿Qué sabía ella en realidad de este Fred Landers de ahora, o él de ella? Todo lo que se encontró con fuerzas para decir fue que cuando se había enterado de que Anne tenía la intención de casarse con Chris Fenno había considerado que era su deber intentar impedir aquel matrimonio, y que la joven había adivinado esa injerencia y no se la perdonaba. Se extendió sobre el asunto, deteniéndose en detalles relativamente insignificantes de las sucesivas conversaciones con su hija, en un intento de retrasar el momento en que Landers empezaría a interrogarla a ella.

Vio que estaba muy disgustado, pero que quizá no lo lamentaba del todo. Sabía que nunca le había gustado Chris, y la noticia del compromiso sin duda le causaba una gran impresión. Dijo que no había visto ni oído nada de Fenno desde que Anne y su madre se habían marchado. Landers, que no era capaz de recordar si Maclew o Lilla se habían referido a él en algún momento, había llegado a la conclusión de que el joven no formaba ya parte de su entorno y que lo más probable era que ni siquiera estuviese en Baltimore. De lo contrario, Lilla se habría asegurado de mantener su influencia sobre él: era alguien demasiado útil en cenas y bailes para perderlo de vista y alguien, tenía la impresión, que estaba mucho más en la línea de Lilla que en la de Anne.

Kate Clephane sintió un estremecimiento al oír aquella crítica inconsciente.

—Me dio su palabra de que se iría —dijo con un leve suspiro de alivio.

Fred Landers seguía apoyado en la chimenea en actitud meditativa.

—¿No le dijiste nada a Anne en aquel momento? —preguntó tras otra pausa.

—No. Quizá me equivoqué, pero tuve miedo de hacerlo. Sentí que no la conocía lo suficientemente bien... todavía.

Al instante vio cómo iba a interpretar aquella confesión, y de nuevo se ruborizó. Entonces, debió de sentir que conocía mejor al comandante Fenno: la deducción era inevitable.

—¿Te resultaba más fácil hablar con Fenno?

Ella titubeó.

—Me importaba muchísimo menos lo que él sintiese.

—Por supuesto —dijo Fred Landers con un suspiro—. ¿Y sabías cosas perjudiciales de él? Es evidente, ya que rompió el compromiso cuando le dijiste que lo hiciese.

Kate dudó de nuevo.

—Sabía algo de su vida pasada. Lo suficiente para estar segura de que no era marido para Anne. Se lo hice ver. Eso es todo.

—Ah. Pues, no me sorprende. Sospechaba que iba tras ella, y reconozco que odiaba la idea. Pero ahora imagino que ya no hay remedio.

—¿Que no hay remedio? —levantó la vista y preguntó consternada.

—Bueno, ¿es que acaso lo hay? Para haber sido tan dura contigo tiene que haber estado completamente decidida a recuperarlo. ¿Cómo diablos vas a impedirlo?

—Yo no puedo. Pero tú... Fred, por Dios, tienes que hacerlo. —Fijó la mirada implorante en el rostro preocupado de él.

—¡Pero yo no sé nada definitivo! Si es que hay algo, algo a lo que uno pueda agarrarse, tendrás que contármelo. Haré lo que pueda, pero si me interpongo sin una buena razón, sé que eso solo servirá para que Anne se empeñe aún más. ¿Es que te has olvidado de cómo son los Clephane?

Kate había inclinado de nuevo la cabeza, y permaneció desolada con la mirada fija en el suelo. Con el pequeño fuego de leña ardiendo en la chimenea, y este hombre honrado y amable mirándola, ¡qué segura y hogareña parecía aquella habitación! Sin embargo, su verdadero yo no estaba allí en absoluto, sino que lo había arrastrado el viento solitario de la angustia a las tinieblas exteriores. Y, suponía, que así sería siempre.

—¿No quieres contarme qué es exactamente lo que hay en su contra? —Oyó que Landers repetía.

La respuesta se le atragantó. Por fin dijo:

—Es que no lo sé... mujeres... lo de siempre... Es ligero de...

—Pero ¿se trata solo de rumores? ¿O tienes alguna prueba... una prueba de alguna canallada en particular?

—¿No es suficiente prueba que renunciase y se fuese?

—No, si regresa ahora cuando Anne se lo pida.

Aquellas palabras la atravesaron como una puñalada.

—¡Pero no debe...! ¡No puede!

—¿Estás completamente segura de que vendrá si ella lo llama?

Kate Clephane levantó las manos y las apretó contra los oídos. No soportaba oír ni una pregunta más. ¿De qué le había servido venir a ver a Fred Landers? No podía ofrecerle ayuda alguna, y su clarividencia solo había servido para cristalizar los confusos terrores que ella albergaba. Se levantó

espacio de la butaca y extendió la mano con una sonrisa forzada.

—Tienes razón. Supongo que no hay nada más que hacer.

—Pero ¿te marchas?

—Sí, estoy cansada. Y quiero estar a solas, para pensar. Tengo que tomar decisiones sobre mi propio futuro.

—¿Tu propio futuro? ¡Tonterías! Deja que todo esto pase. Espera hasta que vuelva Anne. Lo principal, por supuesto, es que debes quedarte con ella, pase lo que pase.

Ella le dio la mano.

—Adiós, Fred. Y gracias.

—Haré todo lo que pueda, ya sabes —dijo cuando la seguía escaleras abajo—. Pero tú no debes abandonar a Anne.

El taxi que Landers había llamado la llevó de vuelta a su casa desierta.

XVIII

Su puesto estaba junto a Anne, eso era todo lo que había sacado de su conversación con Fred Landers. Y a ese respecto no estaba en absoluto convencida de que su instinto no fuese más acertado que el de él, de que no estuviese en lo cierto al coincidir con su hija en que el experimento había sido un fracaso.

Pero, aunque así fuese, no podía abandonar a Anne ahora hasta asegurarse de que Chris ya no representaba ningún peligro. ¡Ah!, si alguna vez estuviese segura de eso, quizá lo más fácil y simple sería marcharse. Pero hasta entonces, no.

No sabía cuándo iba a regresar Anne, no había tenido ninguna noticia de ella. La señora Clephane tenía la idea de que el ama de llaves lo sabía, pero no podía ir y preguntarle sin más. Así que continuó igual las veinticuatro horas siguientes, con una curiosa sensación de despreocupación irreal, mientras veía cómo Aline deshacía sus baúles y la «instalaba» en sus aposentos para el invierno.

Fue al tercer día cuando Nollie Tresselton telefoneó. Estaba en la ciudad y preguntó si podía ver a la señora Clephane inmediatamente. El sonido de aquella voz la tranquilizó, y Kate Clephane se sentó a contar los minutos hasta que Nollie llegase.

Como Kate había supuesto, venía de casa de los Drover y traía un avergonzado mensaje de Anne pidiendo perdón.

—No fue capaz de escribir: está demasiado disgustada. Pero siente tanto lo que dijo... La forma en que lo dijo. Debes tratar de perdonarla.

—¿Perdonarla, dices...? ¡Eso no es nada! —gritó la madre tratando de descubrir algo más en el rostro de la otra. Pero las vívidas facciones de Nollie estaban oscurecidas por el azoramiento que le causaba el mensaje que traía. Parecía como si estuviese enredada en la confusión de Anne—. Eso no es nada —repitió Kate Clephane—, yo también le hice mucho daño. Tuve que hacerlo. No podía esperar que me entendiese.

La expresión de la señora Tresselton expresó alivio.

—Ah, ¿entonces lo entiendes? ¡Sabía que lo harías! Se lo dije a ella. — Dudó, y después continuó con un ligero temblor en la voz—: Que te lo tomes así hará que las cosas sean mucho más fáciles.

Pero se detuvo de nuevo, y Kate, con el corazón encogido se puso en pie.

—Nollie, ¿es que quiere que me vaya?

—¡No! ¡No! ¿Cómo puedes imaginarte algo así? Quiere que consideres tuya esta casa, siempre lo ha querido.

—Pero ¿no va a volver aquí?

La más joven de las dos mujeres posó una mano suplicante sobre el brazo de la señora Clephane.

—Tía Kate, tienes que tener paciencia. Se siente incapaz, al menos por ahora.

—¿Por ahora? ¿Entonces es ella la que no ha perdonado?

—Lo haría, sabes. ¡Le encantaría! No volvería a pensar jamás en lo sucedido. Pero tiene miedo...

—¿Tiene miedo?

—Sí, de que tus sentimientos hacia Chris sean aún los mismos...

La señora Clephane agarró la mano que estaba sobre su brazo.

—¡Nollie! ¿Es que sabe dónde está? ¿Lo ha visto?

—No, pero tiene la intención de verlo. Ha estado muy enfermo, lo ha pasado muy mal desde que se rompió el compromiso. Y eso hace que ella sienta con más fuerza... —La mujer más joven se interrumpió y miró a la señora Clephane con compasión, como si quisiese hacerle comprender la inutilidad de la lucha—. Tía Kate, de verdad, ¿de qué sirve?

—¿De qué sirve? ¿Dónde está, Nollie? ¿Aquí... ahora mismo... en Nueva York?

La señora Tresselton guardó silencio, la pena que había en sus ojos se había convertido en cauta frialdad. Por supuesto, Nollie no podía entender, ¡nunca podría! Por supuesto, todos estaban de parte de Anne. Kate Clephane permaneció mirando con impotencia a su alrededor. El recuerdo de viejas escenas bajo aquel mismo techo —amenazas, discusiones, disimulos y rebeldía íntima— se despertó en ella, y sintió sobre los hombros toda la opresión del pasado.

—No creas —prosiguió Nollie, con expresión más suave— que Anne no ha tratado de entenderlo... de tener en cuenta ciertas cosas. El muchacho que tú conociste debe de haber sido tan distinto del comandante Fenno que todos apreciamos y respetamos. Sí, que respetamos. «Se ha reformado», ¿sabes? No es solo por su historial en la guerra, sino por todo lo que ha hecho desde entonces. Ha trabajado tanto —ha tenido tanto éxito en sus distintos empleos — y Anne está segura de que si tuviese la oportunidad se abriría camino en el mundo literario. Todo eso, como es natural, hace más difícil que ella entienda tus objeciones, o tu forma de expresarlas.

La señora Clephane dirigió una mirada de súplica al rostro de Nollie.

—No espero que Anne lo entienda, todavía no. Pero tú debes intentarlo, Nollie, debes ayudarme.

—Quiero hacerlo, tía Kate. —La joven estaba ante ella, afectuosa y perpleja—. Si hay algo... algo que esté realmente mal... deberías decírmelo.

—Te lo estoy diciendo —dijo Kate, con voz entrecortada.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Se hizo el silencio, siempre el mismo silencio. Kate miró desesperada a su alrededor, a aquella habitación que la aprisionaba. Cada uno de los paneles y molduras de sus paredes, cada ángulo poco definido o cada curva voluminosa de aquellos muebles decorosos parecía haberse confabulado en su contra, prohibiéndole que hablase, retándola a hacerlo.

—Pregúntale a Fred Landers —dijo, acorralada.

—Pero ya lo he hecho: lo fui a ver de camino hacia aquí. Y dice que no lo sabe. Que tú no quisiste explicarte.

—¿Por qué tendría yo que explicar nada? He dicho que el comandante Fenno no debería casarse con Anne. Lo conozco desde hace mucho más tiempo que el resto de vosotros. ¿No es probable que lo conozca mejor?

Sus palabras salían precipitadas y estridentes. Sentía que estaba perdiendo

el control de su rostro y de su voz, y se llevó el pañuelo a los labios para ocultar su temblor.

—¡Tía Kate! —Nollie Tresselton dio un grito ahogado en el que se apreciaba una nueva nota de terror, después también ella se quedó en silencio y desvió lentamente la vista hacia otro lado.

En aquel instante, Kate Clephane vio que había adivinado la verdad, o que si no era así, estaba al menos a punto de hacerlo, y la alarma se apoderó de nuevo de la madre. Trató de calmarse, de levantar nuevas defensas contra aquella nueva amenaza.

—Algunos hombres no están hechos para el matrimonio: es inevitable que hagan desgraciadas a sus mujeres. ¿No es esa razón suficiente? Es cuestión de carácter. En ese aspecto, yo no creo que el carácter cambie nunca. Eso es todo.

«Eso es todo». Lo había dicho. Se había visto desafiada una vez más, y de nuevo había retrocedido ante el desafío.

Nollie Tresselton exhaló un hondo suspiro de alivio.

—Después de conocerlo tan bien cuando era un muchacho, es natural que no quieras decir nada más, pero en tu opinión no son idóneos el uno para el otro.

—Sí, eso es. ¿Y lo entiendes?

La joven reflexionó, a continuación tomó la mano de la señora Clephane.

—Claro que lo entiendo. E intentaré ayudar, intentaré persuadir a Anne para que posponga su decisión. Quizá sea más fácil después de que lo haya visto...

Nollie se quedó de nuevo en silencio, y la señora Clephane comprendió que, de ninguna de las maneras, iban a hacerla partícipe del secreto del paradero exacto de Chris. Pensó: «Anne tiene miedo de que me encuentre otra vez con él», y ese pensamiento le produjo una aguda satisfacción.

Nollie estaba recogiendo el chal y el bolso. Tenía que regresar a Long Island, dijo. Kate entendió que lo que quería decir era que volvía a casa de los Drover. Cuando se encontraba ya a punto de salir, la mayor de las dos mujeres sintió el impulso de confesarlo todo. ¿Qué pasaría si, insinuándole la verdad a Nollie, se ganase su apoyo y con ello se asegurase la salvaguardia de Anne? Pero ¿qué argumento en contra de aquella boda podría resultar más efectivo en labios de Nollie que en los suyos propios? Solo uno, aquel que nadie debía utilizar jamás. El terror a que Nollie, en posesión de aquella verdad, y asqueada por ella, pudiese después de todo revelarla en un esfuerzo final para impedir aquel matrimonio, prevaleció sobre los demás temores de la señora Clephane. Una vez Nollie estuviese enterada, lo más seguro es que Anne

acabase enterándose también. El horror que sintió ante aquella posibilidad selló los labios de la madre.

Nollie, desde el umbral, todavía la miró con tristeza, expectante, como si esperase aún una confesión, pero la señora Clephane le tendió la mano sin pronunciar palabra.

«Tengo que descubrir dónde está». Fue el primer pensamiento que tuvo Kate cuando la puerta se cerró tras su visitante. Si se encontraba en Nueva York —y era evidente que así era—, ella, Kate Clephane, tenía que darle caza, tenía que hablar con él, antes de que él hubiese podido ver a su hija.

Pero ¿cómo se las iba a arreglar? Fred Landers no sabía siquiera si continuaba o no trabajando para Horace Maclew, porque el hecho en sí de que Maclew no lo hubiese nombrado mientras estaban juntos no quería decir nada, nada en absoluto. Y aun en el caso de que hubiese abandonado a los Maclew, lo más probable era que Lilla supiese dónde se encontraba, y que ya le hubiese transmitido la llamada de Anne.

La señora Clephane consultó la guía telefónica, pero por supuesto en vano. Después, tras dudar un rato, telefoneó a la casa de Horace Maclew en Baltimore. Allí no había nadie, pero finalmente consiguió sonsacarle al criado que contestó al teléfono que el señor Maclew se encontraba realizando un viaje en automóvil. Quizá fuese posible localizar al señor Maclew en su casa de campo... Kate probó en la casa de campo, pero el señor Maclew se había ido a Chicago.

Una sensación de soledad e impotencia se apoderó de ella y la rodeó, dejándola más aislada que nunca. Cayó la noche y Aline le recordó que había pedido que le subiesen una bandeja con la cena. Para Kate resultaba imposible hacer una comida en solitario en el comedor de John Clephane.

—No quiero cenar nada.

La mirada que Aline le dirigió parecía decir que sabía el porqué, y su ama rápidamente rectificó:

—O solo consumé y tostadas. Cualquier cosa que esté ya hecha...

Se sentó a comer sin cambiarse de ropa. Cualquier gesto, cualquier acto, que denotase intimidad con aquella casa, o que confirmase un aire de permanencia a la relación que con ella tenía, le habría resultado también imposible. Una vez más tuvo la impresión de encontrarse en una estación de ferrocarril, esperando que llegase un tren. Pero ahora sabía qué estaba esperando.

Al terminar aquel breve refrigerio, Aline entró con ímpetu trayendo fruta y café. Con el rostro severo iluminado por la curiosidad, le entregó una tarjeta a

su ama.

—El caballero está abajo. Espera que madame lo disculpe por la hora — pero el tono en que lo dijo parecía implicar: «¡Madame, en este caso, lo disculpará todo!», y Kate echó una ojeada temerosa al nombre.

Entonces, había venido a ella. ¡Había venido por propia voluntad! Se sintió aturdida, con una mezcla de alivio y temor. Sobre todo de temor, sí, ¿no había tenido siempre miedo de él?

XIX

Chris Fenno estaba de pie en el salón. La criada que lo había recibido había encendido un sinfín de lámparas y apliques, y con aquella intensa luz que caía sobre él se le veía demacrado y extenuado, como un hombre que está recuperándose de una enfermedad grave. Sus ropas, pensó Kate, también parecían más gastadas; todo en su apariencia mostraba declive, derrota.

Kate no se había creído mucho la enfermedad de Chris cuando Nollie se lo contó, aquel viejo hábito de la desconfianza estaba demasiado arraigado en ella. Pero ahora su aspecto la conmovió. Se sintió responsable, casi culpable. Si no hubiese sido por aquella insensatez suya, pensó, lo habría tenido delante de ella con la cabeza alta, sin el más mínimo problema.

—¡Has estado enfermo! —exclamó.

Chris hizo un gesto para restarle importancia.

—Ahora me encuentro bien, gracias. —La miró a la cara y añadió—: ¿Podemos hablar unos minutos?

Ella titubeó:

—Si lo crees necesario.

Por dentro había empezado a temblar. Cada vez que sus ojos azules adquirían aquel tono gris acerado, y las dos líneas perpendiculares entre las cejas se hacían más profundas, ella siempre se había echado a temblar.

—Tú has hecho que sea necesario —replicó con un tono tan frío como sus ojos.

—¿Yo?

—Tú has roto nuestro acuerdo. No he sido yo. Yo he cumplido mi parte — lanzaba aquellas frases cortas como si fuesen golpes.

El corazón de ella latía con tanta fuerza que le resultaba imposible comprender sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó.

—Que prometiste ayudarme si renunciaba a Anne. Dios sabe qué idea tenías tú de esa ayuda. Para mí significaba una sola cosa: que te quedases callada, que te mantuvieses al margen de todo el asunto, y que confiases en que yo cumpliera con mi parte del pacto, como así hice. Rompí nuestro compromiso, tiré por la borda mi empleo y me marché. ¿Y tú? En lugar de mantenerte al margen, de no decir nada, te has dedicado a hablar en mi contra, a insinuar Dios sabe qué cosas, para después negarte a explicar tus insinuaciones. Me has puesto en una posición que me obliga a retirar mi palabra, o bien a aparecer ante tu hija y su familia como un hombre que ha huido porque sabía que no podría hacer frente a la acusación que pesa sobre él.

Solo hablaba tanto, y con tanta violencia cuando se adueñaba de él el calor de la ira. Parecía extenuado y completamente acorralado, y ese pensamiento dio fuerzas a Kate.

—¿Entonces te sientes capaz de hacerle frente? —preguntó.

La expresión de él cambió, como ella la había visto cambiar muchas veces antes. De amenazadora pasó a irascible y a continuación se volvió casi suplicante y mostró su perplejidad. Ella se dijo a sí misma: «Es la primera vez que me he mostrado valiente con él, y no sabe cómo reaccionar». Pero incluso en aquel momento supo qué precaria era su ventaja. Su rapidez en la respuesta le había servido a menudo para tapar su falta de resolución. Y ahora también le sirvió.

—¿Tienes la intención de acusarme, entonces? —replicó.

Ella se quedó en silencio, se sintió derrotada y al mismo tiempo humillada por el hecho de que la ira de ambos los hubiese hecho descender a aquel nivel.

—No te burles —dijo con voz entrecortada.

—¿Burlarme? ¿De qué? Hablo completamente en serio. ¿Es que no lo ves? Me has arruinado la vida, o casi. No hablo ahora de mis sentimientos, eso probablemente haría que la que se burlase fueses tú. De cualquier modo, este no es momento de hablar de ellos. Simplemente estoy exponiendo mis razones, las de un pobre diablo que tiene que ganarse la vida, las de un hombre que tiene un nombre que defender. En ambos aspectos me has hecho todo el daño que has podido.

—Tenía que impedir ese matrimonio.

—Muy bien. Yo estuve de acuerdo en eso. Hice lo que había prometido. ¿No podías haber dejado las cosas así?

—No, porque Anne se negó a hacerlo. Quería pedirte que volvieres. Vio que yo no podía soportarlo, sospechó que sabía algo. Insistió.

—Y tú sacrificaste mi buen nombre antes de...

—Yo sería capaz de sacrificar cualquier cosa. Será mejor que entiendas eso.

—Lo entiendo. Por eso estoy aquí. Para decirte que considero que lo que has hecho me libera de mi promesa.

Alargó las manos como si quisiera agarrarlo e impedir que se marchase.

—¡Chris, no! ¡Quédate! ¡No puedes! ¡No puedes! ¡Sabes que no puedes!

Él se apoyó en la chimenea, con los brazos cruzados, la cabeza un poco inclinada y echada hacia delante, en aquella actitud de obstinación huraña que ella conocía tan bien. Y de pronto en aquel grito suyo, Kate oyó los ecos de otros gritos, de otras súplicas. Se vio a sí misma en otro escenario, alargando los brazos hacia él en la misma actitud de súplica desesperada, con la misma sensación de incapacidad para conmoverlo, para llegar hasta él. Las lágrimas se le desbordaron y empezaron a correrle mejillas abajo.

—¿No pensarás contárselo? —dijo en un susurro.

Él mantuvo aquella actitud obstinada.

—Tengo que hacer algo para limpiar mi nombre.

—Pero, no se lo digas. ¡No se lo digas, Chris! ¡No se lo digas!

Al morir aquel grito en sus labios, se dio cuenta de que, al emitirlo, se había puesto por fin completamente a su merced. Porque no era algo imposible que, si todo lo demás fallaba, se arriesgase a justificarse ante Anne revelándole la verdad. Había veces en las que era lo suficientemente insensato para arriesgar lo que fuese. Y si Kate acertaba en su conjetura —si Chris era tan audaz como aparentaba ser— el poder que tenía sobre ella era absoluto, y lo sabía. Si cualquier otra persona se lo contase a Anne, el horror de la muchacha le haría apartarse de él de inmediato. Pero ¿y si era el mismo Chris quien se lo contase? Todo esto lo vio claramente Kate Clephane en un momento de lucidez.

Se produjo un largo silencio. Se había hundido en una butaca y había ocultado el rostro entre las manos. Al fin, a través de la nube de dolor que la envolvía, sintió la proximidad de él, y un roce en el hombro.

—Kate, ¿por qué no tratas de comprender, de escucharme en silencio?

Alzó la vista y lo miró fugazmente a los ojos. Habían perdido su dureza, y parecían casi amedrentados.

—Estaba furioso cuando vine aquí: cualquier hombre lo estaría —continuó—. Pero ¿qué vamos a ganar hablándonos así? Tú fuiste muy bondadosa conmigo en los viejos tiempos, no lo he olvidado. Pero ¿es esa razón para tratarme ahora con tanta dureza? Yo no he provocado esta situación: eres testigo de que no lo he hecho. Pero aquí está, es una realidad y tenemos que aceptarla.

Kate bajó la vista y la voz para susurrar con pena:

—¿Aceptar el amor que Anne siente por ti?

—Sí.

—¿Y su empeño...?

—Y su empeño más absoluto.

Sus palabras la hicieron temblar de nuevo. Siempre había habido momentos en los que le causaba más alarma verlo razonable que airado, porque sabía que, para mostrarse así de calmado, tenía que estar seguro de que al final iba a hacerse con la victoria. Pero se armó de valor para decir:

—¿Y si retiro mis amenazas, como tú las llamas? ¿Si retiro todo lo que he dicho y «limpio» tu nombre por completo? Eso es lo que tú quieres, ¿verdad? Si prometo hacer eso —dijo jadeante—, ¿me prometes tú también algo: me prometes buscar una salida?

Él apartó la mano de su hombro y dio un paso hacia atrás.

—Una salida, ¿a estas alturas? Pero ya no hay ninguna.

La señora Clephane se puso en pie. Recordó que hacía mucho tiempo —un día que él había estado muy tierno— se había preguntado hasta qué punto podría Chris ser cruel. En aquel momento, la conjetura le había parecido fantasiosa, casi morbosa; ahora se daba cuenta de que, desde el primer momento, había adivinado en él esta capacidad para dar de pleno, al primer envite, en el centro mismo del dolor de su antagonista.

—¿Entonces has visto a mi hija?

—Sí, la he visto. Esta mañana. Es ella la que me ha enviado aquí.

—Si ha tomado una decisión, ¿por qué te ha mandado venir?

—Para que te diga lo que está sufriendo. Piensa que, ¿sabes...? —dudó de nuevo por espacio de uno o dos segundos, y después soltó—: Está muy triste ante la postura que adoptas. Cree que deberías decir algo para... para aclarar...

—¿Qué importancia tiene eso si su intención es casarse contigo?

—Pues la enorme importancia de sus sentimientos hacia ti. Está muy herida... está sufriendo mucho...

—Pero ¿está completamente decidida?

De nuevo hizo un avergonzado gesto de asentimiento.

Kate Clephane miró a su alrededor, a la habitación lujosa y llena de luz. Se sintió como una polilla aturdida que se da golpes hasta morir contra aquel resplandor implacable. Cerró los párpados un instante.

—Entonces se lo contaré, le contaré la verdad —dijo de súbito.

Él se detuvo en el umbral y le dirigió una dura mirada.

—Bien, cuéntaselo. Si lo que quieres es no volver a verla, hazlo —dijo.

XX

Chris debía de estar muy seguro de que no iba a aceptar aquel reto final, o no se habría atrevido a proponérselo. Esa era la cantinela sin fin que sonaba en la mente de Kate Clephane a la mañana siguiente cuando el tren la llevaba a Long Beach.

«Está convencido de que nunca se lo voy a contar; pero ¿qué pasaría si lo hiciese?». Aquel pensamiento la había sostenido durante la larga noche de insomnio, y le había dado fuerza y claridad mental para decidir que tenía que ver a Anne de inmediato, por muy poco que a su hija le apeteciese una reunión así. Después de todo, todavía tenía un arma en su reducido arsenal: podía revelar la verdad.

En la estación estaba uno de los automóviles de los Drover, y recordó con sobresalto que era sábado, y que probablemente se encontraría con un numeroso grupo de gente en casa de su cuñada. Pero para alivio suyo descubrió que el automóvil había ido solo a llevar a un visitante que se marchaba en el tren de vuelta. Pidió que la llevaran en el auto, y pocos momentos después atravesaba la verja de hierro forjado y bajaba por la larga avenida que llevaba hasta la casa. La puerta delantera estaba abierta, y entró en el vestíbulo. Las largas mesas de roble estaban tan cargadas de palos de golf, raquetas de tenis y ropa de deportes que vio que había estado en lo cierto y que se iba a encontrar con la casa a rebosar. Pero era demasiado tarde para darse la vuelta, y además, ¿qué importaba aquella otra gente? Puede que, si eran lo bastante numerosos, ayudasen a que fuese más fácil aislarse en compañía de Anne.

El vestíbulo parecía vacío, pero cuando se adentró en él vio una figura de mujer perezosamente estirada en una mullida butaca frente al fuego. Lilla Maclew se levantó de su asiento para saludarla.

—¡Hola! ¿Eres tú, tía Kate? —La señora Clephane notó el azoramiento en la voz profunda y despreocupada de su sobrina, y adivinó que la familia ya estaba al tanto de la situación existente entre Anne y la madre de Anne, y por consiguiente, con toda probabilidad, del compromiso de la joven. Pero Lilla Maclew era aún más indolente, más segura de sí misma y más indiferente de lo que Lilla Gates lo había sido. El atrevido toque de agua oxigenada en el pelo, y el brillo de las joyas sobre su oscura piel le daban la apariencia de una alta estatua de bronce sobre la que quedan aún restos de dorado.

—Hola —repitió con aire ausente—, ¿has venido a comer?

—He venido a ver a Anne —respondió la madre de Anne.

La contención de Lilla aumentó a ojos vista, y con ella su reticencia huraña a hacer cualquier esfuerzo innecesario. Una no se había casado con un millonario, aquella actitud suya decía a las claras, para que descargasen sobre ella los problemas de la familia.

—Anne ha salido. Se ha ido con Nollie a un partido de tenis o algo por el estilo. Yo acabo de bajar: estuvimos jugando al bridge hasta que casi se hizo de día, y no he visto a nadie esta mañana. Supongo que mi madre tiene que andar cerca, por alguna parte.

Miró con irritación en torno suyo, como si su mirada debiera tener la fuerza necesaria para hacer que apareciese su madre al instante, y aparentemente así era, porque se abrió una puerta y apareció la señora Drover.

—¡Kate! ¡No sabía que estabas aquí! ¿Cómo has venido?

El semblante afable de su anfitriona revelaba el mismo azoramiento que el de Lilla, y tras él la señora Clephane detectó el mismo tono de sorpresa ofendida. Después de haber resuelto por fin las dificultades de su hija, los ojos de la señora Drover parecían preguntar por qué se la reclamaba tan pronto para resolver otro problema en la familia. Incluso los miembros de un jurado, tras un largo proceso, quedan exentos del servicio durante siete años, y sin embargo aquí estaba ella viéndose arrastrada al centro de un nuevo litigio cuando el viejo apenas se había resuelto.

—Anne ha salido —añadió, ofreciendo una mejilla sonrosada y fría a su cuñada.

—¿Puedo esperar, entonces? He venido a verla —dijo Kate con timidez.

—¡Por supuesto, querida! Tienes que quedarte a comer. —Los modales ceremoniosos por naturaleza de la señora Drover se habían vuelto rígidos con

la aprensión—. Se te ve cansada, ¿sabes? Ese viajar constante debe de ser de lo más agotador. ¡Y esas comidas...! Sí; Anne debería estar de vuelta para comer. Ella y Nollie han ido a casa de los Glenver a ver las finales de tenis, ¿verdad, Lilla? Claro, no puedo prometer que estén de vuelta... pero tienes que quedarte... —Hizo sonar un timbre y dio órdenes para que añadiesen un servicio a la mesa—. Somos un grupo bastante numeroso, ¿no te importa? Los hombres se han ido a entrenar al polo a Hempstead. Dawson, ¿cuántos seremos al mediodía? —preguntó al mayordomo. Para añadir a continuación entre dientes—: Sí, champán —con una mirada entre paréntesis que decía: si algún día es necesario beber champán, ese día es hoy más que nunca.

El vestíbulo ya empezaba a llenarse con el jovial bullicio de los Drover y los Tresselton. Gente joven, de mediana edad y mayor descendió de los sucesivos automóviles, todos ellos rubicundos y prósperos, reclamando comida. Apenas distinguibles de la familia eran las amistades que pasaban el fin de semana y que volvían con ellos de un espectáculo deportivo u otro. Kate Clephane, en medio de ellos, se dedicó a hacer gestos mecánicos de saludo y a charlar de cosas sin importancia. Se sentía tan endeble y espectral que casi se preguntaba cómo podían verla aquellas personas de sentidos tan básicos. Todos se alegraban de verla, todos estaban un poco sorprendidos de verla allí, y todos se olvidaron rápidamente de su sorpresa al ponerse a comentar asuntos de más importancia como el polo, el tenis y el almuerzo. Una vez más Kate tuvo la impresión de que la arrastraban con ellos hacia abajo por una enorme escalera mecánica que giraba eternamente sobre sí misma, y una vez más fue consciente de su incapacidad para distinguir a unos de otros, y para decidir si eran los Tresselton o los Drover los que tenían las narices más pequeñas.

—Pero ¿y Anne? ¿Dónde está Anne? —preguntó Hendrik Drover, mientras encauzaba la marea de recién llegados hacia la superficie reluciente de la larga mesa del almuerzo. Se ocupó de colocar a la señora Clephane a su izquierda y añadió, mientras la acomodaba en su asiento—: Anne y Nollie se marcharon temprano a las finales de casa de los Glenver. Pero Joe también ha estado allí, ¿verdad Joe?

Sin esperar la respuesta de Joe, se dirigió rápidamente a la dama sentada a su derecha. Kate tuvo la sensación de que todos pensaban que había cometido un error de mal gusto al aparecer entre ellos en aquel preciso momento, pero, después de todo, no era asunto suyo, y tenían que actuar al unísono y fingir que no había nada más natural que aquello. Los Drover y los Tresselton eran fantásticos cuando actuaban al unísono y fingían que lo que sucedía, fuera lo que fuese, era cotidiano, normal y de tal naturaleza que no había motivo para interrumpir el almuerzo. Cuando un miembro de la tribu estaba enfermo, se hacía ir a los mejores médicos y a las enfermeras más caras, pero se hablaba de aquella enfermedad como si fuese una indisposición insignificante; y

cuando la desgracia descendía sobre uno de ellos, nunca se aludía a ella. El hecho de que se hubiesen tomado a Lilla tal como era había llevado aquel arte hasta el punto máximo de perfección, y la captura de Horace Maclew confirmaba sin dejar la más mínima duda hasta qué punto resultaba útil.

Todo esto pasó por la mente de Kate Clephane mientras rechazaba el champán que habían ordenado servir en su honor y fingía comer el pollo a la Maryland y el soufflé de maíz, pero bajo la agitación superficial de sus pensamientos había un espíritu alerta que, a pesar del agotamiento, no dejaba de dar vueltas a lo extraña e irreal que resultaba aquella escena. Había venido, con el alma destrozada, a buscar a su hija, a hablar con ella a cualquier coste, y su hija estaba fuera presenciando un partido de tenis, y nadie parecía sorprendido ni inquieto. La vida, incluso la vida de Anne, seguía su curso normal sin problemas. La joven había encontrado de nuevo a su prometido, y se había vuelto a reunir con él, ¿por qué iba a importarle a ella o a su condescendiente familia que aquella intrusa que durante unos cuantos meses había estado fingiendo ser una más del clan, y cuya ilusión ellos con su buena disposición habían ayudado a mantener, desapareciese de nuevo del grupo? Mientras los miraba a todos, tan obtusos y poderosos, tan seguros de sí mismos y de los demás, su derecho a pertenecer a ellos resultó increíble incluso para ella misma. Había tomado una decisión hacía mucho tiempo, y no los había elegido a ellos, y ahora su indiferencia amistosa dejaba eso muy claro.

Bueno, quizá también dejaba aún más claro el curso que tenía que seguir. Estaba ya tan alejada de ellos como si la muerte los hubiese separado. ¿Por qué no morir, entonces? ¿Por qué no morir del todo? Le contaría la verdad a Anne, y después se iría lejos, no la volvería a ver nunca más, y eso sería la muerte...

—¡Ah, aquí están! —exclamó Hendrik Drover con alegría.

El almuerzo había terminado, los invitados, repartidos por el vestíbulo y la sala de billar, encendían sus cigarrillos con el café y los licores. La señora Clephane, que se había dispersado junto con el resto, y que había cogido automáticamente una taza de café al pasar la bandeja por su lado, levantó la cabeza y vio a Anne y a Nollie Tresselton. Anne entró en primer lugar. Se detuvo para quitarse el abrigo, miró con indiferencia a su alrededor, y le dijo a la señora Drover:

—¿No habréis esperado por nosotras, tía Enid? Como era tan tarde paramos a comer en casa de Madge... —Entonces vio a su madre y su blanca mejilla palideció aún más.

Los ojos de la señora Clephane se llenaron de lágrimas y se quedó inmóvil. Todo a su alrededor parecía tan borroso y difuso que no se atrevía a moverse y

ni siquiera intentó apoyar la taza en alguna parte.

—¡Madre! —dijo la joven con una exclamación. Con un rápido movimiento se abrió camino entre el grupo de gente que la saludaba, y se acercó a la señora Clephane con los brazos abiertos.

Durante un momento estuvieron la una en brazos de la otra, después la señora Drover, sonriéndoles a las dos, dijo con benevolencia:

—Tu madre debe de estar completamente agotada, Anne. Llévala a tu habitación para que podáis hablar tranquilas.

Y aturdida, temblando, temiendo casi estar en un sueño del que despertar sería peor que la muerte, la señora Clephane se encontró subiendo las escaleras en compañía de su hija.

En el primer descansillo recuperó la conciencia, se dijo a sí misma: «Se cree que he venido a retractarme de lo que dije», y trató de endurecer su alma ante aquella nueva forma de angustia. A su lado, Anne se movía en silencio. Tras el primer grito y el primer beso se había vuelto a encerrar en sí misma, quizá vagamente consciente de cierta resistencia interior en su madre. Pero cuando la puerta del dormitorio se cerró tras ellas, condujo a la señora Clephane a una butaca, se arrodilló a su lado, y susurró:

—Madre, ¿cómo podríamos tú y yo renunciar la una a la otra?

Las palabras sonaron como un eco de todas aquellas cosas cariñosas que la madre se había oído decir a sí misma hacía mucho tiempo, en aquellos diálogos interminables que mantenía con una invisible Anne. No se le llenaron los ojos de lágrimas, pero dio la impresión de que fluían sin cesar hasta colmar su pecho sediento. Atrajo la cabeza de Anne hacia sí.

—Anne... Mi pequeña Anne...

Metió los dedos entre aquellos rizos, recorrió con ellos las sienes y los deslizó mejillas abajo. Cerró los ojos, repitiendo con dulzura el nombre de su hija una y otra vez.

Anne fue la primera que habló.

—He sido tan desgraciada, tenía tantas ganas de que vinieses.

—Cariño, ¿tan segura estabas de que vendría?

—¿Cómo podía estarlo? Parecías tan enfadada.

—¿Contigo? ¡Jamás, niña mía!

Hubo una breve pausa, después Anne, incorporándose, rodeó con los brazos el cuello de su madre.

—¿Y con él, ya no lo estás?

La cruda realidad se abrió camino a través de aquella nebulosa de felicidad en la que la señora Clephane se encontraba. Sintió que una vez más se convertía en aquella extraña angustiada que había estado antes abajo esperando el retorno de Anne.

—Madre, ¿sabes?, os quiero a los dos —oyó que la joven decía con voz de súplica, y «¡Ahora!», le ordenó una voz en su interior.

Ahora, sin duda alguna, era el momento de hablar, de poner fin a aquello. Estaba claro que no servía cualquier apaño. Era obvio que Anne imaginaba que su madre había ido allí a perdonar y a ser perdonada, y que en esa amnistía general estaba incluido Chris. No aceptaría una amnistía con otras condiciones. Detrás de las palabras cariñosas de su hija, Kate percibió, con más intensidad que nunca, los músculos de acero de su resolución.

Anne la estrechó con más fuerza.

—¿No podríamos ponernos de acuerdo, madre, en que tengo que arriesgarme y en que, si los riesgos son tan enormes como tú crees, estarás ahí para ayudarme? Al fin y al cabo, todos tenemos que vivir nuestras propias experiencias, ¿no es así? Y quizá la opinión que ahora se tiene de... de los errores juveniles... sea más indulgente de lo que era en tus tiempos. Pero no es eso de lo que quiero hablar —se apresuró a añadir la joven—. ¿No podríamos acordar no discutir por nada, ni siquiera por Chris, y ser simplemente las amigas perfectas que éramos antes? Dirías que sí, si supieses qué distinto ha sido todo este último año al tenerte de vuelta —acercó el rostro al de su madre para añadir con una sonrisa medio juguetona—: Las madres no deberían abandonar nunca a sus hijas.

Kate Clephane, inmóvil, recibió aquel abrazo persuasivo. En aquel momento no sentía que su hija y ella fuesen dos, sino que todo su ser se había trasladado a aquel joven cuerpo que, suplicante, se estrechaba contra el suyo.

«¿Cómo podría abandonarla? ¿Cómo podría abandonarla jamás?», era su único pensamiento.

—Sabes —continuó aquella voz engatusadora—, cuando te pedí que volvieses y vivieses conmigo, aunque lo deseaba con todas mis fuerzas, no estaba tan segura... bueno, no tan segura como lo estaba el tío Fred... de que el experimento sería un éxito: un auténtico éxito. Mi vida había sido más bien solitaria, pero también había sido muy independiente, a pesar de la abuela, y no sabía cómo tenía que comportarme con mi nueva madre, o si le iba a gustar, ni si íbamos a ser felices juntas. Y después llegaste tú, y mis dudas quedaron olvidadas desde el primer día. ¿No te sucedió a ti?

Kate Clephane asintió.

—Desde el primer día.

—Y cada día a partir de entonces, al ver cuánta razón había tenido el tío Fred, y cómo había recordado a la perfección tu forma de ser, y lo que habrías sido para mí si no nos hubiesen separado cuando yo era una niña, sentí cada vez más gratitud hacia ti por haber venido, y tuve cada vez más ansia por hacerte olvidar que no siempre habíamos estado juntas.

—Y lo lograste...

—Y después, de repente, el enorme abismo se abrió de nuevo, y allí estaba yo en uno de los lados, y tú en el otro, igual que durante todos aquellos años horribles cuando estuve sin ti; y parecía que fueses tú de nuevo la que había elegido que estuviésemos separadas, y como me sentía desgraciada dije cosas espantosas... sé que las dije...

A Kate le pareció que eran sus propios sollozos los que sacudían el cuerpo de su hija. La abrazó con fuerza, diciéndole una y otra vez, como haría una madre con un niño que se ha caído y se ha hecho daño:

—Venga, venga... no llores.

No sabía ya lo que sentía. Toda su conciencia se había traspasado a Anne. Aquella angustia juvenil, que es la más difícil de soportar, tenía que disiparse: estaba dispuesta a pronunciar las palabras que fuesen necesarias para que aquella cabeza abatida se apartase de su pecho y se irguiese.

—Mi Anne, ¿cómo podría dejarte jamás? —susurró. Y al hablar, se sintió al instante atrapada en la ceñida red de su renuncia. Si no se lo contaba a Anne ahora, no lo haría nunca: y esto era exactamente con lo que Chris había contado. Sabía que ella jamás iba a hablar.

XXI

Habían decidido que, por supuesto, la señora Clephane tenía que quedarse a pasar el domingo y que el lunes por la mañana volvería con Anne a la ciudad. Mientras tanto se hizo venir a Aline con ropas para el fin de semana y Kate Clephane, después de presenciar cómo el grupo de invitados se marchaba en automóvil para asistir a un partido de polo a bastante distancia, se quedó sola en aquel caserón con su cuñada.

El rostro de la señora Drover, aunque cansado por el esfuerzo de aquella hospitalidad incesante, había perdido el aire de preocupación. Estaba claro que

el afectuoso encuentro entre madre e hija había sido un alivio para toda la familia, y la mirada franca de la señora Drover indicaba que, ya que ahora el asunto estaba solucionado, a Dios gracias, no había por qué mantener por más tiempo la apariencia de ignorancia. Invitó a su cuñada a que se uniese a ella en su saloncito particular a tomar una taza de té en paz, y mientras se la servía comentó con una sonrisa que suponía que la boda sería antes de Navidad.

—¿La boda? ¿La boda de Anne?

—Claro, querida, ¿no ha quedado todo solucionado? Todos nos imaginamos que habías venido a eso. Tan pronto como llegó nos contó lo de su compromiso. —En el ceño de la señora Drover empezaron a formarse de nuevo, a su pesar, arrugas de aprensión. «¡Podías al menos dejarme tomar el té sin esta nueva preocupación!», parecía reprocharle con su mirada—. Hendrik tiene la más alta opinión del comandante Fenno, ¿sabes? —continuó en un tono que buscaba cambiar de asunto de forma amigable.

Kate Clephane dejó la taza, que no había probado. ¿Qué podía contestar? ¿Qué sentido tenía contestar?

Engañada por su silencio, la señora Drover continuó con aire más despreocupado:

—Por supuesto hoy en día, como la moda cambia cada seis meses, no tiene sentido encargar un enorme ajuar. Además, según me ha dicho Anne, tiene la intención de irse a Europa casi de inmediato y, por mucho que diga la gente, una queda más contenta comprando los últimos modelos en el lugar donde se confeccionan...

—¡Por Dios, Enid, Anne no debe casarse con él! —dijo Kate Clephane con un grito, poniéndose en pie.

La señora Drover también dejó su taza. En torno a su boca pequeña y concisa las líneas de desaprobación se hicieron más marcadas, pero era evidente que había decidido refrenarse y llegar hasta el límite de su paciencia fraternal.

—Vamos, querida, toma asiento de nuevo y bébete el té tranquila. ¿Qué vas a lograr con tanta preocupación? Tienes aspecto febril y estás delgada como un palillo. ¿Estás segura de que no has cogido uno de esos terribles microbios tropicales...? Por supuesto, entiendo que te sientas triste al tener que separarte de nuevo de Anne tan pronto... Ella también lo siente, sé que es así. Es una pena que no pudieseis haber estado un poco más las dos juntas, sin otra persona, pero por otra parte... Y después de todo, puesto que Anne quiere que te quedes para ti la casa de la Quinta Avenida, ¿qué impedimento hay para que los dos jóvenes se compren esa propiedad que hay a la vuelta de la esquina? Entonces podríais unir los primeros pisos de ambas casas para las

celebraciones. Yo no tengo mucha idea de planos, pero Lilla te dirá exactamente cómo se puede hacer. Se ha buscado un joven arquitecto de lo más brillante para modernizar la casa que tienen en Baltimore. Por supuesto, aunque Horace no se daba cuenta era toda biblioteca, sin espacio para bailar. Y me atrevería a decir que Anne (no es que a Anne le haya gustado nunca mucho bailar)... Pero me he enterado de que al comandante Fenno le gusta salir, y una joven esposa no puede cometer mayor equivocación que tener una casa aburrida si a su marido le gusta la diversión. Lilla, por su parte, ha conseguido cambiar a Horace por completo...

Kate Clephane se había vuelto a sentar y revolvía automáticamente con la cucharilla en la taza. «No sucederá; es imposible; él nunca se atreverá». Ese pensamiento al venirle a la mente, en medio del dolor, la tranquilizó de inmediato, le ayudó a componer el gesto e incluso a responder de vez en cuando con un vago murmullo, que era todo lo que su cuñada necesitaba para no interrumpir aquel torrente incesante de palabras. La mención de los Maclew y de su brillante arquitecto había servido para desviar el rumbo de los pensamientos de la señora Drover, y ahora se dedicaba a describir de qué forma tan maravillosa manejaba Lilla a Horace, y cómo ella y el arquitecto habían logrado convencerlo de que no podía vivir sin aquellas reformas a las que en un principio se había opuesto con tanta decisión, asegurando que no solo eran un despilfarro sino que además eran innecesarias.

—No es más que una conspiración inocente, ¿sabes...? Lo han convencido por completo, y ahora está encantado y le dice a todo el mundo que ha sido idea suya —dijo la señora Drover con una risita, y después con voz más suave y tendiéndole a la señora Clephane una mano tranquilizadora añadió—: Ya verás, querida, una vez superes los primeros momentos de soledad, qué cosa más hermosa es tener a una hija felizmente casada.

«¡No sucederá! ¡Es imposible! ¡Él jamás se atreverá!», continuó la otra madre murmurando para sí.

Horace Maclew, entre otros numerosos invitados, llegó a cenar. Se sentó casi enfrente de la señora Clephane, y en medio de aquel extraño torbellino y deslumbrada por el resplandor que la rodeaba, ella instintivamente fijó la vista en su forma corpulenta y en su rostro de pesadas facciones. ¿Qué le había hecho su matrimonio, se preguntó, y qué autoridad le había conferido en los consejos de su nueva familia? Antes lo había oído nombrar como el clásico millonario responsable que colecciona obras de arte y se dedica a mitigar el sufrimiento ajeno; se lo imaginaba educado por padres responsables, también ricos y con escrúpulos, y sinceramente deseosos de transmitir tales escrúpulos, junto con sus millones, a su único hijo. Pero también había habido otras influencias y otras tendencias en juego y era fácil imaginar cómo con un «al fin y al cabo uno es humano» las adaptaba, de forma un tanto tosca, a aquellos

principios heredados y así excusaba sus pecados veniales. Su matrimonio con Lilla debió de haber sido el resultado, la culminación, de aquellas concesiones que se había hecho en privado y haberle preparado para afrontar la mayoría de los problemas vitales desde una postura más relajada. Sin duda, aunque no fuese más ágil mentalmente que los demás hombres presentes, habría sido el que, con toda probabilidad, entendiese mejor el problema de Kate Clephane si ella pudiese contárselo. Pero hacerlo (una no tenía más que ver las miradas que se dirigían desde ambos lados de la mesa para estar segura), habría sido hacer a Lilla partícipe también de sus confidencias y, de pronto, la señora Clephane vio con toda claridad que ni el rechazo horrorizado ni la desaprobación farisea le resultarían tan intolerables como la mirada despreocupada de Lilla y la forma indiferente que tendría de preguntar: «¿Y qué pasa? ¿A qué viene tanto alboroto? ¿Acaso no es una de esas cosas que suceden todo el tiempo?».

Sí que lo era, de eso no cabía duda, la señora Clephane ya había tratado de adaptar su mente a esa idea. Había conocido casos así, como todo el mundo; había visto cómo se les quitaba hierro y se vivía con ellos; pero que ella y Anne protagonizaran alguna vez una historia de esas era más de lo que la imaginación humana podía concebir. Se habría sentido profanada hasta lo más hondo por la tolerancia de Lilla.

Sus ojos inquietos pasaron de Horace Maclew a su hija. Anne estaba radiante con la felicidad recobrada. De su ansiedad no quedaba más que la alegre huella que deja un chaparrón veraniego en un mustio jardín. De vez en cuando dirigía una sonrisa a su madre desde el otro lado de la mesa, y para Kate era imposible no devolvérsela. Había algo tan valioso, tan denso e invulnerable en el hecho de ser dueña del corazón de Anne que la madre olvidaba por completo sus inquietudes cuando las miradas de ambas se encontraban.

De pronto advirtió que Anne estaba absorta en conversación con uno de los otros comensales. Se trataba del reverendo doctor Arklow, rector de San Esteban, la iglesia de Nueva York que frecuentaban el clan de los Clephane y los Drover. La anciana señora Clephane había sido uno de los pilares de San Esteban, y había legado una sustanciosa suma a la parroquia. El doctor Arklow, antiguo coadjutor, había vuelto unos años antes como rector de la iglesia, y ahora estaba considerado una de las principales lumbreras de la diócesis, con muchas probabilidades de que le nombrasen obispo auxiliar de la misma, o puede que obispo de la Iglesia Episcopaliana Americana en Europa.

Los Drover y toda su tribu se tomaban la religión con moderación: contribuían con generosidad a las organizaciones caritativas de la parroquia, los miembros de más edad de la familia todavía acudían a la iglesia los domingos por la mañana, y una vez cada invierno cada una de las familias

invitaba al rector a una gran cena. Pero las relaciones que mantenían con él, aunque cordiales, eran puramente formales, y Kate llegó a la conclusión de que su presencia en uno de los fines de semana de los Drover había que atribuirlo al prestigio que había adquirido ante la certeza de que iba a ser obispo o, como mínimo, obispo auxiliar. El esquema social de los Drover era como un juego de ajedrez en el que los obispos valían considerablemente más que los rectores.

A la señora Clephane, que solo lo había visto anteriormente en una ocasión, el rector de San Esteban le pareció un hombre acostumbrado a la buena compañía y con ansias de demostrarlo. Su rostro era de tamaño parecido al del señor Maclew pero en su caso más largo que ancho. Su escaso pelo gris estaba cuidadosamente peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente estrecha y benevolente, y aunque le encantaban los buenos cigarros y lucía un traje moteado en sus viajes, era consciente del valor que tenía como elemento decorativo, y en las ocasiones sociales desempeñaba con sumo cuidado el papel de clérigo. Su torso viril parecía ensancharse para recibir el crucifijo pectoral, y todos sus gestos eran rotundos y majestuosos, como las vestimentas episcopales que se estaba preparando para lucir.

Recostado en la silla, escuchando a Anne con los párpados entrecerrados, las puntas de los dedos unidas en actitud reflexiva, sus leves sonrisas ocasionales y el murmullo de asentimiento le indicaron a la señora Clephane que la joven estaba comentando con él los preparativos de la boda; y la madre, depositando el tenedor sobre el plato, cerró los ojos por un instante mientras la enorme habitación ruidosa parecía girar a su alrededor. A continuación se dijo a sí misma que, después de todo, eso era algo de esperar, y que si no tenía la valentía de enfrentarse a aquella posibilidad, y a muchas otras de su estilo, estaba claro que no tendría valor para llevar a cabo el plan que, a lo largo de toda aquella tarde y noche, se había ido gestando poco a poco en su mente. Por el momento su plan consistía simplemente en aferrarse a Anne con todas sus fuerzas y dejar que las cosas siguiesen su curso. Al día siguiente regresaría con Anne a Nueva York, sería testigo pasivo de los preparativos de su hija —ya que participar en ellos de forma activa parecía superior a sus fuerzas— y estaría presente cuando llegase Chris y cuando anunciaran el compromiso. Suciediera lo que sucediese, ella estaría allí. Le haría ver a Chris desde el primer momento que tendría que contar con ello. ¿Y cómo iba él a ser capaz de contar con ello? ¿Cómo iba a soportarlo día tras día? Quizá nunca volviesen a cruzar otra palabra en privado —rezaba para que así fuese— pero con su mera presencia allí él sabría cuáles eran sus intenciones y lo que estaba decidida a hacer. Se daría cuenta de que al final tendría que renunciar a Anne porque ella nunca lo haría. La lucha entre ellos se convertiría en algo definitivo, práctico, con límites definidos y, conociendo a Chris como lo conocía, estaba casi segura de que era capaz de resistir más tiempo que él.

Esta nueva resolución le proporcionó una confianza en sí misma no exenta de aturdimiento: cuando se levantó de la mesa se sentía tan tranquila y despreocupada que se sorprendió al ver que la copa de champán al lado de su plato estaba intacta. Se sentía como si todas aquellas burbujas estuviesen dando vueltas en su interior.

Cuando los caballeros volvieron al salón, el doctor Arklow se aproximó a donde ella se encontraba, y Kate lo recibió con una sonrisa. Él inició la conversación con generalidades sin importancia, y ella se dijo a sí misma que era un cumplidor de las normas sociales demasiado escrupuloso para hablar de la boda de su hija antes de que ella sacara el asunto a colación. Durante unos minutos la señora Clephane se esforzó en buscar una palabra que le sirviese a él para introducir el tema, pero decirle a alguien: «Mi hija se va a casar», era algo que le resultaba imposible, y se entretuvieron hablando de aburridos tópicos.

De repente, Anne se acercó, se sentó en el brazo de la butaca de su madre, y tomó la mano de esta. Los ojos de Kate se empañaron y a través de aquella neblina le pareció ver que el doctor Arklow la miraba atentamente. Por primera vez se le ocurrió que, tras la cumplidora marioneta social, podía esconderse un hombre de alma sencilla, conocedor de las humildes realidades del dolor y la perplejidad, y experimentado en enfrentarse a ellas. Este pensamiento le proporcionó una sensación de alivio y se dijo a sí misma: «Intentaré hablar a solas con él. Cuando volvamos a Nueva York, iré a verlo». Pero mientras tanto se limitó a sonreír a su hija y el doctor Arklow a decir:

—Nuestra joven dama me ha estado hablando de las grandes finales de tenis. No hay duda de que todos estos deportes van a ser un factor importante en la construcción de un mundo más feliz y más sano.

Ninguno de los tres hizo la más mínima alusión al compromiso de Anne.

XXII

La señorita Anne Clephane contraerá matrimonio con un héroe de guerra. Se anuncia su compromiso con el comandante Fenno, medalla de honor al mérito militar, Chevalier de la Légion d'Honneur».

El titular miró desafiante a Kate desde la primera plana del periódico que había cogido distraída de la mesa de su saloncito. Aquella mañana ella y Anne habían realizado el viaje de vuelta desde Long Island en el automóvil de Hendrik Drover, separadas por aquel corpachón jovial, y protegidas por él de los peligros de una conversación privada. El día anterior —aquel domingo

doloroso y eterno— Anne, cuando estaba en compañía de su madre había evitado todo el tiempo el asunto en cuestión. Parecía demasiado feliz con el reencuentro para arriesgarse a perturbar las primeras horas del mismo, quizá, pensó Kate, contaba con que el hechizo de aquella reunión pusiese fin a la oposición de su madre. Pero, cuando se iban acercando a Nueva York, cada kilómetro recorrido las acercaba más a la realidad que estaban tratando de evitar, y aquí estaba por fin, burlándose de la madre desde aquellos espantosos titulares. Oyó tras ella los pasos de Anne, y sus miradas se cruzaron sobre aquel párrafo. El rubor se extendió por las mejillas de la joven, mientras que con mirada vacilante interrogaba a su madre.

El momento decisivo de su lucha había llegado. Kate sintió que todo dependía de que ella se mantuviese firme en la línea que había decidido seguir, y su voz sonó débil y tenue por el esfuerzo de mantenerla bajo control.

—¿Está el comandante Fenno en Nueva York?

—No, el domingo volvió a Baltimore —Anne dudó—. Está esperando a recibir noticias más... antes de venir.

La esperanza se desplegó en el pecho de la madre, pero a continuación escondió sus inútiles alas. Miró de nuevo el periódico despacio.

—¿Este anuncio se ha hecho con permiso tuyo?

Aquel desacostumbrado rubor todavía ardía en las mejillas de la joven. Hizo un gesto de asentimiento y, tras una nueva pausa, añadió:

—El tío Hendrik y la tía Enid pensaron que era lo más justo.

—¿Lo más justo para el comandante Fenno?

—Sí.

El silencio se prolongó. Por fin la madre dijo:

—Pero si has anunciado vuestro compromiso, tiene derecho a estar contigo.

Anne la miró casi con timidez.

—En principio yo quería... los dos queríamos... asegurarnos de que cuando él viniese tú estarías... estarías dispuesta a recibirle.

Kate Clephane se volvió para no ver los ojos de su hija. Aquella mirada le resultaba intolerablemente dulce. Anne estaba implorando su aprobación, Anne no podía soportar la felicidad si no contaba con ella. Sí, pero también quería otra felicidad, y la quería más que cualquier otra cosa: no dudaría en sacrificar a su madre por ella si no hubiese otra salida.

Todo esto se agolpó en la mente de Kate en un momento de lucidez

definitivo. «¡Os quiero a los dos!», había dicho Anne, pero quería a Chris Fenno infinitamente más.

—Cariño... —Al pronunciar su madre la primera sílaba Anne ya estaba de nuevo a su lado, mirándola suplicante. Kate Clephane acercó sus manos a los hombros de la joven—. Ya has tomado una decisión, mi amor. Cuando venga el comandante Fenno, por supuesto, lo recibiré. —Sintió que tenía los labios secos y rígidos al pronunciar aquellas evasivas. Pero había recuperado todas sus antiguas artes para el disimulo, ¿qué sentido tenía haberlas practicado durante tanto tiempo si ahora no le servían de nada? Se abandonó en los brazos de Anne.

Aquella tarde, cuando la señora Clephane estaba sentada arriba a solas, Fred Landers telefoneó para pedir que lo recibiese. Anne había salido, y su madre ordenó que cuando llegase el señor Landers lo hiciesen subir a su salita de estar. Entró, al rato, alargando las manos y con una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, ¿todo arreglado, entonces? ¡Gracias a Dios! Has hecho lo adecuado, sabía que lo harías.

Dejó que él estrechase su mano inerte, no era capaz de responder.

Fred acercó un sillón al fuego otoñal que ardía en la chimenea sin mucha intensidad y continuó mirándola con aprobación.

—Sé lo difícil que debe de haber sido. Pero solo hay una cosa a tener en cuenta: ¡Anne te necesita!

—Necesita más al comandante Fenno.

—Ah, bueno: eso es ley de vida, ¿verdad? —el tono que utilizó parecía implicar: «De hecho, esa es la ley que tú seguiste en tu propia juventud». Y de nuevo, ella no supo qué responder.

Fue consciente de que la mirada que todavía mantenía fija en ella había pasado de la benevolencia a la añoranza.

—¿Todavía te importa tanto?

La pregunta hizo que los ojos se le llenasen de lágrimas, pero estaba decidida a no volver sobre el pasado. Había quedado demostrado lo inútil que era tratar de hacerlo.

—Anne ha anunciado su compromiso. ¿Qué más se puede decir? Tú dices que me necesita, bien, aquí estoy con ella.

—Y no sabes cómo lo valora. Me telefoneó esta mañana tan pronto llegasteis. Está conmovida por tu generosidad al ir hasta casa de los Drover después de lo que había sucedido entre vosotras, después de haber actuado ella de forma tan equivocada —hizo una pausa de nuevo, como si estuviese

sopesando lo que iba a decir a continuación y añadió—: Sabes que este matrimonio no me convence más que a ti, pero, querida mía, creo que tenía que ocurrir.

—¿Que tenía que ocurrir?

Su amplia frente enrojeció con el esfuerzo por explicarse.

—Verás, Anne es una joven con una considerable capacidad de sentir... de... de... En fin, que no hay forma de saber lo que hubiese acabado haciendo si todos nos hubiésemos puesto de tu parte cuando te oponías a ella. Y tengo que confesar que yo no estaba lo suficientemente seguro del joven para esperar que no se aprovechase de ella... de su impetuosidad, me refiero, si veía que no había otra forma... ¿Entiendes?

Ella lo comprendió. Lo que trataba de decirle era que, después de todo, dado el empeño de la joven, y teniendo en cuenta su... bueno, su peculiar herencia... teniendo en cuenta, de hecho, a la propia Kate... la familia había adoptado probablemente la postura menos arriesgada al aceptar la situación.

—No es que quiera implicar que... ¡Claro que no! Es solo que hoy en día los jóvenes arreglan sin ayuda la mayoría de los problemas, ¿no es cierto? Y en este caso... Bueno, bien está lo que bien acaba. Todos sabemos que algunos de los matrimonios más estables han tenido... Digamos... comienzos más bien difíciles.

Kate Clephane escuchaba lo que él decía en un estado de lasitud aquiescente. Se sentía como si le hubiesen dado una droga que le hubiese despejado la mente, pero paralizado la voluntad. ¿Qué sentido tenía discutir, pelear, oponerse? Más adelante, por supuesto, si fallaba todo lo demás, Fred Landers era, después de todo, la persona a la que ella tendría que acudir, a quien tendría que hacer su confesión, pero por el momento no tenía para ella más utilidad que los otros. La partida que había decidido jugar tenía que ser entre ella y Chris Fenno, todo lo demás era gastar aliento en vano.

—Estás de acuerdo, ¿verdad? —oyó que Landers le insistía con bastante nerviosismo.

—Claro, supongo que estás en lo cierto —asintió.

—Y lo fantástico, ¿sabes?, es que Anne no tiene por qué perderte, ni tú por qué perder a Anne por culpa de esto. Y todo lo demás ya irá cayendo por su propio peso. La vida normalmente coloca las cosas en su sitio. Pero si no fuese así...

Se puso en pie con bastante torpeza y Kate fue consciente de que se aproximaba a donde ella se encontraba. Su rostro había adquirido un aire solemne, su corpulencia parecía haber disminuido y daba la impresión de que

hubiese recobrado las proporciones de aquel joven desgarrado que, lleno de rubor, había buscado refugio detrás de su madre cuando la anciana señora Landers había ofrecido un banquete de recién casados a John Clephane y su esposa.

—Si las cosas para ti no funcionan como todos esperamos... siempre tienes mi casa... que lleva tanto tiempo esperando por ti... aunque jamás me habría aventurado a sugerirlo...

—¡Ah! —balbuceó ella, y aquel dolor que le oprimía el corazón disminuyó un poco.

—Bueno, bueno —tartamudeó su visitante, frotándose las manos con gesto avergonzado—, solo lo sugiero como una especie de último recurso... Como la esperanza es lo último... —con una risa nerviosa trató de darle un tono de humor a aquellas palabras, pero sus ojos todavía tenían una expresión grave.

Kate se incorporó y le cogió la mano.

—Eres demasiado bueno conmigo —fue todo lo que acertó a decir. En su interior, con un nuevo sentimiento de angustia estaba pensando: «Y ahora no seré nunca capaz de contárselo, ¡jamás!».

Él había captado una nota de rechazo en su voz, y estaba intentando reunir los restos desperdigados de su serenidad.

—Por supuesto, a nuestra edad... a mi edad, quiero decir... todas estas cosas son bastante... Pero bueno: no quería que pensases que no tenías a nadie a quien acudir. Eso es todo. Pero ¿no me guardarás rencor? Bueno, pues en ese caso, no pasa nada. Y ya verás: ese otro asunto se resolverá con el tiempo. Seguro que sí, ¿sabes? Me atrevería a decir que el joven tiene méritos que ni tú ni yo vemos. ¿Y me vas a dejar que continúe visitándote como de costumbre? Después de todo, ¡soy el tutor de Anne! —terminó con una risa torpe.

—Te voy a necesitar más que nunca, Fred —fue todo lo que dijo la señora Clephane.

La noche siguiente, mientras recorría con la mirada la larga mesa desde su asiento en la cabecera, se sintió transportada como por arte de magia a la primera cena familiar que había presidido tras su boda.

El ambiente era el mismo, los rostros eran iguales o tan similares que no parecían más que ejemplares recién troquelados de la misma moneda. Hendrik Drover ocupaba el lugar de su cuñado, pero incluso aquel cambio no era lo suficientemente marcado para disipar el espejismo. El rostro bondadoso de facciones pesadas de Hendrik Drover pertenecía al mismo tipo que el de John Clephane: se veía que los dos habían estado en los mismos colegios y en la misma universidad, que habían frecuentado los mismos clubes y que habían

pescado salmón en los mismos ríos. Hendrik Drover podía haber sido el fantasma de John Clephane que revisitase el escenario de sus tribulaciones terrenales con el espíritu dulcificado por las influencias celestiales. Y en cuanto a ella —Kate Clephane— si se hubiese acomodado al plan de vida que le habían organizado, en lugar de darle la espalda y rechazarlo, ¿sería muy descabellado imaginar que hubiese reaparecido en escena bajo la apariencia de Enid Drover?

Estas fantasías grotescas habían empezado a formar una maraña en su cabeza, solo tras un primer impacto que la había dejado vacía de todo lo demás, había borrado de ella todo significado y toda razón. Ese momento había sido cuando Chris Fenno había entrado tras los demás invitados, cuando había oído que anunciaban su nombre como uno más de la familia y lo había visto avanzar a través de la interminable extensión de la estancia, con todas las luces convergiendo sobre él, igual que ella sintió que todos los ojos allí presentes convergían sobre ella; cuando había visto a Anne al lado de él, había sentido su presencia entre ella y Chris, había oído la voz de la joven, imperiosa, suplicante: «Madre, aquí está Chris», y había sentido que su mano descendía hasta aquella otra mano con uno de esos vuelcos horribles que sufre el corazón cuando una impresión súbita lo hace salirse de golpe de su sitio.

Había vivido todo aquello: Chris y ella se habían visto cara a cara, suponía que habían intercambiado saludos, puede que incluso hubiesen hablado entre ellos sobre Anne y sobre su relación en el futuro. No sabía sobre qué, pero a juzgar por los rostros tranquilos que había a su alrededor no había sido nada alarmante, nada de lo que escandalizarse o por lo que sufrir: a ojos de la tribu, todo había transcurrido con decencia y con lo que ellos denominaban «propiedad». Ella había echado mano de su experiencia pasada; él de su inagotable seguridad. Aquel era lo que los franceses llamaban «un momento que hay que pasar», y ellos lo habían pasado. Y allí en aquel mundo de locos, más allá del abismo en el que ahora se encontraba, estaban todos con sus viejos rostros, diciendo las viejas cosas de siempre con la misma complacencia de antaño, comiendo uno tras otro los mismos platos de comida de los Clephane, expresando la misma aprobación de la excelente bodega de los Clephane («Fue Hendrik, sabes, el que le recomendó a John que adquiriese este Clicquot del 95», oyó que decía Enid Drover entre burbujas a su yerno). En resumen, todo era igual de natural y artificial, igual de horrible, intolerable e ineludible que si hubiese regresado a su juventud y tuviese toda su vida solitaria e inevitable por delante de ella para al final llegar a... esto.

Y, en medio de toda aquella locura fantasmagórica, estaba el propio Chris cual símbolo de lo que ella había alcanzado con su huida desesperada, representando a la vez, en horrible dualidad, el pecado por ella cometido y sus frutos, su huida y su retorno. Al pensarlo, la cabeza empezó de nuevo a darle

vueltas, y vio su propia juventud ante ella, encarnada en Anne, con la ironía y los escrúpulos inflexibles de Anne, con la mirada segura y decidida de Anne.

—Bueno —oyó decir a Hendrik Drover cuando se levantaban de la mesa —, estas ocasiones se dan de vez en cuando en las mejores familias, y supongo que todos pensamos...

Mientras, al otro lado de la mesa, Enid Drover, sonrosada y animada después de una última libación, decía entre suspiros a Horace Maclew:

—¡Ojalá mi querida madre y John pudiesen estar aquí con nosotros! —Y Lilla, al oírla, subrayó aquel comentario con una risa irónica.

Todo había ido maravillosamente. Gracias al tacto mostrado por Anne, el encuentro entre la madre y su prometido se había visto arropado por una gruesa capa tras otra de aquella «familia» tan poco dada a transmitir emociones y a las exhibiciones. En el ambiente se respiraba un sentimiento de aprobación mutua, mientras se iban formando de nuevo los grupos en el salón. La propia joven iba de uno a otro, pálida, alerta, radiante; Chris Fenno, en un rincón alejado, se había acomodado con un cigarro y una taza de café al lado de Lilla Maclew; la señora Clephane se encontró atrincherada detrás de Hendrik Drover y de uno de los Tresselton de más edad. Eran exactamente los dos mismos hombres, recordó, entre los que había pasado la velada tras aquella primera cena familiar con la que ésta de ahora había acabado por confundirse como si de una alucinación se tratase.

Solo cuando la fiesta estaba llegando a su fin, y los adioses resonaban en el vestíbulo, se encontró de repente —no sabía cómo— aislada en el salón interior en compañía de Chris Fenno. Estaba allí delante de ella, y le pareció que era la primera vez que escuchaba su voz.

—Quiero agradecerte... —Pareció pensar que era un mal comienzo, y lo intentó de nuevo—. ¿Tendré la oportunidad, un día de estos, de reunirme a solas contigo para cruzar una o dos palabras con tranquilidad? —preguntó.

—¿La oportunidad? Claro, tan pronto como quieras: ¡todas las oportunidades que tú quieras! Siempre me encontrarás: voy a estar aquí siempre. No voy a dejar a Anne jamás —le anunció.

Casi mereció la pena el sufrimiento que había tenido que pagar a cambio cuando vio aquella mirada en los ojos de él al oír sus palabras.

XXIII

Un agotamiento extremo —la sensación de haber llegado al límite de las

emociones posibles— hizo que aquella noche, Kate Clephane durmiera profundamente y sin sueños. Hacía meses y meses que no había descendido hasta aquellos niveles de profundidad, sin sonido ni imágenes ni movimiento mental alguno; y al volver a la superficie se sintió viva otra vez, renovada, pero, de repente comprendió que no se había tratado más que de un simulacro inducido por el dolor.

La vuelta a la realidad fue tan dolorosa como la de un viajero que se queda dormido en la nieve. Una a una tuvo que ir reajustando todas sus facultades congeladas a aquella situación intolerable, en la que no había habido cambios; y se sintió más débil, menos preparada para enfrentarse a ella. El pensamiento de que aquel mismo día era posible que tuviese que verse cara a cara con Chris Fenno la dejó paralizada. Le había pedido verla a solas, y allí acostada, en aquel amanecer desolado, se repitió todas las cosas crueles que él encontraría para decirle, porque Chris tenía innumerables maneras de ser cruel. El día anterior había sentido una confianza casi exenta por completo de preocupación al pensar que podía hacerle frente, que podía sobrevivirle, que tenía poder para hacer que la situación fuese más intolerable para él de lo que él podía hacérsela a ella. Ahora, con la luz inmisericorde de la mañana, se formó una nueva opinión de sus situaciones respectivas. ¿Quién había sufrido más la noche anterior, él o ella? ¿Cuál de ellos había despertado aquella mañana más oprimido por el miedo? Él le había propuesto tener una conversación, había tenido la valentía de hacerlo; y ella sentía que con aquella muestra de valor había ganado otro punto en aquella batalla silenciosa entre los dos.

Pasaron los días con lentitud, arrastrándose; las horas estaban llenas, para madre e hija, con un cúmulo de obligaciones y preocupaciones normales en un momento así. La señora Clephane prestaba ayuda a su hija en los preparativos de la boda, espectáculo que el resto de la familia encontraba encantador y edificante.

Chris Fenno, dos o tres días después del anuncio del compromiso, había regresado a Baltimore, donde había aceptado un empleo temporal en un periódico, y donde tenía aquel asunto, y otros, que resolver antes de su boda. Durante su estancia en Nueva York, la señora Clephane apenas lo había visto de pasada en dos o tres ocasiones, y siempre en presencia de otros. Era natural que quisiese dedicar la mayor parte del tiempo a su prometida. Él y Anne salían a primeras horas de la tarde y cuando volvían ya de noche tenían siempre invitación para cenar con algún miembro de la familia. Para la señora Clephane resultaba fácil excusar su presencia en aquellas celebraciones. El hecho de que hubiese presidido la cena en la que se había anunciado el compromiso era señal evidente de su aprobación; y en aquellas cenas de pocos invitados organizadas por Nollie Tresselton y los otros primos no se contaba con su presencia, y la excusaban sin ningún problema.

Todo esto iba parejo con los nuevos tiempos. Se habían acabado todas aquellas explicaciones y reflexiones de antaño; aquella época en la que las cosas se daban por sentadas era la única que la generación de Anne había conocido, y en eso Anne estaba al día.

Tras la cena de compromiso le había dado las buenas noches a su madre llena de ternura, y la noche siguiente, cuando subía corriendo a cambiarse tras haber estado fuera mucho tiempo con Chris, se había detenido a la puerta de Kate, había hecho un gesto cariñoso con la mano y sin entrar le había lanzado: «Dice que has sido fantástica con él». Eso era todo. Los propios recuerdos de Kate Clephane le decían que para algunas naturalezas la felicidad es como un enorme desprendimiento de tierras que sepulta todo el pasado y proporciona un terreno nuevo en el que sembrar las semillas de la vida y, reflexionó, era de ella de quien Anne había heredado aquella capacidad para que la felicidad lo borrara todo.

Pasaron los días y Chris Fenno por fin regresó. Estaba en casa de Joe Tresselton y había un constante ir y venir de jóvenes entre ambas casas. No escasearon las oportunidades de ver a la señora Clephane en privado, y durante los primeros días tras su regreso ella esperó, petrificada por el miedo, que sucediese lo inevitable, aquel momento imposible de imaginar. Pero no llegó, y poco a poco se dio cuenta de que nunca llegaría. Aquel discurso suyo no había sido sino una mera fórmula: no tenía nada que decirle. Nada más lejos de él que el deseo de hablar con ella a solas. Lo que Kate había temido hasta extremos inexpresables, pero que suponía inevitable, lo más probable era que él ni se lo hubiese planteado seriamente. ¿Explicaciones? ¿Qué necesidad había de dar explicaciones? Él se había apuntado el tanto, ahora lo importante era vivir en paz, con todo el mundo.

Se dio cuenta de que todos los cálculos que ella había hecho eran erróneos. Había imaginado que su táctica haría que la situación resultase insoportable para él, que con aguantar unas cuantas semanas su presencia le demostraría la imposibilidad de pasar el resto de sus días contando con la de ella. Pero el razonamiento de Chris iba mucho más lejos e incluía ciertos elementos esenciales de la naturaleza humana que ella no había tenido en cuenta. Se había dicho a sí mismo, ahora estaba completamente segura: «Las próximas semanas van a ser bastante malas, pero después de eso yo llevaré las de ganar». Solo tenía que resistir hasta la boda, después ella no sería más que una suegra, y las suegras no constituyen un grave problema en la vida moderna. ¡Cómo pudo imaginar que él no adivinaría las cartas con las que ella jugaba y que no la vencería con sus estratagemas cuando lo había hecho en tantas ocasiones anteriores, y cuando todo su futuro dependía de hacerlo únicamente una vez más! Sintió que había perdido todas las bazas.

A menos... a menos que le contase la verdad a Anne. Con cada día que

pasaba aquella cosa imposible se hacía más imposible aún, sin embargo, cada día los acercaba más al momento en el que no hacerlo —si todas las demás medidas fallaban— sería lo más imposible de todo. A Kate le pareció haber alcanzado ese extremo cuando, una mañana, Anne entró en su dormitorio y la cogió de la mano.

—Cariño, tienes que venir conmigo inmediatamente.

Kate, que no opuso resistencia a la mano de su hija, se vio conducida a lo largo del pasillo hasta el dormitorio de aquella. Allí, sobre la cama, con su blancura resplandeciente, estaba el traje de novia.

—¿Quieres ayudarme a probarlo? —preguntó Anne.

Kate Clephane llamó al timbre de la rectoría y apareció en la salita de estar. Allí sentada, entre grabados de vírgenes de Botticelli y aguafuertes de catedrales inglesas, no fue capaz de recordar de inmediato por qué había ido a aquel lugar, y miró con una especie de curiosidad indiferente hacia los tomos de memorias y sermones que había sobre la mesa a la altura de su brazo, a las sillas de respaldo alargado de estilo gótico arrimadas contra la pared, y a las butacas diseñadas por William Morris que las habían desplazado. No había estado en la salita de estar de una rectoría desde la reunión del comité en casa de los Merriman, el día que recibió el cable de Anne.

Su falta de memoria duró solo unos segundos, pero durante ese tiempo revivió con intensidad las sensaciones de aquel otro día, sintió cómo su corazón latía alegre junto al mensaje oculto bajo el vestido, vio el sol del sur dorando con su luz los rostros inexpresivos en torno a la mesa, y olió las violetas y las mimosas de los jarrones de la señora Merriman. Volvió de nuevo al presente, justo en el momento que una austera criada le pedía que la siguiese.

El estudio del doctor Arklow estaba lleno de libros, de fotografías dedicadas de dignatarios eclesiásticos, de más cuadros de catedrales inglesas, de butacas de cuero desgastadas y de pipas y bolsas de tabaco desperdigadas. El rector, junto a la chimenea, se irguió ante ella imponente y anodino a la vez. Él, por supuesto, se había imaginado que Kate había ido a hablarle de la fecha y hora de la boda, y todas las fórmulas habituales en ese tipo de visitas salieron de sus labios. La visita, de hecho, le resultó mucho más fácil de lo que había pensado y ya estaba de nuevo de pie y sentía la presencia de él a su espalda como si fuese una brisa suave acostumbrada a empujar a toda una sucesión de visitantes hacia la puerta cuando, de súbito, se detuvo y lo miró a la cara.

—Doctor Arklow...

Él esperó benevolente.

—Hay algo más: un caso que siempre he querido consultarle...

—Querida señora Clephane, hágalo ahora. —Y le señaló la butaca para que volviese a ella; pero Kate permaneció de pie ante él sin reparar en aquel gesto.

—Se trata de una amiga mía...

—Ah, ¿de una amiga? Por favor, siéntese.

Ella tomó asiento, sin ser aún consciente ni de sus movimientos ni de los de él.

—Una mujer muy desgraciada... Le dije que lo preguntaría... Que preguntaría qué se puede hacer... Cree que usted podría aconsejarle...

Él asintió expectante.

Los labios resecos de ella dijeron:

—Por supuesto, se trata de algo confidencial.

Pero él con un gesto le indicó que las comunicaciones, en aquella estancia, siempre tenían esa consideración, para después añadir:

—Cualquier cosa que esté en mis manos.

—Sí, mi amiga pensó... Se encuentra en una situación desesperada —se detuvo, la voz le fallaba; después las palabras salieron entrecortadas de sus labios—. Fue una mujer muy desgraciada en su matrimonio... Todo iba en su contra, todo lo que hacía. Lo intentó... lo intentó lo mejor que pudo... Después lo conoció a él... Era demasiado difícil... Él fue su amante, no por mucho tiempo. Después de eso la vida de ella fue perfectamente... como tenía que ser. Nunca volvió a verlo, bueno, durante años. Ahora su hija quiere casarse con él.

—¿Casarse con él? ¿Con el mismo hombre?

La voz del rector se alzó ante ella como una ola, su presencia la dominaba, borrosa y gigantesca. Sintió que las lágrimas le oprimían la garganta, pero una vez más se apoderó de ella el deseo acuciante de que no se descubriese su secreto, y el desesperado esfuerzo por controlarse alejó las lágrimas y le aclaró la voz.

El doctor Arklow se erguía inquisitivo ante ella.

—Y el hombre...

Un lento rubor provocado por la angustia subió por su rostro hasta alcanzar la frente, pero recordó que estaba sentada de espaldas a la luz y se envalentonó.

—Él... él está decidido —hizo una pausa para después añadir—: Es absolutamente horrible. Pero en un principio él no lo sabía... cuando conoció a la joven. Ninguno de los dos lo sabía. Y cuando él lo descubrió...

—¿Sí?

—Entonces, según dijo, era demasiado tarde. La joven no lo sabe ni siquiera ahora, no tiene ni la menor idea; y se ha enamorado... se ha enamorado desesperadamente.

—¿Es esa la excusa que él pone?

La voz le falló de nuevo e hizo una señal de asentimiento.

Hubo otra larga pausa. Ella permaneció inmóvil, con la mirada fija en las manos entrelazadas. Oía al doctor Arklow recorrer inquieto la alfombra frente a la chimenea, por fin fue consciente de que estaba una vez más de pie ante ella.

—Esa dama de la que habla, su amiga, ¿se encuentra aquí?

—¿Aquí? —preguntó horrorizada.

—Quiero decir en Nueva York.

—No, no está aquí —exclamó Kate precipitadamente—. Por eso me ofrecí a venir yo.

—Ya veo —a ella le pareció advertir una leve nota de alivio en su voz—. ¿Ella quería que usted me consultase?

—Sí.

—¿Y ha hecho todo, todo, por supuesto, para impedir esa abominación?

—Sí, todo... todo.

—¿Menos contárselo a la hija?

Ella hizo otro gesto de asentimiento.

El doctor Arklow se aclaró la garganta y declaró con énfasis:

—Tiene el deber de contárselo a la hija.

—Sí —Kate Clephane dudó. Se puso en pie y miró a su alrededor sin ver, en busca de la puerta.

—Debe contárselo a la hija —repitió el rector con mayor vehemencia—. Hay que evitar una situación tan horrorosa. Hay que evitarla a toda costa.

—Sí —volvió a decir ella. Ya había llegado al umbral, y maquinalmente alargó la mano.

—A menos —continuó el rector dudando, con los ojos fijos en ella—, que esté completamente convencida de que todos los implicados sufrirán menos si tiene la valentía de guardar silencio... para siempre —hizo un pausa—. Por lo que alcanzo a ver en toda esa oscuridad —continuó, cobrando cada vez más firmeza—, todo el problema reside ahí. Puede que esté equivocado, quizá sea así. Pero cuando un hombre lleva treinta o cuarenta años viendo ante sí prácticamente todas y cada una de las fases del error y el sufrimiento humanos, como nos sucede a los hombres que vestimos estos ropajes, llega un punto en el que uno se da cuenta de que hay que hacer concesiones... concesiones para contrarrestar el mal. Los políticos hablarían de compromisos. Pues bien, a mí el término no me da miedo. —Se apoyó en la jamba de la puerta, con la mano en el pomo, y escuchó con la cabeza inclinada—. Lo que más temo en este mundo es el sufrimiento estéril —dijo después de un momento—, y no querría nunca que nadie fuese responsable de causarlo.

Kate, con un esfuerzo, levantó la vista y vio en su rostro la misma mirada de comprensión que había advertido en él por un instante mientras conversaban en casa de los Drover después de la cena.

—Sufrimiento estéril —murmuró.

Ya había traspasado el umbral, sintió que él le alargaba la mano. En su rostro apareció una vez más aquella expresión de benevolencia mundanal, que era tan consustancial a su profesión como el alzacuellos. Después de todo, ella así lo percibió, se alegraba de que no le hubiese dicho nada más preciso, de que aquella conversación hubiese llegado a un final inocuo. Sin embargo, la señora Clephane había captado aquella otra mirada.

—Si su amiga estuviese aquí; si hubiese algo que yo pudiese hacer por ella o que pudiese decirle, algo que le sirviese de ayuda.

—No, no está aquí. No va a estar aquí —repitió Kate.

—En ese caso... —de nuevo advirtió el alivio en su voz.

—Pero se lo contaré: le contaré lo que usted ha dicho.

Fue consciente de que se estrechaban las manos, y de que él apartaba su mirada aprensiva. «Por lo que más quiera», parecían suplicarle aquellos ojos, «pongamos fin a esto antes de que se traicione otra vez, si es que le queda algo por traicionar».

En la puerta la despidió con una inclinación, y repitió con cordialidad:

—Y en lo que se refiere a la fecha para la boda de Anne, tan pronto como usted y ella lo tengan completamente decidido, no olvide que estoy a su entera disposición.

La puerta se cerró y Kate se encontró en la calle.

XXIV

Dio la espalda a la rectoría y deambuló sin rumbo por Madison Avenue. Era un día caluroso de octubre con color de verano. Al llegar a la calle Cincuenta y nueve, giró y entró en el parque y recorrió el paseo cubierto de hojas caídas, que empezaban a amarillear. En un estado de desconcierto ciego similar había seguido aquellos senderos el día que vio a Chris Fenno y Lilla Gates a la luz del crepúsculo. Eso había sucedido hacía menos de un año, y al mirar atrás se sorprendió de la repercusión que aquel encuentro casual había tenido en ella. Su sufrimiento de ahora apenas parecía mayor que el de entonces. En aquel momento le había parecido insoportable, imposible, que Chris tuviese cabida aunque fuese de una manera tan remota y episódica en su nueva vida, y aquí estaba ahora, instalado en el centro mismo, tras haber tomado completa posesión de ella.

Trató de reflexionar sobre la situación pero, como siempre, su mente convulsa rehusó hacerlo, igual que en su presencia le había sucedido al doctor Arklow.

Todos aquellos a los que ella había intentado hacer partícipes de su secreto sin delatarse habían sentido la misma repulsión inmediata. «¡No, eso no: no me lo cuentes!», parecían decir con voz espantada mientras apartaban la vista. Resultaba algo demasiado horrible de escuchar.

¿Cómo, entonces, iba a ser capaz de obedecer el consejo del doctor Arklow y contarle el secreto a Anne? Él lo había dicho de una forma tan terminante como si estuviese en el Sinaí entregando la tabla de los mandamientos: «Hay que contárselo a la hija».

Qué fácil era establecer leyes abstractas para guía de los demás. «La hija» no era sino una persona imaginaria: un peón útil en una conversación. Pero la hija de Kate Clephane: ¡su Anne! Cerró los ojos y trató de ver la mirada de los de Anne al enterarse de la verdad.

«¿Tú, madre? ¿Tú? ¿La madre que he llegado a adorar, la madre sin la que no puedo vivir, a pesar de toda la felicidad que siento? ¿Tú?».

Sí, quizá eso sería lo peor, la forma en que Anne la miraría y preguntaría: «¿Tú?». Porque, una vez que la joven conociese la verdad, era posible que su juventud sana sintiese tanta repugnancia ante la bajeza de Chris, ante la doblez de Chris, que el horror del descubrimiento fuese su cura. Pero después de recibir el golpe, después de que Anne viese cómo la vida se desmoronaba a su alrededor y una vez se hubiesen retirado los escombros, ¿qué iba a ser

entonces de la madre? Estaba claro, la madre quedaría sepultada bajo las ruinas, su vida habría terminado, pero quedaría de ella una imagen permanente que proyectaría su sombra sobre el futuro de su hija, oscureciéndolo.

«Ese hombre con el que vas a casarte ha sido...».

No, Kate Clephane no podía pasar de ahí. No se podían hacer confesiones así, no eran cosas para contárselas a una hija. Empezó para sí aquella frase una y otra vez, pero era incapaz de terminarla...

Y, después de todo, pensó de repente, el propio doctor Arklow tras haber dado la orden al momento la había matizado, y prácticamente la había anulado. Al declarar que había que impedir una abominación semejante a cualquier coste había hablado con la firmeza de un sacerdote, pero, casi de inmediato, había intervenido el hombre y había ofrecido a la hipotética madre la alternativa de no decir nada si estaba completamente segura de que no iba a traicionarse en el futuro, de sacrificarlo todo en pos de un objetivo más importante que era evitar lo que él denominaba sufrimiento estéril. Aquellas palabras indecisas, medio exculpatorias, borraron ahora las otras de la mente de Kate. Aunque las había pronunciado con tono de autoridad —pero casi en un susurro— sabía que representaban lo que él en realidad sentía. Pero ¿de dónde iba a sacar ella el valor para ponerlas en práctica?

Había salido del parque sin rumbo, a ciegas, y caminaba hacia el este por una calle a medio construir, más allá de la calle Noventa. La idea de volver a casa —de volver a entrar en aquella casa en la que el vestido blanco todavía estaba colocado sobre la cama— era insoportable. Continuó andando sin detenerse... De pronto vio ante ella la fea fachada de una iglesia de piedra arenisca con una cruz sobre la puerta. Las puertas batientes forradas de cuero eran un abrir y cerrar constante, con mujeres que entraban y salían. Kate Clephane empujó una de las hojas y miró hacia el interior. El día declinaba y en el interior sombrío las luces aleteaban como mariposas sobre las flores artificiales del altar. No estaban en misa, pero había figuras diseminadas aquí y allá, entregadas a la oración. Junto a las paredes de color marrón de los laterales vio una fila de confesionarios de madera barnizada, como cajas de cigarros colocadas de canto, delante de un par de ellos había unas mujeres de rodillas, expectantes. La señora Clephane se preguntó qué pecados tendrían que confesar.

Apoyada en uno de los pilares de la nave, se figuró todas aquellas confesiones imaginarias y pensó en lo triviales e infantiles que parecerían en comparación con lo que ella guardaba en su interior... Qué reconfortante debía de ser tener a alguien que le dijese a una con firmeza, de forma tajante lo que tenía que hacer: ¡poder al fin dejar a un lado el sufrimiento moral como si de un fardo pesado se tratase! El doctor Arklow no tenía la autoridad que

proporciona el uso del confesionario. Solo había sido capaz de mostrarse vagamente compasivo y de expresar su condena, y había intentado esconder el horror lejos del alcance de la vista tan pronto como, de forma involuntaria, lo tuvo ante sí fugazmente. Pero estos otros hombres, cuya labor consistía en atar y desatar —que hablaban únicamente como portavoces de un Árbitro todopoderoso, sin permitir que ni la repugnancia moral ni la falsa delicadeza se interpusiesen en la tarea sagrada de aliviar y purificar— ¡qué distintos debían de ser! Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en depositar su carga en aquellas manos.

¿Y por qué no? ¿Por qué no confiar su secreto anónimo a uno de aquellos anónimos oídos? Al hablar con el doctor Arklow había notado que a ambos los paralizaba la relación personal existente entre ellos, y todo el embarazo y las complicaciones que de ella se derivaban. Cuando le habló de su amiga angustiada, y él le respondió utilizando aquella misma triquiñuela, ambos eran conscientes de la estratagema y del obstáculo que representaba. Y así había sido desde el principio: no había un oído en el que se atreviese a verter su sufrimiento. ¿Qué pasaría si, ahora, de inmediato, se uniese a aquellas penitentes desconocidas? Sabía que era posible, no tenía más que dar un paso...

No lo dio. La inquietud que la dominaba la empujó de nuevo a la calle sobre la que ya caía la oscuridad, la empujó en dirección a su casa con pasos vacilantes, sentía la vana ilusión propia de aquellos que, tras no haber sido capaces de ejercer su voluntad, esperan inútilmente que suceda lo inesperado. Después de todo, ¿cómo podía una estar segura? Chris, a su modo, debía de estar sufriendo igual que ella. ¿Por qué no continuar con aquel plan primitivo de esperar, de no desfallecer, de soportarlo todo, con la esperanza de vencerlo con esa táctica de desgaste? Llegó a la puerta de su casa, apretó los dientes y entró. Arriba, recordó con un escalofrío, esperaba el traje blanco, con todo lo que implicaba...

El salón estaba vacío y subió a su habitación. Allí, como de costumbre, ardía acogedor el fuego de la chimenea y había flores frescas que se abrían a la luz de la lámpara. Todo era cálido, tranquilo, íntimo. Al sentarse junto al fuego le pareció ver la figura corpulenta de Fred Landers en la butaca de enfrente, acercando al calor las puntas cuadradas de sus sólidas botas. Recordó que un día, al verlo allí sentado, se había dicho a sí misma que sería agradable verlo siempre allí. Ahora, en su extrema soledad, aquel pensamiento le volvió a la mente. Desde entonces, él le había confesado sus propias esperanzas, con timidez, de forma indirecta, como disculpándose, pero tras aquellas palabras balbuceantes había adivinado el eco de un deseo antiguo. Sabía que siempre había estado enamorado de ella, ¿no había revelado Anne que había sido su tutor quien la había convencido para que llamase a su desconocida madre?

Entonces, Kate Clephane se lo debía todo: ¡toda su pena y toda su felicidad! Él sabía todo, o casi todo, de su vida. ¿A quién si no podía ella acudir con la tranquilidad especial que aquella certeza proporcionaba? Sentía haber recibido su vacilante proposición con tanta frialdad, haberse mostrado tan poco expresiva. Después de todo, aún podía ser su refugio, su escapatoria. Cerró los ojos y trató de imaginar cómo sería la vida —durante años y años— al lado de Fred Landers. Sentir cerca aquel cariño paciente y tosco, ¿no aliviaría su sufrimiento, no lograría que las imágenes y los pensamientos que la torturaban fuesen menos perceptibles, menos agudos, menos reales?

Permaneció allí largo rato, absorta en sus pensamientos. De vez en cuando, unos pasos ante su puerta o el sonido de unas voces en el descansillo le indicaban que Anne, probablemente, se encontraba recibiendo la visita de algunas de sus amistades en sus aposentos del otro extremo del pasillo. Los regalos de boda ya empezaban a llegar. Anne, dando muestras de un placer infantil que no tenía nada que ver con la actitud distante que normalmente exhibía hacia las cosas materiales, los había colocado en una larga mesa en su salita de estar. La madre imaginó el entusiasmo del grupo mientras los examinaban y admiraban, la conversación sobre planes futuros, los comentarios sobre cada uno de los detalles de la boda. La fecha se iba a fijar pronto, ese había sido, en apariencia, el objeto de aquella visita suya al doctor Arklow. Pero en el último momento las fuerzas le habían fallado y, cuando se iba, le había dicho de forma vaga que ya se la haría saber.

Mientras estaba allí sentada, vio el rostro pálido y radiante de su hija como si lo tuviese ante ella. La felicidad de Anne irradiaba a través de ella, y tornaba luminosas y transparentes sus facciones opacas y reservadas; y la madre, por experiencia propia, era capaz de calibrar la cantidad de calor y energía que alimentaba aquella incandescencia. Siempre había tenido una manera terrible de ser feliz, y esa era también la de Anne.

Se sentía sencillamente incapaz de imaginar en su fuero interno la transformación del rostro de Anne, cómo pasaría del éxtasis a la angustia. Había visto aquel cambio en una ocasión y la imagen le había quemado las pupilas. Destruir la felicidad de Anne parecía un acto de crueldad asesina. ¿Qué importancia tenían —con las pocas oportunidades que brindaba la vida — los elementos que componían aquella felicidad? ¿Acaso ella, Kate Clephane, se había acobardado alguna vez ante su propia dicha por los riesgos ocultos que entrañaba? Había jugado fuerte, lo había arriesgado todo, y había perdido. ¿Podía culpar a su hija si optaba por correr los mismos riesgos? No. En toda gran felicidad, o en esa ilusión momentánea que se hacía pasar por ella, existía una cualidad tan pura, tan sobrenatural, que ningún sufrimiento que hubiese que pagar por conseguirla parecía, en ese momento, un precio demasiado alto, y a unos corazones tan ardorosos como el suyo y el de Anne

nunca les parecería así.

Su propio corazón había empezado a temblar y a dilatarse con su nueva resolución, la resolución de aceptar la idea del matrimonio de Anne, de poner fin a su lucha interna contra él, y de tratar de ser en realidad lo que ya fingía ser: la madre aquiescente, tolerante... después de todo, ¿por qué no? Desde el punto de vista legal, técnico, en aquel caso no había nada incorrecto, nada que lo hiciese merecedor de la repulsa social. ¿Y qué había en aquel nivel más elevado, más íntimo en el que ella quería situarse y desde el que quería emitir su fallo? Chris Fenno era un hombre joven; Kate era lo bastante mayor para ser, si no su madre, por lo menos su suegra. ¿Qué había deseado o qué había esperado ser para él más que una aventura pasajera, un recuerdo placentero? Desde el principio había asentado su relación sobre aquella base, había insistido en la diferencia de edad entre ellos, en su propio convencimiento de la inevitable fugacidad de aquel vínculo, en el hecho de que si no fuese así, no lo aceptaría. Cualquier cosa antes de ser una mujer mayor que se aferra a una prolongación imposible de su dicha, cualquier cosa antes de quedar en el recuerdo como una carga en lugar de como un placer que uno lamenta haber perdido. ¿No le había dicho con frecuencia que quería permanecer en él como el recuerdo de una rama cubierta de flores con la que se tropieza en la oscuridad? «No sabes a ciencia cierta si se trataba de lilas, de laburno, o de ambas cosas, lo único que sabes es que era algo fragante y pasajero». Algo fragante y pasajero: eso es lo que Kate había querido ser. Y había sido fiel a su decisión hasta que llegó el golpe...

Bueno, ¿y era Chris tan culpable de ese golpe? Ella había sido testigo de cómo se había resistido, de los esfuerzos sinceros que había hecho por escapar. La vehemencia de la pasión que Anne sentía había desbaratado sus planes, los había desconcertado a ambos. Si él la quería con igual pasión que Anne lo quería a él, ¿no estaba justificado que aceptase aquella felicidad que le imponían? ¿Y cómo podría rechazarla sin destruir la vida de la joven?

«Si alguien tiene que ser destruido, ¡Dios mío, no permitas que sea Anne!», imploró la madre. Parecía que, al fin, había alcanzado una altura desde la que todo se veía más claro, donde el aire era más respirable. Renuncia, renuncia. Si era capaz de renunciar, ¿qué obstáculo real habría para la felicidad de su hija?

«Si sería capaz de vender mi alma por ella, ¿por qué no iba a hacerlo con mis recuerdos?», pensó.

El rumor de pasos y voces allá fuera había cesado. Desde el descansillo le había llegado un «¡Adiós, cariño!», en la voz de Nollie Tresselton. Sin duda, había sido la última visita en marcharse y ahora Anne estaba sola, puede que a solas con su prometido. Bueno, Kate Clephane tenía que acostumbrarse a la

idea, al fin y a la postre siempre iban a estar a solas aquellos dos, en el sentido de estar más próximos el uno al otro que a nadie más. La madre también era capaz de soportar eso. No perder a Anne, conservar a cualquier precio su cariño y su confianza: eso era lo único que importaba. Iría a buscar a Anne. Le pediría ella misma a la joven que fijase la fecha de la boda.

Se levantó y recorrió la gruesa alfombra que cubría el pasillo. La puerta de la salita de estar de Anne estaba entreabierta, pero no se oía nada en el interior. Entonces, se habían ido todos, incluso Chris Fenno. Con un suspiro de alivio la madre abrió la puerta del todo. La habitación se encontraba vacía. Uno de los grandes jarrones estaba a rebosar de ramas de crisantemos y bayas otoñales. En un rincón había una mesa baja cubierta de tazas y platos. El aire acondicionado dormitaba junto al hogar. Al encontrarse allí, Kate vio a aquella Anne niña que solía sentarse frente a la misma chimenea y trataba de atraer a los pájaros rojos a través del guardafuegos. La imagen acabó con el último vestigio de resistencia que quedaba en su corazón. La puerta del dormitorio de Anne también estaba entreabierta, pero tampoco de allí llegaba ningún sonido. Quizá la joven había salido con las últimas visitas a dar un paseo rápido por Riverside Drive, bajo las estrellas, antes de la cena. Esas escapadas repentinas a las horas más extrañas eran propias de la gente joven.

La madre permaneció un rato más a la escucha, después apoyó la mano y empujó la puerta del dormitorio. Ante ella, justo enfrente de sus ojos, estaba la estrecha cama de Anne. Sobre la cama se encontraba todavía el traje de novia, en medio de un blanco resplandor, y entre la señora Clephane y la cama, contemplando también aquel traje, estaban Anne y Chris Fenno. No la habían oído cruzar la salita ni abrir la puerta del dormitorio, tampoco ahora la oyeron. Cada uno de ellos tenía todas sus facultades volcadas en el otro. Los brazos del joven rodeaban a la muchacha, Anne apoyaba la mejilla en la de él. Una de las manos de Chris estaba junto al hombro de ella y le apresaba la barbilla para acercarle más el rostro. Miraban el traje, pero las curvas de sus labios, casi pegados, recordaban los bordes de una fruta a la que su propia madurez ha hecho reventar.

Kate Clephane se detuvo tras ellos como un fantasma. Ser tan invisible y tan inaudible le hizo sentirse como un fantasma. Entonces una llamarada furiosa de vida la recorrió: sintió aquel mismo abrazo en cada célula de su cuerpo, sintió la misma suavidad de la mejilla de su amante sobre la suya, la quemó el calor de aquella mano al agarrar la mejilla de Anne para acercarla más.

«¡No, por favor, eso no! ¡Eso no! ¡Eso no!».

La señora Clephane tuvo la impresión de que les había gritado aquellas palabras, y apretó las manos contra la boca para ahogar el grito, después se dio cuenta de que no había sido más que un murmullo sordo en su interior. Durante un rato que parecía no tener fin

permaneció allí, invisible, inaudible, y ellos siguieron abrazados, inmóviles y mudos. Después Kate Clephane se dio la vuelta y se marchó. No la oyeron.

Un fermento oscuro hervía en su mente, cada uno de sus pensamientos, cada una de sus sensaciones estaba obstruida por una espesa maraña de recuerdos... ¿Celosa? ¿Es que estaba celosa de su hija? ¿Tenía celos físicos? ¿Era ese el verdadero secreto de la repugnancia que sentía, de aquella repulsión instintiva? ¿Era esa la razón de que desde el principio hubiese tenido la sensación de que era como si entre ellas se interpusiese el horror del incesto?

No lo sabía, le resultaba imposible analizar aquella angustia. Lo único que sabía es que tenía que huir de ella, huir lo más lejos posible del escenario de aquellas últimas sensaciones imborrables. ¿Cómo se le había pasado tan siquiera por la cabeza que iba a poder conservar su lugar al lado de Anne, que iba a ser capaz de derrotar a Chris o de continuar viviendo con ellos bajo el mismo techo? Ahora, ambos proyectos le resultaban igual de nebulosos e imposibles. Tenía que poner distancia entre ellos, ni el mundo entero con todo su tamaño sería suficiente. Ni en la misma tumba habría suficiente oscuridad para dejar de ver aquella escena.

Se encontró, no sabía cómo había llegado hasta allí, al pie de las escaleras, en el vestíbulo. Aquel descenso precipitado le recordó una mañana de invierno temprano en la que, con igual prisa, casi de la misma forma inconsciente, había descendido por aquellas mismas escaleras, huyendo de la casa de su marido. Nada había cambiado en el vestíbulo: sus ojos, de nuevo intensamente receptivos a los detalles, vieron los mismos cerrojos en la puerta con los que sus dedos habían tenido que luchar aquel día. Ahora, igual que entonces, había un sombrero masculino y un bastón sobre la mesa del vestíbulo; en aquella ocasión habían pertenecido a John Clephane, ahora eran de Chris Fenno. Esa era la única diferencia.

Permaneció allí, mirando en torno suyo, preguntándose por qué no abría los cerrojos y salía corriendo a la noche, así como estaba: sin abrigo ni sombrero. ¿Qué se podía hacer más que ir directa al río o a los raíles del tranvía y ver cómo sus luces mortales se van acercando? El abrigo y el sombrero no eran necesarios cuando lo que se buscaba era la aniquilación...

Mientras estaba allí sonó el timbre de la puerta y oyó los pasos de una criada que venía a abrirla. Se metió deprisa en el salón, y un momento después apareció Enid Drover, andando entre el frufú de la ropa, con las mejillas sonrosadas por el barniz del frío, el abrigo de piel cubierto del frescor del otoño. Aquellos ojos suyos tan pequeños rebosaban entusiasmo.

—¡Mi querida Kate! He venido a toda prisa a traerte buenas noticias: voy a llegar tarde a cenar y Hendrik se pondrá furioso. Pero no importa, tenía que

contártelo. ¡La casa de al lado sí que está en venta! ¿No es del todo perfecto? El agente cree que se podría conseguir por un precio bastante razonable. Pero Hendrik dice que la pueden comprar en cualquier momento y que Anne tendría que decidirse inmediatamente. De esta manera tú podrías continuar aquí con toda comodidad, y tú, Chris y ella estaríais siempre juntos, como Anne quiere que estéis... No, no mandes a buscarla, no puedo esperar. Y además quiero que tengas tú el placer de contárselo —ya en el umbral la señora Drover se volvió para añadir—: recuerda que Hendrik dice que tiene que tomar una decisión.

Y se la tragó su limusina.

XXV

La señora Clephane se excusó de bajar a cenar; Aline debía decir que se sentía muy cansada y rogar que nadie la molestase. Sabía que a la mañana siguiente volvía Chris a Baltimore. Quizá en su ausencia podría respirar con más libertad, ver con más claridad.

Como de costumbre, Anne respetó los deseos de su madre: ni subió ni mandó a nadie a preguntar. Pero a la mañana siguiente, como solía hacer antes, apareció fresca y radiante con la bandeja del desayuno de la señora Clephane. Quería tranquilizarse con respecto a la salud de su madre y Kate, bajo su mirada solícita, se sirvió una taza de té e hizo el esfuerzo de tomarse una tostada.

—Pareces cansada, madre. ¿No es más que eso?

—Solo eso, cariño.

—No me has dicho que la tía Enid vino anoche para hablar de la casa de al lado. —En las palabras de Anne se advertía cierto tono de reproche.

—Lo siento. Tenía tal dolor de cabeza que cuando se marchó me vine directa a mi habitación. ¿Te ha telefoneado?

—Lo ha hecho el tío Hendrik. ¿No es una suerte fantástica? Será tan divertido organizarlo todo. —La joven hizo una pausa y miró a su madre—. Y esto hará que te decidas, cariño, ¿verdad?

—¿Que me decida?

—A continuar aquí. A quedarte esta casa para ti. Será casi como si estuviésemos todos juntos.

—Sí, casi.

—Te quedarás, ¿verdad?

—¿Quedarme aquí? ¡No puedo! ¡No puedo!

Las palabras escaparon de los labios de la señora Clephane antes de que pudiese reprimirlas. El corazón empezó a latirle a toda velocidad como si de un animal enjaulado se tratase.

El ceño de Anne se ensombreció y sus cejas se juntaron.

—Pero, no entiendo. A Chris le dijiste que lo harías...

—¿Se lo dije? Puede que sí. Pero hay que permitirme cambiar de opinión alguna vez —murmuró la señora Clephane con una sonrisa forzada.

—¡Cambiar de opinión acerca de quedarte con nosotros! ¿Entonces, después de todo, no quieres?

La señora Clephane apartó la bandeja y se apoyó en el codo.

—No, no quiero.

—¡Cómo lo dices, madre! Como si yo fuese una extraña. No lo entiendo... —Los labios de la joven empezaron a temblar—. Yo creía... Chris y yo creíamos...

—Lo siento. Pero debo tomar la decisión que considero más adecuada. Cuando estés casada, ya no me necesitarás.

—¿Y tú ya no me necesitarás a mí, madre? ¿Ni siquiera un poco? —Anne dudó un momento para a continuación aventurar con timidez—: Estás tan sola. Tan completamente sola.

—Siempre ha sido así. No puede ser de otra forma. Tú has elegido... has elegido casarte...

Anne se puso en pie y le dirigió una mirada inquisitiva y severa.

—¿Es porque me caso o porque me caso con Chris?

—¡Por favor! ¡No saquemos el tema otra vez!

La joven continuó observándola de manera extraña.

—De una vez por todas, ¿no quieres contármelo?

La señora Clephane permaneció callada.

—Entonces se lo preguntaré a él, se lo preguntaré en tu presencia —exclamó Anne con voz temblorosa.

Al oír cómo se le quebraba la voz, el miedo a verla sufrir una vez más se impuso sobre todos los demás sentimientos del corazón de la madre. Se recostó en los almohadones un rato, sin habla, después alargó la mano,

buscando la de Anne.

—No hay nada que preguntar, cariño; nada que contar.

—¿No lo odias, madre? ¿De verdad que no?

Con lentitud, Kate Clephane dijo:

—No, no lo odio.

—Pero, entonces, ¿por qué no quieres verlo a mi lado? ¿Por qué no quieres hablar las cosas con nosotros de una vez por todas? Madre, ¿qué es lo que ocurre? Tengo que saberlo.

La señora Clephane, bajo la mirada implacable de su hija, sintió que la sangre le subía desde la garganta a los pálidos labios y a las mejillas, hasta llegar a las sienes, donde los pulsos le debían estar latiendo de forma visible. Allí tendida, cubierta de rubor culpable, le pareció que aquellos ojos jóvenes y claros eran como hojas de acero que se clavaban en los pliegues más profundos de su conciencia.

—¿No lo odias? Pues entonces estás enamorada de él. ¡Estás enamorada de él y yo siempre lo he sabido! —soltó de repente la joven con un grito agudo mientras escondía el rostro entre las manos.

La señora Clephane no dijo nada. Con los primeros ecos de aquel grito se habían desplomado todas las defensas en su mente, y casi había sido un alivio ver cómo se esfumaban, sentir que las apariencias y los disimulos llegaban a su fin. Después, Anne dejó caer las manos a ambos lados, y la madre, al cruzar la mirada con la de ella, perdió toda noción de sus propias dificultades frente aquella otra congoja. De repente se sintió fuerte y decidida, toda la vieja capacidad de disimulo le circulaba de nuevo por las venas. El rubor acusatorio desapareció de sus mejillas, y allí recostada, con toda tranquilidad, se enfrentó a la mirada inquisidora de Anne.

—¡Pero Anne! —fue todo lo que dijo con un ligero encogimiento de hombros.

—¡Ay madre, madre! ¡Creo que debo de estar volviéndome loca! —Anne estaba de rodillas al lado de la cama, con el rostro hundido en la colcha. Resultaba más fácil hablar con ella sin mirarla a los ojos, y Kate posó la mano sobre su cabellera.

—No, cariño, no es que estés loca, pero está claro que estás demasiado sensible —fue consciente de la nota de magnanimidad en su voz.

—Pero ¿podrás perdonarme alguna vez?

—Tonterías, cariño, ¿es que podría hacer otra cosa?

—Pero entonces, si me perdonas de verdad, ¿por qué tienes que irte? ¿Por qué no quieres prometer que te quedarás con nosotros?

Kate Clephane se recostó en los almohadones y reflexionó. Todavía tenía la mano sobre el pelo de Anne, con suavidad mantenía la cabeza de la joven apoyada en la colcha, aún no quería que examinase su rostro con detenimiento. Por fin acertó a decir:

—No era mi intención decírtelo todavía, y no debes contárselo a nadie. —Hizo una pausa para reunir el valor necesario—. No puedo prometer quedarme contigo, cariño, porque es posible que yo también me case. —Las primeras palabras fueron las más difíciles de pronunciar, después oyó cómo su voz continuaba sin desfallecer—: Fred Landers me ha pedido que me case con él, y creo que voy a aceptar... No, no me abrasces con tanta fuerza, niña, aún me duele la cabeza. Bueno, ahora lo entiendes, ¿verdad? ¿Y ya no me regañarás más? Pero recuerda, es un secreto para todo el mundo. No hay que hablar de esto hasta después de tu boda... Y ahora vete.

Cuando Anne se marchó, sosegada pero exultante, permaneció allí tendida y recordó, con una punzada de humillación, que la noche anterior se había precipitado escaleras abajo en una loca carrera hacia la muerte. ¡Cualquier cosa!, ¡cualquier cosa con tal de escapar de aquella espiral de horror en la que estaba atrapada...! Y le había bastado encontrarse a Enid Drover en el vestíbulo, y aquella charla necia sobre la casa de al lado, para controlar sus impulsos y regresar de nuevo a la vida de la que huía... Se sintió ridícula al llegar a la conclusión de que todos sus impulsos suicidas parecían terminar de la misma forma: lanzándola a los brazos de un hombre que la traía sin cuidado. Después recordó el rostro radiante de Anne, y desde la cama donde seguía tumbada, escuchó el despertar renovado de la vida en la casa, el ajetreo de los alegres preparativos que tenían lugar a su alrededor.

«¡Pobre Fred! Bueno, si eso es lo que él quiere...», pensó. Lo que ella quería, lo único que ella quería ahora, era no volver a ver jamás aquella pregunta horrible en los ojos de Anne. Y no había encontrado otra manera de librarse de ella.

XXVI

Ahora que se había fijado fecha para la boda, los preparativos se realizaban con mayor rapidez. Muy pronto, ya no faltaban más que quince días, después solo diez, a continuación una semana.

Los padres de Chris Fenno iban a acercarse a Nueva York con el fin de

conocer a la prometida de su hijo, pero aunque varias veces habían fijado un día para la visita, la señora Fenno, cuya salud no era buena, nunca se había sentido en condiciones de realizar el viaje, y finalmente se acordó que fuese Anne la que se trasladase a Baltimore a verlos. Iba a alojarse en casa de los Maclew, quienes inmediatamente aprovecharon la oportunidad y organizaron una serie de festejos para celebrar el acontecimiento.

Lilla invitó a la señora Clephane a que acompañase a su hija, pero Kate declinó la invitación poniendo como excusa que tampoco ella se encontraba bien. La gente estaba empezando a notar lo cansada que parecía y lo delgada que estaba. El espejo reflejaba las canas que salpicaban su abundante cabellera y, en el contorno de los labios y junto a los ojos, aquellas pequeñas arrugas que durante tanto tiempo había mantenido a raya. Toda la familia estuvo de acuerdo en que sería bueno que tuviese unos días de descanso antes de la boda.

En lo referente a su futuro, había hecho que Anne prometiese guardar un secreto incondicional. Le explicó que no tenía la intención de darle a Fred Landers una respuesta definitiva hasta después de la boda y Anne, que tenía toda la reticencia de los Clephane, comprendió su deseo de mantener el asunto en secreto e incluso en presencia de su tutor tuvo cuidado de no traicionar lo que sabía acerca de las esperanzas que este albergaba. Únicamente le hizo sentir que era mejor recibido que nunca y llegó a conmoverlo dándole muestras adicionales de afecto en un momento como aquel, en el que la mayoría de las jóvenes se muestran ciegas y sordas ante cualquier preocupación humana que no sea la suya propia.

—Es tan propio de Anne encontrar tiempo para acordarse de esta vieja ruina justo cuando tendría la mejor excusa del mundo para olvidarse de la existencia de todos nosotros —dijo complacido una tarde que Anne no estaba presente, sentado en la salita de estar de la señora Clephane—. Es como tú, igualita a ti —añadió, dirigiendo a Kate Clephane una mirada tímida y suplicante.

Ella lo miró sonriente, preguntándose si tendría alguna vez valor para decirle que tenía intención de casarse con él. Sabía que Fred estaba pensando también en eso. ¿Por qué no decírselo ahora, en ese instante? Solo tenía que inclinarse hacia él y apoyar la mano en la suya. No sería necesario decir nada. Y sin duda se sentiría menos sola... Pero permaneció en silencio, resultaba más fácil pensar en hablar que hacerlo de verdad.

Fue él quien planteó la pregunta.

—Y después, ¿has decidido lo que vas a hacer?

Kate Clephane no dejó de sonreír.

—Habrá tiempo después para decidirlo.

—Anne me ha dicho que definitivamente te niegas a seguir en esta casa.

—Esta casa no evoca muchos recuerdos agradables para mí.

Fred se ruborizó como si lo hubiese cogido en una falta de tacto.

—Lo entiendo. Pero con los jóvenes aquí... o en la casa de al lado... Anne tenía la esperanza de que te sintieses menos sola.

De nuevo Kate se dio cuenta de que estaba tratando de recordarle una posible alternativa, y una vez más no respondió a la alusión y se limitó a contestar:

—Estoy acostumbrada a estar sola. No es tan malo como piensa la gente.

— Quieres decir que has conocido circunstancias peores? —pocas veces se arriesgaba él a algo así de directo—.  Y sería peor para ti estar con Anne una vez se haya casado?  Contin as odiando la idea tanto como antes?

Ella se puso en pie con impaciencia y fue a apoyarse en la chimenea.

—Fred,  para qué preguntas? Nunca voy a odiarla menos. Pero todo eso se ha terminado: lo he aceptado.

—S , y has hecho tan feliz a Anne.

—No, lo que hace que Anne sea feliz es el amor. —Apenas fue consciente de que aquella palabra salía de sus labios.

—Bueno, que quiera a Fenno no supone que haya dejado de quererte a ti.

—Anne es perfecta. Pero  por qué no hablamos de otra cosa? A mi edad toda esta atmósfera nupcial me resulta un poco sofocante. Probablemente me marche al extranjero otra vez, no lo s .

Se dio la vuelta y se miró en el espejo que estaba sobre la repisa, y vio los mechones grises y las reveladoras patas de gallo. Y al estar all  recordó cómo una vez, cuando se encontraba también así frente a un espejo, Chris había aparecido por detrás de ella y se habían reído al ver cómo se besaban sus imágenes reflejadas.  Qu  joven había sido entonces!  Qu  joven! Ahora, al mirarse, vio tras de sí el cuerpo corpulento y relajado de Fred Landers, arrellanado en una butaca, reposando tras la cena, con los faldones de la camisa sobresaliendo un poco, la luz de la lámpara reflejándose en la parte superior de su cabeza a través del escaso pelo. Una pareja madura, perfectamente adecuados el uno al otro en edad y apariencia. Volvió a su sitio y se sentó al lado de él.

— Quieres que hagamos un solitario?

Él aceptó con una prontitud no exenta de melancolía que parecía decir que aquello era lo máximo que podía desear, y acercaron una mesa y se sentaron uno frente a otro y con calma fueron colocando las cartas de pequeño tamaño, con las que formaron un elaborado dibujo.

Llevaban una media hora jugando cuando, sin previo aviso, ella mezcló todas las cartas y con un gesto apasionado las apartó con la mano hasta hacer un montoncito al tiempo que gritaba:

—¡Quiero que sea una boda alegre! ¡La boda más alegre de todos los tiempos! Estoy empeñada en que sea una boda alegre.

Escondió el rostro entre las manos, y se quedó así con los codos apoyados en la mesa de juego y la risa escapándosele entre los dedos entrelazados:

—Una boda alegre de verdad, ¿sabes...?

XXVII

Solo tres días más quedaban ahora, otros tres días que ella y Anne vivirían bajo el mismo techo.

¿Y después?

La pregunta no venía de Anne. Las noticias de la futura boda de la señora Clephane habían hecho que la joven recobrase por completo la serenidad. Chris Fenno, al que retenía en Baltimore la enfermedad repentina y un tanto alarmante de su madre, no había reaparecido todavía: ahora lo más probable, según creían, era que no llegara a Nueva York hasta el día antes de la boda. Anne iba a tener a su madre para ella sola hasta el final, y empleó toda la ternura y todo el cariño del que era capaz para tratar de mostrarle cuánto apreciaba aquellos últimos días tan dulces, con esa dulzura de las cosas queridas que llegan a su fin, aunque sin su dolor, porque no iban a ser el prólogo de una separación real. Su único motivo de ansiedad —la preocupación por la salud de la señora Fenno— se había disipado al recibir un telegrama tranquilizador, y vivía en esa burbuja multicolor que una o dos veces en la vida se las ingenia para hacerse pasar por el auténtico horizonte.

Verla así, pensó Kate Clephane, debería ser justificación suficiente. Merecía la pena hacer o sacrificar lo que fuese para que aquella burbuja no se deshinchase. Y los tres últimos días pasarían, el gran día también pasaría. El mundo, una vez todo hubiese pasado, continuaría como siempre. ¿Para qué tanta agitación?

A la señora Drover no le resultaba fácil mantener una actitud tan distante.

Era la primera que no lograba entender cómo su cuñada podía mantener la calma en un momento así.

—Por supuesto, Nollie es de lo más capaz: ella y Lilla se han echado sobre los hombros casi todo el peso, ¿verdad? Yo no hubiese podido enfrentarme sola a esa inmensa lista de invitados. Pero, a pesar de eso, no creo que debas dar por hecho que todo, hasta el último detalle, está organizado. Al fin y al cabo, ¡solo faltan tres días! Y parece que nadie se ha planteado tan siquiera quién te va a acompañar hasta el altar...

—¿Hasta el altar? —repitió con indiferencia la señora Clephane.

—Pues claro, querida. San Esteban tiene altar —dijo riéndose Enid Drover, en uno de sus raros intentos por mostrarse irónica—. Y, por supuesto, Hendrik es el que tiene que acompañar a la novia, y tú tienes que estar allí para recibirla y entregársela al novio...

—¿Entregársela al novio?

—¿Tampoco habías pensado en eso?

La risa de la señora Drover tenía un tinte condescendiente. Aunque toda la familia había conspirado para hacer que la señora Clephane se olvidase de que llevaba cerca de veinte años alejada de las convenciones sociales, eso era algo que no se podía cambiar: los llevaba. Y era en ocasiones así cuando se translucía, lo que resultaba un tanto embarazoso para su cuñada. No saber eso tan siquiera: que cuando el padre de la novia había muerto era la madre la que hacía la entrega.

—¿No esperarías que se encargase Hendrik? —continuó la señora Drover con una mezcla de desdén y compasión.

¡Resultaba difícil entender cómo alguna gente se las arreglaba para permanecer en la ignorancia de las más elementales normas de comportamiento!

—¿Hendrik? Bueno, ¿y por qué no? —dijo Kate Clephane.

Anne cruzaba la habitación con un montón de regalos de última hora en los brazos.

—¿Has oído, cariño? A tu tío Hendrik le va a encantar. —La mirada de los ojillos de la señora Drover se volvió más aguda al imaginarse a Hendrik con sus amplias espaldas y su cuello reluciente llevando la voz cantante en la ceremonia. «Hizo entrega de la novia su tío, el señor Hendrik Drover, de...». Vaya, podía quedar muy bien en la reseña.

Anne se detuvo y preguntó:

—¿Qué es lo que le va a encantar?

—Tu madre parece pensar que es tu tío el que debería entregarte al novio.

—¿Y no tú, madre?

Kate Clephane notó el inmediato desánimo en la voz de su hija. Bajo aquella seguridad radiante, ¿qué sospechas, qué miedos, persistían todavía?

—Soy tan boba, cariño, no me había dado cuenta de que era la costumbre.

—¿No quieres que sea así?

—Yo quiero lo que quieras tú. —Las sonrisas afiladas de ambas parecieron cruzarse como si de espadas se tratase.

—Quiero que lo hagas tú, madre.

—Entonces, no hay más que hablar, cariño.

La señora Drover suspiró ligeramente decepcionada. Sin duda, Hendrik hubiese hecho mejor el papel.

—Bueno, eso está arreglado —dijo en el tono de alguien que tacha una cosa más de una lista invisible—. Y ahora la pregunta es: ¿quién va a acompañar a tu madre hasta el altar?

Anne y su madre todavía estaban intercambiando sonrisas.

—Pues el tío Fred, por supuesto, ¿quién si no? —exclamó Anne.

—Esa es la cuestión. Si el primo de tu madre viene de Meridia...

La señora Clephane con un gesto dejó a un lado al hipotético primo de Meridia.

—Fred me acompañará —declaró, y el nerviosismo desapareció de la sonrisa de Anne.

—Bueno, ¿queda algo más por decidir?

Fue la pregunta que planteó la joven alegremente a su tía y esta contestó con un gruñido:

—¿Qué si queda algo? Pero si parece que acabamos de empezar. Si no fuese por Nollie y Lilla, no estaría segura de que llegado el momento hubiese alguien en la iglesia...

El momento casi había llegado: ya había salido el sol del día antes de la boda. Salió, se encaramó a un cielo sereno, dobló su arco dorado sobre un mundo despreocupado e indiferente, y se dirigió hacia el oeste con su espléndida inconsciencia. El día, tan lleno de ajetreo externo, de llamadas a la puerta, del sonido del teléfono, de idas y venidas veloces de amistades, conocidos y criados, había llegado a su fin y quedaba ese vacío artificial que

se alcanza tras una conclusión así. Todo estaba hecho, se había resuelto cada cuestión, se habían dado todas las órdenes de última hora y Anne, con un beso para su madre, se había marchado con Nollie y Joe Tresselton a dar una de esas vueltas en coche al atardecer que ayudan a que se despeje la mente moderna.

Anne se había negado en redondo a celebrar la cena convencional con las damas de honor o la familia en la víspera nupcial. Quería desvestir la ocasión de todos los formalismos absurdos, y Chris Fenno era de la misma opinión. Iba a pasar la velada a solas con sus padres en el hotel, y Anne no había invitado a nadie, aparte de Fred Landers, a cenar. Le había advertido a su madre que era posible que llegase un poco tarde a casa y, teniendo en cuenta la excesiva puntualidad de Fred Landers, le había pedido que estuviese abajo a tiempo de recibirlo y tranquilizarlo.

La señora Clephane había sido consciente de la ingenua maniobra, pero no le había molestado. Después de todo, sería la mejor ocasión de contarle a Fred Landers lo que había decidido contarle. Allí sentada junto a la chimenea del salón, pendiente del timbre de la puerta, tuvo una extraña sensación de lejanía, casi de paz. Puede que no se tratase más que de la tranquilidad que produce el agotamiento, estaba medio convencida de que era así, pero demasiado cansada para estar segura. Sin embargo, una cosa tenía clara, había sufrido con menos intensidad desde que el doctor Arklow había adivinado cómo estaba sufriendo. Para él el problema había resultado casi demasiado difícil, pero era suficiente con que hubiese percibido aquella dificultad, con que hubiese visto que aquello estaba demasiado enraizado en unos tejidos humanos para extirparlo sin causar una herida moral.

«Sufrimiento estéril... nunca querría que nadie ocasionara sufrimiento estéril...». Aquella frase suya la ayudaba incluso ahora, su mente se aferraba a ella con fuerza mientras estaba sentada allí esperando la llamada de Landers.

Como Anne había previsto, llegó con puntualidad, incluso antes de la hora, y un momento después recorría la habitación con su aire pesado y lento de costumbre, disculpándose por haber llegado tan temprano.

—Pero lo he hecho a propósito. Estaba seguro de que Anne iba a llegar tarde.

—¡Anne! Ni tan siquiera está en casa...

—¡Lo sabía! Son todos una pandilla de vagabundos. Y esperaba que tú fueses puntual —continuó dejándose caer en una butaca como si estuviese bajando un fardo de mercancías por el costado de un barco—. Después de todo, tú y yo pertenecemos a la generación de la puntualidad.

A ella le molestó un poco que se la relegase de forma tan tajante al rango

que le correspondía. Sí: ambos eran casi de la misma edad. Recordaba que, con su precocidad de recién casada, lo había considerado un muchacho tímido y torpe, años más joven que ella. Ahora, tenía los movimientos pausados propios de la gente mayor y, pese a que cazaba, pescaba, jugaba al golf y realizaba todas las actividades que eran comunes a su edad, su mente, al madurar, se había vuelto menos vivaz y parecía comunicar sus movimientos prudentes al cuerpo. Kate Clephane cerró los ojos un segundo para no ver aquella imagen. Su propio cuerpo parecía aún tan ágil, tan libre y etéreo. Si no hubiese sido por el espejo, ni ella misma habría adivinado que tenía más de veinte años.

Levantó la vista hasta el reloj: las ocho menos cuarto. Lo más probable es que Anne no regresase antes de otra media hora. ¿Cómo iba aquella lenta noche a alcanzar nunca el fin?

Intercambiaron unas cuantas frases sobre la boda, pero a la señora Clephane el asunto le resultaba insoportable. Había logrado hacer frente a la situación en su totalidad, pero examinar los detalles de la misma estaba todavía fuera de su alcance. Sin embargo, si cambiaba de tema, justo allí detrás se escondía la pregunta que su acompañante estaba aguardando para hacerle, y aquella alternativa era igualmente insoportable. Se levantó de su asiento, deambuló por la habitación, enderezó una flor en un jarrón, apagó una luz superflua.

—Esta iluminación es suficiente a nuestra edad —dijo, volviendo a su asiento.

—¡Para ti no! —Toda la adoración que él sentía estaba escondida en aquellas palabras—. Con ese pelo tuyo...

—¡Mi pelo! ¡Mi pelo!

Acercó las manos a aquella rica mata como si le hubiese gustado arrancársela de la cabeza. En aquel momento lo odiaba, como odiaba todo aquello que la engañaba con la vana ilusión de la juventud.

Fred Landers se había ruborizado hasta el borde de su escasa cabellera, sin duda tenía miedo de que hasta aquella expresión de admiración provocara el resentimiento de Kate. A ella su azoramiento le resultó irritante pero, a la vez, conmovedor y elevando la vista lo miró a los ojos.

—Hasta el otro día no supe que era a ti a quien debo el hecho de encontrarme aquí —dijo.

Estaba claro que Fred Landers no estaba preparado para algo así, y no sabía si sentir disgusto o satisfacción. El ligero rubor se tornó escarlata.

—¿A mí?

—Sí, y no siento que así sea —respondió ella en tono más suave.

—Pero esas son bobadas. Anne estaba empeñada en que volvieses.

—Sí. Porque tú se lo dijiste. Tuvo la sinceridad de reconocérmelo. Dijo que, al principio, no estaba segura de cómo iba a funcionar el plan, pero que tú sí que lo estabas. Tú me apoyaste con todas tus fuerzas.

—Ah, si eso es lo que quieres decir, claro, claro que te apoyé. Es que Anne no te conocía, y yo sí.

Kate Clephane continuó mirándolo pensativa, casi con ternura.

—Muy pocos se preocuparon de saber qué había sido de mí. Y tú llevabas casi veinte años sin verme.

—Ya, pero me acordaba, y sabía que habías tenido un comienzo muy malo.

—A muchas mujeres les pasa y a nadie le importa. Pero a ti sí, tú te acordaste y me trajiste aquí.

Se dio la vuelta otra vez, inquieta, y se situó junto a la chimenea, allí apoyó la barbilla en la mano.

Landers la miró sonriente, restándole importancia.

—Si lo hice, no seas demasiado dura conmigo.

—¿Por qué iba a serlo? He disfrutado de casi un año entero. En lo que a felicidad se refiere, eso es casi una vida.

—No hables como si la tuya hubiese llegado a su fin.

—¡Ay! Ha sido tan buena que ha merecido la pena.

Fred se quedó en silencio, examinando con aire meditativo las puntas de sus sólidas botas. Por fin, habló de nuevo, con un tono de autoridad repentino como el que aparecía en su voz cuando debatía cuestiones de negocios.

—No debes volver sola a esta casa vacía.

Ella miró despacio a su alrededor.

—No, no quiero volver a ver esta casa.

—¿Adónde irás, entonces?

—¿Después de mañana? Hay un vapor que zarpa hacia el Mediterráneo al día siguiente. Creo que iré y subiré a bordo.

—¿Sola?

De repente lo miró con una sonrisa.

—¿Quieres venir conmigo?

Ante aquella pregunta Fred saltó de la butaca con la rapidez inmediata de un joven. El movimiento desestabilizó la mesita que tenía a su lado, pero no hizo nada por enderezarla.

—¡Vive Dios que sí! —gritó tendiéndole ambas manos.

Kate Clephane se echó un poco hacia atrás, no por antagonismo, sino paralizada por la sensación de no estar a la altura. «Ahora soy yo la vieja», pensó con un estremecimiento.

—¿De verdad te vendrías conmigo? ¿Pasado mañana? —preguntó.

—Me iría contigo hoy mismo si quedase tiempo suficiente para que fuésemos a alguna parte. —Se quedó en silencio mirándola, esperando a que hablase; después, al ver que continuaba callada, se alejó uno o dos pasos con lentitud—. Kate, ¿no será esta una de tus bromas?

Al devolverle la mirada, se dio cuenta de que la imagen de Fred se volvía ligeramente borrosa.

—Quizá lo fuese en un principio. Pero ahora ya no —dijo depositando las manos en las suyas.

XXVIII

En el silencio de la casa dormida se incorporó con sobresalto, arrancada de un sueño atormentado.

«¡Pero no puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser!».

Saltó de la cama, encendió la luz y miró a su alrededor. ¿Qué advertencia secreta la había despertado con aquel grito en los labios? No recordaba haber soñado: solo había dado vueltas y había luchado contra una opresión intangible. Y ahora, allí de pie, en aquella habitación odiosamente familiar, su grito siguió retumbando en el silencio. Todas las excusas, todos los disimulos, las atenuantes, los enmascaramientos y los disfraces se habían esfumado dejando al desnudo el hecho de que su amante iba a casarse con su hija, y de que no había nada que pudiese hacer para impedirlo.

Hasta unas horas antes había contado con el tiempo como aliado, con la posibilidad tranquilizadora de un retraso. Recordó que había besado a Anne en silencio al darle las buenas noches. Entonces eran las once de la noche anterior, ahora era ya la mañana de aquel día. Una negra mañana de invierno: no habría luz hasta dentro de tres horas. No había luz, ¡pero el gran día había llegado!

Miró el reloj. Las cuatro y media. Se apoderó de ella el deseo de ir y contemplar a Anne por última vez, pero al minuto siguiente sintió que no habría otra imagen en el mundo que pudiese resultarle más insoportable.

Regresó a su habitación, se envolvió en el salto de cama, y fue a sentarse ante la ventana.

¿Qué aspecto tenía hoy en día la Quinta Avenida a las cuatro y media de una mañana de invierno? Muy similar al que había tenido veinte años atrás cuando ella guardó una vigilia semejante, la mañana de su huida con Hylton Davies. Aquella noche tampoco había dormido, y por la misma razón: pensando en Anne. Aquel otro día había abandonado a su hija por vez primera, y ahora parecía como si la estuviese abandonando otra vez. Un acto de traición había conducido inexorablemente a otro.

La Quinta Avenida estaba mucho más iluminada que aquella otra mañana lejana. Largas serpentinas luminosas flotaban en el asfalto reluciente como algas tropicales en un mar plumizo. Pero en lo alto, el manto de oscuridad era igual de denso, salvo por las altas farolas que surgían aquí y allá como planetas resplandecientes.

La calle en sí estaba desierta. En los viejos tiempos se hubiese oído el desolador sonido nocturno de los cascos de un caballo cojo al pasar el carro de un vendedor de flores en dirección al mercado: a altas horas siempre sacaban a los caballos que eran demasiado malos para que se los viese a la luz del día. Pero todo eso había cambiado. El último caballo cojo probablemente hacía tiempo que había sido conducido al matadero, y no quedaba ni un sonido que sirviese de unión entre el estruendo ensordecedor del día y el silencio que precede al alba.

Aquella otra mañana, un coche de caballos había estado esperando por la joven señora Clephane a la vuelta de la esquina. Todo se había planeado a la perfección: Hylton Davies tenía el don de la organización. Su yate era un prodigio de lujo: la comida, el servicio, el equipamiento. Era el tipo de hombre que se aproximaría desde el otro lado de la mesa para decir con aire confidencial: «Le recomiendo esa salsa encarecidamente». Tenía alma de encargado de club. Era curioso que pensase en él ahora...

Recordó que aquella mañana fatídica, al saltar al interior del coche de caballos, había pensado para sí: «Ahora nunca volveré a oír a mi suegra decir: “En mi opinión, querida, cometes un error al no seguirle un poco más la corriente a John”». Había centrado su atención con intensidad en las cosas que más detestaba de la vida que dejaba atrás, ahora se daba cuenta de que apenas había pensado en la vida hacia la que se dirigía. Aquel día, más que nada, había atiborrado su mente con todos los pensamientos posibles para que le ayudasen a borrar la imagen de la pequeña Anne: el mal humor de John

Clephane, su tacañería, su terquedad, su torpeza, el detestable sonido de su llave en la cerradura cuando, con todo su engreimiento a cuestras, regresaba a casa del club. «Gracias a Dios —recordaba haber pensado—, en un yate es imposible que haya llave de la puerta».

Ahora, de repente, se recordó a sí misma que dentro de poco tiempo tendría que acostumbrarse al sonido de otra llave. ¡Querido Fred Landers! Ese clic representaría toda la seguridad y la placidez: todas las densas capas de afecto que la envolverían, alejándola de la soledad, del arrepentimiento, del remordimiento. La tranquilizaba ya pensar que, a partir de mañana, habría siempre alguien que se interpondría entre ella y sus pensamientos. Al abrigo de aquel suave calor maduraría como uno de esos racimos de uvas tardíos que solo tienen tiempo, antes de desprenderse, de que su amargura se convierta en insipidez.

Ahora de nuevo se dedicaba al viejo juego de llenarse la cabeza de ideas que ocultasen la imagen de Anne, pero su cabeza era una especie de vasta cripta llena de resonancia, y los pensamientos que tenía para ocuparla no hubiesen alcanzado a llenar ni la palma de su mano.

¿Dónde vivirían ella y Landers? Pasarían unos cuantos meses de viaje, sin duda, y después volverían a Nueva York. ¿Podía imaginárselo en ningún otro lugar? ¿Sería materialmente posible que él abandonase su profesión, que renunciase a «la oficina»? Era incapaz de imaginárselo en ningún otro escenario. Y sin embargo... sin embargo... Pero no, era inútil seguir dándole vueltas a aquello. Nada, nada de lo que pudiese inventarse iba a borrar a Anne de su pensamiento. Se sentó junto a la ventana y observó cómo el cielo cambiaba de negro a gris, y cómo después desaparecía de él todo color al hacerse de día...

En el interior del coche, camino de la iglesia de San Esteban, el silencio se había vuelto opresivo, y Kate de repente cubrió con su mano la de su hija.

—Mi amor, te deseo toda la felicidad del mundo, toda la felicidad imaginable.

—¡Madre, ten cuidado! ¡Es demasiada! Me asustas...

A través de la bruma blanca del tul Kate vislumbró la sonrisa constreñida de la joven. ¿Había sido demasiado vehemente, entonces? ¿Había puesto demasiado énfasis? Era indudable que nunca acertaría con la nota adecuada. Se oyó a sí misma murmurar vagamente:

—Pero nunca puede tenerse demasiada, ¿a que no?

Y la respuesta de Anne:

—No lo sé...

Y afortunadamente, tras pronunciar aquellas palabras, llegaron a la altura de la alfombra roja y la marquesina.

En el vestíbulo de la iglesia las rodeó el revoloteo de la familia. No había damas de honor, pero Fred Landers y Hendrik Drover estaban allí en sus puestos, listos para participar en el cortejo nupcial, entre grupos de los Drover y los Tresselton, que se habían quedado atrás para ver a la novia antes de dirigirse a los bancos delanteros. El brillo de las perlas y las chisteras, una nube de pieles caras, la impresión vaga y creciente de que era posible que algo hubiera salido mal y de que nadie quisiera ser el primero en decirlo. Por fin Joe Tresselton se acercó y le dijo al oído a la señora Clephane:

—Él no ha llegado todavía.

Anne había oído el susurro. Su madre vio cómo sus labios palidecían mientras trataba de dibujar una sonrisa.

—¿Que Chris se ha retrasado? ¡Muy propio de él! ¿O somos nosotros los que hemos llegado con una puntualidad excesiva?

¡Ay, aquella marea agitada en el corazón de la madre! ¡Aquel no ha llegado! ¡No ha llegado! ¡No ha llegado! que llegaba hasta ella como un grito procedente de cada curva y cada hueco de la bóveda, que caía sobre ella cual lluvia desde un cielo cómplice. ¡Y ella había tachado al cielo de indiferente! Pero, claro que Chris no estaba allí, no vendría. Siempre había sabido que al final, con su táctica de desgaste, acabaría con él. Contaba con argumentos mucho más poderosos que los suyos. De súbito, todas las dudas que la torturaban se esfumaron.

A su alrededor la gente consultaba a escondidas los relojes de pulsera. Anne sobresalía entre los grupos como una columna nívea.

—Anne siempre es excesivamente puntual —dijo Nollie Tresselton entre risas; el tío Hendrik farfulló algo solemne sobre los atascos de tráfico. En una o dos ocasiones el hábito negro del sacristán apareció en la puerta de la sacristía cuando salió a investigar y volvió a desaparecer; el grupo que rodeaba a la novia empezó a sufrir la presión que desde atrás hacían los invitados retrasados, que estaban retenidos en la puerta a la espera de que el cortejo entrase en la iglesia.

Kate Clephane notó que Fred Landers, nervioso, tenía los ojos fijos en ella; tuvo miedo de que de su propia mirada saliesen rayos triunfantes y se apresuró a inclinarse para alisar un pliegue en la cola de Anne. ¡No ha llegado! ¡No ha llegado! ¡No ha llegado!, le gritó el cielo desde lo alto. Y ninguno de los presentes, salvo tal vez Anne, sabía por qué. Anne... sí. El sufrimiento de Anne sería terrible. Pero era joven —era joven— y algún día comprendería de lo que se había salvado...

Las puertas centrales se abrieron de golpe y sonó la marcha de Mendelsson. La señora Clephane se enderezó de su postura inclinada para hacerle una señal a Fred Landers de que había que cerrar las puertas... había que parar la música... porque el novio no iba a aparecer.

Pero los pliegues de la cola de Anne se deslizaban ya entre los dedos de su madre, Anne del brazo firme de su tío Hendrik se había puesto en movimiento. El resto de la familia había ido a ocupar los bancos delanteros; Fred Landers, un poco acalorado, se colocó frente a la señora Clephane y le ofreció el brazo. La novia, sonriendo con dulzura, se hizo a un lado para dejar que su madre entrase en la iglesia delante de ella. Al fondo de la nave, sobre los escalones del presbiterio, habían aparecido dos figuras sobre un fondo de lirios y casullas.

Kate Clephane avanzó a ciegas siguiendo el paso lento de Fred Landers. Al llegar al presbiterio la dejó y fue a tomar asiento al lado de la señora Drover. La madre se quedó sola y esperó por su hija.

XXIX

Los Drover habían querido que la señora Clephane volviese a Long Island con ellos aquella tarde; Nollie Tresselton se había sumado a aquel ruego y la propia Anne había insistido para que su madre aceptase.

—¿Cómo puedo irme de viaje pensando que te quedas aquí completamente sola? —había dicho la joven.

—¡No vas a pensar en mí en absoluto! —había logrado contestarle Kate con una sonrisa, y había añadido que quería descansar y tener tiempo para organizar sus cosas antes de subir al barco.

En los días anteriores a la boda habían acordado que se iría al extranjero a pasar el invierno: a Italia tal vez, o al sur de Francia. La joven pareja, tras una breve estancia en Florida, se marchaba a la India, pasando por Marsella y Suez; parecía razonable que la señora Clephane no quisiese quedarse en Nueva York. Y Anne sabía —aunque era la única— que cuando su madre se fuese al extranjero no lo haría sola. Habían acordado no decir nada... ni una palabra a nadie, aunque a estas alturas —hacía una hora que el novio y la novia habían partido en el coche a coger el expreso en dirección a Palm Beach —, sin duda, Chris Fenno era ya partícipe del secreto.

Anne se había ido tranquila, entendía el deseo de su madre de guardarse sus planes para sí, y lo respetaba. Y en el plazo de unos días la familia se reuniría de nuevo en San Esteban para asistir a otra boda, incluso más discreta

que la anterior.

Aline bajó las escaleras para llegar al amplio salón en el que la señora Clephane se encontraba a solas, sentada en medio de un montón de pétalos de rosa caídos, de granos de arroz y de trozos de la cinta de la tarta nupcial. Allá al fondo, en el comedor, los criados estaban retirando las mesitas y recogiendo los cubiertos en cestas forradas de verde.

El ama de llaves había ido a darle al mayordomo la dirección del hospital al que la señora Fenno quería que se enviaran las flores, y un sirviente estaba ya llevándose las cestas y los ramilletes del salón.

—Madame estará mucho más cómoda arriba que en medio de este desorden, y el señor Landers ha telefoneado para preguntar si puede venir a visitar a madame dentro de media hora.

Aline, por supuesto, estaba al corriente de todo, era como si las noticias le llegasen a través de los poros, igual que circulan y se extienden por un bazar oriental. Erguida, vestida con el elegante traje que la señora Clephane le había regalado para la boda, dedicó una sonrisa seca, aunque aprobadora, a su ama. Era de todos sabido que el señor Landers era un bon parti y los criados de la casa conocían bien su generosidad. También Aline, que llevaba puesto el broche de diamantes en forma de flecha que le había regalado aquella mañana.

—Hay un buen fuego en la salita de estar de madame —añadió para persuadirla.

Kate Clephane continuó inmóvil, sin levantar la vista. Oía lo que la doncella le decía, y hasta sería capaz de repetir las palabras exactas, pero para ella carecían de significado.

—Madame debe subir —insistió Aline una vez más.

La humillación de que se la tratase como a una enferma hizo que la señora Clephane reaccionase al fin, y poniéndose en pie siguió a la criada. Cuando iban escaleras arriba le dijo:

—Ya te diré lo que voy a necesitar para el vapor.

Después entró en la salita de estar y Aline cerró con suavidad la puerta tras ella.

El fuego ardía con viveza, el último ramillete de violetas de Anne estaba en la mesita baja junto al sofá. Al otro lado de la ventana la luz invernal agonizaba. Kate Clephane, al sentarse en el sofá, recordó que la estancia había tenido el mismo aspecto acogedor y relajante el día que Anne la había llevado allí por primera vez, hacía algo más de un año; y también recordó que entonces, igual que ahora, Fred Landers se había reunido con ella allí, cuando lo llamó con urgencia para que la acompañase en su soledad. Era curioso ver

los patrones ordenados y repetidos por los que con frecuencia se rigen los acontecimientos.

Se abrió la puerta y entró Fred. Todavía vestía la ropa de la boda, y el chaqué oscuro y la perla que lucía en la corbata le favorecían, le conferían cierto aire de importancia y de confianza en sí mismo. Parecía un hombre capaz de solventar cualquier dificultad, de encargarse de todos los aburridos detalles de la vida de forma ejemplar, sin alborotos ni bravuconerías. El pequeño vestigio de conciencia que aún estaba vivo en Kate Clephane registró aquel hecho y le hizo sentir un difuso consuelo. Se encargaría de las sillas de cubierta, por ejemplo, y de conseguir la mesa adecuada en una esquina ventilada del comedor, ella no tendría que preocuparse de nada...

—Ojalá nos pudiésemos marchar mañana —dijo Fred Landers, sentándose a su lado y mirándola con una sonrisa—. Lo haría, ¿sabes?, si pensase que era posible. ¿Por qué no casarnos en Liverpool?

—¡O a bordo! ¿No cuentan con juzgado para celebrar bodas estos barcos modernos? —bromeó Kate con labios pálidos.

—Pero la semana que viene, la semana que viene te llevaré conmigo —continuó él con autoridad.

—Sí, la semana próxima. —Intentó añadir una palabra de consuelo, de cariño, la palabra que él estaba esperando. Pero solo fue capaz de dirigirle una sonrisa lánguida.

—Querida, estás exhausta, ¿no prefieres que me vaya?

Ella lo negó con la cabeza.

—¿No? ¿De verdad que prefieres que me quede? —El rostro se le iluminó—. Conmigo no tienes necesidad de fingir, Kate, ya lo sabes.

—¿No tengo necesidad? ¿Estás seguro? Parece que no haya hecho otra cosa en toda mi vida que fingir —exclamó ella de repente.

—Bueno, ahora no necesitas hacerlo, estoy seguro. —Selló sus palabras con una sonrisa tranquila, inclinándose un poco hacia ella, pero sin acercarse más su silla. Había algo enormemente tranquilizador en la forma en que él daba las cosas por supuestas, sin poner excesivo énfasis ni mostrar entusiasmo excesivo—. Ahora, échate, deja que te coloque el chal. Un cigarrillo, ¿puedo? Supongo que dentro de un rato tomaremos el té, ¿no? No necesitamos hablar de ningún plan hasta mañana.

La señora Clephane intentó devolverle la sonrisa.

—Pero ¿es que nos queda algo por hablar? —Sus ojos se detuvieron en el rostro de él y vio el esfuerzo que hacía para seguir siendo el amigo discreto y

poco exigente. Ese hecho le hizo sentir cierto reparo—. Quiero decir que no hay nada más que hablar de mí. Hablemos de ti —sugirió.

La sangre le subió hasta las sienes, congestionándole los pómulos y el pliegue de piel arrugado que asomaba por el cuello de la camisa. Hizo un movimiento como para ponerse en pie, y después se arrellanó con decisión en su asiento.

—¿De mí? De mí tampoco hay nada que decir, si no es en relación contigo. Y con respecto a eso, ¡habría demasiadas cosas! No me hagas hablar. Mejor que me tomes como soy.

—Eso es lo que hago; ese es mi consuelo. —La sonrisa que le dedicó era menos dolorosa—. Toda tu bondad hacia mí...

Pero ahora él se puso en pie, el rubor de su rostro se intensificó hasta volverse escarlata.

—¡Ah, eso no, por favor! Eso duele de verdad, incluso a mi edad. Y te aseguro que puedes confiar en que es algo que me encargaré de tener presente con la frecuencia adecuada.

Kate se incorporó, apoyándose en el codo, y lo miró con sorpresa.

—¿Te he herido? No era esa mi intención.

—Es que, ¡por Dios bendito! No existe el hombre al que le guste que le recuerden su bondad; ni siquiera si se supone que eso es lo único que tiene que ofrecer a cambio de todo lo que él recibe.

—¡De todo! —se encogió ligeramente de hombros—. Si hubo alguna vez una mujer que llegase hasta un hombre con las manos más vacías...

Con la voz ligeramente entrecortada él dijo:

—Me traes tu persona.

La respuesta, y el tono que empleó, despertaron en ella la sensación dolorosa de que Fred Landers participaba con intensidad en la conversación, mientras que ella se mantenía en actitud distante. La frase «me traes tu persona», arrojaba un resplandor irónico sobre sus actitudes recíprocas. ¿Qué le quedaba de sí misma para traerle? Sabía que esperaba una respuesta; sintió lo cruel que era dejar pasar aquella exclamación suya como si no la hubiese oído, pero ¿qué le quedaba por decir a no ser que se lo dijese todo?

Ese pensamiento la asaltó por primera vez. ¿Había tenido de verdad la intención de casarse con Fred sin que él estuviese enterado? Quizá fuese así, no estaba segura; sentía que nunca más iba a poder estar segura de sus propias intenciones. Pero ahora, a través de toda la confusión y de todo aquel agotamiento mental, una cosa aparecía absolutamente clara: que tendría que

contárselo. El hecho de casarse o no con él parecía, en comparación, un asunto de menor importancia. Primero tenía que mirar aquellos ojos sinceros con igual sinceridad.

—¿Mi persona? —dijo haciéndose eco de las últimas palabras que él había pronunciado—. ¿Qué sabes de mi persona, me pregunto?

Continuaba en pie delante de ella en la misma actitud absorta y meditativa.

—Todo lo que necesito saber es lo infeliz que has sido.

Kate se apoyó en el brazo, con la vista todavía fija en él.

—Sí, he sido infeliz, horriblemente infeliz. Mucho más de lo que tú puedas imaginar. Mucho más de lo que nunca hayas imaginado.

No pareció sorprendido al oír aquello. Continuó devolviéndole la mirada con los mismos ojos tranquilos.

—Pero me atrevería a decir que sí que lo he imaginado —dijo.

Algo en su voz parecía decirle que después de todo no había estado sola en la lucha; era como si él hubiese hecho girar una llave en la cerradura más íntima de su corazón. ¡Ay si fuese cierto que lo había adivinado, que de repente ella iba a superar aquel triste momento de confesión y a lograr la dicha y el sosiego de la comprensión y la piedad!

—Lo has imaginado, ¿lo has entendido?

Sí; su rostro continuaba imperturbable, sus ojos eran indulgentes. Las lágrimas se agolparon en los ojos de Kate, quería sentarse y llorar hasta no poder más. En vez de eso, se puso en pie y se aproximó a él con las manos extendidas. Tenía que darle las gracias; tenía que encontrar las palabras ahora; tendría que ser capaz de explicarle lo que para ella significaba la confianza total; o al menos lo que significaría cuando dejase lo bastante atrás el presente y no tuviese nada que le sirviese de ayuda.

—Dios mío, Fred, ¿lo has sabido siempre? ¿Has visto cómo lo he intentado todo, cómo no he podido hacer nada para impedirlo?

Él le cogió las manos y las apretó contra su pecho.

—¿Impedir? ¿La boda? ¿Es eso lo que te preocupa? —ahora le hablaba como a una niña asustada y presa del desconsuelo—. Pues claro que no pudiste impedirla. Sé cuánto has debido odiarla; todo lo que debes de haber sufrido. Pero había que tener en cuenta la felicidad de Anne por encima de todo.

Entonces, él la comprendía, ¡le tenía lástima! Se abandonó a su abrazo. El alivio de la confesión era demasiado exquisito, ahora que había pasado el

peligro de tener que dar explicaciones y que podía aceptar su piedad sin oponer resistencia. Pero a pesar de estar en sus brazos, ella no lo veía: toda su atención estaba centrada en aquel problema que la torturaba. Pensó en él únicamente como alguien más amable y comprensivo que los demás y el corazón se le desbordó.

—Pero ¿no se trató únicamente de cobardía por mi parte? ¿No hice mal al no atreverme a contárselo?

—Por supuesto que no hiciste mal. ¿Qué bien habrías hecho? Es duro aceptar su elección, pero una joven tan decidida como Anne tiene que correr riesgos. Siempre pensé que acabarías dándote cuenta. Y así será cuando estés menos cansada y alterada. No tienes más que confiar en mí y dejar que te cuide —dijo.

No pudo contener las lágrimas que empezaron a deslizarse por sus mejillas. Le habría gustado seguir allí, escuchando, sin tener que prestar atención a lo que decía. Pero sintió de nuevo que Fred esperaba que hablase, y trató de sonreírle.

—Confío en ti... me sirves de ayuda. No puedes imaginar el tormento del secreto... —apenas sabía lo que estaba diciendo.

—Ahora ya no tiene que ser un secreto. ¿No te sirve eso de ayuda?

—¿Que lo sepas y no me odies? Eso... —Emitió una leve risa—. Eres el único de todos que no tiene miedo de mí.

—¿Miedo de ti?

—De lo que podría contar si no me lo hubiesen impedido siempre. Eso es lo que ahora me tortura: siempre les he permitido que me frenasen. Siempre me torturará. Volveré una y otra vez sobre lo mismo, nunca estaré segura de si no habría sido mejor contárselo.

—¿Contarles qué?

—Pues... lo que tú sabes.

Lo miró sorprendida y vio que un fino velo cubría la luz de sus ojos. Su rostro había empalidecido y ella sintió que le cogía las manos sin ser consciente de que lo hacía.

—Sé que has sido de lo más infeliz... que se te ha tratado con excesiva crueldad... —Enderezó los hombros y la miró—. Que ha habido cosas en tu pasado de las que te arrepientes... de las que tienes que arrepentirte... —Hizo una pausa como esperando a que ella hablase, después con esfuerzo evidente continuó—: En todos esos años de soledad, cuando no tenías amigos, yo naturalmente he supuesto que no has estado siempre... sola...

Kate Clephane se soltó con suavidad y se apartó.

—¿Eso es todo?

Fue consciente de la sorpresa que lentamente se abría paso en él.

—¿Todo? ¿Qué más hay?

—¿Qué más? La vergüenza... el suplicio... la verdad...

Por un momento dio la impresión de que Fred apenas entendía las palabras que le lanzaba. Parecía un hombre que todavía no siente el dolor de la herida que le han infligido.

—Puedes estar segura de que no sé de nada vergonzoso —respondió despacio.

—Entonces no sabes nada. No sabes más que los otros —casi se rio en voz alta al decir aquello.

Él parecía estar luchando con una idea inconcebible: una idea para la que no había términos en su vocabulario. Sus labios se movieron una o dos veces antes de que fuese capaz de articular:

—¿Te refieres a algún tipo de complicidad, a algún secreto, entre tú y el marido de Anne?

Hizo un leve gesto de asentimiento.

—Algo —él todavía titubeó al decirlo—, algo que deberías haberle contado a Anne antes... antes de que... —Se interrumpió bruscamente, se alejó de ella unos cuantos pasos y al momento regresó—. Tú no... ¿tú con ese hombre? —Kate Clephane no respondió.

El silencio continuó. Fred Landers estaba inmóvil, de espaldas a ella. Kate se había sentado a los pies del diván y tenía la vista fija en el diseño de la alfombra. Él se cubrió los ojos con las manos. Por fin, al oír que se movía, ella levantó la vista. Ya no se cubría los ojos y miraba la habitación como si nunca antes la hubiera visto, y no fuese capaz de recordar lo que le había llevado hasta allí. Su rostro aparecía arrugado y macilento: daba la impresión de haber envejecido.

Al mirarlo, se maravilló de lo insensata que había sido al imaginarse siquiera por un momento que él se había adentrado en su secreto más que los otros. Recordó aquella primera visita que le hizo poco después de su regreso; recordó cómo lo había acribillado con preguntas incómodas y había detectado en sus ojos el terror de un hombre que, durante toda su vida, ha tratado de engañar al destino utilizando el optimismo como evasión. Pero ahora el destino le había dado alcance y Kate Clephane habría dado cualquier cosa por que no hubiese sido por mediación suya. Sufrimiento estéril: parecía que

después de todo iba a infligirlo y a la única persona que la quería, la única que le habría prestado ayuda si hubiese sabido cómo.

Fred se aproximó y se quedó frente a ella con una leve sonrisa forzada.

—Me consideras igual de obtuso que al resto —dijo.

Kate no encontró palabras para responderle. Había parado de llorar y con los ojos secos contaba los círculos de la alfombra. Cuando llegó al número quince lo oyó hablar de nuevo con el mismo tono forzado y conciso.

—Yo... yo no estaba preparado, lo confieso.

—Sí. Debería haberlo sabido. —Se puso en pie y continuó con voz opaca y baja, como si alguien le dictase aquellas palabras—: Tenía la intención de contártelo; de verdad que sí; o al menos creo que así era. Pero hace tanto tiempo que vivo con la idea que no me sorprendió que dijese que lo sabías... que lo sabías todo. Creí que me estabas diciendo que lo habías adivinado. Hubo momentos en los que pensé que todo el mundo debía de haberlo adivinado...

—¡Dios no lo quiera! —exclamó él.

Kate sonrió levemente.

—No sé si tendría mucha importancia. Por lo único que quiero mantenerlo en secreto es por Anne, ahora tiene que ser así. Me atrevería a decir que hice mal al no impedir la boda a toda costa, pero cuando intenté hacerlo y vi su dolor, no fui capaz. La única manera habría sido contárselo sin tapujos, y yo no fui capaz de hacer eso: ¡no fui capaz! Regresar a su lado fue igual que morirme y llegar al cielo. Aquí estuve en el cielo hasta que él apareció. Después lo intenté... lo intenté... pero ¿cómo iba a poder hacértelo entender? Durante veinte años nadie me había tenido en mucha consideración, ni yo misma me había tenido en mucha consideración. En realidad, nunca me perdoné a mí misma por haber abandonado a Anne. Y después, cuando ella me llamó y yo regresé, y éramos tan felices juntas, y ella parecía tenerme tanto cariño, pensé... pensé que quizá, después de todo, no había significado tanto. Pero tan pronto como la lucha comenzó vi que no tenía ningún poder, ninguna influencia sobre ella. Ella misma me lo dijo: dijo que era una extraña para ella. Dijo que yo había renunciado a mis pretensiones con respecto a ella, a cualquier derecho a influir en ella, años atrás cuando la había abandonado. Y por eso se negaba a escucharme. Ese fue mi castigo: no poder detenerla.

—Bueno, Anne, Anne puede cuidar de sí misma. ¿Qué me importa a mí Anne? —dijo con dureza—. Pero tú... tú... ¡Tú y ese hombre!

Se dejó caer en la butaca y escondió de nuevo los ojos. Ella esperó un minuto o dos, para después aventurarse a decir:

—No permitas que te importe tanto.

No le respondió. Por fin levantó la cabeza, pero no la miró directamente.

—¿Fue... hace mucho?

—Sí. Seis... ocho años. No lo sé... —Se oyó a sí misma alejando la fecha cada vez más, pero no podía evitarlo.

—¿En un momento en que estabas desesperadamente sola y eras desgraciada?

—No, no mucho más que de costumbre. —Y después de un momento añadió—: no cuento con circunstancias atenuantes.

—El muy canalla... ¡Granuja! Yo...

Lo interrumpió:

—Tampoco es así... del todo. Cuando conoció a Anne no lo sabía, ni siquiera sabía que tenía algo que ver conmigo. Cuando lo descubrió, se marchó, se marchó en dos ocasiones. Anne lo obligó a regresar. Me reprochó que yo los separase. Nada la habría detenido, excepto que yo le contase la verdad. Y cuando vi lo mucho que le importaba, no tuve fuerzas para hacerlo.

—No. —La dureza de su voz disminuyó un poco.

Kate Clephane se quedó otra vez en silencio, no porque no quisiese hablar, sino por la incapacidad absoluta de encontrar nada más que decir.

De repente él levantó sus ojos lastimeros y, durante un segundo, la miró.

—Has vivido un infierno —dijo.

—Sí. Todavía lo estoy viviendo. —Se detuvo y, a continuación, empujada por la lástima que había en su voz, sintió que una vez más se deslizaba por la inevitable pendiente de las confesiones—. No es el único infierno: hay más. Quiero contártelo todo ahora. No fue solo el miedo a que Anne sufriese lo que me impidió hablar, fue porque no podía soportar el pensamiento de lo que opinaría de mí si se lo contase. Era tan dulce ser su madre... no podía soportar tener que renunciar a eso. Y el triunfo que suponía que todos opinaseis que no se había equivocado cuando me hizo volver... tampoco era capaz de renunciar a eso, porque sabía cuánto pesaba en sus sentimientos hacia mí. En cierto modo sirvió para convertirme de nuevo en la persona que debía haber sido, o que se pensaba que debía haber sido. Eso es todo. Me alegra habértelo contado... pero no debes permitir que te duela, no por mucho tiempo...

Cuando terminó, Fred continuó sentado sin moverse; a Kate le dio la impresión de que no había oído lo que le había dicho. Su atención, su capacidad receptora, estaban aún desbordadas por el crudo hecho de aquella

confesión: la imagen de Chris Fenno con ella se iba grabando a fuego lento en su mente horrorizada. Asistir al proceso era como espiar por la mirilla de una cámara de tortura, y por un momento perdió la noción de su propio sufrimiento al contemplar con impotencia el de él. Si alguna vez un sufrimiento fue estéril...

Por fin cruzó la habitación hasta donde estaba sentado y le rozó el hombro con la mano.

—Fred... no permitas que esto te haga daño. A mí me ha hecho bien contártelo... me ha servido de ayuda. Me ha ayudado que lo sientas tanto. Y ahora ya ha pasado todo... se ha acabado.

Él no cambió de actitud ni elevó los ojos de nuevo. Kate todavía dudaba de que hubiese oído sus palabras. Después de uno o dos minutos retiró la mano y se alejó. La presión había sido demasiada, le había echado encima más de lo que podía soportar. Ahora lo veía con claridad: se dijo a sí misma que la conversación había terminado, que estaban ya a leguas de distancia. Su experiencia sentimental le había demostrado con cuánta frecuencia dos personas que todavía están en pleno intercambio de palabras tiernas o violentas se encuentran ya, en realidad, en polos opuestos de la tierra y, pensó con ironía, hasta qué punto el éxito en los asuntos humanos depende de la capacidad de detectar tales distanciamientos. Ella no podía apuntarse muchos éxitos en ese terreno; en el mejor de los casos aquel dudoso don suyo consistía en discernir con más rapidez que la mayoría de la gente por qué había fallado. Pero su amigo era impermeable a esos matices del sufrimiento: se enfrentaba al suplicio sin defensas.

Kate se sentó y esperó. Resultaba curioso que se sintiese menos infeliz de lo que lo había sido durante mucho tiempo. Aquel dolor y aquella piedad eran quizá lo que más necesitaba de él: allí, en el centro de su desdicha, parecía estar el punto en el que estaban destinados a encontrarse. Tendría que haber sido capaz de emplear palabras lo bastante sencillas para que él las entendiese, pero aquello de agradecerle lo que estaba sufriendo debía de haberle sonado a burla, y lo único que podía hacer era esperar y decirse que él no tardaría mucho en marcharse.

Después de un rato Fred Landers levantó la cabeza y se puso en pie despacio. Pareció dudar un momento, a continuación cruzó el espacio que los separaba y llegó hasta ella. Kate también se levantó y le tendió la mano, pero él no pareció darse cuenta del gesto, aunque ahora tenía la mirada clavada en ella con intensidad.

—Llegará un día —dijo— en el que todo esto nos parecerá muy remoto a ambos. Eso es lo único en lo que quiero pensar ahora.

Kate lo miró sin comprender. Después empezó a sentir temblores por todo el cuerpo: le temblaban los labios y hasta los párpados de sus ojos deslumbrados temblaban. Él todavía la miraba y Kate descubrió en aquellos ojos el resurgimiento de su antigua bondad. Parecía que hubiese salido a la luz tras dejar atrás una inmensa oscuridad, pero las únicas palabras que ella fue capaz de pronunciar suponían la negación de lo que sentía.

—No, por Dios, no... —Y lo apartó de ella.

—¿No?

—Ya es suficiente, suficiente. Con lo que acabas de decir es suficiente — balbuceó de forma incoherente—. ¿No ves que ya no soporto más?

Él siguió allí sin moverse mostrando su bondad y una ligera terquedad.

—Pero tiene que haber mucho más.

—¡Ahora no! ¡Ahora no! —Le tomó la mano y la puso sobre su mejilla. Después se apartó con la sensación de algo decisivo e irrevocable que tenía por fuerza que reflejarse en su rostro y en su actitud—. Ahora tienes que irte, tienes que dejarme. Me siento horriblemente cansada.

Dijo aquellas palabras casi como una niña que pide que la cojan y la lleven en brazos. Tenía la impresión de que por primera vez en su vida la habían rescatado del polvo y del cansancio y la habían depositado en un lugar tranquilo, a salvo de todo peligro.

Fred continuaba mirándola, vacilante, en actitud de súplica.

—¿Entonces, mañana? ¿Mañana por la mañana?

Ella titubeó.

—Mañana por la tarde.

—¿Y ahora descansarás?

—Ahora descansaré.

Tras esas palabras —cogidos ligeramente de la mano— lo condujo con suavidad hasta la puerta y se quedó esperando hasta oír sus pasos escaleras abajo. Después entró de nuevo en la estancia y abrió la puerta de su dormitorio.

La doncella se encontraba allí preparando un favorecedor traje de noche. No había duda de que había imaginado que el señor Landers iba a volver para la cena.

—¡Aline! El vapor que zarpa mañana, ¿es demasiado tarde para llamar a las oficinas?

La doncella se detuvo y la miró incrédula con el resplandeciente traje sobre el brazo.

—¿El vapor? ¿El vapor de mañana?

—El vapor para el que había comprado los pasajes —exclamó la señora Clephane mientras se apresuraba a coger la guía telefónica.

La mirada de Aline parecía decir que aquello no tenía una explicación razonable.

—Pero esos pasajes... madame me ordenó que los devolviese. Madame dijo que no nos iríamos hasta la semana próxima.

—No importa. En esta época no hay apuro. Tienes que llamar inmediatamente y recuperarlos.

—¿Madame no está pensando de verdad en viajar mañana? El barco zarpa a las seis de la mañana.

La señora Clephane casi se le rio a la cara.

—No es que esté pensando en hacerlo, es que lo voy a hacer. Ah, aquí está el número. —Y descolgó el teléfono.

XXX

Kate Clephane despertó cuando un rayo del sol de la costa Azul cayó en diagonal sobre su cama.

El hotel era diferente, estaba varios puestos más arriba en la escala con respecto al de Minorque et de l'Univers, como su nombre —el Petit Palais— a todas luces indicaba. La habitación, asimismo, era más amplia, más moderna, estaba pintada más recientemente y, de hecho, la ventana de la esquina del saloncito contiguo enmarcaba en su estrecho hueco un trozo de mar.

Muchas cosas habían cambiado para mejor en la situación de la señora Clephane, en otros aspectos tenía la impresión de que únicamente había vuelto atrás, a un capítulo anterior, y había iniciado de nuevo, desde el principio, la misma página aburrida.

Su doncella, Aline, era obvio que compartía aquella opinión; a pesar de la habitación más cómoda y del saloncito con aquel caro retazo de mar, en la consideración de Aline la señora Clephane no había recuperado el prestigio perdido. «¿Qué sentido tuvo todo ese jaleo para acabar así?», parecía decir con la mirada cada mañana cuando traía la bandeja del desayuno. Ni siquiera el

hecho de que ahora hubiese cartas en ella con más frecuencia, y de que los telegramas ya no fuesen algo que hiciese época, compensaba el desmoronamiento general de los planes y las ambiciones de Aline. Cuando una tenía un buen techo sobre su cabeza, y un buen automóvil a la puerta, ¿qué sentido tenía escapar de ellos sin previo aviso y regresar a los hoteles de segunda categoría y al traqueteo de los taxis con todas las consecuencias que de eso se derivaban? Aline mantuvo un silencio helado cuando su ama, tras unas cuantas semanas en el Petit Palais, mencionó que había escrito para enterarse de los precios de los hoteles de Dinard para el verano.

Kate Clephane, en general, se había tomado el cambio con más filosofía. Para empezar, había sido decisión suya huir en la forma que lo había hecho; y eso, en algunos momentos, le servía de ayuda; y después, bueno, sí, tras las primeras semanas, ya había empezado a darse cuenta de que estaba volviendo a meterse en la vieja rutina, sin que le resultase muy incómodo.

Todavía le era imposible pensar en aquel primer mes después de su llegada, pero ahora lo había dejado muy atrás y la rutina estaba logrando su milagro habitual. Le había emocionado el recibimiento que sus antiguas amistades y sus conocidos le habían dispensado, y se había sentido —tras la primera impresión— aliviada y maravillada de encontrarse una vez más rodeada de gente que no hacía preguntas sobre su ausencia, no manifestaba curiosidad con respecto a ella y que, probablemente, no sentía ni la más mínima. Estaban todos muy ocupados con lo que hacían los demás cuando estaban juntos, pero el grupo se deshacía y se formaba de nuevo sin cesar y se le sumaban nuevos componentes y los que partían se dispersaban en tantas direcciones distintas y se dirigían a destinos tan desconocidos que, una vez lejos de la vista, parecían no tener más consistencia ni más permanencia que las figuras que desfilan sin cesar por una película.

Aquella sensación de inmaterialidad había aliviado la tensión nerviosa de Kate Clephane, y le había ayudado a sumergirse de nuevo, casi sin darse cuenta, en su antigua forma de vida. De su existencia en aquel intervalo se sabía lo suficiente —una imagen borrosa de la opulencia de su vida en Nueva York, un palco en la ópera, una familia importante y numerosa, una hija preciosa casada con un héroe de guerra— para que su categoría dentro del grupo aumentase considerablemente, pero en lo que a los detalles se refiere, sus amigos de la costa Azul mostraban una agradable falta de curiosidad. En la mayor parte de aquellas vidas existían episodios que era necesario soslayar por medio de increíbles acrobacias verbales, y todos estaban acostumbrados a aceptar las mentirijillas de los demás sin ponerlas en tela de juicio. A la señora Clephane no le dieron siquiera ocasión de ofrecérselas: había regresado más bella, mejor vestida —sí, querida, ¡martas cibelinas auténticas!— y los invitaba a cócteles y partidas de mah-jong en su propio saloncito (con el

añadido de la vistas al mar). Se alegraban de contar con una adquisición tan útil, y la distancia existente entre su categoría social y la de ellos no era lo suficientemente grande para despertar envidia ni acritud.

—¡Aline!

La puerta de la habitación de la doncella ahora estaba solo al otro lado del pasillo y apareció casi de inmediato con una bandeja de desayuno en la que había varias cartas.

—¡Violetas! —anunció con una sonrisa.

La severidad de Aline en los últimos tiempos se veía dulcificada por una sonrisa ocasional. Pero la señora Clephane no volvió el rostro ni se le mudó el color. Estas violetas no venían del pobre chico cojo cuyo ramo la había hecho ruborizar con secretas esperanzas el día que el cable de su hija la había reclamado a su lado, aquel chico al que recordaría de por vida (ese había sido su primer pensamiento tras desembarcar) a causa de aquella feliz coincidencia. Las violetas de hoy no encerraban ningún misterio ni representaban ninguna esperanza. Sabía de quién procedían, y qué etapa de qué juego representaban, y cogiéndolas de la bandeja, tras olerlas brevemente, se sirvió el chocolate con mano firme. Aline, claramente contrariada, aunque no vencida, puso las flores en un jarrón sobre el tocador de su ama. «Hala —decía su gesto—, ahí no tiene más remedio que verlas».

La señora Clephane se recostó en los almohadones con fundas color rosa y bebió el chocolate a pequeños sorbos con toda intención. Todavía no había abierto las cartas, no había hecho otra cosa que mirar brevemente los remites. No había ninguna de su hija: Anne, en aquel momento, se encontraba en medio del mar Rojo, rumbo a la India, y no habría noticias de ella en las semanas venideras. Ninguna de las cartas tenía interés suficiente para leerla con calma. La señora Clephane las repasó una o dos veces, como si buscara una que se hubiese extraviado, después, las empujó a un lado y cogió el periódico local.

Había vuelto a retomar su antiguo hábito de demorarse en cada pequeño detalle cotidiano, aprovechándolo al máximo, prolongándolo tantos minutos como fuese posible, en un esfuerzo por tener las horas tan llenas que no quedase tiempo para la introspección ni para el recuerdo; y leyó el periódico con detenimiento, desde el editorial grandilocuente sobre las maravillas del cercano Carnaval hasta la columna donde se glosaban las andanzas de la sociedad local y de la colonia extranjera.

«La flor y nata de la colonia estadounidense y las personalidades francesas y extranjeras más distinguidas de la costa Azul se reunirán esta tarde en la brillante recepción que la señora Parley Plush ha organizado en su espléndida

residencia Villa Mimosa en honor del obispo para Europa de las Iglesias Episcopalianas Americanas».

¡Ah, claro, era hoy! Kate Clephane dejó el periódico y sonrió. Recordaba la ira de la señora Minity cuando se anunció que la recepción en honor del nuevo obispo la daría la señora Parley Plush, ¡la señora Parley Plush, a quién se le ocurre! La señora Minity no era uno de los miembros activos de los comités parroquiales del reverendo Merriman; su indolencia corporal y un temor obsesivo a lo que podría suceder si su cochero intentaba conducir los caballos por la estrecha calle donde estaba la rectoría la excluían de esa participación; pero, a pesar de ello, era uno de los pilares de aquella iglesia gracias a su contribución pequeña, aunque constante, a sus fondos y a sus comentarios, también constantes, sobre los asuntos de la misma. El señor Merriman otorgaba a aquellas opiniones casi toda la importancia que ella creía que merecían; y en una decena de ocasiones por temporada la señora Merriman tenía que estar preparada para ser el objeto principal de aquellas críticas y para convencerla de que no renunciase a su reclinatorio ni cancelase sus donativos.

«¡Esa mujer —acostumbraba a decir entre gritos—, a la que he llevado con regularidad de paseo en mi coche una vez cada quince días durante todo el invierno, y a la que he regalado melocotones al brandy y yo he tenido que pasar sin ellos!».

La señora Minity, con ocasión del último paseo, no había dejado de decirle a la señora Merriman lo que pensaba de la idea —propuesta, como no, por la propia señora Plush— de que aquella dama fuese la elegida para agasajar al nuevo obispo en su primera visita a la diócesis. El escándalo ya era lo bastante grande, ¿quería la señora Merriman que la señora Minity le contase lo que aquella mujer había sido, que le hablase de su reputación? No, la señora Merriman preferiría que no lo hiciese. Lo más probable es que, de haber querido reconocerlo, ya estuviese enterada de todo... pero para la señora Minity lo verdaderamente amargo de aquella situación era el hecho de que ella no podía eclipsar a la señora Plush y encargarse de la recepción porque vivía en un piso pequeño y no en una villa enorme, enorme hasta la vulgaridad.

—No, querida, no intentes encontrarle explicación —en esta ocasión se dirigía a Kate, al día siguiente de que la señora Merriman cumpliera con su penitencia y hubiese dado el último de aquellos paseos— no trates de calmarme hablándome de la rectoría. Todo el mundo en nuestro país sabe que la señora Parley Plush procede de Anaconda, en Georgia, y todo el mundo en Anaconda sabe de dónde procede. Y ahora, solo porque tiene una villa llamativa (por lo menos eso es lo que me cuentan, porque naturalmente yo no he puesto el pie en ella ni lo haré nunca), ahora que cuenta con el beneplácito de esos Merriman tan simples de mente, que llevan veinte años viviendo aquí

como si de una colonia cuáquera se tratase, ¡va esa mujer y se atreve a ofrecerse como la persona adecuada (¡la señora Parley Plush adecuada!) para recibir a nuestro nuevo obispo en nombre de la colonia estadounidense! — continuó la señora Minity cual Casandra enfurecida—. Si el obispo supiese la cuarta parte de lo que yo sé, y que yo me atrevería a decir es mi deber, como miembro de esta diócesis, contarle... Pero, bueno: ¿qué puedo hacer con un doctor que me prohíbe categóricamente toda discusión acalorada, y que me advierte de que en caso de que alguien me diga algo desagradable podría quedarme en el sitio?

Kate Clephane había sonreído, aquellas pequeñas rivalidades estaban empezando a resultarle de nuevo divertidas. Y la diversión de ver aparecer a la señora Minity (estaba claro que eso era lo que iba a pasar) en casa de la señora Plush aquella tarde hacía que casi mereciese la pena ir allí. La señora Clephane alargó el brazo para coger su agenda, escudriñó la página del día, y descubrió (con otra sonrisa, aunque esta vez se la dirigió a sí misma) que ya había anotado «Plush». Sí, era cierto, ella lo sabía bien: tenía que continuar abarrotando sus días de cosas, de cosas buenas, malas o indiferentes, apenas importaba lo que fuesen con tal de que estuviesen lo suficientemente apretadas para que no quedasen rendijas entre ellas por las que pudiese colarse una mirada retrospectiva. Su antigua destreza en el arte de tomarse las cosas con calma —todos aquellos trucos que la dejaban narcotizada y le servían para evadirse e ignorar las cosas— habían vuelto gradualmente en su ayuda en medio de aquella lucha por rehacer su vida. Por supuesto que iría a casa de la señora Plush... era algo tan seguro como que la señora Minity iba a estar allí.

Hacia un día glorioso; era exactamente la clase de día, aseguraron todas las damas, en el que una desearía que el querido obispo viese su diócesis por vez primera. Las fuerzas vivas de la colonia angloamericana se habían reunido en las floridas terrazas de la señora Plush, entre los macizos de cineraria y ciclamen y las ranas gigantes de porcelana azul que, en palabras de la señora Plush, hacían que el jardín tuviese un aspecto «más natural». La propia señora Plush iba majestuosa de grupo en grupo, sin apartar la mirada de la logia por la que tenían que aparecer el obispo y el señor Merriman.

—Ah, mi querido lord Charles, ¡qué amabilidad la suya! Encontrará aquí a todas sus amistades. Sí, la señora Clephane está allí, al otro lado de la terraza —dijo la señora Plush con una sonrisa radiante, mientras le indicaba a un hombre alto, con aspecto desencantado, una palmera que emergía entre una mata de pensamientos.

La señora Clephane, desde debajo de la palmera, había observado la maniobra, lo que también le provocó una sonrisa. Sabía que ella era el pretexto de lord Charles para asistir a la recepción, pero también sabía que se alegraba de tener un pretexto, porque de no haber venido, le habría sucedido lo mismo

que a ella, y no habría sabido qué hacer con aquella tarde. No había nada, pensaba ella a veces, que no supiese de lord Charles, aunque solo hacía tres meses que se habían conocido. Era con toda exactitud lo que los médicos denominan «un caso de libro», y ella había tenido tiempo y oportunidades sin límite para dedicarse a estudiar aquel tipo de casos en particular. La única diferencia consistía en que él era un caballero, todavía era un caballero, mientras que los otros, la inmensa mayoría de ellos, nunca lo habían sido o hacía mucho tiempo que, como el resto, habían renunciado a serlo.

Mientras él se aproximaba por la gravilla dorada por el sol en dirección a Kate, esta se preguntó por enésima vez qué iba a hacer a ese respecto. ¿Casarse con él? ¡Dios no lo quisiera! Incluso si hubiese estado segura —y en el fondo de su corazón no lo estaba— de que iba a ofrecerle la oportunidad. ¿Enamorarse de él? Se encogió de hombros y también lo descartó. ¿Dejar que la cortejase? Bueno, un poco... cuando una está tan sola... y ya que era el único hombre «disponible» de su grupo... Pero lo que de verdad pretendía de él era que llenase ciertas horas vacías; saber que cuando llegase a casa a las cinco la estaría esperando, la mitad de los días de la semana, junto a la mesa del té; que cuando saliese a cenar era seguro que la gente lo invitaría y lo pondrían en el asiento de al lado; que cuando no hubiese partida de bridge o de mah-jong que jugar, él siempre estaría dispuesto a hacer la ronda de las tiendas de antigüedades y tendría ojo para encontrar verdaderas gangas para el pisito que Kate tenía en mente.

Eso era todo lo que quería de lord Charles, quizá también fuese todo lo que él quería de ella. Pero la posibilidad de que quisiese algo más (como sus violetas parecían indicar) le causaba una incertidumbre que no era del todo desagradable, sobre todo cuando ambos estaban en compañía de otros y Kate adivinaba la envidia de las demás mujeres. «Uno tiene que tener algo a lo que agarrarse»: era el argumento de los drogadictos. Pues digamos que lord Charles era la droga de Kate. ¿Por qué no? Cuando era tan evidente que Kate era la suya.

Se acomodó en la silla de jardín y observó cómo se aproximaba. Era toda una maniobra estratégica: Kate sabía que su intención era «librarse de los pesados» y unirse a ella cuando no hubiese peligro de que los interrumpiesen. Podía imaginárselo en otros tiempos, avanzando con desprecio entre semejante compañía, sin dignarse mirar ni a derecha ni a izquierda. Pero ahora no. Estaba en una fase de su declive en la que se consideraba prudente detenerse y contemplar la vista al lado de la señora Plush, intercambiar cumplidos con la esposa del cónsul, saludar con familiaridad al señor Paly e incluso resignarse a recibir el saludo escandaloso de la señora de Horace Betterley, que bajaba las escaleras de la logia precedida del tintineo de sus joyas para recordarle a gritos que contaban con su presencia aquella noche en la cena. Era el destino de los

que tenían que rellenar sus días a rebosar de cosas, y ya no podían permitirse el lujo de escoger la calidad del relleno. Kate casi era capaz de imaginarse un tiempo en el que lord Charles, muy enjuto y arrugado, se dedicaría a buscar ranas de porcelana para la colección de la señora Plush.

Se encontraba ya a mitad de la terraza cuando un repentino y agitado despliegue de las plumas de la señora Plush pareció anunciar la llegada inminente del obispo. Una impresionante figura de negro apareció bajo el arco central de la logia. La señora Plush se adelantó, henchida de orgullo hasta el último pliegue de sus vestimentas: pero el recién llegado no era el obispo, no era más que la señora Minity, vestida de cachemir negro y revestida de majestad, que se detuvo y miró a su alrededor.

La señora Plush, que frenó bruscamente en pleno impulso hacia delante, se quedó rígida un instante y casi se cae para atrás. Con la mano derecha esbozó el gesto de extender solo dos dedos en señal de saludo, pero su justa indignación por las críticas de la señora Minity desapareció barrida por el triunfo de tenerla al fin en su casa y la señora Plush avanzó a toda vela y recibió a la inesperada invitada con la misma obsequiosidad que si la señora Minity hubiese sido el obispo.

Kate Clephane contempló la escena divertida e indolente. Ahora que su mente estaba más ociosa era capaz de disfrutar de los detalles humorísticos de su pequeño mundo. Esperaba que la escena entre la señora Plush y la señora Minity se prolongase, y se estaba incorporando para acercarse y oír lo que se decían cuando por fin, acompañado del señor y la señora Merriman, apareció el obispo.

La señora Clephane se paró en seco en mitad de la terraza. Jamás se hubiese imaginado esto, ni por asomo. Pero ahora recordó que en casa de los Drover se había hablado del doctor Arklow como uno de los candidatos para esta nueva diócesis; y allí estaba, en lo alto de la escalera, justo encima de donde ella se encontraba, con el mismo aire benigno y el mismo aspecto imponente que la última vez que lo había visto, en la iglesia de San Esteban cuando unía las manos de Anne y Chris Fenno...

El primer impulso de la señora Clephane fue darse la vuelta y perderse en la multitud. La visión de aquella figura traía consigo muchas escenas desterradas y muchos recuerdos borrados de la memoria que ahora volvían en tropel, implacables, a importunarla. Sintió que unos dedos crueles le atenazaban el cuello. Por un momento se quedó indecisa, aislada en medio de la terraza, después, cuando ya se volvía oyó como un trompetazo la voz de la señora Plush.

—¿La señora Clephane? Sí, claro, ¡ahí está! ¡Mi querida señora Clephane, el obispo ya la ha descubierto!

Dio la impresión de que el obispo no había necesitado más que una zancada para alcanzarla: aquella presencia salvaba por completo las distancias y borraba el tiempo de un plumazo. Kate se vio de nuevo sentada en una profunda butaca de cuero, bajo el fotografiado de la catedral de Salisbury, mientras él recorría la desgastada alfombra que había delante de la chimenea, y su voz de predicador pronunciaba aquellas dos palabras: «Sufrimiento estéril...».

—¿Le apetece que caminemos un poco? El jardín parece muy bonito — sugirió el obispo.

Se detuvieron junto a una balaustrada blanca, bajo las mimosas, e intercambiaron trivialidades sobre el azul del mar y el calor del sol.

—Nueva York en febrero... ¡Menudo frío!...

—Sí, ¿no le damos envidia? Día tras día de esto... Bueno y, por supuesto unas ráfagas de mistral de vez en cuando... pero eso es sano... ¡Y las flores!

El doctor Arklow, con deliberación, cubrió con su enorme mano la de Kate.

—Mi querida señora... ¿Cuándo va a volver a Nueva York?

Kate sintió que le recorría el rostro con aquella mirada de comprensión que ya había advertido en dos ocasiones anteriores en los ojos del obispo.

—¿A Nueva York? Nunca.

Él hizo una pausa como si estuviese sopesando la respuesta y después dirigió la vista hacia el Mediterráneo.

—Nunca es demasiado tiempo. Hay alguien en esa ciudad que sería muy feliz si usted regresase.

Kate le contestó con precipitación:

—Nunca habría sido como él lo imagina...

—¿No cree que es a él a quien le corresponde juzgar eso? Cree que usted debería haberle dado la oportunidad.

Ella bajó la voz para decir:

—Me sorprende que sea capaz de pedirme que vuelva a vivir en Nueva York otra vez.

—Él no se lo pide, me ha encargado que se lo diga. La entiende perfectamente... Estaría dispuesto a comenzar una nueva vida donde fuese... Usted es la que tiene que decidir.

Se hizo un silencio. Por fin, Kate fue capaz de controlar la voz lo suficiente

para decir:

—Sí, lo sé y le estoy muy agradecida. Supone un gran consuelo para mí...

—¿Solo eso?

Hizo una nueva pausa y, a continuación, al levantar la vista descubrió una vez más aquella mirada llena de comprensión en los ojos del obispo.

—No sé qué decirle, cómo explicárselo. Creo que... mi negativa —bajó la voz aún más—... Es lo único que me protege de la desesperación absoluta, de la infelicidad total.

Vio en su mirada la primera señal de perplejidad.

—¿El hecho de negarse?

—Sí, el hecho de negarme.

¡Ay, era imposible! Jamás la entendería. ¿Cómo se le ocurrió pensar que iba a entenderla?

—Pero ¿seguro que no hay vuelta atrás, que es su última palabra? —preguntó con delicadeza.

—Es que... Tiene que ser... Tiene que ser. Es lo único que me sostiene —dijo casi entre sollozos.

No, nunca lo entendería. Su rostro había recuperado el aire inexpresivo y beatífico que le era habitual. Le estrechó la mano y dijo:

—Hija mía, tengo que verla otra vez... ¡Esto tenemos que hablarlo!

Y se alejó con aquella apariencia suya de hombre cortés y poco observador.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas, por un instante la soledad la cubrió como un espeso velo. Siempre era así cuando trataba de dar explicaciones, y no solo a los demás sino también a ella misma. Pero allá adentro, tan hondo que su pobre entendimiento no lograba alcanzarlo, había algo que decía «no», cada vez que la tentación la asaltaba. Algo que le decía que, de igual forma que la compasión de Fred Landers había sido lo máspreciado que había podido ofrecerle, su negativa a aceptarla, su huida precipitada ante ella, era lo máspreciado que Kate podía ofrecerle a cambio. Fred había vencido sus sentimientos más poderosos, su repugnancia más profunda y le había tendido la mano al verla tan necesitada, renunciando a todas las tradiciones y a todas las convicciones propias; y ella lo había bendecido por ello, pero se había mantenido firme en su decisión. Y esta tarde, cuando volviese a casa y se encontrase su carta de todas las semanas —como estaba segura de que se encontraría, ya que no había llegado con el correo de

la mañana— lo bendeciría una vez más, lo bendeciría por escribirle la carta y por darle la fortaleza necesaria para resistirse a los ruegos contenidos en ella.

Puede que nadie lo entendiese nunca; era indudable que Fred Landers jamás lo entendería. Pero así era. No habría nada en este mundo que pudiese volver a serle de tanta ayuda —que le ayudase a olvidar los antiguos horrores y la nueva soledad— como el hecho de ser capaz de no cambiar de postura con respecto a aquella decisión, de ser capaz de decirse a sí misma, cada vez que empezaba a dejarse arrastrar por nuevas incertidumbres y a pensar en nuevas concesiones que, en una ocasión al menos, se había mantenido firme y había resguardado en un pequeño espacio lleno de luz y de paz lo mejor que le había sucedido en la vida.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es